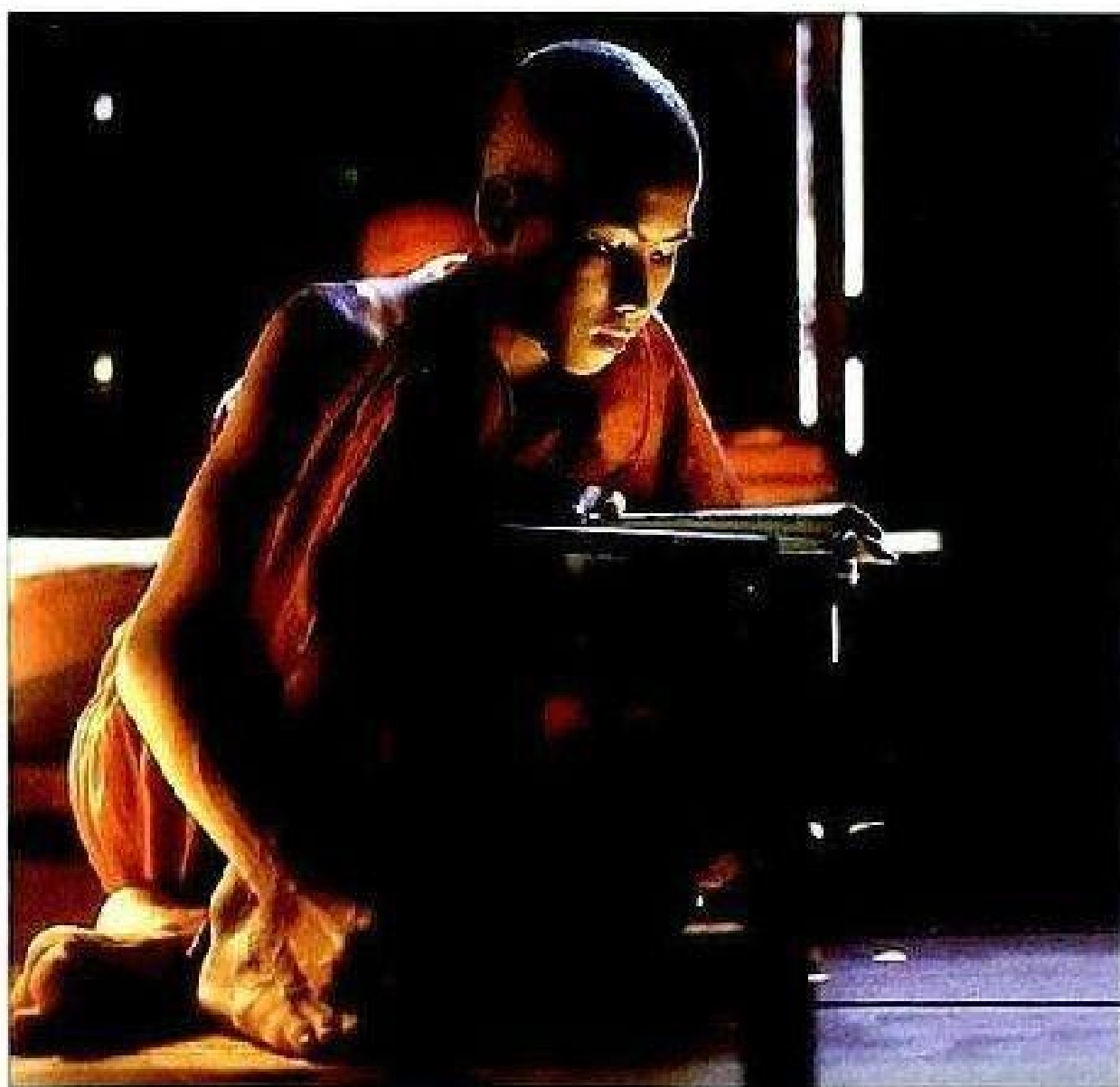


T. Lobsang Rampa
Historia de Rampa



Lectulandia

Historia de Rampa narra como T. Lobsang Rampa llegó finalmente a convertirse en escritor, el mandato y el proceso que le llevó a continuar la tarea que iniciara con *El tercer ojo* y *El médico de Lhasa*. En 1960, los sabios de su país —los Lamas Telépatas, los Clarividentes y los Sabios de la Gran Memoria— dejaron oír de nuevo su voz: Rampa debía proseguir la narración de su historia, incidiendo esta vez, para conocimiento de los occidentales, en la posibilidad de que un yo abandone voluntariamente un cuerpo y ocupe otro. De este modo, Rampa cuenta su viaje de China a Europa al final de la segunda guerra mundial, cómo llegó a ser prisionero de los chinos, de los japoneses y de los rusos. En Hiroshima asistió a los efectos devastadores de la primera bomba atómica. Después fue a Estados Unidos y otra vez regresó a Inglaterra, desempeñando los más diversos oficios, y aquí radica la esencia de su revelación, habitando diferentes cuerpos.

Lectulandia

T. Lobsang Rampa

Historia de Rampa

ePUB v1.0

aggelos 09.03.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Rampa Story*

T. Lobsang Rampa, 1960.

Traducción: Manuel Amblard

ePub base v2.1

Dedicada
a mis amigos de Howth, Irlanda.

Fueron amigos míos cuando «los vientos soplaban gratamente». Fueron también leales, comprensivos y más grandes amigos aún cuando los vientos ingratos soplaron malignos; porque las gentes de Irlanda saben lo que es la persecución y saben qué opinar de la verdad. Así pues...

A Mr. y Mrs. O'Grady,
a la familia Loftus,
al Dr. W. I. Chapman
y
a Brud Campbell
(por mencionar sólo unos pocos)

¡Muchas gracias!

Prefacio del autor

—Nada de rencores —dijo el editor.

«Muy bien —pensé para mí—, pero ¿por qué he de guardar ningún rencor? Trato simplemente de realizar mi tarea... de escribir un libro como se me ha ordenado».

—¡Nada contra la Prensa! —volvió a decir el editor—. ¡En absoluto!

«¡Por favor, por favor! —dije para mis adentros—. ¿Por quién me tomará?». Así debe ser. Nada contra la Prensa. Después de todo, ellos creen estar cumpliendo con su obligación, y, si se les ha proporcionado una información inexacta, me figuro que no pueden tener toda la responsabilidad. Pero ¿qué opinión tengo acerca de la Prensa? ¡Chist! No, ni una palabra sobre esa cuestión.

Este libro ha sido precedido de *El Tercer Ojo* y de *El médico de Lhasa*. En el momento de empezar, he de decir que no se trata de una ficción, sino de la verdad. Todo cuanto escribí en aquellos otros libros es verdad y producto de mi experiencia personal. Lo que voy a escribir ahora se refiere a las ramificaciones de la personalidad humana y del yo, tema en el cual nosotros, los del Lejano Oriente, nos destacamos.

Sin embargo, basta de prefacio. ¡Lo importante es el libro mismo!

Capítulo primero

Las cimas dentadas del rocoso Himalaya se adentraban profundamente en la púrpura vívida del cielo crepuscular tibetano. El sol, al ponerse, se ocultaba tras la enorme cordillera, lanzando coloraciones centelleantes e iridiscentes sobre la dilatada espuma de nieve que sopla perpetuamente de los más elevados picachos. La atmósfera era clara como el cristal, vigorizadora y ofrecía una visibilidad casi ilimitada.

A primera vista, el paisaje se hallaba totalmente desprovisto de vida. Nada se movía en él, nada se agitaba, salvo la larga flámula de la nieve aventada muy en lo alto. Aparentemente nada podía vivir en aquellas montañas yermas. Se diría que no había habido allí vida alguna desde el comienzo de los tiempos.

Sólo cuando uno lo sabe, cuando se los han enseñado una y otra vez, puede percibir, con dificultad, los tenues indicios de que allí viven seres humanos. Solamente la costumbre puede guiar nuestros pasos en este paraje agreste y prohibido. Luego puede uno ver solamente la entrada, envuelta en sombras, de una cueva profunda y tenebrosa; cueva que no es sino el vestíbulo de una miríada de túneles y de aposentos que convierten en un panal esta austera cadena de montañas.

Con anterioridad de muchos meses, los lamas de mayor confianza, actuando como humildes portadores, habían recorrido penosamente los cientos de kilómetros que hay desde Lhasa, a fin de transportar los Secretos antiguos a donde estuvieran a salvo para siempre de los vándalos chinos y de los traidores comunistas tibetanos. Aquí también, con infinito trabajo y sufrimiento, habían sido traídas las Imágenes Doradas de pasadas Encarnaciones, para ser instaladas y veneradas en el corazón de la montaña. Los Objetos Sagrados, las escrituras viejas de siglos y los sacerdotes más sabios y venerables estaban aquí en seguridad. Desde hace siglos, con pleno conocimiento de la inminente invasión china, los Abades leales se habían reunido periódicamente en cónclaves solemnes para probar y elegir a aquéllos que habían de ir a la Nueva Mansión distante. Fueron sometidos a prueba unos sacerdotes tras otros, sin que ellos lo supieran, y se estudió su historial, de modo que sólo los más puros y los más adelantados espiritualmente fuesen los elegidos. Hombres cuya preparación y cuya fe eran tales que pudiesen, de ser necesario, resistir las peores torturas que los chinos pudieran darles, sin revelar ninguna información vital.

Así, finalmente, dejando Lhasa, invadida por los comunistas, habían venido a su nueva casa. Ningún avión que transportase material de guerra podría volar a esta altura. Ningún ejército enemigo podría soportar este árido paraje, un paraje desprovisto de tierra, rocoso y traicionero, con peñascos que se deslizan y abismos que abren sus fauces. Un paraje tan alto, tan pobre de oxígeno, que sólo las endurecidas gentes de la montaña podrían respirar allí. En aquel lugar, al fin, en aquel santuario de las montañas, había *Paz*. Paz en la que trabajar para la salvaguarda del

futuro, para preservar la Sabiduría Antigua y prepararse para el tiempo en que el Tíbet resurgiera y se librara del agresor.

Hacía millones de años, aquello había sido una cordillera de volcanes llameantes que vomitaban rocas y lavas sobre la cambiante faz de la Tierra joven. Entonces el mundo era casi dúctil y sufría las angustias del parto de una nueva era. Tras años sin número, las llamas se extinguieron y las rocas, casi fundidas, se enfriaron. La lava se había derramado por última vez y chorros de gas que venían de la profunda entraña de la Tierra expelieron la restante al aire libre, dejando un sinfín de canales y de túneles desnudos y vacíos. Sólo poquísimos habían sido cerrados por las rocas que caían, pues los demás permanecieron intactos, duros como el vidrio y veteados con las huellas de los metales que se fundieron antaño. Desde esas paredes manaban fuentes de la montaña, puras y que centelleaban ante cualquier rayo de luz.

Siglos tras siglos los túneles y las cavernas permanecieron desprovistos de vida, desolados y solitarios, conocidos sólo de los lamas viajeros astrales, que podían visitar todo y ver todo. Los viajeros astrales habían recorrido la región buscando un refugio como aquél. Ahora, cuando el Terror campeaba en el país del Tíbet, los pasadizos de antaño fueron poblados por una élite de gentes espirituales, destinadas a resurgir en la plenitud de los tiempos.

Primeramente, los monjes cuidadosamente seleccionados anduvieron su camino hacia el norte, para preparar un domicilio dentro de la roca viva; otros en Lhasa embalaron los objetos más preciosos y se prepararon para partir sin ser notados. Desde los conventos de los lamas y de las monjas salió el reguero de aquellos que fueron elegidos. En pequeños grupos y al amparo de la oscuridad, hicieron el trayecto hasta un lago distante y allí acamparon en la orilla para esperar a los otros.

En la «nueva residencia» la Nueva Orden había sido fundada; la Escuela para la Conservación de la Sabiduría. Y el Abad que estaba al frente, un monje viejo y sabio, que tenía más de cien años, había hecho, con inefables sufrimientos, el recorrido hasta las cavernas en la entraña del monte.

Con él habían hecho el viaje los más sabios del país, los Lamas Telépatas, los Clarividentes y los Sabios de Gran Memoria. Poco a poco, durante muchos meses, habían andado su camino subiendo más y más alto en la cordillera, mientras el aire se iba haciendo más tenue con la creciente altitud. En ocasiones, poco más de un kilómetro diario, era todo cuanto sus cuerpos ancianos podían recorrer; un poco más de un kilómetro de trepar sobre peñas enormes, con el viento incesante de los altos pasos que les desgarraba las ropas y amenazaba arrastrarles. En ocasiones, profundas grietas obligaban a un largo y penoso rodeo. Durante casi una semana el anciano Abad fue obligado a permanecer dentro de una tienda de piel de yak, cerrada herméticamente, en tanto que extrañas hierbas y pociones emanaban oxígeno vivificador para aliviar sus pulmones y su corazón atormentados. Luego, con

sobrehumana fortaleza, continuó su viaje aterrador.

Al fin llegaron a su destino una partida reducidísima, pues muchos habían caído a lo largo del camino. Gradualmente se fueron acostumbrando a su cambio de vida. Los Escribas escribieron cuidadosamente el relato de su viaje y los Tallistas hicieron poco a poco los bloques para la impresión a mano de los libros. Los Clarividentes miraron en el futuro, prediciendo el porvenir del Tíbet y de otros países. Esos hombres de la máxima pureza, estaban en contacto con el Cosmos y con el Archivo Akashico, el Archivo que habla de todo el pasado y el presente inmediato en todas partes y de todas las posibilidades del futuro. Los Telépatas también se hallaban atareados enviando mensajes a otros en el Tíbet y manteniéndose en contacto telepático con aquellos de su Orden en todas partes... manteniéndose en contacto ¡conmigo!

«¡Lobsang! ¡Lobsang!». El pensamiento resonó en mi cabeza, haciéndome salir de mis ensoñaciones. Los mensajes telepáticos no tenían importancia para mí, pues me eran más familiares que las llamadas telefónicas; pero este mensaje era apremiante. Y en cierto modo diferente. Me apresuré a relajarme, sentado en la posición del Loto, haciendo que mi mente se abriera y que mi cuerpo reposara. Después, receptor de mensajes telepáticos, esperé. Durante un rato no hubo nada, solamente un amable tanteo, como si Alguien estuviera mirando a través de mis ojos y viera. Viera ¿qué? El fangoso río Detroit, los altos rascacielos de Detroit. La fecha del almanaque se me puso delante: 9 de abril 1960. Otra vez nada. De pronto, como si ese Alguien hubiera tomado una decisión, la Voz resonó nuevamente.

«Lobsang, has sufrido mucho. Te has portado bien, pero no hay tiempo para la complacencia. Aún hay una tarea que tú has de realizar». Hubo una pausa, como si el locutor hubiera sido interrumpido de improviso, y esperé, con el corazón angustiado y lleno de inquietud. Durante los últimos años había padecido más que de sobra infortunios y sufrimientos. Más cambios, acosos y persecuciones que los precisos. Mientras estuve esperando, capté pensamientos telepáticos volanderos de otros que estaban cerca. De la muchacha que impaciente golpeaba el suelo con el pie en la parada del autobús bajo mi ventana: «Ah, este servicio es lo peor que hay en el mundo. ¿Cuándo vendrá?». O los de aquel que iba a entregar un paquete en la casa inmediata: «¿Me atreveré a pedirle un aumento de sueldo al patrono? ¡Millie se va a volver loca si no consigo algún dinero pronto!». Precisamente cuando ocioso me preguntaba quién sería Millie, como una persona que, esperando al teléfono deja vagar el pensamiento, la voz interna insistente llegó de nuevo.

«¡Lobsang! Nuestra decisión está tomada. Ha llegado el momento de que escribas nuevamente. Este libro será tu tarea vital. Debes escribir insistiendo sobre el tema de que alguien puede ocupar el cuerpo de otro, con pleno consentimiento de este último».

Empecé a sentirme desalentado, y casi interrumpí el contacto telepático. ¿Yo?

¿Escribir de nuevo? ¡Y sobre eso! ¡Yo que era tema de controversia y que destestaba cada momento de aquello! Sabía que era todo cuanto había declarado ser, que todo cuanto había escrito antes era la pura verdad. Pero ¿de qué podía servir sacar un relato de aquella tonta temporada de Prensa tormentosa? Estaba más allá de mi comprensión.

Aquello me dejó confuso, desconcertado, con el corazón tan afligido como el de un hombre que está en espera de su ejecución.

«¡Lobsang!». Ahora la voz telepática estaba cargada de considerable acritud; su ronca aspereza fue como una sacudida eléctrica para mi cerebro confuso. «¡Lobsang! Nosotros estamos en una posición mejor que tú para juzgar; tú estás atrapado en la red de los afanes de occidente. Nosotros podemos mantenernos alejados y valorar. Tú no cuentas sino con noticias locales, pero nosotros contamos con las del mundo entero».

Permanecí humildemente en silencio, esperando la continuación del mensaje, conviniendo con Ellos en mis adentros en que, evidentemente, sabían lo más adecuado. Tras un intervalo, la voz llegó de nuevo.

«Has sufrido mucho injustamente, pero ha sido por una buena causa. Tu trabajo anterior ha procurado mucho bien a muchos; pero tú estás enfermo y tu criterio es deficiente y falso respecto al tema del próximo libro».

Mientras escuchaba tendí la mano hacia mi cristal, viejo de un siglo, y lo mantuve ante mí sobre un opaco paño negro. Prontamente el cristal se nubló, tornándose blanco como la leche. Apareció una grieta y las nubes blancas se apartaron, como cuando se corre una cortina para dejar entrar la luz del amanecer. Así como oía, vi. Una vista lejana del enhiesto Himalaya, sus cumbres cubiertas de nieve. Sentí una sensación de caída tan viva, tan real, que noté como dentro de mí el estómago se alzaba. El paisaje se tornó más anchuroso y entonces vi la Cueva, el Nuevo Hogar del Saber. Vi a un Patriarca Anciano, la imagen sin duda antiquísima de un hombre sentado sobre una alfombra plegada de lana de yak. Como el Alto Abad, aquél vestía sencillamente una bata mustia y deteriorada, que parecía tan vieja como él. Su cabeza, alta y abombada, relucía como un viejo pergamino, y la piel de sus manos rugosas apenas si alcanzaba a cubrir los huesos que la soportaban. Era una figura venerable, con fuerte aura de poderío, con la inefable serenidad que da el verdadero saber. En torno de él, en un círculo del cual era centro, se sentaban siete lamas de grado superior. Se hallaban en actitud de meditación, con las palmas de las manos hacia arriba y los dedos entrelazados en forma simbólica e inmemorial. Sus cabezas, levemente inclinadas, miraban todas hacia mí. En mi cristal, era como si yo estuviera en la misma estancia volcánica con ellos, como si me hallara en pie entre ellos. Conversamos casi en contacto físico.

«Has envejecido mucho», dijo uno.

«Tus libros han traído la alegría y la luz a muchos; no te desalientes porque unos pocos estén celosos y mal dispuestos», dijo otro.

«El mineral de hierro puede creer que le torturan en el horno sin motivo; pero cuando reluce la hoja bien templada del mejor acero, piensa de otro modo», dijo el tercero.

«Estamos malgastando tiempo y energías —concluyó el Anciano Patriarca—. Tiene el corazón enfermo en su pecho y se alza a la sombra del Otro Mundo; no debemos sobrecargar sus fuerzas ni abusar de su salud, pues tiene una tarea claramente ante él».

Nuevamente hubo un silencio. Esta vez un silencio salúfero, mientras los lamas telepáticos derramaban energía vivificadora sobre mí, una energía de la que carezco con harta frecuencia desde mi primer ataque de trombosis coronaria. Aquel cuadro que tenía delante, un cuadro del cual parecía yo formar parte, se hizo aún más brillante, casi tan brillante como la realidad. Luego el Anciano alzó la vista y habló:

«Hermano mío —dijo, lo cual era ciertamente un honor, aun cuando yo era también Abad por derecho propio—. Hermano mío, debemos hacer llegar al conocimiento de muchos la verdad de que un yo puede dejar su cuerpo voluntariamente y permitir que otro yo ocupe y reanime el cuerpo vacante. Ésta es tu tarea: comunicar este conocimiento».

Ciertamente fue una sacudida. ¿Mi tarea? No había querido nunca dar publicidad a estas cuestiones, prefiriendo permanecer callado, aun cuando hubiera habido un provecho material en dar conocimiento de esto. Creía que en Occidente, esotéricamente ciego, muchas gentes preferían no saber nada de los mundos ocultos. Así, muchas gentes «ocultistas» que conocí tenían muy escasos conocimientos, sin duda; y un saber escaso es algo peligroso. Mi introspección fue interrumpida por el Abad.

«Como tú sabes bien, vamos a pisar el umbral de una Nueva Era. Una Era cuya finalidad es que el hombre se purifique de sus escorias y viva en paz con los otros y consigo mismo. Las poblaciones han de ser estables, ni elevarse ni descender y esto sin intenciones bélicas, pues un país cuya población se eleva ha de recurrir a la guerra, con el fin de obtener más espacio vital. Debemos hacer comprender a la gente cómo puede un cuerpo ser desechado, como un vestido viejo que ya no puede servir al que lo lleva, y pasar a otro que necesita tal cuerpo con algún propósito determinado».

Me sobresalté involuntariamente. Sí, conocía cuanto hay que saber sobre eso, pero no contaba con tener que *escribir* acerca de ello. La idea en conjunto me asustaba.

El viejo Abad sonrió un instante al decir:

«Veo que esta idea, este trabajo, no te es grato, Hermano mío. Sin embargo, hasta

en Occidente, en lo que se denomina la fe cristiana, hay antecedentes numerosos, muchos ejemplos de “posesión”. Que gran número de estos casos sean mirados como malignos, o como magia negra, es una desgracia y refleja meramente la actitud de quienes saben poco acerca del tema. Tu tarea será escribir de modo que quienes tienen ojos puedan leer y quienes hayan leído, puedan saber».

«Habrá suicidios —pensé—. La gente se precipitará al suicidio, tanto para huir de deudas y contrariedades como para hacer un favor a otros al proporcionarles un cuerpo».

«No, no, Hermano mío —dijo el viejo Abad—. Estás en un error. Nadie puede huir de sus deudas por medio del suicidio, y nadie puede dejar su cuerpo para otro, tampoco, a menos que haya razones muy especiales que lo justifiquen. Debemos esperar el advenimiento total de la Nueva Era, y nadie puede debidamente abandonar su cuerpo hasta que el tiempo de vida que les es concedido transcurra. Además, sólo puede hacerse cuando las Fuerzas Superiores lo permiten».

Miré a los que estaban ante mí, observando el jugueteo de la luz dorada en torno de sus cabezas, el azul eléctrico de la sabiduría de sus auras y la interacción de sus «Cordones de Plata». Un cuadro, en vivientes colores, de hombres sabios y puros. Hombres austeros, ascéticos, aislados del mundo. Dueños de sí mismos y confiados en sí mismos.

«Eso está muy bien para ellos —murmuré para mí—. No tienen que vivir la vida del Occidente, ruda y agitada».

A través del fangoso río Detroit el estruendo del tráfico llegaba en oleadas. Un vaporcito mañanero de los Grandes Lagos cruzó por mi ventana, haciendo que el hielo se partiera crujiente ante él. ¿La Vida Occidental? Ruido, alboroto, radios trompeteras vociferando los pretendidos méritos de un vendedor de coches tras otro. En el Nuevo Hogar había paz, paz para trabajar, para pensar, sin que tuviera uno que preguntarse —como aquí— quién iba a ser el siguiente que por unos cuantos dólares le diera a uno una puñalada por la espalda.

«Hermano mío —dijo el Anciano—. Nosotros vivimos también las rudezas y agitaciones de un país invadido, donde oponerse al opresor significa la muerte tras lentas torturas. Nuestro alimento tiene que ser traído a pie a través de un centenar de millas de traicioneros caminos montañosos, donde un paso en falso o una piedra suelta puede mandar a uno a la muerte en una caída de miles de metros. Vivimos con un tazón de *tsampa* que nos basta para todo el día. Para beber tenemos las aguas de los arroyos de la montaña. El té es un lujo innecesario del cual hemos aprendido a prescindir, pues tener placeres que requieren el riesgo de otros es una maldad sin duda. Mira más atentamente tu cristal, Hermano mío, y nos esforzaremos por mostrarte la Lhasa de hoy».

Me levanté de mi asiento junto a la ventana, para cerciorarme de que las tres

puertas de mi habitación estaban firmemente cerradas. No había medio de silenciar el incesante estruendo del tráfico. Del tráfico de esta ribera del Canadá y del que llegaba más atenuado y pulsátil del afanoso Detroit. Entre el río y yo estaba la carretera general, más cercana de mí, y las seis vías del ferrocarril. ¿Ruido? Aquello no tenía fin. Con un vistazo postrero a la huidiza escena moderna que tenía ante mí, cerré las persianas y volví a mi sitio dando la espalda a la ventana.

El cristal ante mí parpadeaba con luz azulada, con una luminosidad cambiante y en torbellino, al volverme hacia él. Cuando lo tomé y toqué con él un momento mi cabeza, para establecer de nuevo «rapport», era cálido entre mis dedos, señal cierta de que estaba siendo enviada a él mucha energía de una fuente externa.

El rostro del Abad anciano me miraba benévolo y cruzaba por sus rasgos una sonrisa fugaz. Luego fue como si ocurriera una explosión. La imagen se tornó desorientada, una serie de retazos de miles de colores no relacionados y de arremolinadas banderas. De pronto fue como si alguien hubiese abierto una puerta de golpe, una puerta en el firmamento y como si yo me encontrara en esa puerta abierta. Toda sensación de «mirar en el cristal» desapareció. ¡Estaba *allí!*

A mis pies, resplandeciendo suavemente a la luz del sol crepuscular, estaba mi sede, Lhasa. Apiñada bajo la protección de la enorme cordillera, con el río Feliz corriendo veloz por el verde valle. Sentí de nuevo los acerbos dolores de la nostalgia. Todos los odios y durezas de la vida de Occidente brotaron dentro de mí y pareció que mi corazón iba a partirse. Los gozos y las penas y el riguroso adiestramiento que había soportado aquí, la visión de mi tierra natal, hizo que todos mis sentimientos se alborotaran ante la falta de comprensión cruel de los occidentales.

¡Pero no estaba allí para mi propio placer! Lentamente me pareció ser descendido del cielo, como si me hallara en un globo que bajara con suavidad. A unos pocos cientos de metros sobre la superficie exclamé con asombro y horror: ¿*Campos de aterrizaje?* ¡Había campos de aterrizaje en torno a la ciudad de Lhasa! Sí, había muchas cosas que no me eran familiares y, cuando miré en torno mío, vi dos nuevas carreteras que pasaban por la cordillera y desaparecían en dirección de la India. Tráfico, tráfico rodado, vehículos que corrían veloces. Descendí más, bajo el control de quienes me habían llevado allí. Bajé más y vi excavaciones donde esclavos excavaban cimientos bajo el control del ejército chino. ¡Horror de los Horrores! Al pie mismo del glorioso palacio de Potala se extendía una fea ciudad de chozas servida por una red de sucios caminos. Alambradas sin orden enlazaban las construcciones y daban a la población un aire sucio y desaliñado. Alcé la vista hacia el palacio y — ¡por el Diente Sagrado de Buda!— Potala había sido profanado con los eslóganes comunistas chinos. Prorrumpiendo en un sollozo de doliente desconsuelo volví la mirada hacia otra parte.

Un camión que venía rodando por la carretera pasó exactamente a través de mí...

pues estaba en cuerpo astral, espectro sin sustancia material, y se detuvo retemblando pocos metros más allá. Vociferando, soldados chinos de ropas embarradas salieron del gran camión arrastrando a cinco monjes. Los altavoces de las esquinas de todas las calles empezaron a vociferar y, a las órdenes de tono metálico, la plaza en la cual me hallaba se llenó de gente. Prontamente, porque los capataces chinos, con látigos y bayonetas, fustigaban y punzaban a los que se rezagaban. La multitud, tibetanos y colonos chinos traídos a la fuerza, tenían aire abatido y demacrado. Marchaban con trabajo y nerviosamente, alzando nubecillas de polvo que eran llevadas por el viento del atardecer.

Los cinco monjes, delgados y manchados de sangre, fueron empujados rudamente para que se pusieran de rodillas. Uno de ellos, con el ojo izquierdo salido de su órbita y colgando en la mejilla, era bien conocido de mí; había sido acólito cuando yo era lama. La sombría multitud quedó silenciosa y quieta cuando un «jeep» fabricado en Rusia vino corriendo por la carretera desde un edificio que tenía el rótulo de «Departamento de Administración Tibetano». Todo estuvo en silencio y en tensión mientras, vadeando a la multitud, fue a detenerse a unos siete metros tras el camión.

La guardia se puso firme y un autócrata chino salió ufano del coche. Un soldado corrió hacia él soltando alambre de un carrete a medida que avanzaba. Al encontrarse ante el autócrata, el soldado saludó y sostuvo en alto el micrófono. El gobernador, o administrador o como quiera que se titulara, miró desdeñosamente en torno antes de hablar por el aparato.

—Habéis sido traídos aquí —dijo— para presenciar la ejecución de estos cinco monjes reaccionarios y subversivos. Nadie puede interceptar el camino del glorioso pueblo chino, bajo la capaz dirección del camarada Mao.

Se alejó y los altavoces que había en lo alto del camión quedaron en silencio. El gobernador hizo, con su espada larga y curva, un ademán a un soldado. Luego fue hacia el primer prisionero atado y puesto de rodillas ante él. Durante un momento permaneció con los pies separados, probando el filo de su acero en el pulpejo del pulgar. Complacido adoptó la postura adecuada para golpear y, delicadamente, tocó el cuello del hombre maniatado. Luego, alzando la espada por encima de su cabeza, con el sol del crepúsculo reluciendo en la hoja brillante, la dejó caer. Hubo un rumor fangoso, seguido instantáneamente de un vivo chasquido, y la cabeza del hombre cayó de sus hombros, seguida por un brillante raudal de sangre que manó palpitante una y otra vez antes de quedar reducido a un tenue reguero. Como el cuerpo contorsionado y sin cabeza yacía sobre el suelo polvoriento, el gobernador le escupió y exclamó:

—¡Así morirán todos los enemigos de la comunidad!

El monje con el ojo colgando en la mejilla irguió dignamente la cabeza y gritó con voz fuerte:

—¡Viva el Tíbet! ¡Por la gloria de Buda resurgirá de nuevo!

Un soldado estaba a punto de atravesarle con la bayoneta cuando el gobernador se apresuró a detenerle. Con el rostro contraído por la cólera, gritó:

—¿Estás insultando al glorioso pueblo chino? ¡Pues morirás lentamente!

Se volvió hacia los soldados y vociferó órdenes. Los hombres corrían por todas partes. Dos de ellos fueron apresuradamente a un edificio cercano y volvieron corriendo con unas cuerdas. Otros golpearon con sables las ligaduras del monje atado, cortándole, al hacerlo, en los brazos y en las piernas. El gobernador golpeaba el suelo con el pie, y gritaba que trajeran más tibetanos a presenciar la escena. Los altavoces vociferaban otra vez, y camiones cargados de soldados, llegaban trayendo mujeres y niños, «a presenciar la justicia de los camaradas chinos». Un soldado golpeó al monje en el rostro con la culata del fusil, reventando el ojo que colgaba, y aplastándole la nariz.

El gobernador permanecía ocioso, mirando a los otros tres monjes, todavía maniatados y arrodillados en el polvo de la carretera.

—Matadlos —dijo—. Disparadles en la nuca y dejad tirados sus cadáveres.

Se adelantó un soldado y sacó el revólver. Colocándolo con precisión tras de la oreja, apretó el gatillo. La víctima cayó hacia adelante y sus sesos se esparcieron por el suelo. Sin preocuparse de esto en absoluto, fue al segundo monje y le disparó en el acto. Cuando se dirigía al tercero, un soldado joven dijo:

—Déjame a mí, camarada, porque no he matado todavía.

Con un gesto de asentimiento el ejecutor se hizo a un lado, para dejar que el soldado bisoño, temblando de ansiedad, ocupara su puesto. Sacando el revolver, apuntó al tercer monje, cerró los ojos y apretó el gatillo. La bala pasó a través de las mejillas de la víctima e hirió a un espectador tibetano en pie.

—Prueba otra vez —dijo el ejecutor anterior— y no cierres los ojos.

Pero ahora le temblaba la mano, tanto por el temor como por la vergüenza, y falló completamente, al notar que el gobernador le miraba con aire desdeñoso.

—Apoya la boca del cañón en la oreja y dispara —le dijo éste.

Nuevamente el soldado bisoño dio un paso hacia el monje condenado a muerte, le metió la boca del cañón brutalmente por el oído y accionó el gatillo. El monje cayó muerto junto a sus compañeros.

La multitud había aumentando y, cuando mire en torno, vi que un monje conocido mío estaba atado por el brazo y la pierna derechos al camión. Un chino sonriente subió al «jeep» y puso el motor en marcha. Lenta, lo más lentamente posible, metió la palanca y echó a andar. El brazo del monje se estiró por completo como una barra de hierro, se produjo una pequeña grieta; el brazo fue arrancado de cuajo. El «jeep» siguió andando. Con un fuerte chasquido, el hueso de la cadera se rompió y la pierna derecha quedó arrancada del cuerpo. El «jeep» se detuvo y subió a él el gobernador.

Luego el vehículo echó a andar con el cuerpo ensangrentado del monje moribundo, que rebotaba a cada sacudida por el camino pedregoso. Los soldados treparon al camión grande y se fueron arrastrando un brazo y una pierna ensangrentados.

Cuando, sintiéndome indispuerto, miré hacia otro lado, oí un grito femenino, venido del interior de un edificio, seguido de una risa grosera. Hubo un juramento en chino, cuando la mujer, evidentemente, mordió a su atacante, y un chillido que se alzó trémulo, cuando la mujer fue acuchillada como réplica.

Sobre mí, el azul oscuro del firmamento nocturno, profusamente salpicado de puntitos minúsculos, de luces de colores, que eran otros tantos mundos. Muchos de éstos, como yo sabía, habitados. ¿Cuántos, me pregunte, serán tan brutales como la Tierra? En torno mío había cadáveres. Cadáveres insepultos. Cuerpos que se conservaban en el aire frígido del Tíbet hasta que los cuervos o cualquier animal salvaje los devorara. No había ningún perro que pudiera ayudar en la tarea, porque los chinos habían matado a todos para comérselos. Tampoco había gatos que guardaran los templos de Lhasa, porque los gatos habían sido muertos también. ¿Qué era la muerte? La vida del tibetano no valía más para el invasor chino que una hoja de hierba arrancada del suelo.

El palacio de Potala se alzaba ante mí. Ahora a la leve luz de las estrellas, los toscos eslóganes chinos se fundían con las sombras y no eran visibles. Un reflector se elevó por encima de las Tumbas Sagradas, mirando a través del valle de Lhasa como un ojo maligno. Chakpori, mi Colegio Médico, parecía desvalido y abandonado. Desde su cúspide llegaban retazos de una canción china obscena. Durante algún tiempo permanecí en honda contemplación. De improviso una voz dijo:

«Hermano mío, debes alejarte ahora, porque has estado abstraído mucho tiempo. A medida que te eleves, mira bien en torno tuyo».

Lentamente me fui alzando en el aire, como una hoja que se mece en la brisa fugaz. Ahora la luna había salido e inundaba el valle y las cimas de la montaña con luz pura y plateada. Vi con horror las antiguas lamaserías bombardeadas y deshabitadas, con todos los restos de sus posesiones terrenales humanas esparcidos descuidadamente. Los muertos insepultos yacían en grotescos montones, preservados por el frío eterno. Algunos rehiletes de oración se mantenían sujetos, otros habían sido despojados de la tela, desgarrados y convertidos en sudarios andrajosos de carne sanguinolenta por las explosiones de las bombas y la metralla.

Vi una Sagrada Figura intacta, mirando hacia abajo, como si compadeciera a la humanidad por su locura asesina.

Sobre las laderas escabrosas, donde las ermitas se aferraban a los costados de las montañas en amoroso abrazo, vi cómo éstas, una a una, habían sido saqueadas por los invasores. Los ermitaños, emparedados durante años en solitaria oscuridad, para la búsqueda del progreso espiritual, quedaban cegados al instante, cuando el reflector

penetraba en las celdas. Casi sin excepción todos los ermitaños estaban ahora muertos, junto a su morada en ruinas y junto al amigo de toda la vida, su sirviente, tendido a su lado.

No podía mirar más. ¿Matanza? ¿Asesinato sin sentido de monjes inocentes e indefensos? ¿De qué serviría eso? Me volví y llamé a quienes me habían guiado para que me sacaran de aquel cementerio.

Mi misión en la vida, lo supe desde el principio, estaba en conexión con el aura humana, esa radiación que rodea por completo el cuerpo del hombre y que por sus colores fluctuantes muestra al adepto si una persona es honrada o no. Las personas enfermas pueden conseguir que su enfermedad sea vista por los colores del aura. Todo el mundo puede notar el halo en torno de una luz del alumbrado público en una noche de niebla. Algunos pueden hasta haber observado la tan conocida «corona de descarga» de los cables de alta tensión en ocasiones determinadas. El aura humana es un tanto semejante. Muestra la fuerza vital de dentro. Los artistas de antaño pintaban un halo o nimbo en torno de la cabeza de los santos. ¿Por qué? Porque podían ver el aura de esas personas. Desde la publicación de mis dos primeros libros me han escrito gentes de todas las partes del mundo, y algunas de ellas han podido ver también el aura.

Hace años el doctor Kilner, investigando en el London Hospital, se encontró con que podía, en determinadas circunstancias, verla. Escribió un libro acerca de esto. La ciencia médica no estaba preparada para un descubrimiento así y todos sus hallazgos fueron silenciados. Yo también, a mi modo, estoy haciendo investigaciones para idear un instrumento que permitirá a cualquier médico o científico ver el aura de otra persona y curar enfermedades «incurables», mediante las vibraciones ultrasónicas. El dinero, el dinero, ése es el problema. ¡Las investigaciones son siempre costosas!

Y ahora debo emprender, ellos quieren que emprenda, ¡otra tarea! ¡La referente al cambio de cuerpo!

Al otro lado de mi ventana hay un *estruendo* que literalmente conmueve la casa. «Ah —pienso—, el del ferrocarril está gritando otra vez. No habrá ya silencio en un buen rato». En el río un vapor de carga de los Grandes Lagos pita tristemente —como una vaca que muge llamando a su ternera— y desde la lejanía viene la respuesta en eco de otro barco.

«¡Hermano mío!».

La voz llega a mí de nuevo y apresuradamente dedico mi atención al cristal. Los ancianos están aún sentados en círculo con el Patriarca Anciano en el centro. Ahora parecen cansados, exhaustos. Acaso podría describirse más exactamente su estado, diciendo que habían transmitido mucha energía para hacer posible este viaje impremeditado, improvisado.

«¡Hermano mío!, has visto claramente la situación de nuestro país. Has visto la

dura mano del opresor. Tu tarea, tus dos tareas están claras ante ti y pueden tener éxito en las dos para la gloria de nuestra Orden».

El cansado anciano parecía ansioso. Sabía —como lo sé yo— que podría con honra rechazar esta tarea. Había sido muy mal comprendido a causa de los cuentos mentirosos propalados por un grupo mal dispuesto. Sin embargo, yo era altamente clarividente, altamente telepático. El viaje astral para mí era más fácil que el andar. ¿Escribir? Bueno, sí. Las gentes pueden leer lo que escriba y, si no creen *todo*, luego, aquellos que estuvieran suficientemente evolucionados, sí creerían y *conocerían* la verdad.

«Hermano mío —dijo el anciano en voz baja—. Aun cuando el no evolucionado, el no esclarecido trate de creer que escribes algo ficticio, lo suficiente en cuanto a la Verdad llegará a su subconsciente y... ¿quién sabe? La menuda simiente de la Verdad florecerá en ésta o en su vida inmediata. Como Buda mismo dijo en la parábola de los Tres Carros, el fin justifica los medios».

¡La parábola de los Tres Carros! ¡Qué recuerdos más vivaces me trae! ¡Qué claramente recuerdo a mi querido guía y amigo, el Lama Mingyar Dondup, cuando me instruyó en Chakpori!

Un viejo monje médico había estado calmando los temores de una mujer muy anciana con algunas «mentiras blancas», inofensivas. Yo, joven e inexperto había, con afectada complacencia, expresado mi desagradable sorpresa al ver que un monje podía decir algo que no era cierto, aun en una circunstancia como aquélla. Mi guía había venido conmigo y dijo: «Vamos a mi aposento, Lobsang. Podremos recordar con provecho las Escrituras». Me sonrió con su aura cálida, benévola por la satisfacción, al darse vuelta y caminar junto a mí hacia su habitación muy alta que daba al palacio de Potala.

—Té y pasteles indios, sí. Tenemos que tomar un refrigerio, Lobsang, pues con él podrás también asimilar conocimientos.

El sirviente monje, que nos había visto entrar, apareció, sin que yo le dijera nada, con las cosas exquisitas que me agradan y que sólo puedo obtener mediante los buenos oficios de mi guía.

Durante un rato permanecimos sentados inactivos, o más bien yo hablaba mientras comía. Luego, cuando terminé, el ilustrísimo Lama dijo:

—Hay excepciones en todas las reglas, Lobsang, y cada moneda o cada medalla tiene dos caras. Buda habló extensamente a sus amigos y discípulos y mucho de lo que Él dijo fue escrito y se conserva. Hay una parábola muy aplicable al caso presente y quiero contártela.

Se acomodó, tragó saliva y continuó:

—Ésta es la parábola de los Tres Carros. Así llamada porque los carros de juguete eran tan solicitados por los chicos de aquellos días, como los zancos y los pasteles

indios lo son ahora. Buda estaba hablando a uno de sus seguidores, llamado Sariputra. Se hallaban sentados a la sombra de uno de los grandes árboles indios, discutiendo sobre lo que era verdad y lo que no era verdad y de cómo los méritos de lo primero son a veces sobrepujados por la bondad de lo segundo.

Buda dijo:

—Ahora, Sariputra, tomemos el caso de un hombre muy rico, tanto que podía permitirse el lujo de satisfacer todos los caprichos de su familia. Era un hombre anciano con una casa muy grande y con muchos hijos. Desde su nacimiento, había hecho todo lo posible por proteger a sus pequeños del peligro. Ni conocían peligro alguno, ni habían experimentado el dolor. Aquel hombre salió de su heredad y de su casa y fue a un pueblo cercano para un asunto de negocios. Al volver vio que subía humo hacia el cielo. Apresuró el paso más y, cuando se acercaba a su casa, se encontró con que estaba ardiendo. Ardían las cuatro paredes y el techo se estaba quemando. Dentro de la casa sus hijos jugaban todavía, porque no comprendían lo que era el peligro. Podían haber salido, pero no conocían el significado del dolor por haber estado tan protegidos; no comprendían el peligro del fuego, porque el único fuego que habían visto era el fuego de las cocinas.

El hombre estaba muy preocupado por ver cómo podía entrar solo en la casa y salvar a sus hijos. De haber entrado hubiera podido acaso sacar fuera a uno solo, pues los otros se habrían puesto a jugar, creyendo que todo era un juego. Algunos eran muy pequeños y podían meterse correteando en el fuego, ya que no habían aprendido a temerlo. El padre fue a la puerta y les llamó diciendo: «¡Muchachos, muchachos, salid. Venid aquí inmediatamente!».

Pero los muchachos no querían obedecer a su padre, querían jugar, querían agruparse en el centro de la casa, alejándose del calor creciente que no comprendían. El padre pensó: «Conozco a mis hijos bien. Los conozco exactamente; sé las diferencias de sus caracteres y cada matiz de su temperamento; sé que sólo saldrán fuera sí creen que hay algo a ganar aquí, algún juguete nuevo». Y así volvió a la puerta y llamó en voz alta: «¡Muchachos, muchachos, salid inmediatamente! ¡Tengo aquí, al lado de la puerta, juguetes para vosotros: bueyes, carros y uno de éstos es rápido como el viento porque está tirado por un ciervo! ¡Salid pronto o no los tendréis!».

Los muchachos no temían el fuego, no temían el peligro del techo y las paredes en llamas; sólo temían perder los juguetes, y salieron apresurados. Venían abalanzándose, saltando, empujándose unos a otros en su avidez de ser los primeros en llegar a los juguetes y poder elegir antes. Así que el último salió del edificio, el techo en llamas cayó en medio de una lluvia de chispas y de escombros.

Los chicos no hicieron caso del peligro que acababan de pasar, sino que armaron un gran alboroto: «Padre, padre, ¿dónde están los juguetes que nos has prometido?»

¿Dónde están los tres carros? Nos hemos apresurado, pero no están aquí. Tú lo *prometiste*, padre».

El padre, un hombre rico, para el cual la pérdida de la casa no era un gran golpe, ahora que sus hijos estaban a salvo, se apresuró a llevárselos de allí y les compró sus juguetes, los tres carros, comprendiendo que su artificio había salvado las vidas de sus hijos.

Buda se volvió hacia Sariputra y dijo: «Bueno, Sariputra, ¿no estaba aquel artificio justificado? ¿No justificó ese hombre el fin utilizando medios inocentes? Sin su sabiduría sus hijos hubieran sido consumidos por las llamas».

Sariputra se volvió hacia Buda y dijo: «Sí, oh Maestro. El fin justificó los medios y trajo mucho bien».

El lama Mingyar Dondup me sonrió y dijo:

—Te dejaron tres días fuera de Chakpori y creíste que se te había prohibido la entrada. Pero estábamos haciendo una prueba contigo, utilizando un medio que estaba justificado en su fin, porque avanzaste mucho.

Yo también estoy empleando «un medio que estará justificado en su fin». Voy a escribir ésta, que es mi historia verdadera —*El Tercer Ojo* y *El Doctor de Lhasa* son enteramente ciertos también—, con el fin de poder continuar después con mi trabajo del aura. Ha habido demasiadas personas que me escriben preguntando por qué escribo esto, y voy a explicárselo. Escribo la verdad con el fin de que los occidentales sepan que el alma del hombre es más grande que esos sputniks o esos cohetes zumbadores. Con el tiempo el hombre irá a otros planetas en viaje astral, ¡como yo he ido! Pero el occidental no irá mientras todo cuanto piensa sobre esto sea para el provecho propio y para el progreso propio, sin preocuparse de los derechos de los demás.

Escribo la verdad con el fin de que después pueda avanzar en la cuestión del aura humana. Pienso en esto (que llegará): En un enfermo que entra a la consulta de un médico. Éste no se toma la molestia de preguntarle nada, sino que se limita a sacar una cámara especial y fotografiar el aura del paciente. Al minuto o cosa así, este médico de medicina general, no clarividente, tendrá en sus manos una fotografía en colores del aura de su paciente. La estudiará en sus estrías y matices, como el psiquiatra estudia el registro de las ondas cerebrales de un enfermo mental.

El médico de medicina general, una vez que compare la fotografía en colores con modelos diseñados, recetará un tratamiento de rayos ultrasónicos y de colores espectrales, que subsanarán las deficiencias del aura del paciente. ¿El cáncer? Se curará. ¿La tuberculosis? También se curará. ¿Que es absurdo? Hace muy poco era absurdo pensar en el envío de ondas de radio a través del Atlántico. Era absurdo pensar en volar a más de cien kilómetros por hora. Se decía que el cuerpo no iba a resistir esa tensión. Era absurdo pensar en adentrarse en el espacio. Pero hoy lo han

hecho ya los monos. Esta absurda idea mía ¡la he visto en acción!

Los ruidos del exterior penetraban en mi habitación, volviéndome al presente. ¿Ruidos? Trenes que hacían maniobras, un carro de bomberos vociferador que pasaba velozmente y gentes que, hablando alto, se apresuraban hacia las luces brillantes de un lugar de diversión.

«Después —me digo a mí mismo—, cuando ese terrible clamor cese, me serviré del cristal y les diré a ellos que haré cuanto piden».

Una sensación cálida y creciente, que siento dentro de mí, me dice que «ellos lo saben ya y que se alegran».

Así, tal y como se me ha ordenado, aquí está la verídica *Historia de Rampa*.

Capítulo segundo

El Tíbet, a principios de siglo, se hallaba acosado por múltiples problemas. Inglaterra alborotaba mucho diciendo a gritos a todo el mundo que aquel país era demasiado amigo de Rusia, con detrimento del Imperialismo británico. El Zar de todas las Rusias se desgañitaba en los vastos salones de su palacio de Moscú, quejándose a voces de que el Tíbet era demasiado amigo de Inglaterra. La Corte Imperial china resonaba con las fervientes acusaciones de que el Tíbet se estaba haciendo demasiado amigo de Inglaterra y de Rusia y que, sin duda, no era lo suficientemente amistoso para con la China.

Lhasa se hallaba plagada de espías de varias naciones, escasamente disfrazados de monjes mendicantes, de peregrinos, de misioneros o de cualquier cosa que pareciese ofrecer una excusa plausible para estar en el Tíbet. Diversos caballeros de diversas razas se reunieron en un lugar incierto, al amparo dudoso de la oscuridad, para ver cómo podían aprovecharse de la turbulenta situación internacional. El Gran Treceavo, la Treceava Encarnación del Dalai Lama, gran hombre de Estado por derecho propio, se mantuvo sereno él y mantuvo la paz, gobernando el Tíbet de modo que se encontraba libre de enredos. Mensajes corteses de imperecedera amistad e insinceros ofrecimientos de «protección» cruzaron el Sagrado Himalaya, procedentes de las naciones que dirigían el mundo.

En un ambiente así, de turbulencia e inquietud, nací yo. Como mi abuela Rampa dijo con verdad, nací en la turbulencia, he estado en ella desde entonces y apenas ninguna de esas situaciones fue obra mía. Los Videntes y Dicentes de la Verdad alabaron en voz alta las dotes innatas de clarividencia y de telepatía del «niño». «Es un ego exaltado —dijo uno—, cuyo destino es dejar su nombre en la historia», añadió otro. «Una Gran Luz para nuestra Causa», anunció un tercero. Y yo, a esa temprana edad, alcé mi voz en acalorada protesta, por haber sido tan necio como para nacer una vez más. Los familiares, en cuanto fui capaz de comprender su habla, aprovecharon todas las ocasiones para hacerme recordar lo ruidoso que entonces era: me dijeron jovialmente que mi voz fue la más ronca y menos musical de cuantas habían tenido la desgracia de escuchar.

Mi padre fue uno de los hombres destacados del Tíbet. Noble de alto rango, tenía considerable influencia en los asuntos de nuestro país. Mi madre también, a través de su familia, ejercía gran autoridad en cuestiones políticas. Ahora, mirando hacia los años transcurridos, me siento inclinado a pensar que ambos fueron tan importantes como mi madre creía que lo eran, y no significaba poco.

Mis primeros días los pasé en nuestra casa junto al palacio de Potala, precisamente frente al Kaling Chu, o río Feliz. Feliz porque da vida a Lhasa al absorber en su curso muchos arroyos que serpentean después por toda la ciudad como

riachuelos. Nuestra casa tenía un hermoso arbolado y también mucha servidumbre, pues mis padres vivían con un esplendor principesco. Yo... bueno, estuve sujeto a una gran disciplina, a muchas durezas. Mi padre se había vuelto de muy mal carácter durante la invasión china de la primera década del siglo, y, al parecer, adquirió un desagrado irracional hacia mí. Mi madre, como tantas mujeres de sociedad por todo el mundo, no tenía tiempo para cuidarse de sus hijos, mirándoles como algo de lo que debía deshacerse lo más rápidamente posible, dejándolos luego encerrados con algún acompañante asalariado.

Mi hermano Paljor no estuvo mucho tiempo con nosotros; antes de cumplir los siete partió para «las Praderas Celestiales», hacia la Paz. Yo entonces tenía cuatro años, y el desagrado de mi padre hacia mí *parecía* haberse acrecentado para entonces. Mi hermana Yasodhara tenía seis cuando nuestro hermano falleció, y ambos lamentamos, no su muerte, sino la creciente disciplina que dio comienzo tras de su fallecimiento.

Hoy todos los miembros de mi familia se hallan muertos, asesinados por los comunistas chinos. A mi hermana la mataron por oponerse al avance de los invasores; a mis padres, por ser terratenientes. La casa desde donde yo miraba con ojos muy abiertos por encima del hermoso arbolado, ha sido transformada en dormitorio, para los trabajadores esclavos. En una ala de la casa están las mujeres y en la otra los hombres. Todos son casados y, si el marido y la mujer se portan bien y realizan la tarea que les ha sido asignada, pueden verse una vez a la semana durante media hora, después de lo cual son sometidos a un examen médico.

Pero en los largos días de mi infancia esas cosas estaban en el futuro; eran algo que se sabía podría ocurrir, pero que, como la muerte al fin de nuestra vida, no nos impone demasiado. Los Astrólogos habían predicho sin duda que eso iba a suceder, pero nosotros seguíamos viviendo felices nuestras vidas cotidianas sin pensar en el futuro.

Precisamente cuando iba a cumplir los siete años, a la edad en que mi hermano dejó esta vida, hubo una gran fiesta ceremonial, en la cual los Astrólogos del Estado consultaron sus planos y determinaron cuál iba a ser mi futuro. Todos cuantos representaban algo se hallaban presentes. Hubo muchos que entraron sin invitación, sobornando a los sirvientes para que les dejaran pasar. Eran tantas las apreturas que apenas había sitio para moverse en nuestro espacioso parque.

El sacerdote estuvo haciendo tanteos, como suelen hacerlo los sacerdotes, pero adoptó una actitud impresionante antes de anunciar los aspectos más destacados de mi carrera. En justicia debo hacer constar que acertó por completo en cuanto dijo acerca de mis infortunios. Luego comunicaron a mis padres que debía ingresar en la lamasería de Chakpori, para educarme como monje médico.

Mi pesadumbre fue grande, porque tenía la sensación de que eso me llevaría a

sufrir contrariedades. Sin embargo, nadie me prestó oído, y poco después fui sometido a la prueba de permanecer sentado ante la puerta de la lamasería durante tres días y tres noches, sólo por ver si poseía la resistencia necesaria para ser monje médico. El haber pasado la prueba fue más bien un tributo al temor que sentía por mi padre que un resultado de mi resistencia física. Pero ingresar en Chakpori fue la etapa más cómoda. Allí nuestras jornadas eran largas; resultaba duro ciertamente tener días que comenzaban a medianoche y que se nos exigiera asistir a los servicios a intervalos tanto durante la noche como durante el día. Se nos enseñaban las materias académicas corrientes, nuestros deberes religiosos, temas del mundo metafísico y conocimientos de medicina, pues íbamos a ser monjes médicos. Nuestros remedios orientales son de tal género que la mentalidad médica occidental no puede aún comprenderlos. Sin embargo, las casas de productos farmacéuticos de Occidente tratan con empeño de sintetizar los poderosos ingredientes que hay en las hierbas que empleamos. Luego, los remedios orientales de la edad de oro recibirán un nombre muy sonoro y serán proclamados como un ejemplo de los logros occidentales. Así es el progreso.

Cuando tenía ocho años sufrí una operación en la que se abrió mi «Tercer Ojo», el órgano especial de la clarividencia, que está a punto de morir en muchas gentes porque le niegan la existencia. Mediante la visión de este «ojo», fui capaz de distinguir el aura humana y de adivinar así las intenciones de aquellos que me rodeaban. Era —y es— más interesante que escuchar las palabras huecas de quienes fingen amistad para el propio lucro, pero llevando en verdad la muerte más negra en sus corazones. El aura puede revelar todo el historial médico de una persona. Estableciendo lo que *falta* en ella y reponiéndolo, mediante radiaciones especiales, las gentes pueden curarse, de sus enfermedades.

Como yo tenía poderes superiores a los habituales en la clarividencia, era llamado muchas veces por el Recóndito, la Grande y Treceava Encarnación del Dalai Lama para que viera el aura de quienes le visitaban «en son de amistad». Mi amado guía, el Lama Mingyar Dondup, clarividente muy capaz, me adiestró bien. Asimismo me hizo aprender los más grandes secretos del viaje astral, que ahora es para mí más fácil que el andar. Casi todo el mundo, llamen como llamen a su religión, cree en la existencia de «un alma» o de «otro cuerpo». En realidad hay varios «cuerpos» o «envolturas», pero su número exacto no nos interesa a nosotros ahora. Yo creo —más bien yo sé— que es posible yacer fuera del cuerpo físico ordinario (del que soporta la ropa) y viajar por cualquier parte, hasta más allá de la Tierra, en forma astral.

Todo el mundo realiza viajes astrales, aun aquellos que consideran esto «una completa necesidad». Es algo tan natural como la respiración. La mayor parte de la gente lo hace durmiendo, de modo que, a menos de estar adiestrado, no saben nada de esos viajes. Cuántas personas exclaman por la mañana: «¡Ah! He tenido un sueño tan

maravilloso esta noche... me parecía estar con fulana de tal. Estábamos muy contentas de estar juntas y ella me dijo que iba a escribir. ¡Naturalmente todo eso ahora es muy vago!». Y luego, por lo general a los pocos días, la carta llega. La explicación consiste en que una de las personas viajó astralmente hacia la otra y, como no estaban adiestradas, el viaje se convirtió en un «sueño». Casi todo el mundo puede viajar astralmente. Cuántos casos auténticos existen de personas moribundas que visitan en sueños a los que aman, con el fin de despedirse. Esto, una vez más, es un viaje astral. La persona que muere, con los lazos de la vida mundanal desatados, visita sin dificultad a un amigo al pasar.

Las personas adiestradas pueden tenderse, relajarse y luego soltar las ataduras que encadenan el ego, o el cuerpo que nos acompaña, o el alma, pues, llámesele como se quiera, es la misma cosa. Luego, cuando la única conexión entre los dos es el «Cordón de Plata», el segundo cuerpo puede errar como un globo cautivo hasta el alcance de su cuerda. Dondequiera que se pueda pensar, allí se puede ir, plenamente consciente, enteramente despierto, cuando se está entrenado. El estado de sueño existe cuando una persona astral viaja sin saberlo y trae al regreso impresiones confusas y revueltas. A menos de estar adiestrado, hay una multitud de impresiones que se están recibiendo constantemente por el «Cordón de Plata» y que confunden al «durmiente» más y más. En lo astral puede uno ir *a cualquier parte*, incluso más allá de los límites de la Tierra, porque el cuerpo astral no respira, no come. Todas sus necesidades están atendidas por el «Cordón de Plata» que, durante la vida se halla en conexión constante con el cuerpo físico.

El «Cordón de Plata» es citado en la Biblia cristiana: «Dejad que el Cordón de Plata sea cortado y el Cuenco de Oro sea hecho añicos». El Cuenco de Oro es el halo, el nimbo que circundaba la cabeza de las personas espiritualmente desarrolladas. Los que no estaban espiritualmente desarrollados tienen un halo muy diferente. Los artistas de antaño pintaban una aureola dorada en torno de las imágenes de los santos, porque aquellos artistas veían realmente la aureola; de otro modo no la hubieran pintado. El halo es sencillamente una parte muy pequeña del aura humana, que es más fácil ver porque de ordinario es más brillante.

Si los científicos investigaran los viajes astrales y las auras, en lugar de afanarse tanto con los cohetes silbantes, que tantas veces no llegan a su órbita, tendrían la clave completa para el viaje espacial. Proyectándose astralmente podrían visitar otro mundo y determinar así el tipo de nave que se necesitaría para hacer el viaje en lo físico; porque el viaje astral tiene un gran inconveniente: no se puede llevar ningún objeto material, ni se puede volver de él con ningún objeto material. Sólo es posible traer conocimientos. Así los científicos necesitarán una nave con el fin de traer ejemplares vivientes y fotografías mediante los cuales convencerían a un mundo incrédulo, pues las gentes no pueden creer que exista nada que no se pueda

despedazar, con el fin de demostrar que, después de todo, aquello sea posible.

Recuerdo particularmente un viaje espacial que hice. Esto es enteramente cierto y aquellos que estén desarrollados comprenderán que es así. En cuanto a los otros, no importa; lo sabrán cuando lleguen a una etapa superior de madurez espiritual.

Es una experiencia que aconteció hace algunos años, cuando estaba en el Tíbet estudiando en la lamasería de Chakpori. Aun cuando ocurrió hace tiempo, conservo tan vivo el recuerdo en la mente como si hubiese ocurrido ayer mismo.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup y un lama condiscípulo, en realidad amigo íntimo mío llamado Jigme, y yo, nos encontrábamos en el tejado de Chakpori, sobre la Montaña de Hierro, en Lhasa, Tíbet. Era una noche verdaderamente fría, unos cuarenta grados bajo cero. Cuando nos manteníamos en pie sobre el tejado, el viento aullador ceñía nuestras ropas estrechamente contra nuestros cuerpos temblorosos. A nuestro costado, nuestras túnicas, azotadas por el viento, flameaban como Banderas de Oración, dejándonos helados hasta los tuétanos y amenazando arrastrarnos al precipicio del costado de la montaña.

Cuando mirábamos en torno, inclinándonos con fuerza contra el viento, para mantener el equilibrio, veíamos a lo lejos las mortecinas lucecillas de la ciudad de Lhasa, en tanto que enfrente, a nuestra derecha, las luces de Potala acrecentaban el aire místico de la escena. Todas las ventanas parecían estar adornadas con resplandecientes lámparas de manteca que, aun protegidas por las enormes paredes, parpadeaban y se agitaban a merced del viento. A la tenue luz de las estrellas, los techos dorados del palacio de Potala relumbraban y resplandecían, como si la Luna misma hubiera descendido para jugar entre los remates y las tumbas que hay en lo alto del glorioso edificio.

Mas temblábamos en el frío mordaz, y hubiéramos deseado hallarnos calientes en la atmósfera cargada de incienso del templo que estaba debajo de nosotros. Pero estábamos en el tejado con una finalidad especial, como el Lama Mingyar Dondup dijo enigmáticamente. Entonces se hallaba entre nosotros dos, aparentemente tan firme como la misma montaña, cuando señaló hacia arriba, a una estrella distante — un astro de aspecto rojizo— y dijo:

—Hermanos míos, ésa es la estrella Zhoru, un planeta viejísimo, uno de los más antiguos de este sistema particular. Ahora se está acercando al fin de su largo tiempo de existencia.

Se volvió hacia nosotros, dando la espalda al viento mordaz, y añadió:

—Habéis estudiado mucho sobre el viaje astral. Ahora, juntos, viajaremos en lo astral hasta ese planeta. Dejaremos nuestros cuerpos aquí, sobre este tejado barrido por el viento y ascenderemos más allá de la atmósfera, más allá del Tiempo.

Así diciendo, nos condujo hasta donde había un leve cobijo proporcionado por una cúpula sobresaliente del tejado. Se tendió y nos invitó a tendernos a su lado.

Ceñimos nuestras ropas estrechamente en torno del cuerpo y cada uno asió la mano del otro. Sobre nosotros estaba la cúpula púrpura oscura de los Cielos, salpicada de leves puntitos de luz, luz coloreada, porque todos los planetas tienen una luz diferente cuando se les ve en la clara atmósfera nocturna del Tíbet. En torno nuestro el viento aullaba, pero nuestro adiestramiento había sido riguroso y nos tenía sin cuidado permanecer sobre el techo. Sabíamos que aquél no iba a ser un viaje ordinario en lo astral, pues no era frecuente que dejáramos nuestros cuerpos expuestos así a la inclemencia del tiempo. Cuando el cuerpo está incómodo el yo puede viajar más y más lejos y recordar con mayor detalle. Sólo para los pequeños viajes a través del mundo se relaja uno y se pone el cuerpo cómodo.

Mi Guía dijo:

—Ahora enlacemos nuestras manos y proyectémonos juntos más allá de esta Tierra. Manteneos a mi lado y viajaremos lejos para realizar inusitadas experiencias esta noche.

Yaciendo de espalda, respiré según las normas admitidas para la relajación en los viajes astrales. Tuve conciencia de que el viento gemía entre las cuerdas de las Banderas de Oración, que se agitaban locamente sobre nosotros. Luego, enteramente de pronto, hubo una sacudida, y ya no sentí los dedos mordientes del viento helado. Me encontré flotando como en un tiempo distinto sobre mi cuerpo y todo estaba tranquilo. El Lama Mingyar Dondup se mantenía ya erecto en su forma astral y luego, cuando miré hacia abajo, vi a mi amigo Jigme que también dejaba el cuerpo. Él y yo permanecemos erectos e hicimos una ligazón para unirnos a nuestro guía, el Lama Mingyar Dondup. Esta ligazón se llama ectoplasma y se fabrica con el cuerpo astral por el pensamiento. Es la materia con la cual los médiums producen las manifestaciones espiritistas.

Completado el lazo, nos remontamos hacia lo alto, ascendiendo en el cielo nocturno; yo, siempre inquisitivo, miré hacia abajo. Tras de nosotros, tremolando, estaban nuestros Cordones de Plata, esas cuerdas sin fin que unen los cuerpos físicos y astral durante la vida. Seguimos volando y volando hacia lo alto. La Tierra se alejaba. Podíamos ver la corona solar atisbando desde el borde de la Tierra, desde lo que debía ser el mundo occidental, por el cual habíamos viajado tan ampliamente en lo astral. Subimos más alto y entonces pudimos ver la silueta de los océanos y de los continentes en la parte del globo iluminada por el Sol. Desde nuestra altura, el mundo parecía ahora una medialuna, pero con auroras boreales o Luces Nórdicas centelleando en los polos.

Seguimos marchando más y más, cada vez más de prisa, hasta que sobrepasamos la velocidad de la luz, porque éramos espíritus fuera de sus cuerpos que se remontaban siempre hacia adelante, acercándose casi a la velocidad del pensamiento. Cuando miré ante mí vi un planeta, enorme, rojo y amenazador, enteramente delante.

íbamos cayendo hacia él a una velocidad difícil de calcular. Aun cuando había tenido mucha experiencia en el viaje astral, sentía las congojas de la alarma.

La forma astral del Lama Mingyar Dondup rió telepáticamente y dijo:

—¡Oh!, Lobsang, si fuéramos a chocar con ese planeta, no nos causaría daño. Pasaríamos derechamente a través de él: no habría obstáculo.

Al fin nos encontramos flotando sobre un mundo rojo y desolado; las rocas eran rojas, las arenas eran rojas y rojo el mar sin mareas. Cuando descendíamos hacia la superficie de este mundo, vimos criaturas extrañas, como cangrejos enormes, que se movían letárgicas a la orilla del agua. Permanecíamos en pie sobre la costa de roca rojiza y miramos las aguas, sin mareas, muertas, con rojas espumas, espumas hediondas. Cuando mirábamos, la turbia superficie se agitó a desgana; volvió a agitarse, y una extraña y extraterrena criatura emergió; una criatura roja también, pesadamente acorazada y con curiosas articulaciones. Gimió como si estuviera cansada y desalentada y fue hacia la arena roja, dejándose caer al lado del mar sin mareas. Sobre nuestras cabezas un sol rojizo brillaba opacamente, lanzando sombras terribles de un rojo sangriento, duras y llamativas. En torno nuestro nada se movía ni había ningún signo de vida, salvo las extrañas criaturas con caparazones que yacían medio muertas en el suelo. Aun cuando yo estaba en cuerpo astral, me estremecí de inquietud al mirar en torno mío. Un mar rojo sobre el cual flotaba una roja espuma, rocas rojas, arenas rojizas, seres de rojos caparazones y sobre todo un sol rojo como el rescoldo moribundo de un fuego que está a punto de extinguirse en la nada.

El Lama Mingyar Dondup dijo:

—Es un mundo que agoniza. Dentro de poco no habrá ya rotación aquí. Este mundo flota a la deriva en el mar del Espacio, como satélite de un sol moribundo, que pronto se destruirá, convirtiéndose en estrella enana, sin vida y sin luz, que al fin irá a chocar con otra y de esa otra nacerá otro mundo. Os he traído aquí porque, a pesar de todo, hay vida en este mundo; vida de un orden superior; vida que está aquí para la búsqueda e investigación de fenómenos como éste. Mirad en torno vuestro.

Se volvió para señalar con la diestra hacia una remota distancia, y vimos tres torres inmensas que se alzaban en el arrebol del rojo firmamento, y en lo más alto de esas torres tres esferas de cristal que relucían y palpitaban con una clara y amarillenta luz, como si vivieran.

Cuando nos hallábamos así cavilando, una de las luces cambió, y una de aquellas esferas se tornó de un vivo azul eléctrico.

El Lama Mingyar Dondup dijo:

—Venid aquí; nos están dando la bienvenida. Descendamos al suelo, donde ellos viven en una cámara subterránea.

Juntos avanzamos hacia la base de la torre y luego, cuando nos hallamos bajo la estructura, vimos que había una entrada fuertemente protegida con cierto extraño

metal reluciente, que se destacaba como una cicatriz sobre el rojo y desierto paisaje. Cruzamos por ella, pues ni el metal ni las rocas ni nada es un obstáculo para aquellos que son astrales. La traspasamos y cruzamos largos corredores rojos de rocas muertas, hasta que al fin nos hallamos en un salón grandísimo. En torno había cartas y mapas, extrañas maquinarias e instrumentos. En el centro se encontraba una larga mesa alrededor de la que se hallaban sentados nueve hombres viejísimos, enteramente indiferentes los unos de los otros. Había uno alto y delgado de cabeza puntiaguda, cónica. Sin embargo, el otro era bajo y de apariencia muy recia. Cada uno de aquellos hombres era diferente a los demás y se hizo claro para nosotros que cada uno pertenecía a un planeta diferente o a una raza diferente. ¿Humanos? Bueno, acaso humanoides sería una palabra más apropiada para describirles. Siendo todos humanos, algunos eran más humanos que los otros.

Nos dimos cuenta de que los nueve estaban mirando fijamente en nuestra dirección.

—¡Ah! —dijo uno telepáticamente—, tenemos visitantes llegados de muy lejos. Os vimos tomar tierra sobre ésta, nuestra estación de investigaciones, y os dimos la bienvenida.

—Respetables Padres —dijo el Lama Mingyar Dondup—; os he traído a dos que acaban de entrar en la Lamanidad y que son estudiantes serios en busca de sabiduría.

—Ciertamente sean bienvenidos —dijo el hombre alto, que parecía ser el jefe del grupo—. Haremos cualquier cosa para ayudarles, como te hemos ayudado anteriormente con otros.

Esto fue ciertamente nuevo para mí, porque no tenía idea de que mi Guía hubiera hecho un viaje astral tan dilatado por los parajes celestiales.

El hombre más bajo me estaba mirando y sonreía. Dijo en la lengua universal de la telepatía:

—Veo que tú, hombre, estás grandemente intrigado por lo diferente de nuestras apariencias.

—Respetable Padre —repliqué, un tanto intimidado por la facilidad con que había adivinado aquellos pensamientos míos que yo había tratado de ocultar con firmeza—; así es ciertamente. Me maravillo de la disparidad de tallas y de formas entre vosotros y se me ocurre que no podéis ser todos hombres de la Tierra.

—Lo has percibido acertadamente —dijo el hombre bajo—. Somos todos humanos, pero debido al medio, hemos alterado nuestra estructura y nuestra estatura en tanto, como puede verse también en tu planeta, donde en el país del Tíbet hay algunos monjes, que empleáis como guardianes, y tienen más de dos metros de altura. Sin embargo, en otro país de ese mundo tenéis gentes que solo cuentan con la mitad de esa estatura a quienes llamáis pigmeos. Unos y otros son humanos; ambos, capaces de reproducirse entre sí, a pesar de las diferencias de estatura, porque todos

somos humanos formados con moléculas de carbono. Aquí, en este universo particular, todo depende de las moléculas básicas de carbono e hidrógeno, porque son esos dos cuerpos los ladrillos que componen la estructura de su Universo. Nosotros, que hemos viajado por otro Universo mucho más allá de esta rama particular de nuestra nebulosa, sabemos que otros universos utilizan otros diferentes ladrillos. Algunos emplean la sílice, otros el yeso, otros otras cosas; pero los de allí son diferentes de los seres de este Universo, y descubrimos con pena que nuestros pensamientos no son siempre afines a los suyos.

El Lama Mingyar Dondup dijo:

—He traído a esos dos lamas jóvenes aquí para que puedan ver las etapas de la muerte y descomposición de un planeta que ha consumido su atmósfera y en donde el oxígeno atmosférico se ha combinado con metales para hacerlos arder y reducir todo a un polvo impalpable.

—Así es —dijo el hombre alto—. Nos gustaría hacer notar a estos jóvenes que todo cuanto nace ha de morir. Todo vive durante el espacio del tiempo que se le concede y ese espacio concedido es un número de unidades vitales. Una unidad vital en cualquier criatura viviente es un latido de esa criatura. La vida de un planeta es de 2.700.000.000 de latidos, tras de los cuales el planeta muere; pero de la muerte del planeta nacen otros. El humano vive también por espacio de 2.700.000.000 de latidos, y así lo hace también el insecto más humilde. El insecto que vive veinticuatro horas, durante ese tiempo tiene 2.700.000.000 de latidos. Para un planeta —los latidos varían, naturalmente—, cada latido puede durar 27.000 años, y, después de él, habrá una convulsión en ese mundo, como si se estremeciera para prepararse al próximo latido. Toda la vida, pues —prosiguió diciendo—, tiene el mismo espacio de tiempo vital, pero algunos seres viven en una proporción diferente de la proporción de los otros. Las criaturas de la Tierra, el elefante, la tortuga, la hormiga y el perro viven todos durante el mismo número de pulsaciones, pero todas tienen corazones que laten a velocidades diferentes y así puede parecer que viven más tiempo o que viven menos tiempo.

Jigme y yo encontrábamos todo esto extraordinariamente atractivo y nos explicaba muchas cosas que habíamos percibido en nuestro país natal, el Tíbet. Habíamos oído hablar en Potala de la tortuga que vive tantos años y de los insectos que sólo viven una noche de verano. Ahora podíamos comprender que sus percepciones debían haber sido aceleradas para seguir la marcha de sus acelerados corazones.

El hombre bajo, que parecía mirarnos con considerable aprobación, dijo:

—Y no es sólo eso, sino que muchos animales representan funciones diferentes del cuerpo. La vaca, por ejemplo, como cualquiera puede verlo, es meramente una glándula mamaria que anda, la jirafa un cuello y el perro...; bueno, todo el mundo

sabe en qué está pensando: en olfatear el viento en busca de noticias, ya que su vista es tan escasa, por lo que todo perro puede ser considerado como una nariz. Otros animales tienen afinidades semejantes con las diferentes partes de la anatomía de uno. El oso hormiguero de América del Sur puede ser visto como una lengua.

Durante algún tiempo conversamos telepáticamente, aprendiendo muchas cosas extrañas con la velocidad del pensamiento, como se aprende en lo astral. Luego, al fin, el Lama Mingyar Dondup se puso en pie y dijo que era tiempo de partir.

Bajo nosotros, cuando regresamos, los tejados dorados del palacio de Potala resplandecían en la fría luz solar. Nuestros cuerpos estaban rígidos, eran pesados y difíciles de accionar por tener las articulaciones medio congeladas.

«Y así —pensamos cuando nos poníamos con trabajo en pie— ha dado fin otra experiencia, otro viaje. ¿Qué vendrá después?».

Una ciencia en la cual sobresalen los tibetanos es la de curar con hierbas. Hasta ahora, el Tíbet había estado siempre cerrado para los extranjeros, y nuestra fauna y flora no fue nunca explorada por ellos. En las altas mesetas crecen plantas extrañas. El curare y la mezcalina, «recientemente descubiertas», eran conocidas en el Tíbet desde hace siglos. Podríamos curar muchas de las dolencias del mundo occidental, pero es preciso que las gentes de Occidente tengan primero un poco más de fe. Pero la mayor parte de los occidentales están locos de todos modos; así que, ¿para qué preocuparse?

Todos los años grupos de nosotros, aquellos que se destacaron en sus estudios, iban a hacer una expedición para herborizar. Las plantas y el polen, las raíces y las semillas se recogían, se trataban y se guardaban cuidadosamente en sacos de piel de yak. A mí me gustaba este trabajo y estudiaba a gusto. Ahora me encuentro con que las hierbas que conozco tan bien no puedo hallarlas aquí.

Finalmente se me consideró en condiciones para la ceremonia de la Muerte Pequeña, acerca de la que escribí en *El Tercer Ojo*. Mediante ritos especiales se me puso en estado de muerte cataléptica en las profundidades del palacio de Potala y viajé por el pasado, a lo largo del Archivo Akasniko. Viajé también por los países de la Tierra. Pero permitid que escriba lo que entonces sentí.

El corredor en la roca viva, a centenares de metros bajo la tierra helada, estaba oscuro con la oscuridad de la propia tumba. Avancé por él en toda su longitud, arrastrado como el humo, en la oscuridad y familiarizándome crecientemente con ella. Percibí, al principio indistintamente, las verdosas fosforescencias de la tierra vegetal adherida a las paredes rocosas. En ocasiones, allí donde la vegetación era más prolífica y la claridad más brillante, podía alcanzar a ver un resplandor amarillento de las vetas de oro que corrían a lo largo del túnel rocoso.

Me deslicé a lo largo sin ruido, sin consciencia del tiempo, sin pensar en nada sino en que debía ir más y más hacia dentro por el interior de la Tierra, porque aquél

era un día trascendental para mí; el día en que volvía, después de pasar tres en estado astral. El tiempo transcurría y yo me encontraba cada vez a más profundidad en la cámara subterránea y en creciente negrura. Una negrura que parecía resonar, que parecía vibrar.

En mi imaginación podía imaginar el mundo que estaba sobre mí, el mundo al cual volvía ahora. Podía ver aquella escena familiar, ahora oculta por la oscuridad total. Esperé suspendido en el aire como una nube de incienso en el templo.

Gradualmente, tan poco a poco, tan lentamente que transcurrió algún tiempo antes de que pudiera yo siquiera percibirlo, vino por el corredor un sonido, el más vago de los sonidos, pero que gradualmente fue aumentando de volumen y creciendo en intensidad. El sonido de cántico, de las campanillas de plata y el sigiloso «sussus» de pies ceñidos de cuero. Al fin, después de mucho, una fantástica luz parpadeante pareció brillar a lo largo de las paredes del túnel. El rumor se iba haciendo ahora más fuerte. Esperé en suspenso sobre las losas de la roca en la oscuridad. Esperé.

Gradualmente —oh, qué poco a poco, con qué penosa lentitud— las movientes figuras se deslizaron con cautela por el túnel hacía mí. Cuando se acercaron más, vi que eran monjes de ropas amarillas que llevaban en alto antorchas relumbrantes, antorchas preciosas del templo que estaba arriba, hechas de raras maderas resinosas y de palos de incienso ligados juntos, que producían un fragante aroma para ahuyentar los olores de la muerte y de la descomposición; luces brillantes para oscurecer y tornar invisibles los malignos resplandores de la vegetación exuberante.

Muy despacio, los sacerdotes penetraron en la cámara subterránea. Dos fueron a cada una de las paredes inmediatas a la entrada y buscaron a tientas en los anaqueles rocosos. Luego, una tras otra, brotaron a la vida parpadeantes lámparas de manteca. Ahora la cámara estaba iluminada y pude mirar en torno mío, una vez más, y ver como no había visto desde hacía tres días.

Los sacerdotes permanecieron en torno mío sin mirarme; estaban en torno de una tumba de piedra que descansaba en el centro de la cámara. El cántico creció y también el tintineo de las campanillas de plata. Al fin, a una señal dada por un viejo, seis monjes se agacharon y, jadeando y gimiendo, alzaron la losa de piedra que cerraba el sarcófago. Dentro, cuando miré hacia abajo, vi mi propio cuerpo, un cuerpo ataviado con la ropa sacerdotal de la clase de los lamas. Los monjes ahora cantaban más fuerte.

Decían:

«Oh, Espíritu del Lama Visitante,
que erras por la faz del mundo de arriba, vuelve
porque éste, el tercer día, ha llegado y está a punto de pasar.
Se ha encendido un primer palo de incienso

para llamar al Espíritu del Lama Visitante».

Se adelantó un monje y encendió un palo de incienso de suave olor, rojo de colorido, y luego tomó otro de una caja, mientras los sacerdotes cantaban:

«Oh, Espíritu del Lama Visitante,
vuelve aquí, a nosotros.
Apresúrate, porque la hora de tu despertar se acerca.
Un segundo palo de incienso ha sido encendido
para apresurar tu retorno».

Cuando el monje solemnemente sacaba otro palo más de incienso de la caja, el sacerdote recitó:

«Oh, Espíritu del Lama Visitante,
esperamos para reanimar y nutrir tu cuerpo terreno.
Apresúrate en tu camino
porque la hora está próxima y con tu retorno aquí
otro grado de tu educación habrá sido aprobado.
Un tercer palo de incienso se enciende como llamada de retorno».

Cuando el humo subía en perezosas volutas, envolviendo mi forma astral, sentí un estremecimiento de muerte. Era como si manos invisibles tiraran de mí, como si esas manos tiraran de mi Cordón de Plata, arrastrándome hacia abajo, devanándome, obligándome a entrar en aquel cuerpo frío y sin vida. Sentí la frigidez de la muerte y mis miembros se estremecieron, en tanto que mi visión astral se iba haciendo más borrosa, y luego grandes jadeos atormentaron mi cuerpo, que temblaba sin poder contenerse. Los Altos Sacerdotes se inclinaron sobre la tumba de piedra, alzaron mi cabeza y mis hombros y metieron a la fuerza algo amargo entre mis mandíbulas fuertemente apretadas.

«Ah —pensé—, de nuevo estoy de vuelta en este cuerpo donde me hallo confinado; otra vez estoy encerrado en él».

Parecía como si corriera fuego por mis venas, aquellas venas que estuvieron inertes durante tres días. Poco a poco los sacerdotes me libraron de la tumba, sosteniéndome, alzándome, manteniéndome sobre mis pies, haciéndome andar por la cámara de piedra, arrodillándose ante mí, postrándose a mis pies, recitando sus *mantras*, diciendo sus oraciones y prendiendo palos de incienso. Me obligaron a tomar alimentos, me lavaron, me secaron y me cambiaron de ropas.

Con el retorno de la consciencia a mi cuerpo, por alguna extraña razón, mis

pensamientos retrocedieron errabundos hacia los tres días anteriores en que había acontecido un suceso semejante. Entonces fui tendido en este mismo sarcófago de piedra. Uno por uno me habían mirado los lamas. Luego pusieron la tapa sobre el sarcófago y apagaron los palos de incienso. Habían partido solemnemente por el corredor de piedra, llevándose las luces, mientras yo yacía inmóvil y un poco asustado en aquella tumba de piedra, asustado, pese a toda mi preparación, pese a saber lo que iba a ocurrir. Ya había estado en la oscuridad, en el silencio de la muerte. ¿Silencio? No, porque mis percepciones habían sido adiestradas y eran tan perspicaces que podía oír la respiración de los sacerdotes, los rumores de la vida, amortiguándose cuando se alejaban. También podía escuchar el rumor de sus pies que se iba haciendo más y más débil, y luego, oscuridad, silencio, quietud, la nada.

La muerte misma no podía ser peor que esto, pensé. El tiempo se arrastraba, pasaba sin fin, mientras yacía allí, poniéndome más y más frío. De pronto todo estalló como en una llamarada dorada y dejé los confines del cuerpo, la oscuridad de la tumba de piedra y la cámara subterránea. Me abrí paso a través de la tierra, aquella tierra cubierta de hielo, penetrando en el frío aire puro, muy lejos del altivo Himalaya, muy por encima de la tierra y de los mares, muy distante de los confines del planeta, con la velocidad del pensamiento. Erré solo, etéreo, como fantasma en lo astral, buscando las ciudades y los palacios de la Tierra, adquiriendo conocimientos al observar a los otros. Ahora, ni los subterráneos más secretos estaban cerrados para mí, pues podía errar tan libremente como el pensamiento y entrar en las Cámaras Secretas de todo el mundo. Los dirigentes de todos los países cruzaban ante mí en constante panorama, con sus pensamientos al descubierto para mi mirada indagadora.

«Y ahora —pensé cuando aturdido me ponía con dificultad en pie, ayudado por los lamas—, ahora tengo que referir todo lo que vi y lo que experimenté. ¿Y luego? Acaso pronto tendré que soportar otra experiencia análoga. Después de eso habré de viajar por el mundo occidental para sufrir las penalidades pronosticadas».

Después de muchas preparaciones y de muchas durezas también, dejé el Tíbet para recibir más preparación y más durezas. Cuando miré hacia atrás, antes de cruzar el Himalaya, vi los primeros rayos del sol que asomaba sobre la cordillera y tocaba los tejados dorados del edificio sacro, convirtiéndolos en visiones de deleite que cortaban la respiración. El valle de Lhasa parecía dormido aún, y hasta las Banderas de las Plegarias cabeceaban somnolientas en sus mástiles. Junto al Pargo Kaling, sólo podía discernir una reata de yaks; eran comerciantes que madrugaban como yo, pero que partían para la India, mientras que yo me dirigía hacia Chungking.

Fuimos por la cordillera, tomando los senderos hollados por los comerciantes que traen el té al Tíbet, té prensado de la China que, con la *tsampa*, es uno de los alimentos más importantes de los tibetanos. Fue en 1927 cuando dejé Lhasa y nos encaminamos a Chotang, una pequeña ciudad a orillas del río Brahmaputra.

Seguimos a Kanting, descendiendo a las tierras bajas, a través de selvas lozanas, de valles que exhalaban vapores de vegetación húmeda; proseguimos, padeciendo todos al respirar, porque todos estábamos habituados al aire de 4.500 metros de altura o más. Las tierras bajas con su densa atmósfera, que pesaba sobre nosotros, nos deprimía el espíritu, nos oprimía los pulmones y nos hacía sentir que íbamos a ahogarnos. Seguimos día tras día, hasta que, tras unos mil seiscientos kilómetros o más, llegamos a las afueras de la ciudad china de Chungking.

Acampamos para pasar la noche, nuestra última noche juntos, porque, al día siguiente, mis compañeros debían partir en viaje de retorno a nuestra amada Lhasa. Acampamos juntos y charlamos apesadumbrados. Aquello me entristecía a mí bastante más que a mis camaradas, a mi séquito; me trataban ya como a alguien que hubiera muerto para el mundo, como a alguien condenado a vivir en ciudades de las tierras bajas. Así, al día siguiente fui a la Universidad de Chungking, donde casi todos los profesores, casi todo el personal docente se esforzaba por garantizar el éxito de los estudiantes, ayudándoles de cualquier modo posible, y sólo una pequeña minoría se mostraban difíciles y no cooperantes o sufrían de xenofobia.

En Chungking estudié para ser cirujano y médico. También hice los cursos de piloto aéreo, porque mi vida estaba trazada, predicha hasta el más minúsculo detalle, y yo sabía, como se demostró ser el caso, que posteriormente tendría mucho que hacer en el aire y en la medicina. Pero en Chungking sólo había aún cuchicheos sobre una próxima guerra, y la mayor parte de la gente de esta ciudad, mezcla de antigua y de moderna, vivía disfrutando día a día de las dichas corrientes y realizando sus tareas habituales.

Ésta fue mi primera visita, en lo físico, a una ciudad importante. En realidad mi primera visita a una ciudad cualquiera, si se exceptúa Lhasa, aun cuando en forma astral había visitado la mayor parte de las grandes ciudades, como puede hacerlo cualquiera que desee ejercitarse, porque no hay nada difícil, nada mágico en lo astral; es tan sencillo como andar y más fácil que montar en bicicleta, porque entonces hay que guardar el equilibrio, y en lo astral basta con servirse de los dones y facultades que se nos conceden por el derecho de nacer.

Mientras estaba estudiando aún en la Universidad de Chungking, se me mandó que volviera a Lhasa, porque el Treceavo Dalai Lama estaba a punto de morir. Llegué allí y tomé parte en las ceremonias que siguieron a su muerte. Luego, después de atender a algunos asuntos en Lhasa, volví de nuevo a Chungking. En una entrevista postrera con el Abad Supremo, T'ai Shu, se me persuadió de que aceptara un cargo en las fuerzas aéreas chinas, y así partí para Shanghai, una ciudad que, aun sabiendo que tenía que visitarla, carecía de atractivo en absoluto para mí. De ese modo, una vez más, fui desarraigado de donde estaba y me encaminé a otra residencia. En Shanghai, el 7 de julio de 1937, los japoneses fingieron un incidente en el Puente de

Marco Polo. Aquél fue el verdadero comienzo de la guerra chino-japonesa, y puso las cosas muy difíciles para nosotros. Tuve que dejar mi clientela, muy lucrativa, de Shanghai, y ponerme a disposición del Consejo Municipal de la ciudad durante algún tiempo; pero después dediqué todas las horas de que disponía a volar con las fuerzas chinas. Yo y otros íbamos volando a sitios donde había gran necesidad de cirugía de urgencia. Volábamos en un viejo aparato que en realidad estaba desechado para cualquier uso, pero que se daba como satisfactorio para aquellos que no luchábamos, sino que reparábamos cuerpos.

Fui capturado por los japoneses, después de derribarme, y me trataron con toda rudeza. Yo no tengo aspecto de chino y ellos, que no sabían siquiera qué pensar de mí, a causa de esto, de mi uniforme y de mi graduación, estaban muy disgustados.

Conseguí escaparme y me dirigí hacia las fuerzas chinas con la esperanza de proseguir mi tarea. Allí me enviaron primero a Chungking para cambiar de ambiente antes de volver al servicio activo. Chungking entonces era una ciudad distinta de aquella que yo había conocido. Los edificios eran nuevos, o más bien algunos de los viejos edificios tenían fachadas nuevas, porque la ciudad había sido bombardeada. Estaba enteramente llena de gente y las empresas comerciales de las ciudades chinas más importantes se habían congregado allí, esperando escapar a la devastación de la guerra que bramaba por todas partes.

Después de reponerme un tanto, fui enviado a la costa, bajo las órdenes del general Yo. Se me nombró oficial médico encargado del hospital. Pero el «hospital» era simplemente una serie de arrozales enteramente anegados. Pronto vinieron los japoneses, que nos apresaron y dieron muerte a todos los enfermos que no podían levantarse o andar. Me llevaron otra vez y me trataron extraordinariamente mal, pues me reconocieron como aquel que había escapado y a los japoneses les gusta muy poco las gentes que se escapan.

Al cabo de cierto tiempo fui enviado como oficial médico de prisión a un campo de prisioneros de todas las nacionalidades. Allí, debido a mi preparación especializada en la cura con hierbas, pude hacer el mejor uso posible de los recursos del campo para tratar a mis pacientes, a quienes de otro modo se les hubiera negado toda clase de medicamentos. Los japoneses opinaron que me estaba tomando demasiado interés por las prisioneras y que no dejaba que murieran en número suficiente. Por eso me enviaron a otro campo de prisioneros en el Japón, campo que decían estaba destinado a los terroristas. Cruzamos el mar del Japón en un barco que hacía aguas y fuimos muy mal tratados. Me torturaron duramente y esas continuas torturas me produjeron una pulmonía. No querían que muriese; así que me cuidaron a su modo y me proporcionaron un tratamiento. Cuando me estaba curando —no dejaba que los japoneses supieran lo bien que me estaba curando— la tierra tembló. Creí que era un terremoto, pero luego miré por la ventana y vi que los japoneses

corrían aterrados y que todo el cielo se había puesto rojo; parecía como si el sol se hubiera oscurecido. Aun cuando no lo sabía, aquello era la bomba atómica de Hiroshima, el día 6 de agosto de 1945, cuando se lanzó la primera de éstas.

Los japoneses no tenían tiempo para cuidarse de mí; pensé que necesitaban todo el tiempo para cuidarse de ellos. Así conseguí hacerme de un uniforme, de una gorra y de un par de pesadas sandalias. Luego salí con paso vacilante al aire libre por una puertecilla que no estaba guardada y logré llegar hasta la costa, donde encontré una lancha de pesca. Al parecer, el propietario había huido aterrado cuando la bomba cayó, pues no se veía a nadie. La lancha se balanceaba ociosa en su fondeadero. En el fondo de ella había trozos de pescado pasado, que ya empezaba a oler con el olor de la descomposición. Un bote de hojalata abandonado tenía agua de muchos días que aún podía beberse, pero nada más. Conseguí cortar la delgada cuerda que sujetaba el bote a la orilla y partí. El viento henchió la vela andrajosa, cuando conseguí izarla horas después, y el bote emproó lo desconocido.

El esfuerzo había sido demasiado grande para mí. Caí en el fondo de la embarcación, sufriendo un desmayo profundo.

Mucho tiempo después, no puedo decir cuánto, sólo pude juzgar del paso del tiempo por el estado de descomposición del pescado, desperté en las penumbras del crepúsculo. El bote seguía andando y pequeñas olas golpeaban las amuras. Estaba demasiado enfermo con la pulmonía para achicar el agua; así que tuve que yacer, sin más, de espaldas, con la parte inferior del cuerpo en el agua salada y entre todos los desechos que arrastraba. Posteriormente, ya de día, salió el sol con fuerza cegadora. Sentía como si los sesos se me cociesen en la cabeza, como si mis ojos fueran a achicharrarse. Me parecía que la lengua se me hinchaba hasta tener las dimensiones de mi brazo, seca, dolorosa. Mis labios y mejillas estaban resquebrajados. Era demasiado dolor para que pudiera soportarlo. Sentí que mis pulmones iban a estallar de nuevo y comprendí que la pulmonía había atacado otra vez a ambos. La luz del día se debilitó para mí y caí de espaldas, inconsciente, en el agua del fondo del bote.

El tiempo no significaba nada; era simplemente unas manchas rojizas con intervalos de oscuridad. El dolor me acometía furioso y me mantenía incierto en la frontera entre la vida y la muerte. De pronto hubo una violenta sacudida y el rechinar de piedras bajo la quilla. El mástil se inclinó como si fuera a romperse y los andrajos de la vela flamearon alocados en la brisa persistente. Yo, sin conocimiento, me deslicé hacia adelante en el fondo del bote, entre las aguas hediondas y arremolinadas.

—¡Eh, Hank, en el fondo del bote hay un vagabundo! ¡Me parece que está muerto!

La voz nasal despertó en mí un destello de consciencia. Yací allí, imposibilitado de moverme, incapaz de hacer ver que me encontraba vivo.

—¿Pero qué te pasa? ¿Te asustas de un cadáver? Necesitamos el bote, ¿no es así? Pues ayúdame y lo tiraremos.

Fuertes pisadas hicieron que el bote se bamboleara y amenazaron con aplastar mi cabeza.

—¡Hombre, hombre! —dijo la primera voz—. Este pobre diablo sin duda ha cogido una insolación. Puede ser que respire aún, Hank. ¿Qué te parece?

—Bah, deja de gruñir. Está completamente muerto. Tíralo fuera. No podemos perder el tiempo.

Unas manos rudas y fuertes me asieron por los pies y la cabeza.

Fui balanceado, una, dos veces, y luego me dejaron ir. Pasé sobre el costado del bote y caí, chocando con crujir de huesos en la playa de guijarros y arena. Sin mirar hacia atrás, los dos hombres alzaron con esfuerzo el bote. Gruñendo y maldiciendo trabajaron penosamente, echando a un lado los guijarros y las piedras. Al fin el bote quedó libre y con ruido de cascajo aplastado flotó poco a poco de popa en el agua. Presas de pánico, por razones que me eran desconocidas, los dos hombres treparon frenéticos al bote y partieron, dando una serie de torpes bandazos.

El sol seguía llameando. Los pequeños seres de la arena me mordían y sufría las torturas del réprobo. Poco a poco el día se fue acabando, hasta que, al fin, el sol se puso, rojo como la sangre y amenazador. El agua batió contra mis pies, trepó hasta mis rodillas, subió más. Con tremendo esfuerzo me arrastré unos cuantos pasos, hincando los codos en la arena, contorsionándome, forcejeando. Luego todo lo olvidé.

Horas más tarde, o acaso fueron días, desperté, hallándome con que el sol caía a raudales sobre mí. Trémulo, volví la cabeza para mirar en torno. Lo que me rodeaba era algo desacostumbrado por completo. Estaba en una choza de una sola pieza y el mar centelleaba y resplandecía a lo lejos. Cuando moví la cabeza, un viejo sacerdote budista me miraba. Sonrió, vino hacia mí, se sentó en el suelo a mi lado. A saltos y con dificultades considerables, conversamos. Nuestras lenguas eran semejantes, pero no idénticas, y con mucho esfuerzo, supliendo y repitiendo las palabras, tratamos de la situación.

—Desde hace tiempo —dijo el sacerdote— sabía que iba a tener un visitante de cierta eminencia que tenía grandes tareas en la vida. Aunque viejo, yo he seguido subsistiendo hasta que mi tarea quedara cumplida.

El aposento era muy pobre, muy limpio y el sacerdote era evidente que se hallaba a punto de morir de hambre. Estaba extenuado y le temblaban las manos por la debilidad y los años. Sus ropas viejas y deslucidas mostraban las líneas de puntadas cuidadosas con las cuales había reparado los deterioros causados por el tiempo y por los accidentes.

—Vimos cuando te arrojaron del bote —dijo—. Por mucho tiempo creímos que

estabas muerto, pero no podíamos llegar hasta la playa para comprobarlo a causa de los bandidos que merodeaban por allí. Al caer la tarde, dos hombres del pueblo salieron y te trajeron aquí. Pero de esto hace cinco días; has estado muy enfermo, ciertamente. Sabemos que vivirás para viajar lejos y que tu vida será dura.

¡Dura! ¿Por qué todos me dicen tanto que mi vida será dura? ¿Creerán que eso me agrada? Sin duda es dura, lo fue siempre y yo detesto esa dureza como cualquiera.

—Ésta es la población de Najin —continuó el sacerdote—. Estamos en las afueras. En cuanto puedas hacerlo, debes marcharte, porque mi muerte está próxima.

Durante dos días anduve con cuidado por la habitación, tratando de recobrar mis fuerzas, de recobrar de nuevo el hilo de la vida. Estaba débil, muerto de hambre y casi me era indiferente vivir o morir. Unos cuantos viejos amigos del sacerdote vinieron a verme y me sugirieron lo que debía hacer y cómo debía viajar. A la tercera mañana, después de haberme despertado, vi que el viejo sacerdote yacía rígido y frío a mi lado. Durante la oscuridad renunció a su apego a la vida y había partido. Con la ayuda de un viejo amigo de él cavé una fosa y lo enterré. Envolví en un paño el poco alimento que había quedado, y con un recio palo para ayudarme partí.

Después de andar un kilómetro o cosa así, estaba agotado. Me temblaban las piernas y mi cabeza parecía dar vueltas, haciendo que mi visión fuera borrosa. Durante un rato me tendí al borde del camino de la costa, desde donde podía ver a los que pasaban, pues me habían advertido que aquélla era una región peligrosa para los forasteros. Se me dijo que podía uno perder la vida si su aspecto no era del agrado de los asesinos armados que merodeaban en gran escala, aterrorizando la comarca.

Por fin reanudé mi viaje y llegué a Unggi. Mis informantes me habían dado instrucciones precisas de cómo había de cruzar la frontera para entrar en territorio ruso. Mi estado de salud era malo, tenía que descansar con frecuencia, y en uno de estos descansos me senté al borde del camino a ver pasar el tráfico rodado. Mi mirada erraba de grupo en grupo, hasta que se sintió atraída por cinco soldados rusos, fuertemente armados, con tres grandes mastines. Sin que supiera por qué, uno de los soldados miró por casualidad hacia mí en aquel momento. Dijo unas palabras a sus compañeros y soltó los tres perros, que vinieron a toda velocidad en dirección mía con las fauces contraídas y babeando por la excitación. Los soldados echaron a andar también hacia mí, empuñando sus subfusiles. Cuando llegaron los perros, les transmití pensamientos amistosos; los animales, no sienten ni temor ni desagrado por mí. A poco estuvieron encima, moviendo las colas, lamiéndome, llenándome de babas, a punto de matarme con sus expresiones de amistad, porque me encontraba muy débil. A una orden tajante, los perros se echaron a los pies de los soldados, que ahora estaban ante mí.

—Ah —dijo el cabo que los mandaba—, debes ser un buen ruso y nativo de aquí; de otro modo los perros te hubieran despedazado. Están adiestrados para eso

precisamente. Espera un poco y lo verás.

Se alejaron tirando de los perros, reacios, que querían quedarse conmigo. Pocos minutos después, los animales se pusieron de pronto en pie y se lanzaron rápidamente entre la maleza del camino.

Hubo gritos horribles, sofocados de pronto por burbujeos de baba. Se oyó un ruido tras de mí, y cuando me volví, cayó a mis pies una mano ensangrentada y arrancada a mordiscos de la muñeca, en tanto que el perro quedaba moviendo la cola.

—Camarada —dijo el cabo, viniendo a grandes pasos hacia mí—, debes ser sin duda leal para que «Serge» haga eso. Vamos a nuestra base de Kraskino. Estamos de traslado. ¿Quieres que te llevemos hasta allí en compañía de cinco cadáveres?

—Sí, camarada cabo, le quedaré muy agradecido —le repliqué.

Me guió, en tanto que los perros iban a mi lado moviendo las colas, y me llevó a un *half-track*^[1], que tenía enganchado un remolque. De un ángulo del remolque manaba un reguerito de sangre que salpicaba el suelo embarrado. El cabo, mirando distraídamente los cadáveres apilados allí, se fijó en la leve agitación de uno, aún moribundo. Sacó el revólver, disparó sobre su cabeza y luego enfundó el arma y fue hacia el *half-track*, sin volver la vista hacia atrás.

Se me dio un asiento en la trasera del vehículo. Los soldados estaban de buen humor; alardeaban de que ningún extranjero había cruzado la frontera jamás estando ellos de servicio, y me dijeron que su pelotón estaba en posesión de la Estrella Roja por su comportamiento. Les dije que yo iba camino de Vladivostok, para ver la gran ciudad por primera vez y que esperaba no tener dificultades con el idioma.

—¡Ah! —gruñó el cabo—. Tenemos un camión de suministro que va mañana hacia allí, para llevar estos perros a que descansen, porque con tanta sangre humana se han vuelto demasiado fieros y ni siquiera nosotros podemos manejarlos. Tú te entiendes con ellos. Cuídales en lugar nuestro y mañana te llevaremos a Vladi. Nos entiendes a nosotros y te entenderán en todas partes por esta región; esto no es Moscú.

Así, yo, que inveteradamente odié el comunismo, pasé la noche como huésped de los soldados de la patrulla fronteriza rusa. Se me ofrecieron vino, mujeres y cantos; pero aduje mi edad y mi mala salud. Después de tomar una comida buena y vulgar, la mejor que había tomado hacía muchísimo tiempo, me acosté sobre el suelo y dormí con conciencia imperturbable.

De mañana partimos para Vladivostok el cabo, otro soldado raso, tres perros y yo. Así, a causa de mi amistad con los fieros animales, llegué a Vladivostok sin contrariedades, sin necesidad de andar y bien comido.

Capítulo tercero

La carretera estaba polvorienta y llena de baches. Al marchar por ella nos cruzamos con partidas de mujeres, mandadas por capataces armados, que llenaban los baches más hondos con piedras y con cuanto tenían a mano. Al pasar, los soldados que iban conmigo vociferaban observaciones lascivas y hacían gestos sugestivos.

Atravesamos una populosa región y seguimos, hasta llegar a unos sombríos edificios que debían haber sido una prisión. El *half-track* se metió en un patio empedrado de guijarros. No se veía a nadie. Los soldados miraron en torno consternados. Luego, cuando el conductor paró el motor, nos dimos cuenta del clamoreo terrible, de los gritos de los hombres y de los furiosos ladridos de los perros. Nos apresuramos a ir hacia el lugar de donde provenía el ruido, yo con los soldados. Cruzando por una puerta abierta en un alto muro de piedra, vimos un recinto cerrado por una fuerte alambrada, que parecía albergar unos cincuenta enormes mastines. Uno de los soldados más próximos, entre los agrupados fuera del recinto, contó apresuradamente lo que pasaba. Los perros, dominados por la apetencia de sangre humana, se habían desmandado, matando y devorando a dos de sus guardianes. Hubo una repentina conmoción, y cuando la multitud se revolvió y apartó vi que un tercer guardián, colgado muy alto en la cerca de alambre, perdía su asidero y caía entre los perros. Hubo un grito terrible, un rumor que helaba verdaderamente la sangre, y luego nada. Sólo una multitud de perros agitados.

El cabo se volvió hacia mí.

—¡Eh, tú! Tú puedes domar a los perros. —Luego, volviéndose hacia el soldado que estaba junto a mí, añadió—: Di al camarada capitán que venga; que tenemos un hombre que puede dominar a los perros.

Cuando el soldado salió apresurado, estuve a punto de desmayarme allí mismo por el terror. ¿Yo? ¿Por qué me habían de tocar siempre las dificultades y los peligros? Luego, cuando miré a los perros, pensé: «¿Por qué no? Esos animales no son tan fieros como los mastines tibetanos y los soldados huelen al miedo que tienen a los perros, por esto los mastines les atacan».

Vino a grandes pasos un capitán de aspecto arrogante, entre la multitud que le abría respetuosamente camino. Deteniéndose a cierta distancia de mí, me miró de arriba abajo y le pasó por el rostro una risa de desdén.

—¡Vamos, cabo! —dijo en tono altivo—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un sacerdote nativo inculto?

—Camarada capitán —replicó el cabo—. Este hombre no ha sido atacado por los perros. «Serge» arrancó de un mordisco la mano de uno que iba a cruzar la frontera y se la dio a él. Mándele que entre al recinto, camarada capitán.

Éste frunció el ceño, removió los pies en el polvo y se mordió las uñas

afanosamente. Al fin alzó la vista.

—Sí —dijo—, lo haré. Moscú dice que no debo matar más perros, pero no dice qué debo hacer cuando los animales están ebrios de sangre. Si este hombre resulta muerto, bueno: será un accidente. Caso de que viva, lo que es poco probable, le recompensaremos.

Se volvió, dio unos pasos, y luego quedó mirando a los perros, que roían los huesos de los tres guardianes que habían matado y que se habían comido. Volviéndose hacia el cabo, dijo:

—Cuídate de esto y si él tiene éxito, tú serás sargento.

Dicho lo cual se alejó apresurado.

Durante algún tiempo el cabo quedó con los ojos muy abiertos.

—¿Yo sargento? ¡Pero, hombre! —exclamó volviéndose hacia mí—. Doma a los perros y todos los hombres de la Patrulla Fronteriza serán amigos tuyos. Entra.

—Camarada cabo —repliqué—, quisiera que los otros tres perros entraran conmigo. Ellos me conocen y conocen a esos otros.

—Así será —replicó—. Ven conmigo y los traeremos.

Nos volvimos y nos encaminamos al remolque del *half-track*. Acaricié a los perros y les dejé que me lamieran, que me comunicaran su olor. Luego, con los tres perros saltando y empujándose en torno mío, fui a la entrada enrejada del recinto. Había guardias con armas situados junto a la puerta por si algún perro intentaba escapar. Prontamente se abrió un poco la puerta y yo fui rudamente lanzado dentro.

Hacia mí vinieron los perros de todas partes. Las mandíbulas apretadas de «mis» tres perros desanimaron a la mayoría de los otros de acercarse a mí; pero uno grande, una bestia feroz, que evidentemente era el que mandaba, se lanzó a mi garganta con intenciones asesinas. Yo estaba bien preparado para eso y, dando un paso a un lado, le propiné un rápido golpe en el pescuezo, un golpe de judo (o de karate, como le llaman ahora) que le dejó muerto antes de tocar el suelo. El cadáver quedó cubierto por una masa hirviente, forcejeante de perros, antes casi de que pudiera saltar a un lado. El ruido de los gruñidos y mordiscos era repugnante.

Esperé unos momentos, inerte, indefenso, pensando sólo bondadosa y amistosamente de los perros, diciéndoles mentalmente que no les tenía miedo, que era su amo. Entonces se volvieron y hubo un momento en que mi estómago se revolvió al ver el esqueleto pelado del que unos momentos antes era el perro jefe. Los demás se volvieron hacia mí. Me senté en el suelo y *quise* que ellos hicieran lo mismo. Se echaron a mi lado en semicírculo, con las patas tendidas, mostrando los dientes y colgantes las lenguas, mientras barrían el suelo con las colas.

Me puse en pie y llamé a «Serge» a mi lado. Poniendo mi mano sobre su cabeza, dije alto:

—De ahora en adelante tú, «Serge», serás el jefe de todos estos perros; tú me

obedecerás y así ellos me obedecerán también.

Desde fuera del recinto llegó una espontánea salva de aplausos. ¡Me había olvidado por completo de los soldados! Al volverme, me encontré con que me saludaron amistosamente con la mano. El capitán, que tenía el rostro acalorado por la emoción, acercándose a la alambrada, vociferó:

—Saca fuera los cadáveres de los guardias o sus esqueletos.

Horrorizado, fui hacia el primer cadáver, una masa sangrienta de piltrafas, con la osatura del pecho al descubierto, y asiéndole de un brazo tiré. Pero el brazo se soltó del hombro. Entonces tiré de la cabeza, mientras las entrañas arrastraban por detrás. Hubo un rumor de espanto entrecortado y vi que «Serge» iba a mi lado llevando el brazo del muerto. Con trabajo quité de allí los tres cadáveres, o lo que había quedado de ellos. Luego, verdaderamente exhausto por el esfuerzo, fui hacia la puerta y salí.

El capitán se plantó ante mí.

—¡Hueles mal! —dijo—. Ve a quitarte el hedor de esos cadáveres. Te quedarás aquí un mes, cuidando de los perros. Pasado el mes, ellos volverán a las patrullas y tú podrás marchar. Tendrás paga de cabo. —Se volvió hacia Boris—: Como te lo había prometido, desde ahora mismo eres sargento.

Luego nos dio la espalda, alejándose sin duda muy complacido de todo aquello.

El sargento vino radiante hacia mí.

—Eres capaz de hacer prodigios. No olvidaré nunca cómo mataste al perro. Ni tampoco la figura del capitán, apoyándose en un pie y en el otro para filmar todo. Tú solo has realizado algo muy importante. La última vez que tuvimos una revuelta de perros perdimos seis hombres y cuarenta animales. Moscú se le echó encima al capitán. Le dijo lo que le ocurriría de perder más perros. Ahora te tratará bien. Comerás con nosotros. No te haremos preguntas. Pero ven, apestas, como ha dicho el capitán. Quítate esa suciedad. Siempre le dije a Andrei que comía demasiado y que olía mal; pero ahora que le he visto despedazado comprendo que estaba en lo cierto.

Tan agotado, tan cansado me sentía, que ni un humor macabro como aquél me sorprendió.

En el comedor unos cuantos hombres, cabos, riendo a carcajadas, dijeron algo al sargento. Éste rió estrepitosamente también y vino presuroso a mi lado.

—¡Ja, ja! Camarada sacerdote —vociferó, llorando de risa—, dicen que puesto que llevas tanto de las entrañas de Andrei por fuera, debes también llevar todas sus posesiones, ahora que él ha muerto. No tenía parientes. Te vamos a llamar camarada Andrei mientras estés aquí. Todo cuanto fue suyo, ahora será tuyo. Y me has hecho ganar muchos rublos al apostar por ti en la perrera. Eres mi amigo.

El sargento Boris era un sujeto de buen corazón. Tosco, de modales rudos y sin pretensiones de educación, se mostraba afable conmigo por haber conseguido su ascenso. «De otro modo —decía— hubiera sido cabo toda mi vida». Y por el gran

número de rublos que ganó por mí. La mayoría de los soldados dijeron que no tenía ninguna posibilidad de salir del recinto de los perros. Boris, que lo oyó, repuso:

—Este hombre vale. Deberíais haberle visto cuando le azucé los perros. No se movió. Sentado como una estatua. Los perros creyeron que era uno de ellos. Hará andar derecha a la jauría. Ya la veréis.

—¿Apostarías por eso, Boris? —exclamó un hombre.

—Te apuesto tres meses de tu paga —dijo aquél.

Como resultado inmediato había ganado cosa de tres años y medio de paga y me estaba agradecido.

Aquella noche, después de una cena muy abundante, porque los guardias de la Patrulla Fronteriza vivían bien, dormí en una cabaña abrigada al lado de la perrera. El colchón estaba bien relleno de esparto seco y los soldados habían conseguido sábanas nuevas para mí. Tenía toda clase de razones para estar satisfecho de aquella preparación que me había proporcionado una comprensión tal del carácter de los animales.

Con las primeras luces me vestí y fui a ver a los perros. Me habían enseñado dónde se guardaba su alimento y ahora vi que tenían una comida muy buena. Se agolparon en torno mío, agitando las colas, y hasta a veces alguno iba por detrás y me ponía las patas en la espalda.

En una de estas ocasiones se me ocurrió mirar en torno y allí estaba el capitán, fuera de la alambrada, por supuesto, mirando.

—Eh, sacerdote —dijo—. Vengo simplemente a ver por qué los perros están tranquilos. La hora de la comida es una hora de locura y de luchas; cuando el guardián les lanza desde fuera el alimento los perros se despedazan entre sí para conseguir su parte. No voy a hacerte preguntas, sacerdote. Dame tu palabra de que permanecerás aquí cuatro o cinco semanas, hasta que los perros se vayan y tú serás el encargado de ellos; podrás ir a la ciudad cuando quieras.

—Camarada capitán —repliqué—, le doy con gusto mi palabra de permanecer aquí hasta que se vayan todos los perros. Luego seguiré mi camino.

—Otra cuestión, sacerdote —añadió el capitán—. La próxima vez que les des de comer traeré mi cámara tomavistas y tomaré una película. Así los superiores podrán ver cómo se mantienen los perros en orden. Ve al sargento de semana y que te dé un uniforme de cabo. Si puedes encontrar alguien que te ayude dentro de la perrera, haz que la limpien por completo. Pero si tienen miedo, hazlo tú solo.

—Lo haré yo mismo, camarada capitán —repliqué—, así los perros no se alborotarán.

El capitán asintió con un gesto cortés y se fue, considerándose sin duda un hombre muy feliz al poder demostrar cómo se las arreglaba con los perros ávidos de sangre.

Durante tres días no me alejé más de cien metros del encierro de los perros. Aquellos hombres gustaban de apretar el gatillo y les tenía sin cuidado disparar sobre la maleza «por si había espías ocultos allí», según decían.

Durante esos tres días recobré mis fuerzas y me mezclé con los soldados, para llegar a conocerles y llegar a conocer sus costumbres. Andrei había sido de una talla muy semejante a la mía; así que sus ropas me quedaban bastante bien. Todo lo que le pertenecía fue lavado una y otra vez, sin embargo, pues él no se hacía notar por su limpieza. Muchas veces se me acercó el capitán, tratando de entablar conversación. Pero aun cuando parecía sinceramente interesado y bastante animoso, tenía que recordar mi papel de simple sacerdote, que sólo sabía las escrituras budistas y... tratar a los perros. Se solía burlar de la religión, diciendo que no había otra vida, ni Dios ni nada, salvo el Padre Stalin. Yo solía citar las Escrituras, sin rebasar nunca los conocimientos que se podían esperar de un sacerdote de pueblo.

En una de estas discusiones se hallaba presente Boris, recostado contra el paraje cercado para los perros, masticando una hierbecilla.

—Sargento —exclamó el capitán, irritado—, el sacerdote no ha salido nunca de su pueblo. Llévale a que vea la ciudad. Llévale a hacer la ronda por Artem y Razdol'noye. Muéstrale la vida. Sólo conoce la muerte y cree que eso es la vida.

Escupió en el suelo, encendió un cigarrillo de contrabando y se fue a grandes pasos.

—Sí, vamos, sacerdote. Has estado con los perros desde que empezaste a cuidar de ellos. Creo que debo reconocer que ahora los tienes bien educados. Y que me has hecho ganar un montón de dinero. Me rebosa el dinero, sacerdote, y debo gastarlo antes de morir.

Se encaminó hacia el coche, entró y me hizo ademán de que hiciese lo mismo. Puso en marcha el motor, metió la palanca y embragó. Partimos, dando saltos sobre las carreteras llenas de huellas y entramos bramando en las estrechas calles de Vladivostok. Abajo, en la bahía, había muchos barcos, casi más de los que yo sabía que existían en el mundo.

—Mira, sacerdote —dijo Boris—, esos barcos tienen mercancías capturadas. Iban a ser entregadas en «préstamo y arriendo» por los americanos a otros países. Los americanos creen que los japoneses han capturado esos barcos, pero nosotros mandamos el cargamento por el Transiberiano a Moscú, donde los Primates del Partido harán lo que ellos creen ser la primera elección. Sin embargo, nosotros hemos elegido primero, mediante un arreglo con los del muelle. Nosotros haremos la vista gorda en sus cosas, mientras ellos hacen la vista gorda en las nuestras. ¿No has usado nunca reloj, sacerdote?

—No —repliqué—. He poseído muy pocas cosas. Sé la hora por la posición del sol y por la sombra que hace.

—Debes tener un reloj, sacerdote.

Boris aceleró y a poco nos detuvimos al lado de un barco de carga atracado al costado del muelle. El barco tenía vetas rojizas de herrumbre y brillaba con salpicaduras del agua salada secas. El viaje por el Cuerno de Oro había sido duro y desahagible. Las grúas estaban moviendo sus largos brazos y descargando productos de diferentes partes del mundo. Los hombres gritaban, gesticulaban, manejando las redes de descarga y tirando de las guindaletas. Boris bajó del coche, arrastrándome tras él, y se precipitó como loco por la plancha, llevándome a remolque.

—Queremos relojes, capitán —gritó al primer hombre uniformado que vio—. Relojes de pulsera.

Uno que vestía un uniforme más adornado que los otros apareció y nos acompañó a su camarote.

—Relojes, capitán —vociferó Boris de nuevo—. Uno para él y dos para mí. ¿Quieres venir a tierra, capitán? En tierra se divierte uno. Se hace lo que se quiere. Las mujeres se emborrachan. Queremos relojes.

El capitán sonrió y sirvió unos vasos. Boris bebió ruidosamente y yo le pasé mi vaso.

—No bebe, capitán. Es un sacerdote convertido en guardián de perros, un buen guardián de perros y también un buen sujeto —dijo Boris.

El capitán fue al espacio que quedaba tras de su litera y sacó una caja. Abriéndola, mostró cosa de una docena de relojes de pulsera. Casi tan rápidamente como podía captarse con la mirada, Boris escogió dos de oro y, sin molestarse en darles cuerda, se puso uno en cada muñeca.

—Coge un reloj, sacerdote —mandó Boris. Tendí la mano y cogí un cronómetro.

—Ése es el mejor, sacerdote —dijo el capitán—. Es de acero inoxidable, un Omega impenetrable al agua. Con mucho el mejor reloj de todos.

—Gracias, capitán —repliqué—. Si no tiene nada que objetar, me quedaré con el que usted ha preferido.

—Ahora veo que estás loco, sacerdote —dijo Boris—, ¿escoger un reloj de acero pudiendo tener uno de oro? Reí y repliqué:

—A mí me basta con el acero. Usted es sargento, pero yo soy sólo cabo provisional.

Desde el barco fuimos al apartadero del ferrocarril Transiberiano. Había partidas de obreros muy atareados en cargar los vagones con las mercancías más escogidas de los barcos. Desde aquí partirían estos vagones para Moscú, a unos diez mil kilómetros de distancia. Mientras estábamos allí, salió un tren. Dos locomotoras tiraban de una larga serie de vagones, ambas con cinco ruedas a cada lado. Máquinas gigantescas que eran cuidadas y mimadas casi como criaturas vivientes por el equipo del tren.

Boris siguió con el coche al lado de los vagones. Había guardias por todas partes y, desde pozos en el suelo, hombres armados atisbaban la parte inferior de los trenes que pasaban, buscando polizones.

—Parecen estar ustedes muy temerosos de que alguien suba en el tren ilegalmente —dije—. Es algo que no comprendo. ¿Qué daño puede haber en dejar que monten?

—Sacerdote —replicó tristemente Boris—, no tienes conocimiento de la vida, como el capitán acaba de decir. Los enemigos del Partido, los saboteadores y los espías capitalistas quisieran poder introducirse secretamente en nuestras ciudades. Ningún ruso honrado desea viajar, a menos que se lo mande su Comisario.

—¿Pero hay aquí muchos que quieren hacerlo? ¿Qué hacen ustedes con ellos cuando los ven?

—¡Que qué se hace con ellos! ¡Pues fusilarles, naturalmente! No hay muchos polizones aquí, pero mañana voy a ir a Artem y te llevaré conmigo. Allí verás cómo tratamos a los elementos subversivos. Los ferroviarios, cuando cogen uno, le atan las manos, le pasan una cuerda por el cuello y lo lanzan afuera. Aunque eso ensucia los raíles y envalentona a los lobos.

Boris se había hundido en el asiento del conductor y sus ojos escrutaban los vagones del ferrocarril que pasaban atestados. Como por un contacto eléctrico pegó un salto y accionó el acelerador hasta abajo del todo. El coche pegó otro salto y adelantó el tren. Boris, pisando ahora los frenos, se abalanzó fuera del vehículo, tomó el subfusil y se escondió al costado del coche. El tren pasó rodando despacio. Tuve un atisbo de alguien montado entre dos coches y luego se oyó el tartamudeante balbuceo del subfusil ametrallador.

El cuerpo cayó al suelo entre las vías.

—¡Le di! —dijo triunfalmente mi compañero, mientras con todo cuidado introducía otro peine en la recámara del fusil—. Éste hace el cincuenta y tres, sacerdote. Cincuenta y tres enemigos del Estado, de los que yo he dado cuenta.

El tren pasó y Boris fue hacia el cadáver acribillado y ensangrentado.

Dándole vuelta con el pie, le miró el rostro y dijo:

—Lo reconozco, es un ferroviario. No debió ir montado allí. Será mejor que le deshaga la cabeza; así no habrá preguntas difíciles.

Diciendo esto, acercó la boca del cañón al rostro del hombre muerto y dio al gatillo. Dejando el cadáver, ahora descabezado, volvió al coche y nos alejamos.

—No he montado nunca en tren, Boris —le dije.

—Bueno —replicó—. Mañana iremos a Artem en uno de mercancías y podrás verlo. Tengo algunos buenos amigos allí, a los que quiero encontrar, ahora que soy sargento.

Desde hacía largo tiempo acariciaba la idea de escapar e ir a América en un barco como polizón. Hablé de esto a mi compañero.

—Boris —le dije—, ha pasado toda su vida deteniendo gente en la frontera y asegurándose de que no van polizones en los trenes. Sin embargo, a todos esos barcos puede subir cualquiera y quedarse.

Boris se echó hacia atrás en el asiento, riendo a carcajadas.

—Sacerdote —refunfuñó—, debes ser un simple. Los Guardas Marítimos abordan los barcos a una milla de la costa y comprueban la identidad de todos los miembros de la tripulación. Luego cierran todas las escotillas y bocas de ventilación e inyectan ácido cianhídrico en las bodegas y en otros espacios, sin olvidar los botes salvavidas. Logran reunir una buena partida de cadáveres de reaccionarios que no sabían esto.

Me sentí indispuerto al pensar en la forma cruel en que esos hombres trataban de todo aquello, como si fuera una diversión, y me apresuré a cambiar de parecer respecto a embarcar de polizón.

Estaba en Vladivostok, pero tenía asignada una tarea en mi vida y, según había afirmado la profecía, debía ir primero a América, luego a Inglaterra para regresar de nuevo a América del Norte. El problema consistía en cómo ir a esa otra parte del mundo. Decidí averiguar cuanto pudiera acerca del ferrocarril transiberiano, dónde cesaban las inspecciones y qué ocurría al llegar a Moscú.

Al día siguiente cuidé de dar de comer a los perros temprano y, dejándolos tranquilos, partí con Boris y otros tres guardias. Recorrimos unos ochenta kilómetros, hasta un puesto avanzado donde los tres guardias iban a relevar a otros tres. Durante todo el camino fueron charlando de los muchos «escapados» que habían muerto, y recogí algunas informaciones útiles. Supe el lugar en que ya no había más registros y donde, si se tenía cuidado, se podía viajar hasta las afueras de Moscú sin ser detenido.

El dinero iba a ser un problema, eso podía comprenderlo. Lo conseguí haciendo el servicio por otros, atendiendo a los enfermos, y, mediante los buenos oficios de algunos de éstos, tratando a miembros ricos del Partido en la ciudad. Como otros, concerté la visita a los barcos y recibí mi parte en el saqueo del cargamento de un nuevo tren. Todas estas «dádivas» las convertí en rublos. Me estaba preparando para cruzar Rusia.

Cosa de cinco semanas después, el capitán me dijo que los perros iban a volver a los puestos de las patrullas. Iba a venir un nuevo comisario y yo debía marchar antes de su llegada.

Me preguntó adónde pensaba ir, y como ahora ya le conocía, repliqué:

—Me quedaré en Vladivostok, camarada capitán, es una ciudad que me gusta.

La expresión de su rostro se tornó preocupada.

—Debes marchar, salir de la región. Mañana mismo.

—Pero camarada capitán, no tengo dónde ir y carezco de dinero.

—Se te darán rublos, alimento y ropas y te irás de esta región.

—Camarada capitán —insistí—, no tengo adónde ir. Aquí he trabajado duramente y quiero quedarme en Vladivostok.

Pero el capitán era inflexible.

—Mañana envío a unos hombres al límite mismo de nuestra zona, a los confines de Vorochilof. Te llevarán allí y allí te dejarán. Te daré una carta diciendo que nos has ayudado y que has ido allí con permiso. Así que la policía de Vorochilof no te detendrá.

Era todavía mejor de cuanto esperaba. Quería ir a Vorochilof, porque allí era donde trataría de subir al tren. Sabía que, de poder llegar al otro lado de la ciudad, estaría bastante seguro.

Al día siguiente, con un grupo de soldados, monté en un camión rápido de transporte militar y fuimos rugiendo por la carretera camino de Vorochilof. Ahora llevaba un buen traje de paño y tenía una gran mochila atestada de bártulos y otra que llevaba colgada al hombro llena de comestibles. No sentía ningún escrúpulo al recordar que las ropas que llevaba habían sido las de uno que se había introducido en un barco y que había sido muerto.

—No sé adónde vas a ir, sacerdote —dijo Boris—, pero el capitán ha declarado que él adiestró esos perros, así que tienes que marcharte. Esta noche puedes dormir en el puesto avanzado y ponerte en camino mañana.

Aquella noche estuve inquieto. Me sentía hastiado y enfermo de ir errando de un lado para otro. Hastiado y enfermo de vivir con la muerte a mi costado. Me sentía extremadamente solo viviendo con aquellas gentes que me eran tan extrañas y tan completamente opuestas a mi pacífico concepto de la vida.

Por la mañana, después de un buen desayuno, me despedí de Boris y de los otros, me eché a la espalda mi carga y partí. Anduve kilómetros y kilómetros, evitando las carreteras y tratando de rodear Vorochilof. Se oyó el bramido de un coche a toda velocidad tras de mí, el chirrido de un frenar apresurado y me encontré encañonado por un subfusil ametrallador.

—¿Quién eres? ¿Adónde vas? —rezongó un cabo ceñudo.

—Voy a Vorochilof —repliqué—. Tengo una carta del camarada capitán Vassily.

Arrebatándome la carta, rasgó el sobre y frunció el ceño al concentrarse en la lectura. Luego su rostro se abrió en una ancha sonrisa.

—Acabamos precisamente de ver al sargento Boris —dijo—. Sube, te llevaremos a Vorochilof y te dejaremos donde digas.

Aquello era una contrariedad, pues trataba de evitar la ciudad. Pero monté en el coche patrulla y fui llevado velozmente a Vorochilof. Bajé cerca del cuartel de la policía y, en cuanto el coche se metió en el garaje, me largué apresuradamente de allí y traté de hacer cuantos kilómetros me fueran posible antes de que cayera la noche. Tenía el propósito de acampar fuera, cerca de la vía férrea y de observar lo que

ocurría de día y de noche antes de subir al tren.

Los trenes de pasajeros eran detenidos e inspeccionados en Vorochilof, pero los de mercancías se detenían fuera, acaso para que los habitantes de la ciudad no vieran cuantos viajeros ilegales eran muertos. Estuve observando y observado, hasta que decidí que mi única esperanza era subir a un tren en el momento que saliera.

En la noche del segundo día, un tren muy a mi deseo se detuvo. Un tren que, según mi experiencia me lo decía, llevaba mucho cargamento de «préstamo y arriendo». No era un tren que debiera perder, pensé, cuando fui a lo largo de la vía, mirando debajo, tanteando las puertas cerradas y abriendo aquellas que no lo estaban. De vez en cuando sonaba un disparo seguido por el golpetazo de un cuerpo al caer. Aquí no se utilizaban los perros por temor de que las ruedas los mataran. Me revolqué en el polvo para ensuciarme lo más posible.

Los guardias pasaron mirando el tren, hablando a gritos unos con otros, lanzando el destello de poderosas linternas. A ninguno se le ocurrió mirar por debajo de los vagones; sólo éstos retenían su atención. Me eché al suelo tras ellos, pensando: «Mis perros serían más eficientes. Ellos hubieran dado pronto conmigo».

Satisfechos con el registro que hicieron, se largaron. Yo fui rodando sobre mí mismo hasta el borde de la vía y me lancé entre las ruedas de un vagón. Trepando rápidamente al eje, enganché una cuerda, que llevaba preparada, a un gancho saliente. Sujetándola por el otro lado, me subí y me até al fondo del piso del vagón, en la única posición en que era posible escapar a la inspección. Esto lo había planeado desde hacía un mes. El tren se puso en marcha, con una sacudida que casi me lanza fuera y, como yo había previsto, un «jeep» con un reflector vino corriendo junto al tren, con guardias armados que miraban a las barras de los ejes. Me apreté contra el piso del vagón, sintiéndome como un hombre desnudo en una comunidad de monjas. El «jeep» siguió corriendo, dio vuelta y regresó, desapareciendo de mi vista y de mi vida. El tren seguía rodando con estrépito. Durante cinco o seis kilómetros me mantuve inflexible en mi penosa posición. Luego, persuadido de que el peligro había pasado, aflojé la cuerda y logré quedar en equilibrio sobre una de las defensas del eje.

Descansé durante un rato lo mejor que pude, recobrando la sensibilidad de mis miembros entumecidos, doloridos. Luego, lentamente, cautelosamente, avancé de lado hasta el extremo del vagón y logré asirme a una barra de hierro. Durante cosa de media hora fui sentado en el enganche y luego me icé a la plataforma bamboleante, trepé a tientas por un extremo de ella y subí al techo. Estaba todo completamente a oscuras, si se exceptúa la luz de las estrellas. La luna no había salido todavía, y comprendí que tenía que trabajar de prisa para lograr meterme en un vagón, antes de que algún ferroviario que anduviese por allí me viera a la luz de la luna siberiana. Ya arriba me até a la cintura el extremo de la cuerda y pasé el otro cabo por la barandilla del techo. Luego me deslicé cautelosamente hacia abajo por un costado, aflojando la

cuerda que sostenía. Me golpeé y me arañé contra los ásperos rebordes, pero logré pronto abrir la puerta con una llave que había adquirido en Vladivostok con ese fin; una llave que se adaptaba a las cerraduras de todos los trenes. Resultó atrocamente difícil correr la puerta hasta que se abriera, y pendí como un péndulo. Pero la visión de los primeros rayos de la luna esplendente me dio mayores ímpetus y la puerta, deslizándose, se abrió y yo me deslicé también adentro agotado. Soltando el extremo libre de la cuerda, lo agité y tiré hasta que la tuve en mis manos en toda su longitud. Temblando por el agotamiento extremo, cerré la puerta y me dejé caer al suelo.

Dos o tres días después —se pierde todo cómputo de tiempo en tales condiciones — sentí que el tren amenguaba la marcha. Me apresuré a ir a la puerta y, abriéndola un poco, miré fuera. No se veía nada sino la nieve, así que me precipité hacia el otro lado. Los guardias del tren iban corriendo junto a un grupo de refugiados. Era evidente que iba a efectuarse un gran registro. Recogiendo mis pertenencias, me dejé caer en el suelo cubierto de nieve, y, me metí entre las ruedas de los vagones para embrollar mis huellas en la nieve. Mientras estaba aún haciéndolo, el tren echó a andar y yo me así desesperadamente al enganche helado más próximo. Con gran suerte conseguí echarle a uno los brazos y quedé colgado de él, con los pies en el aire, hasta que una súbita sacudida me permitió subir las piernas también.

Poniéndome en pie, descubrí que me hallaba al extremo de un vagón plataforma cubierto con una lona rígida y helada. Los nudos eran duros como el hielo y la lona pesaba como una plancha de hierro. Permanecí sobre el enganche bamboleante y cubierto de hielo, forcejeando con los nudillos helados. Alenté sobre ellos, esperando ablandarlos, pero mi aliento se heló e hizo que el hielo fuera más denso. Tiré de la cuerda arriba y abajo contra el costado de la plataforma. La oscuridad iba amenguando y al fin la cuerda restregada se rompió. Así pude, con inmenso esfuerzo, alzar un extremo de la lona y deslizarme debajo. Cuando, ya dentro, caí al suelo, saltó un hombre sobre mí, blandiendo un trozo afilado de acero junto a mi garganta. El instinto o el hábito vino en mi auxilio y el hombre quedó sujetándose un brazo roto y gimiendo. Otros dos hombres se me acercaron, uno con una barra de hierro y otro con una botella mellada. Para alguien adiestrado como yo, eso no suponía realmente un peligro y pronto quedaron desarmados.

Era la ley de la jungla; mandaba el más fuerte, y ahora que los había derrotado eran mis servidores.

El vagón estaba lleno de trigo que comíamos tal y como estaba. Para beber recogíamos nieve o chupábamos el hielo que arrancábamos de la lona. No se podía entrar en calor, porque no había nada que quemar y porque los del tren hubieran visto el humo. Yo podía soportar el frío, pero el hombre del brazo roto una noche se congeló y tuvimos que dejarle caer por un costado.

Siberia no es sólo nieve; tiene una parte montañosa, como las montañas rocosas

canadienses y otra que es tan verde como Irlanda. Sin embargo, ahora pasábamos dificultades por la nieve, por ser aquella la época del año peor para viajar.

Resultó que el trigo nos originaba trastornos; hacía que nos hincháramos y nos producía disentería grave, debilitándonos de tal modo que casi nos tenía sin cuidado vivir o morir. Al fin la disentería amenguó y padecimos de agudas punzadas por el hambre. Yo descendí con mi cuerda y rebañé la grasa de los cojinetes. La comimos sufriendo grandes náuseas al hacerlo.

El tren seguía rodando. Iba por la terminación del lago Baykal en Omsk. Allí, como sabía, el tren sería desviado, reajustado de nuevo. Había que dejarlo antes de que llegara a la ciudad, y subirse a otro tren que ya estaba preparado. No tiene objeto detallar las pruebas y tribulaciones que supusieron el cambio de tren, pero yo, en compañía de un ruso y de un chino, logré montar en uno rápido de carga que iba a Moscú.

El tren se hallaba en buen estado. Mi llave, cuidadosamente guardada, abrió un vagón y trepamos dentro, al amparo de las tinieblas de una noche sin luna. El vagón estaba repleto y tuvimos que entrar forcejeando. No había ni un destello de luz y no teníamos idea de lo que contenía. Nos aguardaba una grata sorpresa de madrugada. Estábamos muertos de hambre y vimos que en un ángulo del vagón había amontonados paquetes de la Cruz Roja, que al parecer no habían llegado a su destino, pero que habían sido «liberados» por los rusos. Ahora vivíamos bien. Chocolate, latas de conservas, leche condensada, había de todo. Hasta encontramos en un paquete una pequeña estufa con combustible sólido que no producía humo.

Registrando los bultos descubrimos que estaban repletos de ropas y de objetos que debían proceder de las tiendas saqueadas de Shanghai. Cámaras fotográficas, prismáticos, relojes. Nos proveímos de buenas ropas, porque las nuestras estaban en estado repugnante. Lo que necesitábamos más era agua; teníamos que depender de la nieve que podíamos arrancar de los costados.

Después de cuatro semanas y casi diez mil kilómetros desde nuestra salida de Vorochilof, el tren se acercaba a Noginsk a poco más de cincuenta kilómetros de Moscú. Los tres tratamos del asunto y decidimos que, como el equipo del tren estaba entrando en actividad —los oíamos andar sobre nuestro techo— lo prudente sería marcharnos. Cuidadosamente nos inspeccionamos los unos a los otros para cerciorarnos de que no había nada que despertara sospechas, y cogimos luego una buena provisión de alimento y «tesoros» que podían ser cambiados por algo. El chino salió el primero y, cuando cerré la puerta tras él, oí disparos de fusil. Tres o cuatro horas después se dejó caer el ruso, seguido por mí con un intervalo de media hora.

Anduve trabajosamente en la oscuridad, pero enteramente seguro de mi camino, porque el ruso, nativo de Moscú, que estaba exiliado en Siberia, nos había aleccionado cuidadosamente. Para la mañana había hecho unos buenos treinta

kilómetros y mis piernas, que habían sido tan rudamente golpeadas en los campos de concentración, me estaban molestando muchísimo.

En una casa de comidas, mostré mis papeles de cabo de la Guardia Fronteriza. Eran los papeles de Andrei; se me había dicho que me quedara con todas sus pertenencias y nadie había pensado en decir «salvo sus papeles oficiales y tarjeta de identidad». La camarera parecía indecisa y llamó a un policía que estaba fuera.

Éste entró y hubo mucha discusión.

No, yo no tenía tarjeta de racionamiento; la había dejado olvidada en Vladivostok, porque las disposiciones sobre la alimentación no rezaban para los guardias de allí.

El policía manoseó mis papeles y dijo:

—Tendrás que comer del mercado negro, hasta que obtengas otra tarjeta de la Oficina de Alimentación. Ésta habrá de ponerse en contacto antes con Vladivostok.

Dicho esto nos dio la espalda y se alejó. La camarera se encogió de hombros.

—Toma lo que quieras, camarada, pero te costará cinco veces más el precio oficial.

Me trajo un poco de pan negro y amargo y algo de pasta de horrible aspecto y peor gusto. Interpretó mal el gesto que le hice para pedir «de beber» y me trajo algo que por poco me deja allí seco. Con un sorbo bastó para creer que me habían envenenado. A mí me bastó con ese sorbo, pero la camarera me puso en la cuenta hasta el agua, mientras ella trasegaba el vil brebaje por el que yo pagué tanto.

Cuando salí, el policía me estaba esperando. Se puso a mi paso y caminamos juntos.

—Esto no es nada correcto, camarada, caminar con un paquete a la espalda. Me estoy preguntando si no debo llevarte al puesto de policía para interrogarte. ¿Tienes algún reloj, camarada, para hacer que olvide mi obligación?

Silenciosamente busqué en mi bolsillo y luego saqué uno de los relojes que había cogido en el tren. El policía lo tomó, le echó un vistazo y dijo:

—Para ir a Moscú... todo derecho. Evita las calles muy transitadas y no te pasará nada —luego se dio vuelta y se alejó.

Seguí trabajosamente por el borde de la carretera teniendo cuidado de no tropezarme con policías que podían pedir relojes. A juzgar por mis propias experiencias, me pareció que los rusos tenían una avidez verdaderamente atroz por los relojes. Muchos de ellos no sabían leer la hora, pero el mero hecho de tener un reloj parecía satisfacerles de extraña manera. Un hombre demacrado caminaba vacilando ante mí y de pronto se tambaleó y cayó de bruces en la cuneta al costado de la carretera. Los transeúntes no se detenían siquiera a mirarle, sino que seguían su camino. Yo hice ademán de ir hacia él, pero un viejo, que iba precisamente detrás de mí, murmuró:

—Cuidado, camarada forastero, si te acercas a él, la policía creerá que has ido a robarle. Está muerto de todos modos. Muerto de hambre. Esto ocurre cientos de veces aquí todos los días.

Dándole las gracias con un gesto, seguí derechamente. «Es un lugar terrible éste —pensé—, donde todos están en contra de sus semejantes. Debe ser porque no tienen religión alguna que les guíe».

Aquella noche dormí tras las paredes desmoronadas de las ruinas de una iglesia. Dormí con cosa de otros trescientos que me hicieron compañía. Mi mochila me sirvió de almohada y durante la noche sentí que manos furtivas trataban de desatar los cordones. Un golpe rápido al cuello del ladrón en cierne lo envió dando vueltas y boqueadas hacia atrás y ya no volví a ser molestado.

De mañana compré alimentos en el mercado negro del Gobierno, porque en Rusia el Gobierno controla el mercado negro, y luego continué mi camino. El ruso del tren me había dicho que adoptara la apariencia de un turista y que me colgara al cuello una cámara fotográfica (tomada del tren). No tenía película y en aquellos días apenas sabía cómo había de tenerse en la mano una cámara.

Pronto me encontré en la parte mejor de Moscú, en la parte que de ordinario ven los turistas corrientes, que son incapaces de mirar «tras del decorado», la miseria, la pobreza y la muerte que existe en las callejas de los arrabales. El Moscova estaba ante mí y fui andando por la orilla un rato, antes de dirigirme a la Plaza Roja. El Kremlin y la tumba de Lenin no me causaron ninguna impresión. Estaba habituado a la grandiosidad y a la belleza centelleante del palacio de Potala. Cerca de uno de los accesos al Kremlin esperaba un pequeño grupo de personas, con aire apático, desaseado, que daban la impresión de haber sido llevadas allí como ganado. Con un bufido, tres grandes coches negros se precipitaron en la Plaza y desaparecieron en la oscuridad de las calles. Como la gente miraba sombríamente en mi dirección, alcé a medias la cámara. De pronto sentí un golpe terriblemente doloroso en la cabeza. Por un momento creí que me había caído encima un edificio. Quedé en el suelo y la cámara fue arrancada de golpe de mis manos.

Guardias soviéticos de gran talla estaban ante mí; uno de ellos era metódico y, sin inmutarse, me dio un puntapié en las costillas y me ordenó que me pusiera en pie. Medio aturdido como estaba, me resultó difícil levantarme, así que dos policías se agacharon y rudamente me pusieron de pie. Me dispararon una serie de preguntas, pero hablaban tan rápidamente y con un acento tan moscovita que no entendí una palabra. Al fin, cansados de preguntar sin obtener respuesta, me llevaron por la Plaza Roja en formación, un policía a cada lado y otro detrás con un enorme revólver apretado dolorosamente contra la espalda.

Nos detuvimos ante un edificio de aspecto tétrico y entramos por una puerta del sótano. Fui rudamente empujado —sería mejor decir que me llevaron a empellones—

por unas escaleras de piedra abajo y me metieron en un cuartito. Había un oficial sentado ante una mesa con dos guardias armados y firmes junto a la pared de la habitación. El policía de más categoría, que se había hecho cargo de mí, farfulló una larga explicación al oficial y colocó mi mochila en el suelo a mi lado. El jefe escribió lo que, evidentemente, era un recibo por mis pertenencias y luego el policía giró sobre sus talones y se fue.

Me empujaron rudamente para introducirme en otra habitación, un aposento muy grande, y me dejaron plantado ante una mesa de despacho inmensa, con un guardia armado a cada lado. Algún tiempo después, entraron tres hombres y se sentaron tras la mesa a examinar el contenido de mi mochila. Uno de ellos tocó un timbre y, cuando entró un auxiliar, le dio mi cámara y unas brascas instrucciones. Él otro giró sobre sus talones y se fue, llevando con todo cuidado mi maquina fotográfica, como si fuera una bomba a punto de estallar.

Siguieron haciéndome preguntas que no podía entender. Al fin llamaron a un intérprete, luego a otro y a otro, hasta que encontraron uno que pudo conversar conmigo. Fui despojado de mis ropas y examinado por un médico. Todas las costuras de mis vestidos fueron inspeccionadas y algunas descosidas. Al fin me lanzaron las ropas, pero sin los botones, y tampoco me dieron el cinturón y los cordones de los zapatos. A una orden, los guardias me sacaron de la habitación a empellones, cargado con mis ropas, y fuimos formados por un pasillo y otro pasillo. Ellos no hacían ruido —llevaban zapatillas de fieltro— ni hablaban entre sí o me hablaban a mí. Cuando marchábamos en silencio, un grito que verdaderamente le helaba a uno la sangre, se alzó en el aire quieto y descendió trémulo. Involuntariamente acorté el paso; pero el guardia que iba detrás se abalanzó sobre mi espalda con tanta fuerza que creí que me había partido el cuello.

Al fin nos detuvimos ante una puerta roja. Un guardia abrió la cerradura. Fui empujado dentro y descendí de sopetón tres escalones de piedra. La celda era oscura y muy húmeda. Tenía cosa de dos metros de ancha por cuatro de larga y había un inmenso y hediondo colchón en el suelo. Durante un rato, que ignoro por completo lo que duró, permanecí en tinieblas, sintiéndome cada vez más hambriento y preguntándome por qué la Humanidad tenía una naturaleza tan brutal.

Después de un intervalo muy largo, me pasaron un trozo de pan negro y agrio y una jarrita de agua nauseabunda. El guardia silencioso me ordenó con un ademán que me bebiera el agua entonces. Tomé un trago y él me quitó la jarra de los labios, vertió el resto en el suelo y se fue. La puerta se cerró sin ruido. No había ruido alguno, salvo algunos horribles gritos de vez en cuando, que eran pronta y violentamente reprimidos. El tiempo siguió deslizándose. Mordisqueé el pan negro. Tenía hambre y creí que sería capaz de comer cualquier cosa; pero aquel pan era terrible; olía como si lo hubieran sacado de una letrina.

Mucho tiempo después, tanto que yo temí que se hubieran olvidado de mí por completo, vinieron guardias armados a mi celda. No se dijo una sola palabra; me hicieron ademán de que fuese con ellos. Como no tenía otra posibilidad, les seguí y fuimos atropelladamente por pasillos interminables, que daban la impresión de que desandábamos una y otra vez el mismo camino con el propósito de crear un «suspense». Al fin entramos formados en un largo aposento a cuyo fondo había una pared pintada de un blanco brillante. Rudamente los guardias me ataron las manos a la espalda y me volvieron de cara hacia la pared blanca. Durante un largo rato no ocurrió nada; luego se encendieron unas luces muy potentes y extraordinariamente cegadoras, como para ser reflejadas por el blanco muro. Sentí que se me abrasaban los ojos, aun teniéndolos cerrados. Los guardias usaban gafas negras. La luz reverberaba en oleadas. La sensación que causaba era de que le introducían a uno agujas en los ojos.

Suavemente se abrió una puerta y se cerró. Hubo un arrastrar de sillas y un revolver de papeles. Una voz baja dijo algo en un murmullo que no entendí. Luego un culatazo en la espalda y empezaron las preguntas. ¿Por qué llevaba una cámara fotográfica si no tenía película? ¿Por qué tenía los papeles de un Guardia Fronterizo del destacamento de Vladivostok? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo? Horas tras horas las mismas estúpidas preguntas. La luz seguía llameando, dándome la sensación de que la cabeza se me partía del dolor. Si me negaba a responder recibía un culatazo.

El único respiro de unos momentos era cuando, cada dos horas, los guardias y los interrogadores se relevaban; porque los guardias también quedaban extenuados con la luz brillante.

Tras de lo que pareció ser horas sin fin, pero que en realidad no pudieron ser más de seis, caí al suelo. Los guardias, sin inmutarse lo más mínimo, me pincharon con sus afiladas bayonetas. Ponerse de pie con los brazos sujetos por detrás era difícil, pero lo hice una y otra vez. Cuando perdía el conocimiento, me lanzaban cubos de agua de letrina. Hora tras hora siguieron las preguntas. Empezaban a hinchárame las piernas. Los tobillos se tornaron más gruesos que los muslos, a medida que los humores del cuerpo descendían y anegaban la carne.

Siempre las mismas preguntas, siempre la misma brutalidad. Sesenta horas en pie. Setenta. Ahora todo era en torno una neblina roja. Me mantenía en pie, pero a punto de morir. Ni alimentos, ni descanso ni respiro. Sólo se me hacía beber, introduciéndome en la boca, a la fuerza, cierta droga que impedía el sueño. Preguntas, preguntas y preguntas. Habían pasado setenta y dos horas y ya no oía ni veía. Las preguntas, las luces, el dolor, todo se desvaneció y fue la oscuridad.

Transcurrió un tiempo indeterminado y recobré una conciencia saturada de sufrimientos, tendido de espaldas en el suelo húmedo y frío de mi sucia celda. Era doloroso moverse, pues mi carne la sentía como empapada y la columna vertebral

como de vidrios rotos. No había ningún rumor que diera señales de otros vivientes, ningún destello de luz que diferenciara el día de la noche. Nada, sino una eternidad hecha de dolor, hambre y sed. Al fin hubo un resquicio de luz, cuando un guardia bruscamente empujó un plato con comida sobre el suelo. Una lata con agua se derramó a mi lado. La puerta se cerró y de nuevo quedé a solas con mis pensamientos en la oscuridad.

Mucho tiempo después los guardias volvieron y fui arrastrado —no podía andar— al cuarto de los interrogatorios. Allí tuve que sentarme para escribir la historia de mi vida. Durante cinco días se repitió lo mismo. Era llevado a una habitación, se me daba un cabo de lápiz y se me decía que escribiera algo sobre mí. Durante tres semanas permanecí en la celda, reponiéndome poco a poco.

Una vez más fui llevado a un aposento donde permanecí en pie ante tres altos oficiales. Uno de ellos miró a los otros y luego a los papeles que tenía en la mano. Luego me dijo que cierta persona de influencia había dado testimonio de que en Vladivostok había sido útil a alguien. Otra atestiguó que había ayudado a su hija a escapar de un campo de prisioneros de guerra japonés.

—Serás puesto en libertad —dijo el oficial— y llevado a Stryj, en Polonia. Hay un destacamento nuestro que va a ir allí. Les acompañarás.

De vuelta a la celda —una celda mejor—, mientras mis fuerzas aumentaban lo suficiente para permitirme hacer el viaje. Al fin salí por la puerta de la prisión de Lubianka de Moscú, en mi marcha hacia el occidente.

Capítulo cuarto

A la puerta de la cárcel de Lubianka había tres soldados esperando. El guardia de la prisión, que me lanzó fuera por la puerta abierta, dio un papel al soldado de más categoría, un cabo.

—Firma aquí, camarada; es sólo para hacer constar que recibes a un deportado.

El cabo, indeciso, se rascó la cabeza, humedeció el lápiz y se frotó las manos en la pernera del pantalón antes de escribir vacilante su nombre. El guardia de la prisión se volvió sin decir palabra y las puertas de Lubianka se cerraron de golpe; esta vez, por fortuna, quedando yo fuera.

El cabo me miró ceñudo:

—Bueno, por ti he tenido que firmar un papel. Sólo Lenin sabe lo que ocurrirá. Puede que hasta termine yo mismo en Lubianka. Vamos, ¡muévete!

Él se puso delante de mí y, con un soldado a cada lado, me llevaron por las calles de Moscú hasta la estación del ferrocarril. No tenía nada que transportar porque todo lo que poseía lo llevaba encima: mis ropas. Los rusos se habían quedado con mi mochila, mi reloj, con todo, salvo las ropas que ahora vestía. ¡Y qué ropas! Unos pesados zapatos de suela de madera, los pantalones, la chaqueta, y nada más. Ni ropa interior, ni dinero, ni alimentos. Nada. Pero sí, tenía algo. Llevaba en el bolsillo un papel donde se decía que se me deportaba de Rusia y que estaba en libertad para pasar a la Alemania ocupada por los rusos, donde me presentaría en el puesto de policía más inmediato.

En la estación de ferrocarril de Moscú permanecí esperando con un frío que congelaba. Uno tras otro, los soldados se iban y volvían, para que otros de ellos pudieran irse. Me senté en el andén de piedra, temblando. Tenía hambre y me sentía enfermo y sin fuerzas. Mucho tiempo después apareció un sargento con cosa de un centenar de soldados. El sargento avanzó por el andén y me echó un vistazo.

—¿Queréis que se muera? —vociferó al cabo—. Tenemos que entregarle vivo en Lwow. Cuidaos de que coma; faltan seis horas hasta que salga el tren.

El cabo y un soldado me cogieron cada uno por un brazo y me forzaron a ponerme en pie. El sargento me miró a la cara y dijo:

—Hum, no eres una mala persona. Procura no causarnos molestias y nosotros no te causaremos ninguna. —Miró los papeles que llevaba el cabo—. Mi hermano estuvo en Lubianka —añadió, después de cercionarse de que ninguno de sus hombres podía oírle—. No hizo nada tampoco. Lo mandaron a Siberia. Ahora tengo que llevarte a que tomes alimento. Come bien, porque en cuanto lleguemos a Lwow tendrás que vivir por tu cuenta. —Se volvió y llamó a dos cabos—. Cuidaos de él y de que coma y beba lo que quiera. Ha de partir de aquí en buenas condiciones, pues de lo contrario el comisario dirá que matamos a los prisioneros.

Cansado, partí entre los dos cabos. En un pequeño comedor que había fuera de la estación, el cabo de más edad pidió grandes tazones de sopa de col y hogazas de pan negro. Aquello olía a verdura pasada, pero logré engullirlo porque tenía mucha hambre. Me acordé de la «sopa» que había tomado en los campos de prisioneros del Japón, donde los cartílagos que escupían los japoneses y los restos de sus comidas se reunían para hacer «sopa» para los prisioneros.

Con una comida dentro del cuerpo estábamos dispuestos para partir. El cabo pidió más pan y tres ejemplares de *Pravda*. Envolvimos el pan en los periódicos, después de cerciorarnos de que al hacerlo no profanábamos ningún retrato de Stalin, y luego volvimos a la estación.

La espera fue terrible. Seis horas en el frío congelador y sentado en un andén de piedra. Al fin fuimos todos llevados en rebaño a un tren viejo y maltrecho, y partimos para Kiev. Aquella noche dormí entre dos soldados rusos que roncaban. No había espacio para que ninguno de nosotros se tendiera, porque íbamos apretados hasta no poder más. Los duros asientos de madera eran incómodos y hubiera deseado poder sentarme en el suelo. El tren seguía traqueteando y se detenía con un chirrido cada vez que lograba quedarme dormido, o así lo parecía. Ya muy tarde, a la noche siguiente, después de un penoso viaje de unos mil cuatrocientos kilómetros o cosa así, entramos en una estación de segunda categoría en Kiev. Hubo mucha agitación, muchos gritos y partimos todos formados al cuartel de la localidad a pasar la noche. Me metieron en una celda y, después de muchas horas, fui despertado de mi sueño por la entrada de un comisario y de su ayudante. Me hicieron preguntas, un sinfín de preguntas, y, unas dos horas o dos horas y media después, se marcharon.

Durante algún tiempo me agité y di vueltas, tratando de dormir. Pero unas manos violentas me golpearon la cara y alguien dijo:

—Despierta, despierta. ¿Estás muerto? Aquí tienes la comida. Apresúrate; faltan sólo cinco minutos para partir.

¿Comida? Más sopa de coles, más pan negro y agrio, y agua por bebida. Engullí aquello, temiendo que tuviera que partir antes de terminar el mísero condumio. Lo pasé, y esperé. Esperé horas. Aquella tarde, a última hora, entraron dos de la Policía Militar a interrogarme de nuevo, a tomar mis huellas dactilares una vez más, y luego dijeron:

—Se ha hecho tarde. Ya no hay tiempo de que comas ahora. Acaso puedas conseguir algo en la estación del ferrocarril.

Fuera del cuartel esperaban tres camiones de transporte de tropas. Cuarenta soldados y yo nos apretujamos de modo increíble en uno de ellos. Los demás treparon a los otros dos vehículos y partimos dando saltos peligrosamente por el camino hacia la estación. Íbamos tan apretados que apenas podía yo respirar. El conductor de nuestro camión parecía estar loco y se había adelantado a los otros dos vehículos.

Conducía como si todos los demonios comunistas le persiguieran. Nos bamboleábamos y zarandeábamos detrás, todos en pie, porque no había sitio para sentarse. Chocando unos contra otros en el frenesí de la velocidad, hubo un chirrido estridente de los frenos, accionados con demasiado apresuramiento, y el camión se volcó de lado. El costado que yo tenía enfrente se hizo añicos con una lluvia de chispas y chocamos con una pared de gruesas piedras. Gritos, chillidos, juramentos y un verdadero mar de sangre. Me encontré volando por los aires y viendo bajo de mí al camión averiado, que ahora llameaba con furia. Una sensación de caída, un estrépito estremecedor, y la oscuridad.

«¡Lobsang! —dijo una voz muy amada, la voz de mi guía, el Lama Mingyar Dondup—. Estás muy enfermo, Lobsang. Tu cuerpo se halla aún en la Tierra, pero te tenemos aquí en un mundo más allá de lo astral. Estamos tratando de ayudarte, porque tu misión en la Tierra no ha terminado todavía».

¿Mingyar Dondup? ¡Aquello era absurdo! Había sido muerto por los comunistas traidores cuando trataba de llegar a un arreglo pacífico en el Tíbet. Había visto yo las terribles heridas que le causaron cuando fue apuñalado por la espalda. Pero, naturalmente, le había visto varias veces desde que había pasado a los Campos Celestiales.

La luz dañaba mis ojos cerrados. Creí que me estaba enfrentando de nuevo con la pared de la prisión de Lubianka y que los soldados me iban a golpear otra vez en la espalda con las culatas de sus fusiles. Pero esta luz era diferente: no hacía daño a la vista; debió ser cosa de la asociación de ideas, pensé taciturno.

«¡Lobsang, abre los ojos y mírame!». La voz amable de mi Guía me consoló, transmitiendo un estremecimiento de gozo a través de mi ser. Abrí los ojos y miré en torno. Inclinado sobre mí vi al Lama. Tenía mejor aspecto del que tuvo siempre en la Tierra. Su rostro parecía no tener edad y su aura era de los colores más puros, sin rastro de las pasiones de las gentes terrenas. Sus ropas azafranadas eran de una tela no terrestre, que resplandecía verdaderamente como imbuida de una vida propia. Me sonrió y dijo:

«¡Pobre Lobsang!, la inhumanidad del hombre con el hombre ha tenido un buen ejemplar en tu caso, porque has resistido aquello que hubiera matado a otros muchas veces. Ahora estás aquí para que descanses, Lobsang. Un descanso en lo que llamamos “El País de la Luz Dorada”. Aquí estamos más allá de la etapa de la reencarnación. Aquí trabajamos para ayudar a gentes de mundos muy diferentes, no sólo del que llamamos la Tierra. Tienes el alma dolorida y el cuerpo destrozado. Tenemos que curarte, Lobsang, porque tu misión ha de cumplirse y no hay sustituto para ti».

Miré en torno y vi que me hallaba en lo que parecía ser un hospital. Desde donde estaba tendido podía ver fuera un hermoso parque y a lo lejos distinguía a los

animales comiendo la hierba o jugando. Parecían ciervos y leones, y todos estos animales, que no pueden vivir juntos pacíficamente en la Tierra, allí eran amigos que retozaban como miembros de una familia.

Una lengua rasposa lamió mi mano derecha, que pendía inerte al costado de la cama. Cuando miré vi a «Shalu», el enorme gato guardián de Chakpori, uno de mis mejores amigos allí. Me hizo un guiño y sentí que volvía a la adolescencia cuando dijo:

«Ah, mi amigo Lobsang, me alegro de verte por este corto espacio de tiempo. Tendrás que volver a la Tierra una temporada después que salgas de aquí; pero luego, pocos años más tarde, volverás a nosotros para siempre».

¿Un gato que hablaba? Los gatos telepáticos pueden hablar, lo sabía bien, y lo comprendía plenamente. Pero este gato emitía realmente palabras, no meramente mensajes telepáticos. Unas sonoras risas hizo que alzara la vista hacia mi Guía, el Lama Mingyar Dondup. Verdaderamente se estaba divirtiendo... a costa mía, pensé. La cabeza me picaba de nuevo; «Shalu» estaba de pie sobre sus patas traseras junto a la cama y apoyaba sus manos en ella. Él y el Lama me miraban y luego se miraban el uno al otro, ambos riendo. ¡Riéndose los dos!, puedo jurarlo.

«Lobsang —dijo mi Guía—, tú sabes que no existe la muerte; que después de dejar la Tierra, en lo que llamamos la muerte, el yo va a otro plano donde descansa un poco antes de prepararse a reencarnar en un cuerpo que pueda proporcionarle ocasiones de aprender otras lecciones y de avanzar siempre más alto. Aquí estamos en planos donde no hay reencarnaciones. Aquí vivimos, como nos ves ahora, en armonía y en paz, y con la facultad de ir donde quiera y en cualquier momento, mediante lo que podría llamarse “viaje superastral”. Aquí los animales y los humanos, así como otras especies también, conversan tanto de palabra como por telepatía. Acostumbramos a hablar cuando estamos cerca y a entendernos telepáticamente cuando estamos distantes».

A lo lejos podía oír una suave música, una música que hasta me era posible entender. Mis tutores de Chakpori se habían lamentado mucho de mi incapacidad para cantar o tocar. Sus corazones se habrían sentido complacidos, pensé, de haber podido ver cómo gozaba con esta música. Por el firmamento luminoso los colores revoloteaban y ondulaban como si acompañaran a la música. Allí, en aquel esplendoroso paisaje, los verdes eran más verdes y el agua más azul. No había árboles nudosos por enfermedades, ni hojas atacadas de plagas. Aquí era todo perfecto. ¿Perfecto? Entonces ¿qué estaba haciendo yo allí?

Me hallaba penosamente lejos de la perfección. Lo sabía muy bien.

«Has librado una buena batalla, Lobsang, y estás aquí para pasar unas vacaciones y ser alentado en razón de lo que has alcanzado», dijo mi Guía sonriendo benévolamente al decirlo.

Yacía tendido cuando de pronto me incorporé asustado:

«Mi cuerpo, ¿dónde está mi cuerpo terrenal?».

«Descansa, Lobsang, descansa —replicó el lama—. Descansa y te mostraremos muchas cosas cuando tus fuerzas sean mayores».

Lentamente la luz de la habitación se amortiguó, pasando del dorado a una tranquilizadora neblina purpúrea. Sentí una mano fría, fuerte que se posaba en mi frente y una pata suave, peluda que descansaba en la palma de mi diestra. Y no supe más.

Soñé que estaba otra vez en la Tierra. Miré hacia abajo sin inmutarme, en tanto que los soldados rusos rebuscaban entre el camión militar destrozado, sacando los cuerpos quemados y trozos de éstos. Vi que un hombre miraba hacia arriba y señalaba. Las cabezas se alzaron como respuesta a este gesto y yo miré también. Había un cuerpo destrozado en vilo sobre el borde de un alto muro. La sangre le manaba por la boca y la nariz. Estuve mirando como mi cuerpo era quitado del muro y colocado en una ambulancia. Cuando el coche partió para el hospital, yo revoloteaba por encima, mirándolo todo. Mi Cordón de Plata estaba intacto, observé; relucía como la azul neblina matinal en los valles.

Sanitarios rusos tiraron de la camilla, no con demasiado cuidado. Dando saltos la llevaron a un quirófano anfiteatro y voltearon mi cuerpo sobre una mesa. Las enfermeras cortaron mis ropas manchadas de sangre y las tiraron en un recipiente para los residuos. Un equipo de rayos X tomó fotografías y vi que tenía tres costillas rotas, una de las cuales había perforado mi pulmón izquierdo. Mi brazo, también izquierdo, estaba roto por dos partes, así como mi pierna izquierda, por la rodilla y por el tobillo. La punta partida de la bayoneta de un soldado se había introducido por mi hombro izquierdo, faltando poco para que hubiera cortado una arteria vital. Las mujeres cirujanas suspiraron sin hacer ruido, preguntándose por dónde iban a empezar. Yo parecía flotar sobre la mesa de operaciones, observando y dudando de que su habilidad fuera lo suficientemente grande para recomponerme. Un leve tirón de mi Cordón de Plata y me encontré flotando a través del techo, viendo arriba a los pacientes en sus camas y a sus enfermeros. Me deslicé aún más alto y a lo lejos, en el espacio, entre las estrellas sin límites, más allá de lo astral, atravesando planos tras planos, hasta que llegué de nuevo a «El País de la Luz Dorada».

Me sobresalté tratando de atisbar a través de la neblina púrpura. «Ha regresado», dijo una voz afable, y la neblina retrocedió, dando paso de nuevo a la luz esplendorosa. «Shalu» yacía en la cama a mi lado, ronroneando suavemente. Otros dos Elevados Personajes estaban en la habitación. Cuando los vi, estaban mirando por la ventana, observando a las gentes que andaban muchos metros más abajo.

A mi balbuceo de sorpresa se volvieron hacia mí sonrientes.

«Has estado tan enfermo —dijo uno— que temimos que tu cuerpo no lo

resistiera».

El otro, a quien conocía bien, pese a la elevada posición que había tenido en la Tierra, tomó mis manos entre las suyas.

«Has sufrido tanto, Lobsang... El mundo ha sido demasiado cruel contigo. Hemos hablado de esto y opinamos que debes querer retirarte. Habría muchos más sufrimientos para ti si continuaras. Puedes abandonar tu cuerpo ahora y permaneces aquí por toda la eternidad. ¿No lo preferirías?».

El corazón se me salía del pecho. La paz, después de todos mis sufrimientos. Unos sufrimientos que a no ser por mi duro y especial adiestramiento hubieran terminado con mi vida hacía años. Un adiestramiento especial, sí. ¿Para qué? Para poder ver el aura de las personas; para poder influenciar el pensamiento en la dirección de las investigaciones áuricas. Y si yo me daba por vencido, ¿quién continuaría con esa tarea? «El mundo ha sido demasiado cruel contigo. No podemos censurarte si te das por vencido». Debo pensar cuidadosamente esto. Otros no me podrán culpar, pero durante toda la eternidad tendré que vivir con mi conciencia. ¿Qué es la vida? Simplemente unos años de sufrimientos. Unos pocos años más de asperezas, de dolores, de incomprensiones y luego, siempre que hubiera hecho todo lo que pudiera, mi conciencia estaría en paz. Por la eternidad.

«Honorable señor —repliqué—, me has dado a elegir y serviré en tanto que mi cuerpo lo resista. En estos momentos está muy estremecido», añadí.

Sonrisas gozosas de aprobación surgieron entre los reunidos. «Shalu» ronroneó sonoramente y cariñosamente me dio un amable y juguetón mordisco.

«Tú cuerpo terrenal, como dices, está en estado deplorable a causa de los sufrimientos —dijo el Hombre Eminente—. Antes de que optes por una decisión definitiva, debemos decirte esto. Hemos localizado un cuerpo en tierras inglesas, cuyo dueño está muy ansioso de dejarlo. Su aura tiene una armonía fundamental con la tuya. Después, si las circunstancias lo requieren, puedes ocupar ese cuerpo».

Estuve a punto de caerme de la cama horrorizado. ¿Ocupar yo otro cuerpo? Mi Guía rió:

«Vamos, Lobsang, ¿dónde está toda tu preparación? Es simplemente como tomar la ropa de otro. Y en el transcurso de siete años el cuerpo será tuyo, molécula por molécula, con las mismas cicatrices a las que estás tan apegado. Al principio puede ser un poco extraño, como cuando usaste por primera vez ropas occidentales. Lo recuerdo bien esto, Lobsang».

El Hombre Eminente intervino de nuevo:

«Puedes escoger, Lobsang. Puedes con la conciencia limpia abandonar tu cuerpo ahora y permanecer aquí. Pero si vuelves a la Tierra, el tiempo del cambio de cuerpos no ha llegado todavía. Antes de que decidas he de decirte que, si vuelves, volverás a las durezas, a la incomprensión, a la falsedad de creencia, y al verdadero odio, porque

hay una fuerza del mal que trata de impedir todo lo que es favorable con respecto a la evolución humana. Hallarás fuerzas malignas con las que has de contender».

«Estoy decidido —repliqué—. Me habéis dado a elegir y quiero continuar hasta que mi tarea se haya realizado. Y si tengo que tomar otro cuerpo, bien, pues lo tomaré».

Me asaltó una pesada somnolencia. A pesar de mis esfuerzos se me cerraron los ojos. La escena se desvaneció y yo me deslicé en la inconsciencia.

Todo parecía dar vueltas en derredor. Hubo un rugido en mis oídos y un bullicio de voces. De un modo que no podría explicar, me pareció encontrarme atado. ¿Estaba de nuevo en prisión? ¿Me habían cogido los japoneses? ¿Era mi viaje a través de Rusia un sueño? ¿Había estado en realidad en «El País de la Luz Dorada»?

—Está volviendo en sí —dijo una voz áspera—. ¡Eh! ¡Despierta! —vociferó alguien en mi oído.

Somnoliento abrí los ojos doloridos. Una rusa con el ceño fruncido me miraba al rostro fijamente. A su lado, una gruesa mujer médico lanzaba una mirada pétrea en torno a la sala del hospital. ¿Era aquello un hospital? Estaba en una sala con quizás unos cuarenta o cincuenta hombres más. Entonces empezaron los dolores. Todo mi cuerpo revivió con dolores llameantes. La respiración era difícil y no podía moverme.

—Ah, vivirá —dijo la médico de cara pétrea, y ella y la enfermera me dieron la espalda y se fueron. Yací jadeante; respiraba en breves bocanadas a causa del dolor de mi costado izquierdo. Allí no había drogas calmantes. Allí se vivía o se moría uno y no había que contar con obtener compasión o consuelo por el sufrimiento.

Recias enfermeras pasaban haciendo retemblar la cama con la pesadez de su andar. Todas las mañanas, dedos despiadados arrancaban los vendajes y los sustituían por otros. Para las otras necesidades personales había que depender de los buenos oficios de otros enfermos que se hallaban en pie y que tenían voluntad de hacerlo.

Permanecí allí durante dos semanas, casi olvidado de las enfermeras y del personal médico, obteniendo la ayuda que podía de otros enfermos y padeciendo angustias cuando ellos no podían o no querían atender mis necesidades. Al término de las dos semanas, la mujer médico de cara de piedra vino acompañada de una enfermera de peso pesado. Rudamente arrancaron el enyesado de mi brazo y de mi pierna izquierda. No había visto nunca tratar a un paciente de aquel modo y, cuando di señales de ir a caerme, la enfermera membruda me sujetó por el brazo izquierdo dañado.

Durante la siguiente semana anduve de aquí para allá, ayudando a los enfermos lo mejor que podía. Todo lo que tenía para ponerme encima era una manta y me estaba preguntando cómo podría obtener ropas. A los treinta y dos días de mi estancia en el hospital vinieron dos policías a la sala. Arrancándome la manta de un tirón, me arrojaron un traje y gritaron:

—Date prisa, vas a ser deportado. Hace tres semanas que debieras haber partido.

—Pero ¿cómo puedo partir cuando no tengo conocimiento de haber cometido ninguna falta? —alegué.

Un golpe en el rostro fue la única respuesta. El segundo policía, de modo expresivo, desabrochó la pistolera donde llevaba el revólver. Me llevaron a empujones escaleras abajo hasta la oficina del comisario político.

—No nos dijiste, cuando fuiste admitido, que habías sido deportado —dijo con enojo—. Has sido atendido por aparentar lo que no eres y ahora has de pagar eso.

—Camarada comisario —repliqué—, me trajeron aquí sin conocimiento y mis lesiones fueron originadas por la incapacidad para conducir de un soldado ruso. He padecido muchos dolores y sufrido muchos daños a causa de eso.

El comisario se pasó la mano por la barbilla.

—¡Hum! —dijo—. ¿Cómo sabes todo eso si estabas inconsciente? Tengo que estudiar el asunto. —Se volvió hacia el policía y dijo—: Llévatelo y tenlo en una celda del puesto de policía hasta que me entere.

Una vez más fui escoltado por las calles atestadas en calidad de detenido. En el puesto de policía me tomaron una vez más las huellas dactilares y fui llevado a un calabozo muy por debajo del nivel del suelo. Durante largo rato no ocurrió nada. Luego un guardia me trajo sopa de col, pan negro y un café muy sintético de bellota. Las luces del pasillo se mantenían encendidas a todas horas y no había posibilidad de distinguir el día de la noche, ni de notar el paso de las horas. Por fin fui llevado a un aposento donde un hombre ceñudo revolvió unos papeles y me miró por encima de sus gafas.

—Has sido declarado culpable —dijo— de permanecer en Rusia después de estar sentenciado a la deportación. Es verdad que te viste envuelto en un accidente que no fue culpa tuya, pero inmediatamente que recobraste la conciencia has debido hacer presente al comisario del hospital tu situación. Originaste muchos gastos a Rusia con tu tratamiento —prosiguió—, pero Rusia es misericordiosa. Trabajarás en las carreteras polacas doce meses para contribuir al pago de tu curación.

—Pero ustedes debían ser quienes me pagaran —repuse acalorado—. Por culpa de un soldado ruso he sido gravemente lesionado.

—El soldado no está aquí para poder defenderse. Resultó indemne, así que lo fusilamos. Tu condena se mantiene en pie. Mañana serás llevado a Polonia, donde trabajarás en las carreteras.

Un guardia, rudamente, me cogió del brazo y me llevó de nuevo al calabozo.

Al día siguiente, yo y otros dos fuimos sacados de nuestras celdas y escoltados hasta la estación del ferrocarril. Durante algún tiempo anduvimos por allí en compañía del policía. Luego apareció un pelotón de soldados y el policía encargado de nosotros fue hacia el sargento que estaba al mando de los soldados y le presentó

un impreso para que lo firmara. ¡Una vez más estaba bajo la custodia del Ejército ruso!

Otra larga espera, y después de mucho fuimos escoltados hacia un tren que por fin nos llevó a Lwow, en Polonia.

Lwow era una ciudad gris. La comarca estaba salpicada de pozos de petróleo y las carreteras se hallaban en terrible estado a causa del tráfico pesado de la guerra. Hombres y mujeres trabajaban en los caminos partiendo piedras, rellenando baches y tratando de conservarse en vida con una dieta de hambre. Los dos hombres que habían hecho el viaje desde Kiev conmigo eran muy dispares. Jakob era un sujeto de inclinaciones aviesas que se apresuraba a ir a los guardias para contarles cuanto podía inventar. Jozef era diferente por completo y podía confiarse en que sabía «soportar su cara». Como mis piernas se hallaban en mal estado y me resultaba difícil estar largo tiempo en pie, me dieron la tarea de partir piedras sentado al borde del camino. Al parecer, no se consideraba que mi brazo izquierdo lesionado y mis costillas y pulmones, apenas curados, fueran un inconveniente. Durante un mes resistí haciendo aquello, trabajando como un esclavo, sólo por el alimento. Hasta las mujeres que trabajaban cobraban sólo dos *zloty* por cada metro cúbico de piedra que partían. Al fin del mes caí al suelo tosiendo sangre. Jozef vino en mi auxilio cuando yací tendido junto a la cuneta, sin hacer caso de las órdenes de los guardias. Uno de los soldados levantó el fusil y le atravesó de un disparo el cuello a Jozef, aunque afortunadamente no lesionó ninguna parte vital. Yacimos los dos juntos al costado de la carretera, hasta que pasó un campesino en un carro tirado por un caballo. Un guardia lo detuvo y fuimos lanzados rudamente encima de su cargamento de lino. El guardia subió al lado del campesino y fuimos rodando hasta el hospital de la prisión. Durante semanas yací sobre las planchas de madera que me servían de lecho y luego el médico de la cárcel dijo que tenían que trasladarme. Estaba muriéndome, dijo, y se vería en dificultades si morían aquel mes más presos. ¡Había rebasado la cuota!

Hubo una consulta inusitada en mi celda del hospital. El director de la cárcel, el médico y el guardia de más graduación me visitaron.

—Tienes que irte a Stryj —dijo el director—. Allí no están las cosas tan rigurosas y la región es más sana.

—Pero, director —repliqué—, ¿por qué he de trasladarme? Estoy en la cárcel sin haber hecho nada delictivo, no he causado ningún daño. ¿Por qué he de trasladarme y he de guardar silencio acerca de eso? Le diré a todo el que encuentre lo que se ha hecho.

Hubo muchas voces, mucha disputa y, al fin, yo, el preso, ofrecí una solución.

—Director —dije—: quieren que me vaya para salvarse ustedes. Yo no permaneceré callado si me despachan a otra prisión. Puesto que desean que no hable, dejen que Jozef Kochino y yo vayamos a Stryj, pero como hombres libres. Denos

unas ropas para que podamos estar decentes y un poco de dinero para que podamos comprar alimentos. Nos callaremos y nos iremos directamente a los Cárpatos.

El director refunfuñó y juró y todos salieron precipitadamente de la celda. Pero al día siguiente volvió el director y dijo que había leído mi documentación y que había visto que era «un hombre honrado»; así lo expresó, a quien se había encarcelado injustamente. Haría lo que yo dije.

En el transcurso de una semana no ocurrió nada, ni se dijo nada más. A las tres de la mañana del octavo día vino un guardia a mi celda, me despertó bruscamente y me dijo que me requerían de «la oficina». Prontamente me vestí y seguí al guardia. Éste abrió una puerta y me empujó dentro.

Había allí sentado otro guardia con dos montones de ropa y dos paquetes del ejército ruso. Sobre una mesa, comestibles. Me hizo el ademán de que callase y que fuera con él.

—Vais a ser llevados a Stryj —susurró—. Cuando lleguéis allí, pedid al guardia —sólo habrá uno— que os lleve un poco más allá. Si podéis llevarle a un camino solitario, echaros sobre él, maniatadle y dejadle al borde del camino. Tú me has ayudado cuando estuve enfermo, así que te diré que hay el propósito de disparar sobre vosotros como fuguistas.

Se abrió la puerta y entró Jozef.

—Ahora tomad vuestro desayuno —dijo el guardia— y daos prisa. Aquí tenéis una cantidad de dinero como socorro de viaje.

Una cantidad bien crecida, además. El director de la prisión pensaba decir que le habíamos robado y que nos habíamos evadido.

Una vez que nos desayunamos, salimos para montar en el coche, un tipo de jeep con tracción en las cuatro ruedas. Un policía adusto se sentaba ante el volante, con un revólver puesto en el asiento inmediato. Nos hizo un leve ademán de que subiéramos y, metiendo el embrague salió disparado por la puerta abierta. A los cincuenta y seis kilómetros cuando estábamos a unos ocho de Stryj, opiné que era el momento de actuar. Me abalancé con rapidez y le propiné al guardia un pequeño golpe de judo bajo la nariz, mientras tomaba con la otra mano el volante. El guardia, cayó pisando con fuerza el acelerador al caer. Apresuradamente apagué el encendido y conduje el coche a un lado de la carretera.

Jozef estaba mirando con la boca abierta. A toda prisa le referí el plan.

—Pronto, Jozef —le dije—. Quitate tus ropas y ponte las de él. Tú serás el guardia.

—Pero, Lobsang —sollozó Jozef—, yo no sé conducir y tú no tienes aire de ruso.

Empujamos al guardia a un lado, me senté en el asiento del conductor, puse en marcha el motor y seguí conduciendo hasta que llegamos a un camino vecinal muy hollado. Avanzamos un poco más y paré. El guardia, ahora, se movía; así que lo

enderezé, manteniendo el revólver a su costado.

—¡Guardia! —exclamé con toda la fiereza que me fue posible—, si estimas tu vida, haz lo que yo te diga. Nos conducirás, dando un rodeo, por las afueras de Stryj hasta Skolye. Allí dejaremos que te vayas.

—Haré lo que digáis —sollozó el guardia—. Pero si vais a cruzar la frontera, dejad que vaya con vosotros, porque si no me fusilarán.

Jozef se sentó en la trasera del jeep, apuntando cuidadosamente con el revólver y mirando con bastantes ganas a la nuca del guardia. Yo me senté junto al asiento del conductor, por si intentara cualquier treta, tal como salirse del camino o tirar la llave del encendido. Marchamos velozmente, evitando las carreteras principales. La región se fue tornando más montañosa a medida que nos acercábamos a los Cárpatos. Los árboles se hacían más espesos, proporcionando mejores lugares para ocultarse. En un sitio adecuado nos detuvimos para estirar las piernas y tomar algún alimento, compartiendo con el guardia lo que teníamos. En Vel'Ke-Berezni, casi sin gasolina, paramos y escondimos el jeep. Llevando el guardia entre los dos, avanzamos furtivamente. Era aquélla una «región fronteriza» y había que andar con cuidado.

Quienquiera que tenga motivos suficientes puede cruzar la frontera de cualquier país. Basta sólo un poco de ingenio y de audacia. Yo no he tenido nunca la más leve dificultad para cruzar ilegalmente una frontera. Las únicas dificultades que tuve fue cuando tenía pasaporte perfectamente en regla. Los pasaportes son simplemente una contrariedad para el viajero, que no es culpable de nada, pues le obligan a someterse a un absurdo papeleo. La carencia de pasaporte no ha sido nunca obstáculo para cualquier persona que tenga necesidad de cruzar fronteras. No obstante es de suponer que ha de haber pasaportes con el fin de incomodar a los viajeros inofensivos y dar quehacer a las hordas de los funcionarios, con frecuencia poco amables. Este libro no es un tratado acerca de cómo cruzar fronteras ilegalmente; así que quiero sólo decir que entramos los tres sin dificultad en Checoslovaquia. El guardia tomó un camino y nosotros tomamos otro.

—Vivo en Levice —dijo Jozef— y quiero ir a casa. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que desees.

Fuimos juntos a Kosice, a Zvolen y seguimos a Levice, andando, montando en coches y subiendo en trenes. Jozef, que conocía bien el país, sabía dónde encontrar patatas o remolacha o cualquier cosa comestible.

Por fin marchamos por una calle mísera de Levice hasta una casita. Jozef llamó y, como no hubo respuesta, volvió a llamar. Con extremada cautela se descorrió una cortina cosa de un par de centímetros. El que miraba vio a Jozef y lo reconoció. La puerta se abrió de golpe y él fue arrastrado dentro. Pero volvió a cerrarse con un portazo en mis narices. Estuve paseando arriba y abajo delante de la casa. Por fin la puerta se abrió de nuevo y Jozef salió con un aspecto más turbado del que yo creía

posible.

—Mi madre no quiere que entres —dijo—. Dice que hay demasiados espías por aquí y que si tenemos en casa alguien más, seremos todos detenidos. Lo siento.

Diciendo esto, volvió la cabeza avergonzado y entró de nuevo en la casa.

Durante unos momentos permanecí desconcertado. Me había hecho responsable de que Jozef saliera de la cárcel y había evitado que lo fusilaran. Con mi esfuerzo lo había llevado hasta allí, y ahora me daba la espalda, dejando que me las arreglara como mejor pudiese. Tristemente, desanduve la calle por donde había venido y nuevamente fui carretera adelante. No tenía dinero, ni alimentos y la lengua me era desconocida. Seguí andando, cegado, entristecido por la traición de aquel a quien había llamado amigo.

Hora tras hora caminé trabajosamente por un lado de la carretera. Los pocos coches que pasaban no me miraban siquiera: había demasiada gente «de camino» para que se fijasen en mí. Hacía unos pocos kilómetros había calmado mi hambre un tanto, recogiendo unas patatas, medio podridas, que un granjero tenía apartadas para los cerdos. La bebida no era nunca problema, porque había siempre riachuelos. Hace tiempo aprendí que los riachuelos y los arroyos son limpios, pero que los ríos son sucios.

Delante de mí, en la recta carretera, vi un objeto voluminoso. A lo lejos parecía un camión de la policía o una interrupción del tráfico. Estuve sentado varios minutos al borde del camino mirando. No se veían ni policías ni soldados; así que reanudé el viaje con muchas precauciones. Al acercarme vi que había un hombre manipulando en el motor de un coche. Cuando me aproximé, él alzó la vista y dijo unas palabras que no entendí. Las repitió en otra lengua y luego en otra. Al fin pude entender más o menos lo que me estaba diciendo. El motor se había parado y no lograba hacerlo andar. ¿Entendía yo algo de motores? Miré, estuve tanteando, observando las bujías, probando la puesta en marcha. Tenía gasolina de sobra. Al examinar los alambres bajo el cuadro de mando, vi que el aislamiento estaba gastado y que la ignición se había interrumpido cuando el coche saltó al tropezar en algún bache y cuando dos alambres pelados se juntaron. No tenía cinta aisladora ni herramientas, pero fue sólo cosa de un momento envolver los alambres con tiras de trapo y dejarlos firmemente atados. El motor echó a andar, ronroneando suavemente.

«Aquí hay algo que no está en regla —pensé—. Este motor marcha demasiado bien para tratarse del coche de un granjero». El hombre daba saltos de contento.

—¡Bravo, bravo! —exclamaba constantemente—. ¡Me has salvado!

Le miré un tanto intrigado. ¿Cómo podía yo «salvarle» por poner en marcha el coche? Él me miraba con detenimiento.

—Te he visto antes —dijo—. Ibas con otro y cruzaste el puente del río Hron en Lavice.

—Sí —repliqué—, pero ahora voy solo.

Me hizo ademán de que subiera al coche. Mientras iba conduciendo le dije todo cuanto había acontecido. Por su aura podía ver que era un hombre digno de confianza y bien intencionado.

—La guerra terminó con mi profesión —dijo—, y ahora tengo que vivir y sostener una familia. Tú eres competente en coches y puedo emplear a un conductor que no se quede atascado por el camino. Llevamos comestibles y unos pocos artículos de lujo de un país a otro. Todo cuanto tienes que hacer tú es conducir y cuidar del coche.

Estaba muy indeciso. ¿Contrabando? No lo había hecho en mi vida. El hombre me miró y dijo:

—No se trata de drogas, ni de armas o de algo dañino. Son alimentos para que la gente pueda vivir y unos cuantos artículos de lujo para que las mujeres puedan seguir siendo felices.

Aquello me pareció singular, pues Checoslovaquia no tenía aspecto de ser un país que pudiera permitirse el lujo de exportar alimentos y mercancías de lujo. Así lo dije y el hombre replicó:

—Estás enteramente en lo cierto; todo viene de otro país; nosotros simplemente lo hacemos seguir. Los rusos roban a los pueblos ocupados, tomándoles todas sus propiedades. Meten en los trenes todas las mercancías de valor y reexpiden cargamentos de esas mercancías a los altos dirigentes del partido. Nosotros, simplemente, interceptamos esos trenes, que tienen los alimentos mejores, y los remitimos a otros países que están necesitados de ellos. Todos los Guardas Fronterizos están dentro de esto. Tú, simplemente, tendrás que conducir al lado mío.

—Bueno —dije—, méteme en ese tráfico. Si no hay drogas ni nada dañino, le llevaré donde quiera.

Él riendo, dijo:

—Vamos a la trasera y mira todo cuanto gustes. Mi chófer habitual está enfermo y creí que podría manejar yo mismo el coche. No pude porque no sé nada de cuestiones mecánicas. Fui un abogado muy conocido de Viena antes de que la guerra me dejara sin trabajo.

Estuve escudriñando y abrí la trasera. Como dijo, había sólo alimentos y algunas de esas prendas de seda que usan las mujeres.

—Estoy satisfecho —dije—. Llevaré su coche.

Me señaló con un gesto el asiento del conductor y partimos en un viaje que me llevó a Bratislavia, en Austria, pasando por Viena y Klagenfurt y, por último, a Italia, donde dimos fin al viaje en Verona. Los Guardias Fronterizos nos detenían, hacían como que inspeccionaban las mercancías y luego nos saludaban con la mano, después de ponerles en la otra un paquetito. En cierta ocasión un coche de la policía

nos adelantó y se detuvo de pronto, haciendo que me pusiera materialmente en pie sobre los frenos. Los policías se abalanzaron hacia nosotros empuñando revólveres. Luego, ante la presencia de ciertos papeles, retrocedieron, mostrándose muy azorados y susurraron abundantes excusas. Mi nuevo patrono parecía estar muy satisfecho conmigo.

—Puedo ponerte en contacto con un hombre que tiene los camiones que van a Laussanne, Suiza —dijo—, y si queda satisfecho de ti, como yo, puede pasarte a alguien que te lleve a Ludwigshafen, en Alemania.

Durante una semana estuvimos ociosos en Venecia, en tanto que nuestro cargamento era descargado y se cargaban otras mercancías. También necesitábamos un descanso después de aquel viaje agotador. Venecia es para mí una ciudad terrible, pues encuentro difícil respirar en tierras bajas. Me parecía un albañal descubierto.

Desde Venecia, en otro camión, fuimos a Padua, a Vicenza y a Verona. En todos los lugares oficiales éramos tratados como bienhechores públicos y me pregunté quién sería realmente mi patrono. A juzgar por su aura, y el aura no puede mentir, era bueno. No hice indagaciones, ya que en realidad no me interesaba. Todo cuanto deseaba era seguir adelante, proseguir la tarea propia de mi vida. Como sabía, esta tarea no podía dar comienzo hasta que me instalara y me librase de todo aquel andar a saltos de un país a otro.

Mi patrono entró en la habitación que yo ocupaba en el hotel de Verona.

—Hay una persona que quiero que conozcas. Va a venir aquí esta tarde. Ah, Lobsang, sería mejor que te quitaras la barba. A los americanos no les gustan las barbas, al parecer, y este hombre es un americano que reacondiciona camiones y coches y que va de un país a otro. ¿Qué opinas?

—Señor —repliqué—, si los americanos o cualesquiera otros no gustan de mi barba, pueden seguir disgustados. Las botas de los japoneses me destrozaron la mandíbula y uso barba para ocultar las lesiones.

Mi patrono habló conmigo un largo rato y, antes de partir, me dio una suma de dinero muy satisfactoria, diciendo que yo tenía que tener mi parte en el negocio y que él retenía la suya.

El americano era un individuo carnoso que daba vueltas a un gran puro entre los gruesos labios. Tenía la dentadura pródigamente ornada de fundas de oro y sus ropas deslumbraban en verdad de puro llamativas. Venía acompañándole una mujer rubia, muy artificial, cuyas ropas apenas ocultaban las partes de la anatomía que las convenciones de Occidente mandan que se cubran.

—¡Ay! —chilló al verme—. ¿Verdad que es bonito? ¿No es un muñeco?

—Eh, calla, nena —dijo el hombre que le proporcionaba sus ingresos—. Lárgate, ve a dar una vuelta. Tenemos negocios.

Con un mohín y un contoneo que agitó todo en forma peligrosa y puso a prueba la

delgada tela que la cubría, la «nena» salió disparada de la habitación en busca de bebidas.

—Tenemos que vender un «Mercedes» estupendo —dijo el americano—. Aquí no es posible, pero en otros países se le puede sacar mucho dinero. Ha pertenecido a uno de los jefazos de Mussolini. Lo hemos liberado y lo hemos pintado de nuevo. Tengo un contacto estupendo en Karlsruhe, Alemania; si puede llevarlo allí, ello significará un buen negocio para mí.

—¿Por qué no lo lleva usted mismo? —pregunté—. No conozco ni Suiza ni Alemania.

—¿Llevarlo yo? Ya lo he hecho demasiadas veces y todos los guardias fronterizos me conocen.

—Entonces, ¿quiere que me cojan a mí? —repliqué—. Vengo de demasiado lejos y he pasado demasiados peligros para que ahora me detengan. No, no me gusta ese trabajo.

—¡Vamos, hombre! Es un buen negocio para usted. Tiene aspecto de gente honrada y puedo proporcionarle papeles que digan que el coche es suyo y que es turista.

Se puso a buscar en una gran cartera que llevaba y me mostró todo un manojito de papeles y de impresos. Distraídamente los miré. ¡Maquinista naval! Vi que se referían a un maquinista naval. Su carnet del sindicato y todo lo demás estaba allí. ¡Maquinista naval! Si yo pudiera hacerme con esos papeles podría embarcar. Había estudiado mecánica en Chungking, así como medicina y cirugía. Era bachiller en ciencias, conocía la mecánica, era un piloto plenamente cualificado... Mi mente no cesaba de volar.

—Bueno, no me gusta mucho esto —dije—. Demasiado riesgo. Esos papeles no tienen mi fotografía. ¿Cómo puedo saber que el verdadero dueño no aparece en un mal momento?

—Ese sujeto ha muerto. Está muerto y enterrado; se emborrachó cuando llevaba un «Fiat» a toda velocidad. Me imagino que se durmió; sea como fuere, se lanzó por el costado de un puente de cemento. Nosotros lo supimos y le quitamos los papeles.

—Y si yo acepto, cuando me pague ¿podré conservar esos papeles? Me ayudarían a cruzar el Atlántico.

—Claro que sí, muchacho. Le daré doscientos cincuenta dólares, todos los gastos pagados y se quedará con los papeles. Haremos que pongan su fotografía en ellos en lugar de ésta. Tengo contactos. Lo arreglaré verdaderamente bien.

—De acuerdo —repliqué—. Llevaré su coche a Karlsruhe.

—Llévese a la muchacha. Le hará compañía y me la quitará de encima. Tengo otra nuevecita.

Por un momento le miré desconcertado. Él, evidentemente, interpretó mal mi

expresión.

—Pues claro, se presta a todo. Se divertirá mucho.

—¡No! —exclamé—. No llevaré a esa mujer conmigo. No quiero estar en el coche con ella. Si no tiene confianza en mí, demos esto por terminado o mande un hombre o dos conmigo, pero no una mujer.

Él se echó de espaldas en su butaca y rió atrozmente, abriendo la boca de par en par, la exhibición del oro me recordó los Objetos Dorados que se muestran en los templos del Tíbet. Se le cayó el puro al suelo y se apagó en un raudal de chispas.

—Esa dama —dijo, cuando al fin pudo hablar— me cuesta quinientos dólares por semana. Le invito a que se la lleve en el viaje y se niega. Bueno, yo no esperaba esto.

Dos días después los papeles estaban preparados. Había sido colocada mi foto y funcionarios amables habían examinado los papeles y los habían cubierto de tantos sellos oficiales como era necesario. El gran «Mercedes» resplandecía a la luz del sol de Italia. Comprobé, como siempre, el combustible, el aceite y el agua, monté y puse el motor en marcha. Cuando arranqué, el americano me saludó amistosamente con la mano.

En la frontera suiza los funcionarios inspeccionaron muy cuidadosamente los papeles que presenté. Luego volvieron su atención hacia el coche. Sondearon el tanque de la gasolina para cerciorarse de que no había algún falso compartimiento, y dieron golpecitos por toda la carrocería para estar ciertos de que no existía nada escondido tras los paneles metálicos. Dos guardias miraron por debajo del coche, bajo el cuadro de mando y hasta en el motor. Cuando me dieron su conformidad y arranqué, tras de mí hubo gritos. Frené rápidamente. Vino corriendo un guardia, desalentado:

—¿Quiere llevar a uno hasta Martigny?

—Sí —repliqué—. Si está ya preparado, lo llevaré.

El guardia hizo un gesto y un hombre salió corriendo de las oficinas fronterizas. Haciéndome un saludo, se metió en el coche y se sentó a mi lado. Por el aura vi que era un funcionario y que era sospechoso. Al parecer, se estaba preguntando por qué iba en el coche solo, sin ninguna amiga.

Era un gran charlatán, pero perdió totalmente el tiempo al acosarme con preguntas. Preguntas a las que debía responder.

—¿Nada de mujeres, señor? —dijo—. ¡Qué extraño! Acaso tenga usted otras aficiones.

Reí y dije:

—Ustedes piensan únicamente en el sexo; creen que un hombre que viaja solo es un monstruo, alguien de quien debemos sospechar. Soy un turista, veo las cosas notables y puedo ver también mujeres en todas partes.

Capítulo quinto

El coche siguió rodando, embravecido, con una fuerza que ningún paso de montaña, podía detener ni obstaculizar. Mi pasajero permanecía silencioso a mi lado, hablando sólo de vez en cuando para indicar algún lugar característico del paisaje o alguna belleza sobresaliente. Nos acercábamos a los alrededores de Martigny y dijo:

—Como hombre astuto que es usted, lo habrá adivinado: soy funcionario del Gobierno. ¿Quiere concederme el placer de cenar en mi compañía?

—Estaría encantado, señor —repliqué—. Tenía el propósito de seguir hasta Aigle antes de detenerme, pero me quedaré en esta ciudad, sin embargo.

Seguimos, él guiándome, hasta que llegamos a un hotel de lo mejor. Mi equipaje fue introducido, llevé el coche al garaje y di instrucciones para el servicio.

La comida fue algo deleitable. Mi ex pasajero, ahora huésped, era un conversador interesante, una vez que había vencido sus sospechas iniciales en cuanto a mí. Uno de los viejos principios tibetanos es que «Ángel que escucha más, aprende más» y le dejé que hablase. Se refirió a las aduanas y me contó un caso recientemente ocurrido de un coche de lujo que tenía falsos paneles, tras de los cuales llevaba un almacén de narcóticos.

—Yo soy un turista común y corriente —dije— y una de las cosas que más me desagradan en mi vida son las drogas. ¿Quiere hacer que examinen mi coche para ver si tiene paneles falsos? Me ha hablado de un caso donde esos paneles habían sido instalados sin enterarse el dueño. —Ante mi insistencia, el coche fue llevado al local de la policía y dejado allí durante la noche para que lo examinaran. Por la mañana fui recibido como un viejo amigo de toda confianza. Habían examinado el coche y no le encontraron falta. Vi que la policía suiza era cortés y amable y que estaban siempre prontos a ayudar a cualquier turista.

Seguí rodando, a solas con mis pensamientos, preguntándome qué sería lo que el futuro me tenía reservado. Más durezas y contrariedades, eso lo sabía, porque todos los Videntes habían insistido sobre ello. Tras de mí, en el compartimiento de equipajes llevaba las maletas de alguien, de cuyos papeles me había adueñado. No tenía parientes conocidos, al parecer, y como yo, había estado solo en el mundo. En esas maletas tuyas —mías ahora— tenía unos cuantos libros sobre maquinaria naval. Detuve el coche y saqué el manual. Mientras conducía, iba recitándome varias de las reglas que, como maquinista naval debía conocer. Hice el propósito de tomar un barco de alguna otra línea. El libro de sus servicios me mostraría las líneas que debía evitar por temor a ser reconocido.

Los kilómetros iban quedando a mis espaldas. Aigle, Laussanne y atravesando la frontera, Alemania. Los guardias fronterizos alemanes eran muy concienzudos, registraron todo, hasta el número del motor y de los neumáticos. Eran también

severos y malhumorados.

Seguí conduciendo. En Karlsruhe fui a la dirección que me habían dado y me dijeron que el hombre a quien iba a ver estaba en Ludwigshagen. Allí, en el mejor hotel, encontré al americano.

—Ah, *Gee, Bud* —dijo—, no puedo conducir el auto por los caminos de las montañas; mis nervios están en muy mal estado. Por beber demasiado, me figuro.

También me «figuré» yo eso. Su habitación del hotel parecía un bar extraordinariamente bien provisto y con el complemento de ¡una camarera! Ésta tenía más que mostrar —y lo mostraba— que aquella que había dejado en Italia. Había solamente tres pensamientos en su cabeza: los marcos alemanes, la bebida y el sexo. Y en ese orden. El americano quedó muy complacido con el estado del coche, sin un arañazo e impecablemente limpio. Me mostró su estima mediante un considerable obsequio de dólares americanos.

Trabajé para él durante tres meses, conduciendo camiones enormes a varias ciudades y volviendo con coches que habían sido reacondicionados o reconstruidos. No sabía qué era todo aquello, ni lo sé aún, pero me pagaban bien y tenía tiempo para estudiar mis libros de mecánica naval. En las varias ciudades visitaba los museos locales y examinaba cuidadosamente los modelos de barcos y los de maquinarias navales.

Tres meses después vino el americano al modesto cuartito que había alquilado y se dejó caer en la cama, apestando la habitación con el cigarro humeante.

—*Gee, Bud* —dijo—. ¡Sin duda no le gusta el lujo! La celda de una prisión americana es más cómoda que esto. Tengo para usted un trabajo, un trabajo importante. ¿Lo desea?

—Si puede llevarme más cerca del mar, a Le Havre o a Cherbourg, sí.

—Bueno, éste le llevará a Verdún y es completamente legal. Tengo un aparato con más ruedas que patas tiene una oruga. Es algo disparatadamente difícil de conducir. Supone un montón de dólares.

—Acláreme más esto —repliqué—. Ya le he dicho que puedo conducir lo que quiera. ¿Tiene licencia de aduanas para que entre en Francia?

—Sí —dijo—. He estado esperando tres meses para conseguirla. Le hemos tenido a usted entretanto aquí en conserva y permitiéndole que ganara algo para sus gastos. Pero nunca pensé que viviera en un cuchitril como éste.

Se levantó y me hizo un ademán para que le siguiera. Tenía en la puerta su coche y en él su amiga.

—Conduzca usted —dijo, poniéndose atrás con la mujer—. Yo le indicaré el camino.

Nos detuvimos en lo que parecía ser un aeródromo abandonado en las afueras de Ludwigshagen. Allí, en un enorme cobertizo estaba la máquina más extraña que

había visto jamás. Parecía consistir, principalmente, en unas vigas de hierro amarillas montadas sobre toda una serie de ruedas de unos dos metros y medio. A una altura absurda sobre el nivel del suelo, había una pequeña cabina encristalada. El aparato llevaba detrás otros hierros en forma de reja y una enorme cuchara de acero. Cautelosamente trepé hasta el asiento.

—¡Eh! —vociferó el americano—, ¿no quiere el manual? —tendió el brazo y me paso el folleto con las instrucciones para aquellos aparatos—. Tuve uno —dijo— a quien mandé entregar un camión de barrer calles nuevo. No quiso leer el manual, y, cuando llegó a su destino se encontró con que había tenido funcionando todo el tiempo los cepillos y los había gastado. No quiero que estropee usted toda la carretera de aquí a Verdún.

Hojeando el librito puse pronto el aparato en marcha. Armaba un estruendo como el de un avión al despegar. Cuidadosamente metí la palanca y la máquina gigantesca salió pesadamente del cobertizo y siguió por lo que había sido un camino. Fui y volví varias veces para acostumbrarme a los mandos de la máquina y cuando daba vueltas para regresar al cobertizo se acercó un coche de la policía alemana. Salió de él un policía, un sujeto de aspecto brutal que parecía acabar de quitarse el brazalete de la Gestapo.

—Está conduciendo eso sin ayudante —vociferó.

«¿Ayudante? —pensé—. ¿Se creerá que necesito un guardián?». Fui con el vehículo a su lado.

—¿Qué le pasa? —grité—. Esto es una propiedad privada. ¡Largo de aquí!

Con gran sorpresa de mi parte lo hizo. Se metió en el coche y condujo hasta salir del terreno.

El americano fue hacia él.

—¿Qué bicho le ha picado, Bud? —dijo.

—He venido a decirles que esa máquina sólo puede conducirse por las carreteras si el chófer va acompañado de un ayudante que vigile el tráfico de atrás. Y sólo puede transitar de noche, a menos que lleve un coche de la policía delante y otro detrás.

Por un momento creí que iba a gritar «Heil, Hitler». Luego se dio vuelta, se metió en el coche y partió.

—Gee —dijo el americano—, esto es verdaderamente encantador. ¡Ya está hecho! Tengo un alemán que se llama Ludwig...

—No me conviene —exclamé acaloradamente—. Nada de alemanes. Son demasiado voluminosos para mí.

—Muy bien, Bud, muy bien. No habrá alemán. Tómelo con calma, no se sulfure. Tengo un francés que le gustará. Se llama Marcel. Venga. Iremos a verle.

Aparqué la máquina en el cobertizo, la inspeccioné para ver que todo estuviese seguro y me largué cerrando la puerta.

—¿No se siente nunca desconcertado? —dijo el americano—. Será mejor que nos lleve.

Hubo que pescar a Marcel en un bar. A primera vista creí que le había pisoteado la cara un caballo. Un segundo vistazo me convenció de que su cara estaría mejor de haberla pisoteado un caballo. Marcel era feo. Lamentablemente feo, pero tenía algo que me agradó a simple vista. Durante algún tiempo estuvimos sentados en el coche, discutiendo las condiciones; luego yo volví a conducir la máquina para acostumbrarme así a ella. Cuando iba pesadamente por la carretera vi un coche viejo y maltratado que venía hacia allí. Marcel saltó de él, agitando los brazos frenéticos. Detuve la máquina a su lado sin parar el motor.

—Ya lo tengo, ya lo tengo —exclamaba emocionado.

Con muchas gesticulaciones volvió a su coche y casi se rompe la cabeza al meterse por la baja portezuela. Restregándose y murmurando terribles imprecaciones contra los fabricantes de coches pequeños, revolvió en el asiento de atrás y sacó un gran paquete.

—Comunicación interior —gritó. Gritaba siempre, aun cuando estuviera a dos pasos—. Comunicación interior. Hablaremos, ¿eh? Usted aquí, yo allí, el hilo por medio, charlaremos todo el tiempo, ¿eh? —Gritando a más no poder, saltó encima de la excavadora, tendiendo hilos y trastos por todas partes—. Usted puede quedarse con el casco auricular, ¿no? —gritó—. Así me oirá mucho mejor. Yo tendré el micro.

Por el alboroto que estaba armando llegué a la conclusión de que no era preciso ningún teléfono interno; su voz llegaba perfectamente sobre el trepidar de la poderosa maquinaria.

Volví a marchar de nuevo con ella, ejercitándome en las vueltas, acostumbrándome a aquello. Marcel hacía equilibrios sin dejar de charlar, yendo desde la delantera a la trasera de la máquina, pasando los alambres en torno de las vigas de hierro. Vino luego a mi «torre de mando», y metiendo un brazo por una ventana abierta, me golpeó en la espalda y vociferó:

—El casco auricular, ¿se lo pone? Así oirá bien. Espere a que vuelva —trepo por los hierros, se dejó caer en su asiento al extremo de la máquina y gritó en el micrófono—: ¿Oye bien? ¿Sí? Allá voy. —En su alboroto había olvidado que yo también tenía micrófono. Casi antes de que me repusiera de la sorpresa, estaba de vuelta, dando golpecitos en la ventanilla—. ¿Bien? ¿Bien? ¿Oye bien?

—Miren —dijo el americano—, deben salir esta noche, muchachos. Aquí están todos los papeles. Marcel sabe cómo hay que ir a París con la posibilidad de ganar francos en el camino. Sin duda estuvo bien que se conocieran.

El americano se alejó de mí y de mi vida. Acaso lea estas líneas y se ponga en contacto conmigo a través de los editores. Yo me fui a mi aposento solitario y Marcel al establecimiento local de bebidas. Durante el resto del día, dormí.

Con la llegada de la obscuridad, hice una comida y marché al cobertizo. Mi equipaje estaba reducido a lo más estricto y lo acomodé en el espacio que quedaba tras de mi asiento. El motor se puso en marcha a una presión satisfactoria. El indicador del depósito de combustible decía: «Lleno». El alumbrado marchaba normalmente. Saqué poco a poco la máquina al espacio libre y anduve por la pista para calentar el motor. La luna se alzaba más y más. Ni señales de Marcel. Con el motor parado descendí y estuve paseando. Después de largo tiempo avanzó un coche hacia allí y salió Marcel.

—Fiesta —vociferó—, una fiesta de despedida. ¿Salimos ahora?

Contrariado volví a poner en marcha el motor, encendí las luces de gran potencia y eché a rodar por la carretera. Marcel gritaba tanto que acabé por quitarme los auriculares, que colgaron de mi cuello, y no volví a acordarme de él. Unos kilómetros más allá, un coche de la policía alemana se detuvo delante de mí.

—Su vigía está dormido. Está usted faltando al reglamento por rodar sin alguien que vigile la parte de atrás.

Marcel saltó de golpe:

—¿Yo? ¿Yo dormido? No ve usted bien, policía. Porque voy sentado cómodo se entromete.

El policía se acercó a mí y olfateó mi aliento con cuidado.

—No, es un santo —dijo Marcel—. No bebe. Mujeres tampoco —añadió como si lo hubiera pensado luego.

—Sus papeles —dijo el policía. Los examinó cuidadosamente, buscando algún pretexto para armar jaleo. Luego vio mis documentos de maquinista naval americano—. Bueno, no queremos tropiezos con su cónsul. En marcha.

Devolviéndome los papeles, como si estuvieran contaminados por una plaga, se apresuró a volver al coche y salió disparado. Después de decirle cuatro cosas a Marcel, lo mandé que volviera a su sitio y seguimos marchando en medio de la noche. A poco más de treinta kilómetros la hora, que era la velocidad a la cual tenía instrucciones de ir, los ciento doce kilómetros hasta la frontera francesa parecían interminables. Cerca de Saarbrücken paramos, puse la máquina a un lado del camino, de modo que no entorpeciera el tráfico, y me dispuse a pasar allí el día. Después de comer, cogí nuestra documentación y fui al puesto de la policía local con el fin de obtener licencia para el paso de la frontera. Con un motorista de policía delante y otro detrás, fuimos por las carreteras hasta llegar a la Aduana.

Marcel estaba en su elemento, charlando con sus compatriotas. Llegué a entender que entre él y uno de los aduaneros que conoció en «la Resistencia», habían ganado casi solos la guerra. Con nuestros papeles en regla, se nos permitió pasar a territorio francés. El aduanero amigo de Marcel retuvo a éste todo el día y yo me acomodé junto a los travesaños de la máquina y me dormí.

Tarde, tardísimo, Marcel volvió escoltado por dos policías franceses. Haciéndome un guiño, le ataron al asiento, enteramente sin sentido, y jovialmente me hicieron señas de que partiera. Salí bramando en las tinieblas, con una potente máquina a mis espaldas y un vigía borracho en retaguardia. Estuve todo el tiempo pendiente de que apareciera algún coche policía de patrulla. Llegó uno zumbando, se asomó un agente por la portezuela, hizo un gesto despectivo hacia Marcel, me saludó con la mano... y salió disparado.

Ya había dejado a Metz bien atrás, y Marcel no daba señales de vida. Me eché a un lado de la carretera, bajé y fui a verle. Estaba completamente dormido. Por mucho que se le sacudiera no se despertaba, así que seguí conduciendo. Cuando amanecía crucé por las calles de Verdún y entre en un amplio aparcadero que era mi lugar de destino.

—¡Lobsang! —gritó una voz somnolienta desde la trasera—, si no se pone en marcha, llegaremos tarde.

—¿Tarde? —dije—. ¡Estamos en Verdún!

Hubo un silencio total. Luego una explosión:

—¿Verdún?

—Escuche, Marcel —le dijo—, le han traído borracho e incapaz de hacer nada. Se le ató al asiento. He tenido que hacer yo todo. Tuve que averiguar el camino. Ahora va a ir a traerme el desayuno. Vivo.

Marcel, muy afligido, se largó por la calle adelante para regresar finalmente con el desayuno.

Cinco horas después, un hombre moreno vino en un viejo «Renault». No nos dijo una palabra. Dio vueltas en torno de la excavadora, inspeccionándola cuidadosamente, buscando algún arañazo, o algo de que pudiera quejarse. Sus gruesas cejas se juntaban como una barra sobre el puente de la nariz, una nariz que había sido rota alguna vez y mal recompuesta. Al fin se acercó a nosotros.

—¿Quién es el conductor? —dijo.

—Soy yo —respondí.

—Te llevarás esto de nuevo a Metz —volvió a decir.

—No —fue mi respuesta—. Me han pagado para traerlo aquí. Toda la documentación está hecha para eso. Yo he terminado mi trabajo.

El rostro se le enrojeció por la cólera y, con gran consternación mía, sacó del bolsillo una navaja de muelles. Fui capaz de desarmarle con facilidad; la navaja voló por encima de mi espalda y el hombre moreno quedó tirado de espalda. Con gran sorpresa mía, cuando miré en torno, vi que había venido una verdadera muchedumbre de obreros.

—Ha derribado al patrono —dijo uno—. Debe haberle cogido por sorpresa —murmuró otro.

De modo violento, como una pelota de goma que rebotara, el hombre moreno se irguió del suelo. Precipitándose en el taller de reparaciones sacó una barra de acero con un garfio en la punta y se abalanzó sobre mí, tratando de partirme el cuello. Me eché de rodillas, le agarré por las suyas y tiré. Dio un grito terrible y cayó al suelo con una pierna rota. La barra de acero se le escapó de la mano y resbaló por el suelo y retiñó al chocar contra algo metálico.

—Bueno, patrono —le dije, cuando me puse en pie—. Tú no eres patrono mío, ¿eh? Ahora presenta tus excusas o te golpearé un poco más. Pretendías asesinarme.

—Busca un médico, busca un médico —gemía—. Me estoy muriendo.

—Discúlpate primero —dije fieramente— o lo que vas a necesitar será un enterrador.

—¿Qué pasa aquí? ¿Eh? ¿Qué es esto? —Dos policías franceses se abrieron paso entre la multitud para mirar a «el Patrono» en tierra, y rieron estruendosamente—. ¡Ja, ja! —exclamó uno—. Ha dado con alguien que podía más que él. Por fin. Esto vale por todas las molestias que nos ha ocasionado.

El policía me miró con respeto y luego me pidió mis papeles. Satisfechos en cuanto a esto, y después de oír la referencia que dieron los presentes, los policías volvieron la espalda y se fueron. El ex patrono se disculpó, con lágrimas de contrariedad y entonces me arrodillé a su lado, le acomodé la pierna y se la sujeté con dos tablas de una caja de embalaje, a modo de entablillado. Marcel había desaparecido. Huyendo del jaleo, se alejó para siempre de mi vida.

Mis dos maletas eran pesadas. Las bajé de la excavadora y fui con ellas calle adelante hacia otra etapa de mi viaje. Ni tenía trabajo ni conocía a nadie. Marcel demostró ser un bueno para nada, con el cerebro conservado en alcohol. Verdún no me atraía en absoluto en esos momentos. Detuve a uno y otro pasante para preguntarles cómo podía ir a la estación del ferrocarril, a fin de dejar las maletas. Todos parecían creer que yo estaría más a mis anchas buscando los campos de batalla que buscando la estación, pero, al fin logré obtener las señas. Fui andando trabajosamente por la rue Poincaré, descansando con demasiada frecuencia y preguntándome qué podría tirar del equipaje para aligerarlo. ¿Libros? No, tenía que guardarlos muy cuidadosamente. ¿El uniforme de marino mercante? Indudablemente, no. A disgusto llegué a la conclusión de que tenía sólo cosas indispensables. Al pasar por la plaza Chevert iba muy fatigado. Di vuelta a la derecha y llegué al Quai de la Republique. Mirando el tráfico del río Meuse y pensando en los barcos, decidí sentarme un rato a descansar. Un gran «Citroen» se deslizó silenciosamente, acortó la marcha y se detuvo por fin a mi lado. Un hombre alto, de cabello negro, me miró unos momentos y salió del coche. Viniendo hacia mí, dijo:

—¿Es usted el hombre que merece nuestra gratitud por haber vencido «al Patrono»?

—Sí, lo soy. ¿Necesita algo más?

El hombre, riendo, repuso:

—Ha estado aterrorizando la comarca durante años. Hasta la policía estaba amedrentada de él. Decía haber hecho grandes cosas en la guerra. Bueno, ¿necesita trabajo?

Antes de replicar miré a aquel hombre atentamente.

—Sí —dije—, si es legal.

—El trabajo que puedo ofrecerle es completamente legal —se detuvo y sonrió—. Ya ve que estoy enterado de todo lo referente a usted. Marcel tenía instrucciones de traerlo a mi presencia, pero huyó. Conozco su viaje por Rusia y los otros viajes que ha hecho desde entonces. Marcel me entregó una carta del americano, referente a usted y huyó de mí como había huido de usted.

«Qué trama», pensé. Sin embargo me consolé; aquellos europeos hacían las cosas de una manera diferente que nosotros los orientales.

El hombre moreno me hizo un ademán.

—Ponga sus maletas en el coche y le llevaré a almorzar. Así hablaremos.

Esto es razonable, ciertamente. Al menos podía librarme de aquellas horribles maletas durante un rato. Satisfecho las puse en el compartimiento de equipajes y luego me senté en el asiento inmediato al suyo. Condujo hacia el hotel de más renombre. Con muchas exclamaciones ante mis modestas demandas en cuestión de refrigerio, abordó la cuestión:

—Hay dos señoras ancianas, una de ochenta y cuatro y otra de setenta y nueve —dijo, mirando cautelosamente en torno—, que están impacientes por ir a encontrar al hijo de una de ellas, que vive en París. Tienen miedo de los atracadores; las personas ancianas experimentan miedos así, y ellas han vivido durante dos guerras. Quieren un hombre que sea capaz de defenderlas. Pueden pagar bien.

«¿Mujeres? ¿Mujeres viejas? Las prefiero a las jóvenes», pensé. Pero, sin embargo, no me agradaba mucho la idea. Mas luego pensé en mis pesadas maletas; en que iba a llegar hasta París.

—Son viejas damas generosas —dijo el hombre moreno—. Sólo hay un inconveniente. Que no debe rebasar los cincuenta kilómetros por hora.

Miré disimuladamente en torno del gran salón. ¡Allí estaban las dos viejas damas! Sentadas tres mesas más allá. «¡Sacrosanto Diente de Buda! —exclamé para mí—. ¿En qué he venido a parar?». Pero la imagen de las maletas se alzó ante mi vista. Maletas pesadas que no podía levantar. Y dinero además. Cuanto más dinero tuviese, me sería tanto más fácil vivir en América, mientras buscaba trabajo. Suspiré afligido y dije:

—Según me han dicho pagan bien. Pero ¿qué me dice del coche? No voy a volver aquí.

—Sí, amigo mío, pagan extraordinariamente bien. La condesa es una mujer rica. ¿El coche? Le lleva un «Fiat» nuevo a su hijo como regalo. Venga, se las presentaré.

Se levantó y me condujo hacia las dos damas ancianas. Haciendo una reverencia tan profunda que me recordó a los peregrinos del Camino Sagrado de Lhasa, me presentó. La condesa me miró con aire altivo a través de sus impertinentes.

—¿De modo que se considera capaz de llevarnos sanas y salvas, mi hombre?

La miré con la misma altivez y repliqué:

—Madame, yo no soy «su hombre». En cuanto a la cuestión de seguridad, mi vida es tan valiosa para mí como evidentemente lo es la suya para usted. Se me ha pedido que tratara de estas cuestiones de conducir con usted, aunque ahora confieso que tengo mis dudas.

Por un momento me miró fríamente, pero luego la rigidez pétreo de su mandíbula se relajó y se echó a reír con una risa enteramente juvenil.

—¡Ah! —exclamó—, me gusta un poco de humor. Es tan raro en estos días... ¿Cuándo podemos salir?

—Todavía no hemos tratado de las condiciones, ni he visto su coche. ¿Cuándo quieren partir si estoy de acuerdo? ¿Y por qué quieren que las lleve yo? Sin duda hay multitud de franceses dispuestos a conducir.

Las condiciones que me ofrecieron eran generosas y las razones que dieron eran buenas.

—Yo prefiero un hombre valiente y con humor, alguien que haya rodado por el mundo y que conoce la vida. ¿Que cuándo partimos? En cuanto esté usted preparado.

Les di dos días de plazo y luego partimos en un «Fiat» *de luxe*. Marchamos por la carretera hasta Reims, unos ciento veinte kilómetros, y pasamos allí la noche. Andando perezosamente a cincuenta la hora tuve tiempo de ver el paisaje y de conciliar mis pensamientos, que difícilmente se acomodaban a mis viajes. Al día siguiente partimos al mediodía y llegamos a París a la hora del té. Metí el coche en el garaje de la casa del hijo, en las afueras de París, y partí de nuevo con mis dos maletas. Aquella noche dormí en una casa de huéspedes barata de París. Al día siguiente anduve buscando algún medio para ir a Cherbourg o El Havre.

Opté primero por los que trafican en coches; ¿tenía alguno que entregar algún coche en Cherbourg o en El Havre? Penosamente recorrí kilómetros y kilómetros, de casa en casa de automóviles. Pero nadie necesitaba mis servicios. Al fin de la jornada volví a mi alojamiento barato y me encontré con una escena de aflicción. Un hombre había sido llevado allí por la policía y por otro huésped. Una bicicleta averiada, con la rueda completamente torcida, yacía a un lado de la carretera. Cuando el hombre aquel venía a casa, del trabajo, volvió la cabeza y la rueda delantera se metió en una alcantarilla, siendo él disparado por encima del manillar. Tenía la rodilla derecha seriamente dislocada.

—Voy a perder mi empleo, voy a perder mi empleo —decía afligido—. He de llevar mañana a Caen un cargamento de muebles.

—¿A Caen? —El nombre me era vagamente conocido. ¿Caen? Estudié aquello. Era una ciudad a unos doscientos kilómetros de París y a unos cincuenta kilómetros de Cherbourg, poco más o menos. Lo pensé y me dirigí a él.

—Quiero ir a Cherbourg o El Havre —le dije—. Llevaría el camión de los muebles, en lugar suyo, si hay alguien que lo traiga de regreso. Usted puede cobrar el dinero que paguen; a mí me basta con el viaje.

Me miró con alborozo.

—Pues sí, puede arreglarse, colega. Tenemos que cargar los muebles en una gran casa de aquí, llevarlos a Caen y descargarlos allí.

Quedó convenido en el acto. A la mañana siguiente sería ayudante de mudanzas sin sueldo.

Henri, el chófer, hubiera podido obtener fácilmente un certificado de incapacidad. Sólo en una cosa era maestro consumado: sabía todas las tretas imaginables para eludir el trabajo. Apenas habíamos perdido de vista la casa, se detuvo y dijo:

—Conduce tú. Yo estoy cansado.

Anduvo por el fondo del camión y, retrepándose en el mueble más cómodo que encontró, se quedó dormido. Conduje. Cuando llegamos a Caen volvió a decir:

—Empieza a descargar. Tengo que llevar estos papeles a que los firmen.

Todo menos las cosas que tenían que ser transportadas entre dos estaban en la casa cuando él volvió. Escabulléndose de nuevo, vino con el jardinero que me ayudó a meter lo demás. Él nos «dirigía» para que las paredes no sufrieran daño. Una vez descargado el camión, trepé al asiento del conductor. Henri, impensadamente, trepó a mi lado. Di vuelta al vehículo y me dirigí a la estación del ferrocarril que había visto a cierta distancia del camino. Allí me detuve, saqué mis dos maletas y le dije a Henri:

—Ahora conduces tú —y dándome la vuelta, entré en la estación.

Había un tren que salía para Cherbourg al cabo de veinte minutos. Saqué billetes, comí algo y luego el tren entró en la estación. Salimos traqueteando en medio de la creciente obscuridad. En la estación de Cherbourg dejé mis dos maletas y fui paseando por el Quai de l'Entrepot, en busca de alojamiento. Al fin, lo encontré: «Albergue para Marineros». Entré, tome una habitación muy modesta, pagué por anticipado y volví por mi equipaje. Como estaba cansado me metí en la cama y me dormí.

Por la mañana traté de relacionarme lo más posible con otros marinos que se alojaban allí y que estaban esperando sus barcos. Con gran suerte, me fue posible visitar a los pocos días las salas de máquinas de algunos barcos que estaban en el puerto. Durante aquella semana anduve recorriendo las agencias de embarque en busca de un empleo que me llevara al otro lado del Atlántico. Los agentes miraban

mis papeles, examinaban mi libro de servicios y preguntaban:

—Entonces, ¿se ha quedado sin fondos estando en vacaciones? ¿Quiere un viaje de regreso? Muy bien, le tendremos presente y, si surge algo, se lo comunicaremos.

Me entremezclé aún más con los marinos, aprendiendo su terminología y todo cuanto podía de sus particularidades. Después de todo, llegué a saber que cuanto menos se dice y más se escucha, se hace uno una reputación mayor de inteligencia.

Al fin, al cabo de unos diez días, me llamaron de una agencia de embarque. Un hombre bajito y recio estaba sentado con el agente.

—¿Estaría usted disponible para embarcar esta noche, si fuera preciso? —preguntó el agente.

—Puedo embarcar ahora mismo, señor —repliqué.

El hombre bajo y recio me estaba observando fijamente. Luego se destapó, haciéndome un raudal de preguntas con un acento que apenas podía entender.

—El jefe, aquí presente, es escocés —tradujo el agente—. Su tercer maquinista ha caído enfermo y lo han llevado al hospital. Quiere que vaya usted a bordo con él inmediatamente.

Con gran esfuerzo de concentración me fue posible seguir el resto del discurso del escocés y de responder satisfactoriamente a sus preguntas.

—Coja sus cachivaches —dijo al fin— y venga a bordo.

De regreso en la casa albergue, pagué apresuradamente la cuenta, cogí mis maletas, y tomé un taxi que me llevó al costado del barco. Era una embarcación vieja y baqueteada con manchas de herrumbre, que necesitaba perdidamente una mano de pintura y que era espantosamente pequeña para la travesía del Atlántico.

—Ah, sí —dijo uno que estaba en el muelle—. No es ninguna jovencita, ya se ve, y con mar de popa se zarandea como para hacerle a uno echar las tripas por la boca.

Me apresuré a subir por la plancha, dejé mis maletas cerca de la cocina y descendí haciendo ruido por la escalera de hierro de la sala de máquinas, donde Mac, el primer maquinista, me esperaba. Habló de las máquinas conmigo y quedó satisfecho de mis respuestas a sus preguntas.

—Muy bien, muchacho —dijo al fin—, vamos a que firme el contrato. El mayordomo le indicará su camarote.

Nos apresuramos a volver a la oficina de embarque, firmé el contrato y luego volví al barco.

—Empieza inmediatamente, muchacho —dijo Mac.

Así, probablemente por primera vez en la historia, un lama tibetano, pasando por americano, ocupaba su puesto a bordo de un barco en calidad de maquinista de guardia. Las ocho horas primeras de servicio, con el barco atracado, fueron una bendición para mí. Mis lecturas intensivas se completaban ahora con ciertas experiencias prácticas y me sentí plenamente confiado.

Con el sonar de los timbres y los estruendosos silbidos del vapor, las relucientes bielas de acero subieron y bajaron, una y otra vez. Los volantes giraron más y más de prisa, haciendo que el barco cobrara vida. Olía a aceite recalentado y a vapor. Para mí ésta era una vida extraña; tan extraña como la vida en la lamasería pudiera serlo para el primer maquinista, que ahora permanecía tan imperturbable, con la pipa entre los dientes, apoyando levemente la mano en el volante de mando, un volante de acero reluciente. El timbre volvió a sonar y la esfera del telégrafo de señales indicó: «De popa a media marcha». Sin mirar apenas, el primer maquinista hizo girar el volante y tocó una palanca. El trepidar de la máquina aumentó y todo el casco retembló levemente. «¡Alto!», dijo el telégrafo de señales. Y esta orden fue seguida prontamente por: «Avante a media marcha». Apenas había podido Mac hacer girar los volantes de mando, el timbre sonó de nuevo para mandar: «Avante a toda máquina». Suavemente el barco fue impelido hacia delante. Mac vino hacia mí.

—Muchacho —dijo—, ya has hecho tus ocho horas. Lárgate. Dile al mayordomo cuando subas que quiero mi cacao.

¡Cacao, alimento! Esto me hizo recordar que no había comido desde hacía más de doce horas. Trepando presuroso por las escaleras de acero llegué a la cubierta y al aire libre. Las olas rompían contra las amuras y el barco cabeceaba un tanto al adentrarse en alta mar. Tras de mí las luces de la costa francesa desvanecíanse en la oscuridad. Una voz tajante a mis espaldas me volvió al presente.

—¿Quién es usted?

Me volví para enfrentarme con el primer oficial, plantado a mi lado:

—Soy el tercer maquinista, señor —respondí.

—Entonces, ¿por qué no está de uniforme?

—Soy un maquinista suplente, señor, me he incorporado en Cherbourg y entré de guardia inmediatamente.

—Dese prisa —ordenó el primer oficial—. Póngase inmediatamente de uniforme. Aquí ha de guardarse la disciplina.

Dicho esto se alejó a grandes pasos, como si fuera el primer oficial del «Reina Elizabeth» o de alguna otra «reina» y no de un barco *tramp*, viejo, sucio y herrumbroso.

En la puerta de la cocina di la orden del primer maquinista.

—¿Es usted el tercero nuevo? —dijo una voz tras de mí. Me volví y me encontré con el segundo maquinista que acababa de entrar.

—Sí, señor —repliqué—. Voy precisamente a ponerme el uniforme y luego quiero comer algo.

Asintió con un gesto.

—Iré con usted. El primer oficial se queja de que no lleva uniforme. Dice que le había tomado por un polizón. Le dije que acababa de incorporarse y que entró

inmediatamente de servicio.

Me acompañó y me indicó cuál era mi camarote. Estaba enteramente frente al suyo en el corredor.

—Llame cuando esté listo y nos iremos a comer —dijo.

Había tenido que mandar que arreglaran aquella ropa para que me sirviera. Pero ahora, vestido de oficial de la Marina mercante, me pregunté qué diría mi guía, el Lama Mingyar Dondup, si pudiera verme. Tuve que reírme al pensar la sensación que hubiera producido en Lhasa de aparecer vestido así. Avisé al segundo maquinista y fuimos juntos al comedor de oficiales para comer. El capitán estaba ya en su mesa y nos lanzó una mirada enfurruñada bajo sus cejas peludas.

—¡Uf! —exclamó el segundo maquinista, cuando le pusieron delante el primer plato—. El mismo puerco hervido. ¿No se cambia aquí nunca?

—¡Mister! —el vozarrón del capitán casi nos levanta de nuestros asientos—. ¡Mister! Se está quejando siempre. Será mejor que cambie de barco cuando lleguemos a Nueva York.

Alguien se echó a reír, pero su risa se convirtió en tos de azoramiento cuando el capitán miró enojado hacia él. El resto de la comida transcurrió en silencio hasta que el primero de a bordo, que terminó antes que nosotros, se fue.

—Maldito barco —dijo un oficial—. El viejo fue *Jimmy-the One*, segundo de a bordo, en la Marina de guerra inglesa durante la guerra, en un transporte, y no hay quien le saque de su sistema.

—Bah, muchachos —dijo otra voz—, está loco, siempre refunfuñando.

—No, no es americano —me susurró el segundo maquinista—, sino un portorriqueño que ha visto demasiadas películas.

Estaba cansado y subí a cubierta antes de irme a acostar. Por el lado de sotavento la tripulación arrojaba al mar las cenizas calientes y se libraba de los restos y basuras acumulados durante la permanencia en el puerto. El barco se movió un poco y eché a andar hacia mi camarote. Las paredes estaban empapeladas con fotos de mujeres llamativas, fotos que arranqué y tiré al cesto de los papeles. Cuando me desvestí y me metí en la litera, comprendí que sería capaz de desempeñar mis deberes.

—¡Es la hora! —vociferó una voz, mientras una mano abría la puerta y accionaba el interruptor de la luz.

«¿La hora ya?», pensé para mí. Diría que apenas si me había echado a dormir. Miré el reloj y me deslicé fuera de la cama. Una vez lavado y vestido me dirigí a tomar el desayuno. Ahora el comedor estaba vacío y comí solo y de prisa. Echando una mirada hacia fuera a los primeros rayos de luz que venían de costado, me apresuré a bajar por las escaleras de acero de la sala de máquinas.

—Es usted puntual —dijo el segundo maquinista—. Eso me gusta. No hay nada que comunicar, sino que están dos engrasadores en el túnel. Bueno, me marchó —

dijo bostezando con fuerza.

La máquina zumbaba, rítmica, monótonamente, y cada revolución nos acercaba un poco más a Nueva York. Fuera, en la sala de calderas, los «tiznados», los fogoneros, sostenían el fuego, rastrillando y atizando, manteniendo la temperatura del vapor sólo un poco más abajo de la línea roja. Del túnel, donde se albergaba el árbol de la hélice, emergieron dos hombres tiznados y sudorosos. La fortuna me acompañó; la temperatura de los cojinetes era la normal y no había ninguna novedad. Me pusieron delante los papeles de la alimentación, del consumo del carbón, del porcentaje de CO₂ y otros datos. Los firmé, me senté y anoté en el diario de máquinas mi guardia.

—¿Cómo va el barco, Míster? —dijo Mac, cuando vino armando ruido por la escalera de la cámara.

—Muy bien —respondí—. Todo normal.

—Bueno —dijo él—. Quisiera poder decir lo mismo del capitán. Dice que gastamos demasiado carbón en el último viaje. ¿Qué debo hacer? ¿Decirle que ande a remo?

Suspirando se puso unas gafas de armadura de acero, leyó el diario y firmó.

El barco avanzaba a través del embravecido Atlántico. Los días seguían a los días en monótona semejanza. No era un barco grato. Los oficiales de cubierta desdeñaban a los maquinistas. El capitán era un hombre sombrío que creía estar mandando un gran transatlántico, en lugar de un barco de carga viejo y bamboleante. Hasta el tiempo era malo.

Una noche me fue imposible dormir por el ajetreo y las sacudidas y fui a cubierta. El viento ululaba en la arboladura con lamentos que deprimían el ánimo y me recordaban de modo irresistible aquella vez que estuve en el tejado de Chakpori con el Lama Mingyar Dondup y con Jigme para partir hacia lo astral. Por el lado de sotavento, en el centro del barco, una silueta solitaria se asía desesperadamente a la barandilla y devolvía y devolvía, «echando casi el corazón por la boca», como dijo después. Yo era completamente inmune al mareo y me resultaba bastante divertido ver cómo marineros que se habían pasado toda la vida en el mar eran vencidos de ese modo. La luz de bitácora en el puente lanzaba a lo alto un leve resplandor. En el camarote del capitán todo estaba a oscuras. Las olas pasaban sobre las bordas y avanzaban hacia popa, donde yo estaba. El barco se ladeaba y se agitaba como enloquecido, y los mástiles describían arcos disparatados en el firmamento nocturno. Lejos, por estribor, un transatlántico, con todas las luces encendidas, vino hacia nosotros, con movimientos de tirabuzón que no debían agradar a los pasajeros. Teniendo el viento a favor el transatlántico lo aprovechaba, haciendo de vela su enorme obra muerta. «Pronto estará en Southampton Roads», me dije a mí mismo cuando le volví la espalda para ir abajo.

En lo más fuerte de la tempestad una de las válvulas de las bombas de pantoque se obstruyó con algo lanzado con violencia por los movimientos del barco y hube de bajar inmediatamente allí y dirigir a los hombres que trabajaban en eso. El ruido era aterrador, el árbol de la hélice vibraba, cuando ésta, de tiempo en tiempo, giraba alocada al quedar la popa del barco fuera del agua, y disminuía la marcha cuando la popa se hundía en el agua, antes de saltar sobre la cresta de la ola siguiente.

En las bodegas los de cubierta trabajaban febrilmente para sujetar un pesado bulto de maquinaria que se había soltado. Me pareció bien extraño que en un barco donde había tantas pugnas cumpliéramos todas nuestras tareas del mejor modo posible. ¿Qué puede importar que unos trabajen en las máquinas, dentro de las entrañas del barco, mientras otros andan por la cubierta o están en el puente viendo deslizarse las aguas por los costados del barco?

¿Trabajo? Allí había mucho que hacer; las bombas tenían que ser repasadas, las cámaras de estopada recargadas, los casquillos de éstas habían de ser inspeccionados y comprobados, y los cables de los cabrestantes preparados para cuando atracáramos en Nueva York.

Mac, el primer maquinista, era un buen obrero y un hombre honrado. Quería a sus máquinas como una madre quiere a los hijos que ha dado a luz. Una tarde estaba yo sentado en la borda, esperando entrar de guardia. Pasaban por el cielo leves nubes tormentosas y había indicios de la lluvia que iba a seguir. Me había sentado al abrigo de un ventilador a leer. De pronto una mano pesada cayó sobre mi hombro y una retumbante voz escocesa dijo:

—Eh, muchacho. Me preguntaba en qué pasaba el tiempo libre. ¿Qué es eso? ¿Una novela del oeste? ¿Pornografía?

Sonriendo le pasé el libro.

—Motores marinos —le dije—. Más interesante que las novelas del oeste y que la pornografía.

Refunfuñó aprobatoriamente cuando echó un vistazo al libro, antes de devolvérmelo.

—Bueno, para usted, muchacho. Haremos de usted un maquinista y pronto será jefe de máquinas si continúa así —dijo, metiéndose de nuevo en la boca su maltrecha y vieja pipa, y se despidió de mí afablemente con un gesto, añadiendo—: Ahora puede hacerse cargo de las máquinas, muchacho.

El barco estaba alborotado.

—El capitán está de inspección, tercero —me susurró el segundo—. Ese tío está chiflado. Se cree que está en un trasatlántico e inspecciona los camarotes y todo cada viaje.

Yo me encontraba junto a la litera cuando entró el capitán, seguido del primer oficial y del sobrecargo.

—Hum —murmuró el gran hombre, mirando desdeñosamente en torno—. ¿No hay fotos de mujeres? Creía que todos los americanos estaban locos por las pantorrillas. —Eché un vistazo a mis libros de mecánica y le rodó por la boca una sonrisa cínica—. ¿No hay debajo de esa cubierta técnica alguna novela?

Sin decir palabra me adelanté y abrí el libro al azar. El capitán pasó un dedo por todos lados, por un pasamanos, bajo la litera, por el borde de la puerta. Viendo que la punta de su dedo seguía limpia, saludó contrariado y se fue. El segundo sonrió comprensivo:

—Esta vez le ha ganado. Es un meticón...

Había una atmósfera de expectación tensa. Los tripulantes estaban sacando sus vestimentas de tierra, lavándose, discutiendo sobre cómo iban a pasar sus paquetes por la aduana. Hablaban de sus familias, de sus amigas. Todas las lenguas se habían desatado, todas las restricciones habían desaparecido. Pronto estarían en tierra para ir al encuentro de sus amigos y de las personas queridas. Sólo yo no tenía adónde ir, ni a nadie a quien hablar. Era el único que desembarcaría en Nueva York como un extraño, sin amigos, desconocido.

En la línea del horizonte se alzaban las altas torres de Manhattan, resplandeciendo a la luz del sol, después de haber sido lavadas por una lluvia tormentosa. Algunas vidrieras devolvían los rayos del sol que las tornaba de oro encendido. La estatua de la Libertad —noté que estaba de espaldas a América— descollada ante nosotros. «Avante a media máquina», resonó el telégrafo. El barco acortó marcha y el leve oleaje de proa se extinguió al disminuir nuestro impulso. «Alto», dijo el telégrafo, y pusimos proa a nuestro fondeadero. Se lanzaron cables que fueron recogidos y el barco quedó, una vez más, atado a tierra. «Cesen las máquinas», dijo el telégrafo. El vapor murió en las tuberías con siseos sollozantes. Las bielas gigantescas quedaron quietas y el barco se balanceó suavemente en su fondeadero, sólo mecido por la estela de los barcos que pasaban. Nos afanamos en cerrar válvulas, en poner en actividad el equipo auxiliar, el de las cabrias y cabrestantes.

Arriba, en cubierta, la tripulación estaba ocupada en quitar calces, en alzar las tapas de las escotillas, en descorrer encerados y abrir las bodegas. Los agentes del barco vinieron a bordo, seguidos de los estibadores. Pronto el barco fue una casa de locos; voces rencorosas vociferaban órdenes. Las grúas funcionaban con estruendo y había un continuo rumor de fuertes pisadas. El delegado de Sanidad del Puerto escudriñó los historiales de la tripulación. Llegó a bordo la policía y se llevó a un desventurado polizón del que no sabíamos nada en la sala de máquinas. El pobre hombre fue conducido, esposado y escoltado por dos recios policías de aire rudo, que le llevaron al coche policíaco que esperaba, en cuyo interior le metieron a empujones.

Hicimos cola, cobramos, firmamos el recibo y fuimos a recoger nuestros libros de servicios. Mac, el primer maquinista, había escrito en el mío: «Gran dedicación al

servicio. Eficiencia en todas las ramas. Sea bien recibido como compañero de tripulación en todo momento».

«Qué pena —pensé— que tenga que deshacerme de todo esto, que no pueda continuar».

Volví a mi camarote, lo limpié, doblé las mantas y las puse a un lado. Empaqueté mis libros, vestí ropas de paisano y coloqué mi vestimenta en las maletas. Echado un último vistazo en torno, salí y cerré la puerta tras de mí.

—¿No cambiará de parecer? —dijo Mac, el primer maquinista. Es usted un buen marino y me gustaría ponerle de segundo después de un viaje de ida y vuelta.

—No, jefe —repliqué—. Quiero andar por ahí un poco más y tener más experiencias.

—La experiencia es algo magnífico. Que tenga buena suerte.

Descendí por la plancha llevando mis dos maletas. Me alejé del costado de los barcos atracados. Otra vida que quedaba detrás. Y cómo detestaba todo aquel ir de un lado a otro, toda aquella incertidumbre, el no tener a nadie a quien llamar «amigo».

—¿Dónde nació? —quiso saber el aduanero.

—En Pasadena —repliqué, pensando en los papeles que tenía en la mano.

—¿Qué trae? —preguntó.

—Nada —le dije. Me miró con fijeza.

—Muy bien. Abra —dijo, burlón.

Colocando mis maletas delante de él las abrí. Revolví y revolví.

Luego tiró todo fuera y examinó el tapizado.

—Guarde todo —dijo, y se alejó.

Arreglé de nuevo las maletas y salí por las puertas de la aduana. Fuera, en medio del estruendo disparatado del tráfico, me detuve un momento para orientarme y cobrar aliento.

—¿Qué le pasa, amigo? Esto es Nueva York —dijo una ruda voz tras de mí.

Al volverme vi un policía que me miraba furioso.

—¿Es delito detenerse? —pregunté.

—¡En marcha! —vociferó.

Sin prisa recogí mis maletas y seguí adelante, haciéndome preguntas, maravillado de las montañas metálicas de Manhattan hechas por el hombre. No me había sentido nunca tan solo como ahora, tan completamente ajeno a aquella parte del mundo. Tras de mí vociferó el guardia a algún otro infortunado:

—No nos gusta eso en Nueva York. ¡Hala!

Las gentes parecían atormentadas, violentadas. Los vehículos de motor pasaban zumbando a velocidades disparatadas. Había un constante rechinar de neumáticos y olor de goma quemada. Seguí andando. Al fin vi ante mí el letrero de «Hostal de Marineros», y, contento, entré por la puerta.

—Firme —dijo una voz fría, impersonal.

Cuidadosamente llené el impreso que me habían lanzado rudamente y lo devolví con un «muchas gracias».

—No me dé gracias —dijo la voz fría—. No estoy haciéndole ningún favor; es mi obligación.

Permanecí esperando.

—Bueno, ¿qué le pasa? —insistió la voz—. Habitación tres cero tres. Lo dice en el papel y en el colgante de la llave.

Me volví. ¿Cómo discutir con autómatas humanos? Fui hacia un hombre, evidentemente un marino, sentado en una silla, que estaba ojeando una revista para hombres.

—Seguro que ha tenido disgustos con Jenny —dijo antes de que yo pudiera hablar—. ¿Cuál es el número de la habitación?

—Tres cero tres —respondí afligido—. Es la primera vez que vengo aquí.

—Tres pisos más arriba —dijo—. La tercera habitación a estribor. Dándole las gracias me dirigí hacia una puerta con el rótulo de «Ascensor».

—Apriete el botón —dijo el hombre de la silla.

Así lo hice y a los pocos momentos la puerta se abrió, deslizándose, y un muchacho negro me hizo señas de que entrara.

—¿Qué número?

—Tres cero tres —repliqué.

Apretó el botón y el pequeño cuartito se elevó rápido y se detuvo de pronto. El muchacho negro abrió la puerta y dijo:

—Tercero.

La puerta se cerró tras de mí y quedé solo de nuevo. Torpemente miré al colgante de la llave para comprobar de nuevo el número y luego marché a buscar mi habitación. Sí, era el número 303, como decía una plaquita sobre la tercera puerta a la derecha del ascensor. Metí la llave y la giré. La puerta se abrió y yo entré en la habitación. Era muy pequeña, según vi, algo así como el camarote de un barco. En cuanto cerré la puerta vi un impreso con una lista de Disposiciones Reglamentarias. Las leí cuidadosamente y me encontré con que sólo podía quedarme veinticuatro horas, a menos de que fuera a embarcar. En ese caso el tiempo máximo que se permitía estar era de cuarenta y ocho horas. ¡Cuarenta y ocho horas! Así que ahora tampoco había paz. Me senté sobre las maletas, me sacudí el polvo y salí en busca de alimentos y de periódicos, para ver si había en los anuncios algún trabajo que yo pudiera hacer.

Capítulo sexto

¡Qué población más poco amiga parece Nueva York! Las personas a las que intenté detener para preguntarles el camino me miraron asustadas y siguieron apresuradamente el suyo. Después de haber dormido toda la noche, me desayuné y subí a un autobús para ir al parque Bronx. Leyendo los periódicos me había hecho a la idea de que allí los alojamientos serían más baratos. Cerca del parque bajé y fui andando por las calles en busca de letreros de «habitación para alquilar». Un coche a toda velocidad pasó como un relámpago entre dos furgonetas y por el lado de la calle que no le correspondía, patinó, se subió a la acera y me golpeó en el costado izquierdo. Una vez más oí el crujido de los huesos que se rompían. Cuando caía en la acera y antes de que la inconsciencia misericordiosa se apoderara de mí, vi a un hombre que atrapaba mis maletas y salía corriendo.

El aire estaba henchido de sonos musicales.

Era feliz y me sentía a gusto después de tantos años de padecimientos.

«Ah —exclamó la voz del Lama Mingyar Dondup—. ¿Así que has tenido que venir aquí otra vez?». Abrí los ojos y me encontré con que me sonreía, con la compasión más extrema centelleando en su mirada. «La vida sobre la Tierra es dura y amarga y tú has tenido experiencias de las cuales se libran muchas gentes. Es sólo un intermedio, Lobsang, sólo un ingrato intermedio. Después de la larga noche vendrá el despertar a un día perfecto cuando ya no necesites volver a la Tierra, ni a ninguno de los mundos inferiores». Suspiré. Era grato estar allí, y aquello acentuaba aún más las asperezas e injusticias de la vida terrena. «Tú, Lobsang —dijo mi Guía—, estás viendo tu última vida en la Tierra. Estás librándote de todo el Karma, y estás también realizando una tarea trascendental, una tarea que poderes malignos tratan de obstaculizar».

¡El Karma! Eso trajo con viveza a mi pensamiento la lección que aprendí en la amada y lejana Lhasa...

El tintineo de las campanillas de plata había cesado. Ya no resonaban trompetas por el valle de Lhasa, con clamor sonoro y limpio en el aire tenue y vivificador. En torno mío había un misterioso silencio, un silencio que no debía de haber. Desperté de mis ensueños en el preciso momento en que los monjes en el templo comenzaban en tono profundo a entonar la Letanía por el Muerto. ¿El muerto? Sí, naturalmente. La letanía por el viejo monje que acababa de morir, que había muerto tras una larga vida de sufrimientos, de servir a otros, de no ser comprendido, ni agradecido.

«¡Qué Karma más terrible debía de ser el suyo! —dije para mí—. ¡Qué malo debe haber sido en su vida pasada para merecer tal retribución!».

—¡Lobsang! —La voz que sonó a mis espaldas era como el tableteo de un trueno distante... Pero los golpes que cayeron sobre mi cuerpo tembloroso... no eran tan

distantes por desgracia—. ¡Lobsang! Estás eludiendo tu deber, mostrando falta de respeto a nuestro Hermano que ha partido. ¡Toma, esto y esto!

De pronto los golpes y las palabras ofensivas cesaron como por arte de magia. Volví angustiado la cabeza y contemplé una figura gigantesca que se alzaba ante mí, que mantenía aún en su mano levantada un grueso garrote.

—Perfecto —dijo una voz muy amada—, es un castigo muy cruel para un niño pequeño. ¿Qué ha hecho para merecer esto? ¿Ha profanado el templo? ¿Ha mostrado falta de respeto para las Imágenes Doradas? Hable y explique esa crueldad.

—Mi señor Mingyar Dondup —clamó el alto Prefecto del Templo—, el niño estaba perdido en ensueños cuando debiera haber estado atendiendo a la letanía con sus compañeros.

El Lama Mingyar Dondup, que no era tampoco bajo, alzó la vista hacia el Hombre de Kham, que rebasaba los dos metros y que se hallaba ante él. El Lama habló con firmeza:

—Debe marcharse, Prefecto; yo me las entenderé con él.

Cuando aquél se fue, después de hacer una reverencia, mi Guía, el lama Mingyar Dondup, se volvió hacia mí.

—Vamos, Lobsang, subamos a mi aposento para que puedas repetir el relato de tus numerosos y bien castigados pecados.

Al decir esto, se agachó amablemente y me puso en pie. En mi corta vida, nadie, salvo mi Guía, me había mostrado nunca amabilidad y me vi forzado a contener mis lágrimas de gratitud y de cariño.

El lama se volvió y marchó despacio por el largo pasillo desierto. Yo seguí sus pasos humildemente, y lo hice con tanta más avidez por saber que no podía venir nunca injusticia alguna de aquel gran hombre.

A la entrada de su aposento se detuvo, se volvió hacia mí y me puso una mano en el hombro.

—Vamos, Lobsang. No has cometido ningún delito; entra y háblame de tus contrariedades. —Al decir esto me empujó hacia adelante y me invitó a sentarme—. Alimento, Lobsang; el alimento está también en tu mente. Tenemos que comer algo y tomar té mientras hablamos.

Sin apresurarse, hizo sonar una campanilla de plata y entró un servidor.

Mientras los alimentos y la bebida eran puestos ante nosotros, permanecimos en silencio y yo pensé en la certidumbre que tenía de que todos mis delitos serían descubiertos y castigados, casi antes de que pudiera cometerlos. Una vez más la voz irrumpió en mis pensamientos.

—¡Lobsang! ¡Ya estás soñando despierto! ¡Ahí está la comida! La tienes ante ti y tú, precisamente tú, no la ves.

La voz amable, zumbona, me hizo recobrar la atención y, casi mecánicamente,

tendí la mano hacia aquellos sabrosos pasteles azucarados que tanto cautivaban mi paladar. Pasteles que habían sido traídos de la India distante para el Dalai Lama, pero que, por su benevolencia, estaban a mi disposición.

Durante unos minutos más estuvimos comiendo o, más bien, comí yo y el lama sonrió benévolamente.

—Ahora, Lobsang —dijo, cuando di señales de estar harto—, ¿cómo fue todo eso?

—Maestro —repliqué—, estaba reflexionando en el terrible Karma del monje que murió. Debió ser de un hombre muy malo en sus muchas vidas pasadas. Pensando en esto me olvidé de todo lo relacionado con el servicio del templo y el Prefecto se me echó encima antes de que pudiera huir.

Se echó a reír a carcajadas.

—Así, Lobsang, tú también hubieras tratado de escapar de tu Karma, si pudieras.

Le miré taciturno, sabiendo que son pocos los que pueden correr más de prisa que los atléticos prefectos, tan veloces de pies.

—Lobsang, qué mal comprendida es esta cuestión del Karma, hasta por algunos que se pasan la vida en el Templo. Ponte cómodo, porque voy a hablar contigo sobre esta cuestión con cierta amplitud.

Me arrellané un poco, dando señales de «ponerme cómodo». Pero deseaba estar fuera con los otros y no sentado allí escuchando una lección, pues, aun tratándose de un hombre tan grande como el lama Mingyar Dondup, una lección era una lección, y una medicina, aunque tuviera un gusto agradable, era una medicina.

—Ya sabes todo esto, Lobsang, o deberías saberlo, si has escuchado con atención a tus maestros (lo que dudo), pero quiero recordártelo otra vez, pues temo que tu atención esté todavía ausente a veces.

Diciendo esto me lanzó una penetrante mirada y continuó:

—Venimos a esta Tierra como a una escuela. A aprender nuestra lección. La primera vez que asistimos a la escuela se nos coloca en la clase más inferior porque somos ignorantes y todavía no hemos aprendido nada. Al final del curso, o nos aprueban en los exámenes o nos suspenden. Si aprobamos, proseguimos a una clase superior al volver de las vacaciones. Si fracasamos, entonces volvemos a la misma clase, a aquella que dejamos. De fracasar en un tema solo, acaso se nos puede permitir que pasemos a la clase superior y que allí estudiemos el tema de nuestro fracaso.

Esto me era dicho en un lenguaje que yo podía comprender bien. Conocía todo lo referente a los exámenes y a que le suspendieran a uno en una asignatura y a pasar a la clase superior, donde tenía que competir con chicos mayores, y al mismo tiempo estudiar en lo que debiera haber sido tiempo libre. Estudiar bajo la mirada de águila

de algún lama maestro viejo y mohoso, alguno tan anciano que ya ha olvidado todo lo referente a los días de su propia infancia.

Hubo un golpetazo y yo, asustado, di un salto en que casi me levanté en el aire.

—Ah, Lobsang, por fin conseguimos una reacción —dijo mi Guía, mientras, riendo, volvió a colocar en su sitio la campanilla de plata que había dejado caer tras de mí—. He hablado contigo en numerosas ocasiones, pero tú andas errando muy distante.

—Lo siento, honorable lama —repliqué—, pero estaba pensando en lo clara que es su lección.

El lama reprimió una sonrisa y continuó:

—Venimos a esta Tierra como van los niños a la clase de la escuela. Si en nuestra vida nos portamos bien y aprendemos qué es lo que nos ha hecho venir; entonces avanzamos más y empezamos una vida en un estado más elevado. Si no aprendemos nuestra lección, volvemos casi al mismo tipo de cuerpo y a las mismas condiciones. En algunos casos, algún hombre puede haber mostrado mucha crueldad para los otros en su vida pasada y ha de volver a esta Tierra a tratar de expiar sus malas obras. Ha de venir a mostrar bondad a los otros. Muchos de los más grandes reformadores en esta vida fueron delincuentes en el pasado. Así gira la Rueda de la Vida, trayendo riquezas, primero a uno y luego pobreza a otro, el pordiosero de hoy puede ser príncipe mañana y continuar así de vida en vida.

—Pero, honorable lama —interrumpí—, ¿quiere esto decir que si uno es ahora un pordiosero cojo, debe haber cortado la pierna de alguna persona en la otra vida?

—No, Lobsang, no es eso. Quiere decir que ese hombre precisa ser pobre, y precisa sufrir la pérdida de una pierna para que así pueda aprender su lección. Si tienes que estudiar figuras geométricas, tomas tu pizarra y tu ábaco. Si vas a estudiar el tallado, tu cuchillo y un trozo de madera. Tomas las herramientas adecuadas a la tarea que tienes entre manos. Así ocurre con el tipo de cuerpo que tenemos. El cuerpo y las circunstancias de nuestra vida son los más adecuados para la tarea que tenemos que realizar.

Pensé en el monje viejo que había muerto y que siempre se estaba lamentando de su «mal Karma» y preguntándose qué habría hecho para merecer una vida tan dura.

—Ah, sí, Lobsang —dijo mi Guía, leyendo mis pensamientos—. Los que no están iluminados se quejan siempre de la acción del Karma. No se dan cuenta de que a veces son víctimas de los malos actos de otros y de que, aun cuando sufran ahora injusticias, en una vida posterior tendrán una plena recompensa. Nuevamente te digo, Lobsang, que no se puede juzgar de la evolución de un hombre por su situación presente en la Tierra, ni se le puede condenar como malo porque parezca tropezar con dificultades. No se debe condenar, porque hasta que no se tengan todos los datos lo que no puede ocurrir en esta vida, no es posible tener un criterio justo.

La voz de las trompetas del templo resonó en ecos por los salones y corredores, apremiándonos a dejar nuestra charla para asistir al servicio de la noche. ¿Era la voz de las trompetas del templo o un gong de diapason grave? Me parecía que aquel gong estaba en mi cabeza resonando, sacudiéndome, trayéndome de nuevo a la vida terrena. Fatigado, abrí los ojos. Había pantallas en torno de mi cama y se alzaba cerca una bala de oxígeno.

—Está despertando, doctor —dijo una voz. Una cara roja entró en el radio de mi visión.

—Ah —dijo el médico americano—. ¿Así que ha vuelto a la vida? Sin duda estuvo a punto de morir aplastado.

Me le quedé mirando con mirada vacía.

—¿Y mis maletas? —pregunté—. ¿Están a salvo?

—No; un fulano se largó con ellas y la policía no ha podido encontrarlo.

Luego, aquel mismo día vino a la cabecera de mi cama un policía a recoger información. Me habían robado las maletas. El hombre cuyo coche me atropelló, dañándome gravemente, no estaba asegurado. Era un negro sin empleo. Otra vez tenía mi brazo izquierdo roto, cuatro costillas fracturadas y los dos pies aplastados.

—En un mes estará curado —dijo jovialmente el médico. Luego me atacó una pulmonía doble. Permanecí nueve semanas en el hospital. En cuanto estuve en condiciones de levantarme pregunté lo que debía.

—Encontramos doscientos sesenta dólares en su cartera y tenemos que quedarnos con doscientos cincuenta por su estancia aquí.

Me quedé mirando horrorizado a aquel hombre.

—Pero no tengo trabajo, no tengo nada —dije—. ¿Cómo voy a vivir con diez dólares?

El sujeto se encogió de hombros.

—Ah, debe exigir daños y perjuicios al negro. A usted se le ha atendido y nosotros tenemos que cobrar. La caja no tiene nada que ver con nosotros; entable un proceso contra el negro que le ha originado estos trastornos.

Con paso vacilante descendí las escaleras. Titubeando, salí a la calle. No tenía otro dinero que aquellos diez dólares. Ni trabajo, ni dónde vivir. Cómo vivir, ése era el problema. El portero señaló con el pulgar:

—Siguiendo esta calle, agencia de colocaciones; vaya a verles.

Asintiendo con gesto torpe salí errabundo en busca de mi única esperanza. En una sórdida callejuela lateral vi un letrero deteriorado: «Empleos». Subir hasta la oficina en un tercer piso fue casi más de cuanto me era posible hacer. Respirando trabajosamente me así al pasamanos hasta que me sentí un poco mejor.

—¿No puede subir, Bud? —dijo el hombre de dientes amarillos, revolviendo entre los gruesos labios el puro mordido. Me miró de arriba abajo—. Se diría que

acaba de salir de la cárcel o del hospital.

Le referí todo lo que había ocurrido: la pérdida de mis pertenencias y de mi dinero.

—Entonces necesita ganar unos dólares en seguida —dijo.

Tendió la mano hacia una tarjeta y llenó en ella ciertos datos. Luego me la dio y me dijo que la llevara a un hotel de nombre muy famoso, uno de los grandes hoteles. Fui allí gastando unos centavos preciosos en el billete del autobús.

—Veinte dólares a la semana y una comida por día —dijo el jefe de personal. Así que por veinte dólares a la semana y una comida al día lavé montañas de platos sucios y fregué interminables escaleras durante diez horas diarias.

Veinte dólares semanales y una comida. Las comidas que se servían a los empleados no eran de la misma calidad que las servidas a los huéspedes. Las nuestras eran rígidamente inspeccionadas y vigiladas. Mi salario era tan escaso que no podía permitirme tener una habitación. Dormía en los parques, bajo las bóvedas y los puentes y tuve que aprender a irme de noche antes de que el policía de ronda apareciera con su palo punzante y gruñera: «Ya te estás largando de aquí, ¿eh?». Aprendí a rellenar mis ropas de periódicos para protegerme de los crueles vientos que soplan por las calles de Nueva York, desiertas de noche. Mi único traje estaba estropeado por el viaje y manchado por el trabajo y no tenía ropa interior para mudarme. Para lavar mi ropa blanca me encerraba en la sala de los hombres, me la quitaba, me ponía los pantalones otra vez y la lavaba en un lavabo, poniéndola luego a secar en los tubos de vapor, pues hasta que no pudiera ponérmela no podía salir. Mis zapatos tenían agujeros en las suelas y los había reparado con cartones, mientras inspeccionaba los recipientes de la basura en busca de un par en mejores condiciones que algún inquilino del hotel pudiera tirar. Pero había muchos ojos pendientes y muchas manos ansiosas para examinar los desperdicios de los huéspedes antes de que llegaran a mí. Vivía y trabajaba con una comida al día y mucha agua. Poco a poco fui reuniendo una muda, un traje de segunda mano y unos zapatos de segunda mano. Poco a poco reuní un centenar de dólares.

Un día oí hablar a dos huéspedes cuando yo trabajaba junto a una puerta del servicio. Estaban hablando del fracaso de un anuncio para encontrar el tipo de hombre que precisaban. Hice mi tarea más y más despacio. «Conocimiento de Europa, buena voz, experiencia en la radio...». Algo pasó por mí y lanzándome hacia la puerta exclamé:

—¡Yo pretendo poseer todo eso!

Los hombres se miraron asombrados y luego se echaron a reír a carcajadas. El camarero jefe y un camarero auxiliar se precipitaron hacia mí con rostros enfurecidos.

—¡Fuera! —dijo el camarero jefe mientras me asía violentamente por el cuello, rasgando mi pobre y vieja chaqueta de arriba abajo.

Me volví hacia él y le eché a la cara los dos trozos de mi chaqueta.

—¡Veinte dólares a la semana no le da derecho a hablarle de esa manera a un hombre! —exclamé con fiereza.

Uno de los dos hombres me miró mudo de horror.

—¿Veinte dólares a la semana, ha dicho?

—Sí, señor. Eso es lo que me pagan. Y una comida al día. Duermo en los parques y soy echado de un lugar y otro por la policía. Vine a este «País de Oportunidades» y al día siguiente de desembarcar un sujeto me atropelló con su coche, y cuando estaba sin sentido un americano me robó todo cuanto tenía. ¿Pruebas, señor? Puedo darle pruebas si quiere usted comprobar mi relato.

El administrador del piso se apresuró a ir hacia allí, retorciéndose las manos y casi llorando. Fuimos acompañados a su oficina. Los otros se sentaron. Yo quedé en pie. El de más edad de los dos telefoneó al hospital y después de un rato de espera mi relato fue dado por auténtico en todos sus detalles. El administrador del piso me quiso dar un billete de veinte dólares, y dijo:

—Ahora lárgate.

Yo le puse los veinte dólares en sus manos carnosas.

—Guárdelo —le dije—. Va a necesitar ese dinero más que yo.

Cuando me volvía para irme y llegaba a la puerta, se tendió hacia mí una mano y una voz dijo:

—¡Alto! —El hombre de edad me estaba mirando fijamente a los ojos—. Creo que usted podría convenirnos. Veremos. Venga mañana a Schenectady. Aquí tiene mi tarjeta.

Me volví para marcharme.

—Espere, aquí tiene cincuenta dólares para que vaya.

—Señor —dije, rechazando el dinero que me ofrecía—, iré allí por mis propios medios. No acepto dinero hasta que esté usted seguro de que cumplo con las condiciones que precisa, pues acaso no pueda devolvérselo si no le convengo.

Me volví y salí. De mi taquilla en la sala de los empleados tomé mis escasas pertenencias y me largué a la calle. No tenía ningún sitio adonde ir, a no ser a sentarme en un parque. Ni techo ni nadie a quien dirigirle un saludo. Por la noche, la lluvia despiadada cayó y me empapó. Por fortuna conservaba mi «traje nuevo», seco por haber estado sentado sobre él.

De madrugada tomé una taza de café y un bocadillo, y averigüé que la forma más barata de viajar desde Nueva York hasta Schenectady era el autobús. Algún viajero había dejado un ejemplar del *Morning Times* en un asiento; así que lo leí de arriba abajo para evitar ponerme a cavilar en mi futuro incierto. El autobús seguía rodando, devorando kilómetros. Para el mediodía estaba en la ciudad. Fui a los baños públicos, me arreglé lo mejor posible, me puse mis ropas limpias y salí.

En los estudios de la radio me estaban esperando los dos hombres. Durante horas me acosaron a preguntas. Uno tras otro venían y se marchaban. Al fin tuvieron toda mi vida completa.

—¿Dice que tiene papeles depositados en casa de un amigo de Shanghai? —dijo el hombre de más edad—. En este caso le contrataremos en condiciones provisionales y pondremos un cable a Shanghai para que le manden aquí sus cosas. En cuanto veamos esos papeles quedará en situación permanente. Ciento diez dólares a la semana; trataremos de eso más adelante, cuando veamos esos papeles. Que los manden a cargo nuestro.

El segundo hombre habló:

—Me figuro que podría hacérsele un anticipo —dijo.

—Dele un mes por adelantado —dijo el primero—. Que empiece pasado mañana.

Así empezó un dichoso período de mi vida. Me gustaba el trabajo y lo realizaba a completa satisfacción. En el transcurso del tiempo, mis papeles, mi cristal, viejo de siglos, y unas otras pocas cosas más llegaron. La vida empezaba a sonreírme, pensé.

Después de algún tiempo, en el transcurso del cual ahorré la mayor parte del dinero que ganaba, empecé a experimentar la sensación de que no iba a ninguna parte, que no proseguía adelante con la tarea que me había asignado en la vida. El hombre de más edad me tenía ahora mucho afecto y acudí a él y tratamos del problema. Le dije que les dejaría en cuanto encontraran a alguien que me reemplazase. Me quede allí tres meses más.

Entre los papeles míos que habían venido de Shanghai había un pasaporte extendido por las autoridades británicas de la Concesión inglesa. Durante aquellos días lejanos de la guerra, los ingleses me tenían mucho afecto porque podían utilizar mis servicios. Ahora, acaso creyeran que ya no podía serles de provecho. Llevé mi pasaporte y otros documentos a la Embajada del Reino Unido en Nueva York y, después de muchas dificultades y demoras, logré obtener el primer visado y luego un permiso de trabajo para Inglaterra.

Al fin encontraron quien me reemplazara y me quedé dos semanas más para «enseñarle el manejo». Luego me fui. América es quizás el único país en que una persona que sabe hacerlo puede viajar gratis casi a cualquier parte. Estuve mirando en varios periódicos, hasta que vi, bajo el rótulo de «Transportes», siguiente:

«California, Seattle, Boston, Nueva York
Gasolina gratis. Llamad al 00000XXX.
Entrega de autos».

Las casas de coches americanas necesitan entregar vehículos por todo el continente. Muchos chóferes quieren viajar; así que un método bueno y barato

consiste en que el que quiera llevarlo se ponga en contacto con casas que hayan de entregar autos. Después de aprobar un sencillo ensayo de conducción se le dan gratuitamente talonarios para adquirir gasolina en ciertas estaciones seleccionadas en la ruta.

Llamé al XXX, entrega de coches, y dije que quería llevar uno a Seattle.

—No hay ningún inconveniente, ninguno —dijo un hombre de acento irlandés—. Busco un buen conductor para llevar allí un «Lincoln». Lléveme a dar vuelta para que vea cómo lo hace.

Mientras lo llevaba, me habló de varias cuestiones útiles. Al parecer había sido enteramente de su agrado, pues me dijo:

—He reconocido su voz. Era usted un locutor anunciador. —Lo confirmé, y añadió—: Tengo una estación de onda corta que empleo para mantenerme en contacto con el Viejo Mundo. Pero hay algo que no marcha bien en ella, ya que no recoge las ondas cortas. Los de aquí no entienden este tipo de estaciones. ¿Las entiende usted?

Le aseguré que podía echarle un vistazo y me invitó a su casa aquella noche, y hasta me prestó un coche para ir en él allí. Su esposa irlandesa era excepcionalmente agradable y dejaron en mí una sensación de amor por Irlanda que se acrecentó cuando fui a vivir allí.

La radio era de un modelo inglés muy afamado, una Eddystone excepcionalmente buena que no tiene igual. La fortuna me sonrió.

El irlandés tomó una de las bobinas de enchufe y vi cómo la sostenía.

—Déjeme esa bobina —le dije—. ¿Tiene una lente de aumento?

La tenía, y un rápido examen mostró que por su incorrecto manejo de la bobina había roto un alambre de una de las clavijas. Se lo mostré.

—¿Tiene un soldador y soldadura?

No lo tenía él, pero sí el vecino. Allá fue para volver con ambas cosas.

Fue trabajo de unos minutos soldar de nuevo el alambre y el aparato funcionó. Bastaron unos pequeños ajustes accesorios y funcionó mejor. Pronto estuvimos escuchando la BBC de Londres.

—Iba a devolver la radio a Inglaterra para que la pusieran en condiciones —dijo el irlandés—. Así que ahora voy a hacer algo por usted. El propietario del «Lincoln» quería que uno de los conductores de la casa le llevara el coche a Seattle. Es un hombre rico. Así que voy a ponerle a usted en nuestra nómina, a fin de que pueda cobrar por llevarle. Le daremos ochenta dólares y le cargaremos ciento veinte a él. ¿Hecho?

¿Hecho? Sin duda. Aquello me venía muy bien.

El lunes siguiente por la mañana partí. Pasadena era mi primer lugar de destino. Quise cerciorarme de que el maquinista naval, cuyos papeles había empleado, no

tenía verdaderamente parientes. Nueva York, Pittsburg, Columbus, Kansas City: los kilómetros se acumulaban. No me apresuraba, pues tenía una semana para hacer el viaje. Por la noche dormía en el gran coche para ahorrar los gastos de hotel, saliéndome del camino donde lo consideraba adecuado. Pronto estuve al pie de las Montañas Rocosas, disfrutando de mejor aire, tanto mejor a medida que el coche trepaba más y más alto. Durante todo un día permanecí demorándome en la cordillera montañosa y luego marché a Pasadena. Las más escrupulosas indagaciones fracasaron para descubrir si el maquinista tenía algunos parientes. Parecía haber sido un hombre arisco que prefería su propia compañía a la de cualquier otra persona.

Crucé el Yosemite National Park, el Crater Lake National Park, Portland y, por último, Seattle. Metí el coche en el garaje, donde fue cuidadosamente inspeccionado, engrasado y lavado. Luego hubo una llamada telefónica para el encargado de garaje.

—Vamos —me dijo—; quiere que se lo llevemos.

Conduje el «Lincoln», y el del garaje llevó otro coche, para tener así medio de transporte al regreso. Subimos por la espaciosa calzada interior de una gran casa y aparecieron tres hombres. El encargado del garaje se mostró muy deferente con el hombre de cara glacial que había comprado el «Lincoln». Los otros dos que estaban con él eran mecánicos de automóviles que procedieron a efectuar en el «Lincoln» un concienzudo reconocimiento.

—Ha sido conducido con mucho cuidado —dijo el mecánico principal—. Puede aceptarlo con entera y absoluta confianza.

El hombre de la cara glacial me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Venga a mi estudio —dijo—. Voy a darle un bono de cien dólares, sólo para usted, ya que lo ha traído con tanto cuidado.

—¡Hombre, hombre! —dijo luego el del garaje—. Ha sido muy generoso de parte de él. Sin duda ha tenido usted un éxito.

—Necesito algún trabajo que me lleve al Canadá —dije—. ¿No podría ayudarme?

—Bueno —replicó el garajista—, en realidad quiere ir a Vancouver y en esa dirección no tengo nada. Pero sí sé de uno que quiere un «De Soto» nuevo. Vive en Oroville, enteramente junto a la frontera. Él no hará un largo viaje así y estará muy contento de que alguien le entregue el coche. Es un hombre que paga bien. Le llamaré.

—¡Gee, Hank! —dijo el del garaje al otro por teléfono—. ¿Se ha decidido por fin? Diga si quiere el «De Soto». —Escuchó un rato, y luego—: Bueno, ¿no se lo había dicho? Tengo aquí a uno que va a ir a Oroville, camino del Canadá. Ha traído un «Lincoln» desde Nueva York. ¿Qué dice, Hank? —Hank farfulló largamente desde Oroville. Su voz me llegaba como un confuso rumor. El del garaje suspiró exasperado—. Bueno, qué hombre más obstinado es usted. Puede depositar el cheque

en el banco, me figuro. Le conozco desde hace más de veinte años y no tengo miedo de que se escabulla. —Escuchó un poco más—. Muy bien —dijo al fin—. Lo haré. Sí, lo añadiré a la factura.

Colgó el receptor y dio un suspiro tan prolongado como un silbido.

—Oiga —me dijo—: ¿entiende algo de mujeres?

¡Mujeres! ¿Por qué creerá que entiendo de mujeres? ¿Quién las entiende? Son un enigma hasta para sí mismas. El del garaje observó mi expresión de desconcierto y prosiguió:

—Hank hasta hoy había estado soltero, desde hace cuarenta años, que yo sepa. Pero ahora pide que le mande con usted algunos adornos femeninos. Vaya, vaya, el perro viejo se siente jugueteón. Le preguntaré a mi mujer qué mando.

A fines de la semana salí de Seattle en un «De Soto» completamente nuevo, con un cargamento de ropas femeninas. La mujer del garajista era evidente que había telefonado a Hank para averiguar qué era todo aquello. De Seattle a Wanatchee y de aquí a Oroville. Hank quedó satisfecho; de modo que no perdí mucho tiempo, sino que pasé en seguida al Canadá. Durante unos pocos días me quedé en Osoyoos. Con no escasa fortuna pude hacer mi viaje a través de Canadá, desde Trail, por Ottawa, Montreal y Quebec. No tiene objeto hablar de eso aquí, porque fue algo tan inusitado que podría ser el tema de otro libro.

Quebec es una hermosa ciudad, con el inconveniente de que en algunas partes de ella uno no es grato a no ser que hable francés. Mi conocimiento de esa lengua era el indispensable para salir del paso. Frecuenté los muelles y, por haber logrado obtener el carnet sindical de marino, me enrolé en un barco como marino de cubierta. No se trataba de un trabajo muy bien pagado, pero me permitió cruzar el Atlántico una vez más. El barco era un*tramp* sucio y viejo. El capitán y el segundo de a bordo hacía tiempo que habían perdido todo entusiasmo por el mar y por su barco. No se hacía mucha limpieza. No me capté simpatías porque ni jugaba ni hablaba de asuntos de mujeres. Pero era temido, porque los intentos del matón del barco para establecer su superioridad sobre mí dieron por resultado que hubo de pedirme perdón a gritos. Dos de su pandilla lo pasaron aún peor y fui llevado ante el capitán, quien me reconvino por dejar maltrechos a los miembros de la tripulación. ¡No se les pasó por la cabeza que me hubiera limitado a defenderme! Pero aparte de estos minúsculos incidentes, el viaje transcurrió sin novedad y pronto el barco fue avanzando poco a poco por el canal de la Mancha.

Estaba en cubierta y libre de servicio cuando pasamos por The Needles y entramos en Solent, esa franja de agua entre la isla de Wight y la costa inglesa. Poco a poco dejamos atrás Nertley Hospital, con su hermoso parque y los atareados ferries que van a Woolston, y entramos en la bahía de Southampton. Descendió el ancla con un chapoteo y la cadena corrió con estruendo por los escobenes. El barco se dejó

llevar por la corriente, el telégrafo del cuarto de máquinas dejó de sonar y las leves vibraciones de la maquinaria cesaron. Vinieron a bordo los funcionarios del puerto a examinar la documentación del barco y a asomarse a los camarotes de la tripulación. El oficial de Sanidad nos autorizó la entrada y lentamente el barco se dirigió hacia su fondeadero.

Como miembro de la tripulación permanecí a bordo hasta que el barco fue descargado; luego me pagaron, recogí mis escasas pertenencias y fui a tierra.

—¿Tiene algo que declarar? —me preguntó el funcionario de aduanas.

—Absolutamente nada —repliqué, abriendo mi maleta, como está mandado. Él buscó entre mis escasas propiedades y después de cerrar la maleta garabateó en ella un signo con tiza.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —preguntó.

—Voy a vivir aquí, señor —repliqué.

Miró mi pasaporte, el visado y el permiso de trabajo con gesto de aprobación.

—Muy bien —dijo, indicándome que podía cruzar la puerta.

Cuando iba andando me volví para echar un vistazo al barco que había dejado. Un golpe que me dejó atontado casi me derriba al suelo sin conocimiento. Otro funcionario de Aduanas que venía corriendo por la calle, porque se había retrasado para entrar de servicio, había chocado conmigo y ahora estaba sentado, medio aturdido en mitad de la calle. Arremetió contra mí furioso; así que cogí la maleta y me marché.

—¡Alto! —vociferó.

—Está en regla —dijo el funcionario que había revisado mi equipaje—. No lleva nada de pago y sus papeles están en orden.

—Voy a examinarlos yo —vociferó el funcionario de mayor categoría. Otros dos funcionarios se pusieron a mi lado, mostrando en sus rostros cierta preocupación. Uno intentó protestar, pero se le ordenó bruscamente que callara.

Fui llevado a un cuarto y pronto apareció en él el funcionario iracundo. Registró mi maleta, echando las cosas al suelo. Buscó en el tapizado y en el fondo de la maltrecha y vieja maleta. Contrariado al no encontrar nada, me pidió el pasaporte.

—¡Ah! —exclamó—. Tiene visado y permiso de trabajo. El funcionario de Nueva York no está autorizado para extender ninguno de los dos. Eso queda a discreción nuestra, aquí, en Inglaterra.

Estaba radiante por su triunfo y con gesto teatral hizo pedazos mi pasaporte y lo tiró a un recipiente para la basura. Pero llevado de un súbito impulso, recogió luego los trozos del pasaporte destrozado y se los metió en el bolsillo. Tocó el timbre y entraron dos funcionarios de la oficina de afuera.

—Este hombre no tiene documentos —dijo—. Tiene que ser deportado. Que lo conduzcan a la celda de detenidos.

—Pero, señor —dijo uno de los funcionarios—, acabo de verlos y estaban en regla.

—¿Está poniendo en duda mi capacidad? —rugió el superior—. ¡Haga lo que digo!

El otro, afligido, me cogió el brazo.

—Vamos —dijo.

Me escoltó hasta una celda desnuda.

—¡Caramba, muchacho! —dijo la joven lumbrera del Foreign Office, cuando entró en mi celda muchísimo después—. Todo esto es un lío terrible, ¿eh? —Se acarició el mentón, suave como el de un niño, y suspiró ruidosamente—. Ya se dará cuenta de que nuestra situación, querido muchacho, es verdaderamente desesperada. Usted tenía que haber tenido papeles, porque en caso contrario los funcionarios de Quebec no le hubieran dejado embarcar. Pero ahora no los tiene. Deben de habersele perdido a bordo. Así queda demostrado, muchacho. ¿No es eso? Quiero decir...

Le miré furioso y advertí:

—Mis papeles han sido rotos deliberadamente. Pido que se me ponga en libertad y que se me permita quedar en tierra.

—Sí, sí —replicó la joven lumbrera—. Pero ¿puede probarlo? Hay un leve soplo que me dice al oído lo que ha ocurrido exactamente. Pero tenemos que apoyar a nuestros funcionarios de uniforme; caso contrario, la prensa nos calentaría los oídos. Lealtad y espíritu de cuerpo y todas estas cosas.

—De modo —dije— que sabiendo la verdad, que mis papeles han sido destruidos, y aun hallándonos en este nuestro muy ponderado «País de la Libertad», ¿se echa usted sencillamente a un lado a presenciar una persecución semejante?

—Mi querido amigo, usted tenía simplemente el pasaporte de un residente en un Estado anexionado; no era miembro de la Commonwealth por derecho de nacimiento. Siento mucho que se halle enteramente fuera de la órbita. Ahora bien, amiguito, a menos que esté de acuerdo en que sus papeles... «se perdieron a bordo», tendremos que procesarle por entrar ilegalmente. Esto puede ponerle bonitamente a la sombra por más de dos años. Si se aviene a lo que queremos, será devuelto simplemente a Nueva York.

—¿A Nueva York? ¿Por qué a Nueva York? —pregunté.

—Si volviese a Quebec podría originarnos algunas dificultades. Podemos demostrar que vino de Nueva York. Así que depende de usted: o a Nueva York, o dos años como huésped involuntario de Su Majestad. —Luego añadió, como si se le hubiera ocurrido después—: Naturalmente, tras de haber cumplido la sentencia sería deportado y las autoridades le confiscarían con mucho gusto el dinero que tuviera. Nuestra sugerencia le permitirá conservarlo.

La joven lumbrera se puso en pie y se sacudió imaginarias motas de polvo de su

chaqueta inmaculada.

—Piénselo bien, querido muchacho, piénselo. Le ofrecemos un medio maravilloso de salir del paso.

Dicho esto, se fue y me dejó solo en la celda.

Me introdujeron una indigesta comida inglesa y traté de partir las tajadas con la navaja desafilada que he usado siempre. Acaso pensaron que desesperado podría suicidarme con ella. Pero nadie trataría de suicidarse con una navaja así.

El día fue transcurriendo. Un guardia amistoso me lanzó unos periódicos. Después de un vistazo, los eché a un lado, pues, por lo que pude ver, no trataban sino de sexo y de escándalos. Al llegar la oscuridad me trajeron un vasito de cacao con una rebanada de pan con mantequilla. La noche fue fría y su oscuridad me recordó las tumbas y los cadáveres en descomposición.

El guardia de la mañana me saludó con una sonrisa que amenazaba con hender su rostro pétreo.

—Saldrá mañana —dijo—. El capitán de un barco está dispuesto a llevarle si paga su pasaje trabajando. Será entregado a la policía de Nueva York cuando llegue.

A la hora más avanzada de la mañana vino un funcionario a hablarme oficialmente, y me dijo que tendría que hacer a bordo los trabajos más duros: palear carbón en las carboneras de un viejo barco de mercancías que no contaba con ninguna instalación para ahorrar esfuerzos. No tendría paga alguna y había que firmar el contrato diciendo que estaba conforme con esas condiciones. Por la tarde me llevaron custodiado a la agencia de embarque, y allí, en presencia del capitán, firmé el contrato.

Veinticuatro horas después, aún bajo guardia, me llevaron al barco y me encerraron en un pequeño camarote, advirtiéndome que debía permanecer allí hasta que el barco saliera de las aguas territoriales. Pronto, el traqueteo de una maquinaria vieja hizo revivir el barco con vida perezosa. Hubo fuertes pisadas sobre mi techo y por el balanceo de la cubierta comprendí que nos habíamos adentrado en una mar picada. Sólo cuando Portland Bill quedó muy a estribor y se perdió en la lejanía se me puso en libertad.

—Anda listo, amigo —dijo el fogonero, dándome una pala estropeada y un rastrillo—. Quita las escorias de esos agujeros, llévalas a cubierta y tíralas al agua. ¡Y vivo!

—¡Ah, mirad! —vociferó un hombre enorme, en el castillo de proa, poco después, cuando fui allí—. Tenemos a un vagabundo chino o japonés. Eh, tú —añadió golpeándome el rostro—, ¿te acuerdas de Pearl Harbour?

—Déjale, Butch —dijo otro—. Los guardias le seguían.

—¡Ja, ja! —rió Butch a carcajadas—. Déjame darle un puñetazo, sólo para que se acuerde de Pearl Harbour.

Se abalanzó hacia mí, moviendo los puños como émbolos y se fue poniendo más y más furioso al no alcanzarme ninguno de sus golpes.

—Sabes escabullirte, ¿eh? —refunfuñó, abalanzándose con el propósito de asirme del cuello, como para estrangularme.

El viejo Tzu y otros en el lejano Tíbet me habían preparado bien para estas cosas. Me dejé caer inerte y el impulso de Butch lo lanzó hacia adelante. Tropezó conmigo y se golpeó el rostro contra el borde de la cubierta del castillo de proa, rompiéndose la mandíbula y casi desgarrándose la oreja con un cacharro que rompió al caer. No tuve más disgustos con la tripulación.

Lentamente la silueta de Nueva York fue alzándose ante nosotros. Fondeamos, dejando una negra estela de humo en el cielo a causa de la mala calidad del carbón que usábamos. Un fogonero hindú, mirando con recelo por encima de su hombro, se acercó a mí y me dijo:

—Va a venir en seguida a buscarte la policía. Tú, hombre bueno, oí decir al jefe maquinista lo que el capitán le dijo. Ellos no quieren meterse en esto —me pasó una bolsa impermeable para tabaco—. Pon tu dinero aquí y deslízate por la borda antes de que te lleven a tierra.

Me informó confidencialmente y en voz baja de adónde se dirigía el bote de la policía y dónde podría esconderme, como lo hizo él en otro tiempo. Escuché con mucha atención, pues me dijo cómo podría escapar de la persecución de la policía, que vendría después de haber saltado yo la borda. Me dio nombres y direcciones de personas que me ayudarían y prometió estar en contacto con ellas cuando fuera a tierra.

—Me he visto en un trance como éste —dijo—. Se me ha perseguido por el color de mi piel.

—¡Eh, tú! —retumbó una voz desde el puente—. El capitán te llama. ¡Vivo!

Me apresuré a subir al puente y el primer oficial me señaló con el pulgar la dirección del cuarto de derrota. El capitán estaba sentado ante una mesa mirando unos papeles.

—Ah —dijo, cuando alzó la vista hacia mí—. Tengo que ponerle en manos de la policía. ¿Tiene algo que decir antes?

—Señor —repliqué—, mis papeles estaban en regla, pero un funcionario de la Aduana los rompió.

Mirándome, asintió con un gesto, miró de nuevo a los papeles y, al parecer, tomó una decisión.

—Conozco al funcionario a que se refiere. He tenido yo mismo disgustos con él. Pero las apariencias de legalidad deben quedar a salvo, por muchas contrariedades que eso pueda originar a otros. Sé que lo que cuenta es verdad, porque tengo un amigo en la Aduana que me ha confirmado lo que dice.

Volvió la vista a los papeles y los ojeó.

—Tengo aquí una demanda en que se le acusa de ser polizón.

—¡Pero, señor —exclamé—, la Embajada británica en Nueva York puede confirmar quién soy! Los agentes de embarque de Quebec pueden decirlo también.

—Amigo —dijo el capitán—, usted no conoce los métodos de Occidente. No se hará ninguna indagación. Se le llevará a tierra, se le meterá en una celda, será juzgado y condenado y lo mandarán a prisión. Luego se olvidarán de usted. Cuando se acerque la fecha de ponerle en libertad, se le comunicará y lo devolverán deportado a China.

—Eso sería mi muerte, señor.

Asintió con un gesto.

—Sí, pero se habrá seguido el procedimiento oficial correspondiente. Nosotros en este barco hemos pasado por una experiencia semejante cuando regresábamos en los tiempos de la prohibición. Fuimos detenidos por sospechas y fuertemente multados. Y sin embargo éramos inocentes.

Abrió un cajón que había ante él y tomó un pequeño objeto.

—Le diré a la policía que se ha cometido con usted una injusticia y le ayudaré cuanto pueda. Le van a esposar, pero no le registrarán hasta que llegue a tierra. Aquí tiene una llave que se adapta a las esposas de la policía. Yo no se la doy, pero la pongo aquí y me vuelvo de espaldas.

Colocó la llave reluciente ante mí, se levantó de la mesa y se volvió a mirar el mapa que había tras él. Tomé la llave y me la guardé en el bolsillo.

—Gracias, señor —dije—. Me siento mejor por la confianza que deposita en mí.

Vi a lo lejos que venía el bote de la policía hacia nosotros, alzando con la proa una cascada de espuma. Diestramente vino a nuestro costado, dio media vuelta y atracó. Se bajó la escalera de manos y dos policías subieron a bordo y se dirigieron al puente entre las miradas adustas de la tripulación. El capitán les saludó, les invitó a beber y les dio puros.

Luego sacó unos papeles de su mesa.

—Este hombre ha trabajado bien y en mi opinión ha sido acusado injustamente por un funcionario del Gobierno. Permítanle que llame a la Embajada británica para que pruebe su inocencia.

El policía de más graduación tenía aire cínico.

—Todos estos tipos son inocentes; las cárceles están llenas de inocentes que han sido culpados sin justicia, si se les escucha. Todo cuanto queremos es meterle bonitamente en una celda y luego quedar libres de nuestra obligación. ¡Vamos, tú! —me dijo.

Me volví para coger mi maleta.

—Eh, no necesita eso —dijo empujándome.

Como pensándolo mejor, me puso las esposas en las muñecas.

—Ah, no hace falta que se las ponga —gritó el capitán—. No puede huir a ninguna parte. ¿Cómo va a bajar al bote?

—Puede tirarse al agua y nosotros le pescaremos —replicó el policía, riendo groseramente.

Bajar la escalera no era fácil, pero logré hacerlo sin contratiempo, con manifiesta contrariedad de la policía. Una vez que estuve en el bote no volvieron a cuidarse de mí. Marchamos velozmente entre muchos barcos y nos acercamos con rapidez al muelle de la policía. «Ahora es el momento», pensé, y con un rápido salto me lancé por la borda, dejándome hundir. Con extrema dificultad deslicé la llave en la cerradura y la giré. Las esposas se abrieron y se fueron al fondo. Poco a poco, muy lentamente, salí a la superficie. El bote de la policía estaba muy lejos, pero me distinguieron y empezaron a disparar. Las balas levantaban salpicaduras en derredor mío mientras me hundía otra vez. Nadé con energía hasta que sentí que mis pulmones iban a estallar y salí de nuevo a flor de agua. La policía estaba muy lejos, buscando en el lugar en que «evidentemente» esperaban que fuera a tomar tierra. Pero subí por otro en que era menos esperado, y que no menciono por si acaso algún otro infortunado puede necesitar refugiarse allí.

Durante horas yací sobre unas vigas medio hundidas, temblando y dolorido, con las aguas espumosas arremolinándose en torno mío. Se oyó el crujido de unos estrobos y un salpicar de remos en el agua. Me deslicé de la viga y me sumergí, de modo que sólo asomaba las ventanas de la nariz. Aunque quedaba oculto por la viga, me hallaba preparado para luchar en el acto. El bote anduvo y anduvo merodeando por allí. Al fin, después de mucho tiempo, oí decir a una voz áspera:

—Para estas horas estará ya muerto. Ya recogeremos el cadáver más tarde. Vamos a tierra a tomar un poco de café.

El bote se deslizó lejos de mi alcance visual. Después de un largo intervalo subí mi cuerpo dolorido otra vez a la viga, temblando de forma casi incontenible.

El día tocó a su fin y cautelosamente me subí desde la viga a unas escaleras medio podridas. Con muchas precauciones ascendí por ellas y, como no veía a nadie, me lancé al abrigo de un cobertizo. Quitándome las ropas las estrujé para secarlas lo más posible. Al extremo del muelle apareció un hombre, el marino hindú. Cuando venía y se hallaba frente a mí dio un leve silbido, se detuvo y se sentó en un poste de ataque.

—Puedes salir andando con cuidado —dijo—. Los policías están todos en el otro extremo. Vas a dar que hablar a los muchachos, hombre. —Se puso en pie y se estiró, mirando en derredor—. Sígueme —dijo—, pero si te cogen no te conozco. Hay un caballero de color que está esperando con un camión. Cuando lleguemos allí trepas por detrás y te cubres con el encerado.

Eché a andar y dejándole alejarse bastante le seguí, deslizándome de la sombra de un edificio a la sombra de otro. El golpeteo del agua en las pilastras del muelle y el distante alarido de un coche de la policía eran los únicos rumores que perturbaban la tranquilidad. De pronto hubo un trepidar de motor de camión al ser puesto en marcha y unas luces traseras se encendieron enteramente delante de mí. Un negro gigantesco hizo una seña al hindú y me dedicó a mí, a continuación, un guiño amistoso cuando me dirigía hacia la trasera del camión. Penosamente trepé y corrí el viejo encerado sobre mí.

El camión avanzó y se detuvo. Los dos hombres saltaron y dijeron:

—Tenemos que cargarlo un poco ahora, ponte delante.

Me deslicé hacia la cabina del conductor y hubo un estruendo de cajas al ser cargadas.

El camión siguió, saltando sobre el camino accidentado.

Pronto se detuvo y una voz áspera gritó:

—¿Qué traéis allí, vosotros?

—Basura nada más, señor —dijo el negro.

Hubo unas fuertes pisadas que vinieron junto a mí. Algo escarbó en la basura que había en la trasera.

—Bien —dijo la voz—, en marcha.

Resonó una puerta metálica y el negro embragó y salimos rodando en medio de la noche. Al parecer anduvimos durante varias horas. Luego el camión giró bruscamente, frenó y quedó inmóvil. El encerado fue quitado y allí estaban el hindú y el negro sonriéndose desde lo alto. Me agité con el esfuerzo y busqué mi dinero.

—Voy a pagaros —dije.

—No tienes que pagar nada —repuso el negro.

—Butch me hubiera matado antes de que llegáramos a Nueva York —dijo el hindú—. Tú me salvaste entonces y yo te he salvado ahora; así luchamos contra la discriminación que pesa sobre nosotros. Vamos, entra.

«Las razas, los credos y los colores no tienen importancia —pensé—. Todos los hombres tienen sangre roja».

Me condujeron a una habitación caliente donde había dos mujeres de piel negra clara. Pronto estuve envuelto en mantas calientes, comiendo algo caliente. Luego me mostraron un sitio donde podía dormir y el sueño me arrastró.

Capítulo séptimo

Durante dos días y dos noches dormí, con el cuerpo exhausto fluctuando entre dos mundos. Mi vida había sido siempre dura, toda sufrimientos y enorme incomprensión. Pero ahora dormía.

El cuerpo había quedado tras de mí, en la Tierra. Mientras me remontaba, vi que una de las negras estaba contemplando con cara de gran compasión mi cascarón vacío. Luego se alejó y fue a sentarse junto a una ventana, mirando hacia la sucia calleja. Libre de los grilletes corporales, podía ver aún con más claridad los colores de lo astral. Aquellas gentes, las gentes de color que me estaban socorriendo, cuando las de raza blanca no hacían sino perseguirme, eran buenas. El sufrimiento y las asperezas habían refinado sus egos, y su actitud indolente era sólo una forma de encubrir sus sentimientos. Mi dinero, todo cuanto había ganado con fatigas, padecimientos y negación de mí mismo, estaba guardado bajo mi almohada, tan seguro entre estas gentes como en el Banco más poderoso.

Seguí remontándome más y más alto, dejando los confines del tiempo y del espacio, adentrándome de un plano astral a otro. Al fin llegué al País de la Luz Dorada, donde mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, estaba esperando mi llegada.

«Tus sufrimientos han sido verdaderamente grandes —dijo—, pero todo cuanto has sufrido fue con buenos fines. Hemos estudiado a las gentes terrenas y a las que profesan cultos extraños y erróneos, a las que te persiguen y que te perseguirán, porque son de escasa comprensión. Pero ahora hemos de tratar de tu futuro. Tu cuerpo presente ha llegado casi al extremo de tu provechosa vida y han de ponerse en práctica los planes que tenemos para este caso».

Caminaba a mi lado, a lo largo de la orilla de un hermoso río. Las aguas centelleaban y parecían vivas. En la otra margen había jardines tan hermosos que apenas podía dar crédito a mis sentidos. El aire mismo parecía estar vibrante de vida. A lo lejos, un grupo de personas ataviadas con túnicas tibetanas venía lentamente a nuestro encuentro. Mi Guía, sonriente, me dijo:

«Va a ser una importante reunión, porque en ella se va a planear el futuro tuyo. Vamos a ver cómo pueden estimularse las indagaciones sobre el aura humana, porque hemos observado que, cuando en la Tierra se habla del *aura*, muchas personas cambian de conversación».

El grupo se iba acercando y reconocí a aquellos a quienes había mirado con reverente temor. Pero ahora me sonrieron con benevolencia y me saludaron como a un igual.

«Vayamos hacia un paraje más cómodo —dijo uno de ellos—, para poder así tratar las cuestiones con más sosiego».

Avanzamos por el sendero en la dirección misma en que ellos habían venido,

hasta que, al volvernos para seguir una curva del camino, vimos ante nosotros un edificio de tan suprema belleza, que involuntariamente me detuve anhelante de gozo. Las paredes parecían ser del cristal más puro, con matices suavísimos y delicados y semitonos de color que cambiaban cuando uno los miraba. El sendero era blando bajo el pie, y no se necesitó mucho apremio por parte de mi Guía para persuadirme de que entrara.

Entramos y fue como si estuviéramos dentro de un gran templo, un templo sin oscuridades, limpio, con una atmósfera que le hacía a uno sentir sencillamente que eso era la Vida. Pasamos por el cuerpo principal del edificio, hasta que llegamos a lo que en la Tierra se hubiera denominado el aposento del Abad. Era de una sencillez acogedora, y tenía una sola pintura en el muro, que representaba la Mayor Realidad. Había plantas vivientes en las paredes y por las espaciosas ventanas se podía ver un soberbio y extenso parque.

Nos sentamos en unos cojines colocados en el suelo, a la manera del Tíbet. Me sentía a mis anchas, satisfecho hasta no poder más. El pensamiento de mi cuerpo, que había quedado atrás, en la Tierra, aún me perturbaba, porque en tanto que el «Cordón de Plata» estuviera intacto, yo tendría que regresar allí. El Abad —le llamaré así, aun cuando era alguien mucho más elevado— miró en torno y luego habló:

«Hemos seguido desde aquí todo cuanto te ha acontecido en la Tierra. Queremos ante todo recordarte que no estás sufriendo por los efectos del Karma, sino que, por el contrario, actúas como nuestro instrumento de estudio. Tendrás una recompensa por todo el mal que ahora sufres —y, sonriéndome, añadió—: Aun cuando esto no puede ser de gran ayuda para ti cuando te hallas sufriendo sobre la Tierra. No obstante —prosiguió—, hemos aprendido mucho, si bien hay aún ciertos aspectos a desvelar. Tu cuerpo actual ha sufrido demasiado y pronto te va a ser inservible. Hemos establecido un contacto con el País de Inglaterra. Se trata de una persona que desea dejar su cuerpo. La hemos traído al plano astral y hemos discutido la cuestión con ella. Está muy impaciente por dejarlo y hará cuanto le pidamos. Su vida no fue feliz y con gusto romperá su relación con sus parientes. Amigos no ha tenido ninguno. Está en armonía contigo. Por el momento no hablaremos más de ella, pero luego, antes de que tomes su cuerpo, verás un poco sólo de su vida. Tu tarea presente es hacer que tu cuerpo vuelva al Tíbet, para que allí sea conservado. Con tus esfuerzos y sacrificios has reunido dinero y necesitas sólo un poco más para pagar el viaje. Lo conseguirás a través de continuos esfuerzos. Pero basta de esto por ahora. Goza por un día de tu vista a estos lugares antes de volver a tu cuerpo».

Era ciertamente la felicidad el estar con mi guía, el Lama Mingyar Dondup, no como niño, sino como adulto, como alguien capaz de apreciar las facultades inusitadas y el carácter del gran hombre. Nos sentamos a solas en una musgosa ladera que dominaba una bahía de aguas azulísimas. Los árboles se mecían con la suave

brisa y el aire traía el aroma del cedro y del pino. Durante horas permanecimos allí, hablando y discutiendo el pasado. Mi historia es para él un libro abierto, ahora que él me habló de la suya. Así el día transcurrió y cuando el crepúsculo purpúreo descendió sobre nosotros, comprendí que era ya tiempo de volver a la Tierra turbulenta, con sus crueles moradores y sus lenguas mordaces; esas lenguas que causan los males terrenales.

—¡Hank! ¡Eh, Hank! ¡Se despierta!

Hubo el crujido de una silla al moverla y, cuando abrí los ojos vi al negro alto que me miraba. Ahora no sonreía; su rostro estaba rebosante de respeto, hasta de respetuoso temor. La mujer se santiguó e hizo una leve inclinación al mirar en la dirección donde me encontraba yo.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Hemos visto un milagro. Lo hemos visto todos. —La voz del negro alto fue acallada cuando hablaba.

—¿He causado algún contratiempo? —pregunté.

—No, Maestro, nos has traído sólo alegría —replicó la mujer.

—Quisiera haceros un obsequio —dije, buscando mi dinero.

El negro habló en voz baja:

—Somos gentes pobres, pero no tomaremos tu dinero. Ésta es tu casa hasta que estés en condiciones de partir. Sabemos lo que estás haciendo.

—Pero yo quisiera mostraros mi gratitud —repliqué—. Sin vosotros hubiera muerto.

—Y hubiera ido a la Suprema Gloria —dijo la mujer, añadiendo—: Maestro, tú puedes darnos algo más grande que el dinero. ¡Enseñanos a orar!

Durante unos momentos quedé callado, sorprendido de la demanda.

—Sí —repliqué—. Os enseñaré a orar como me enseñaron a mí.

Todas las religiones creen en el poder de la oración, pero hay pocas personas que comprendan el mecanismo del proceso; sólo unos pocos se dan cuenta de por qué las oraciones surten efecto para algunos y posiblemente no para otros. La mayoría de los occidentales creen que en Oriente se ora ante una imagen esculpida y que si no, no se ora. Ambas afirmaciones son erróneas, y voy a deciros ahora cómo se puede separar a la oración del dominio de la mística y de la superstición, utilizándola para ayudar a otros, porque la oración es una cosa verdaderamente real. Es una de las grandes fuerzas que hay sobre la Tierra cuando se utiliza como está destinada a utilizarse.

En la mayoría de las religiones existe la creencia de que cada persona tiene un Ángel de la Guarda o alguien que mira por él. Esto es también verdad; pero nuestro Ángel de la Guarda es uno mismo, el otro yo, ese otro yo que está en el otro lado de la vida. Pocas, poquísimas personas, pueden ver a este ángel, a su guardián, mientras están en la Tierra, pero ésas están en condiciones de describirlo con detalle.

Este Guardián (debemos llamarle de algún modo y por lo tanto llamémosle así) no tiene cuerpo material como el que tenemos nosotros en la Tierra. Al parecer es espiritual. En ocasiones un clarividente lo verá como una silueta centelleante y azul, de dimensiones mayores que el tamaño natural, conectado al cuerpo carnal, por lo que se le conoce como el Cordón de Plata; ese cordón que palpita con vida al transmitir los mensajes del uno al otro. Este Guardián, aun no teniendo cuerpo como el terreno, es capaz de realizar cosas que el cuerpo terrenal hace, con el aditamento de que también puede hacer muchísimas otras más que el cuerpo terreno no podría hacer. Por ejemplo, el Guardián puede ir a cualquier parte del mundo como un relámpago. Es el Guardián quien hace el viaje astral y quien vuelve al cuerpo a través del Cordón de Plata con aquello que es necesario.

Cuando se reza, uno ora por sí mismo a su otro yo, a su Yo Superior. Si nosotros sabemos orar adecuadamente, enviaremos esas oraciones a través del Cordón de Plata; pero la línea telefónica que usamos es un instrumento muy deficiente y hemos de repetirnos a nosotros mismos el mensaje con el fin de estar seguros de que es transmitido. Así, cuando recéis, hablad como si estuvierais haciéndolo a través de una línea telefónica de una longitud grandísima; hablad con absoluta claridad y pensad realmente en lo que estáis diciendo. La insuficiencia, debo añadir, estriba en estar nosotros aquí en este mundo; estriba en el cuerpo imperfecto que tenemos en este mundo; no es, pues, falta de nuestro Guardián. Rezad en un lenguaje sencillo, cerciorándoos de que vuestras peticiones son siempre positivas, nunca negativas.

Una vez que hayáis compuesto vuestra oración de modo que sea enteramente positiva y enteramente exenta de toda posibilidad de mala interpretación, repetidla acaso tres veces. He aquí un ejemplo: pongamos por caso que hay una persona que se halla enferma, que padece y que, deseando hacer algo en su favor, oráis por el alivio de sus sufrimientos. Debéis orar tres veces, diciendo exactamente lo mismo cada vez. Debéis imaginar aquella figura indefinida, inmaterial, yendo realmente a la casa de la otra persona, siguiendo el camino que vosotros mismos seguís, entrando en la casa y posando sus manos sobre el enfermo y realizando su curación. Volveré a este tema particular dentro de un momento, pero antes permitid que insista: hay que repetir esto tantas veces como sea necesario y, si creéis realmente, entonces habrá una mejoría.

Esto nos lleva a hablar de la curación completa. Pues bien, si a una persona le han amputado una pierna, por mucho que ore no se le devolverá la pierna. Pero si se trata de un cáncer o de cualquier otra enfermedad grave, entonces esta enfermedad puede ser detenida. Por supuesto, cuanto más leve sea el padecimiento, más fácil será efectuar la curación.

Se puede tener cierta incapacidad, se puede estar enfermo o se puede carecer del poder esotérico deseado. Esto es posible curarlo o superarlo, si uno lo cree así y si realmente lo desea. Supongamos que se tiene un gran deseo, un ardiente deseo de

ayudar a otros, que se desea hacer curaciones. Entonces orad en el retiro de vuestra habitación particular, acaso de vuestro dormitorio. Se debe descansar en la postura más relajada que pueda hallarse, con preferencia teniendo los pies juntos y las manos juntas, no en la actitud habitual del rezo, sino con los dedos entrelazados. De este modo se mantiene y se amplifica el círculo magnético del cuerpo, el aura se torna más poderosa y el Cordón de Plata está en condiciones de transmitir mensajes con más exactitud. Luego, una vez conseguida la posición adecuada y la adecuada disposición de ánimo, se debe orar.

Podéis rezar, por ejemplo: «Concédeme poderes sanadores, de modo que pueda curar a otros. Concédeme poderes sanadores, de modo que pueda curar a otros. Concédeme poderes sanadores, de modo que pueda curar a otros». Luego, durante unos momentos, mientras permanecéis en vuestra relajada postura, imaginaos a vosotros mismos encerrados en la forma fantasmal de vuestro propio cuerpo.

Como se os ha dicho antes, debéis imaginar el camino que tomaréis para ir a la casa de la persona enferma, y hacer luego que el cuerpo, en vuestra imaginación, viaje hasta la casa de esa persona que deseáis curar. Pintaos a vosotros mismos cómo vuestro Yo Superior llega a la casa y a la presencia de la persona que deseáis sanar. Imaginaos a vosotros mismos tendiendo los brazos, vuestras manos y tocando con ellas a esa persona. Representaos un raudal de energía vivificadora que pasa por vuestro brazo, por vuestros dedos y que penetra en la otra persona como una luz azulada, vívida. Imaginaos que esa persona se va curando poco a poco. Con fe, con un poco de práctica, puede hacerse y se hace diariamente en el Extremo Oriente.

Es conveniente posar imaginariamente una mano en la nuca de una persona y la otra sobre, o por encima, de la parte dolorida. Se deberá rezar por uno mismo, en grupos de tres oraciones, una serie de veces cada día, hasta obtener el resultado que se desea. Si se tiene fe, se conseguirá. Pero he de hacer una importantísima advertencia. Por estos medios no podréis acrecentar vuestra fortuna. Hay una ley oculta muy antigua que le impide a uno aprovecharse de las oraciones para el provecho personal. No puede hacerse nada para uno mismo, a no ser que sea para ayudar a otros y a menos que sinceramente crea que eso puede ayudar a otros. He conocido un caso real, de uno que tenía una renta moderada y que estando en una posición bastante buena, pensó que si ganaba el *Sweepstake* irlandés podría ayudar a otros, que sería un gran benefactor de la Humanidad.

Sabiendo un poco, pero no lo suficiente de cuestiones esotéricas, hizo grandes planes acerca de lo que realizaría. Comenzó con un programa de oraciones cuidadosamente preparado. Oró durante dos meses, según las indicaciones expuestas en este capítulo; pidió que acertara apostando por el caballo ganador del *Sweepstake*. Oró en grupos de tres oraciones diarias durante dos meses; nueve oraciones en conjunto cada día. Como lo había previsto con toda certeza, ganó el *Sweepstake*

irlandés y fue este premio uno de los más grandes de todos.

Por fin tuvo el dinero y se le subió a la cabeza. Olvidó todo lo referente a las buenas intenciones y a sus promesas. Se olvidó de todo menos de que poseía esa enorme suma de dinero y que ahora podría hacer exactamente lo que quisiera. Dedicó el dinero a su propio regalo. Durante unos pocos meses se divirtió extraordinariamente y en ese tiempo se fue haciendo más y más duro, hasta que la ley inexorable se cumplió y, en lugar de conservar el dinero para ayudar a otros, perdió todo cuanto había ganado y también todo lo que antes tenía. Al fin murió y fue enterrado en la fosa común.

Os aseguro que si se utiliza el poder de la oración debidamente, sin pensar en el lucro personal, sin pensar en el propio engrandecimiento, entonces se habrá hecho brotar una de las fuerzas más grandes de la Tierra, una fuerza tan grande que bastaría con que sólo unas cuantas gentes sinceras se juntaran a orar pidiendo la paz para que hubiera paz, y para que las guerras y los pensamientos bélicos no existieran ya.

Durante el espacio de tiempo que siguió a esto hubo un silencio, en tanto que asimilaban lo que yo les había dicho. Luego la mujer dijo:

—Me gustaría que se pudiera quedar aquí algún tiempo y que nos enseñara. Hemos visto un milagro, pero Alguien vino a decirnos que no habláramos de eso.

Descansé unas pocas horas, luego me vestí y escribí una carta a mis amigos funcionarios de Shanghai, diciéndoles lo que había ocurrido con mis papeles. Por correo aéreo me enviaron un nuevo pasaporte, lo que ciertamente hacía que mi situación fuera más cómoda.

También me llegó por correo aéreo la carta de una mujer muy rica.

«Desde hace tiempo —escribía— he estado tratando de encontrar su dirección. Mi hija, a la que usted salvó estando en poder de los japoneses, se halla ahora conmigo y ha recobrado por completo la salud. La salvó de ser violentada o de una suerte aún peor y quiero pagar, al menos en parte, nuestra deuda con usted. Dígame qué puedo hacer en favor suyo».

Le escribí diciéndole que deseaba regresar al Tíbet para morir.

«Tengo dinero bastante para adquirir el billete hasta un puerto de la India —le expliqué—, pero no el suficiente para atravesar ese país. Si verdaderamente desea ayudarme, págume un billete desde Bombay a Kalimpong, en India».

Lo tomé como una broma, pero dos semanas después recibí una carta con un pasaje de primera clase y con billetes de primera clase hasta Kalimpong. Le escribí inmediatamente expresándole mi agradecimiento y diciéndole que me proponía dar el otro dinero que tenía a la familia negra que se había portado tan amistosamente conmigo.

La familia negra sintió que fuera a marcharme, pero se alegró de que, por primera vez en mi vida, fuera a viajar cómodamente. Fue tan difícil hacer que aceptaran mi

dinero que, al fin, lo compartimos.

—Quiero saber una cosa —dijo la amable mujer del negro—. Usted sabía que ese dinero iba a venir, pues era para un fin bueno. ¿Mandó para conseguirlo lo que usted llama una «forma mental»?

—No —repliqué—. Eso debe haberse realizado por una fuente de energía muy alejada de este mundo.

La mujer parecía intrigada.

—Dijo que nos hablaría acerca de las formas mentales antes de partir. ¿Tiene tiempo para hacerlo?

—Sí —repliqué—. Sentaos y os contaré una historia.

Ella se sentó con las manos cruzadas. Su marido apagó la luz y se sentó también en una silla, y yo empecé a hablar.

«Por las ardientes arenas, entre los edificios de piedra gris, con el sol fulgurante sobre sus cabezas, el pequeño grupo de hombres iba vagando por las calles estrechas. Después de unos minutos se detuvieron ante una puerta de apariencia mísera; llamaron y entraron. Se pronunciaron unas cuantas frases en voz baja y luego se puso en manos de los hombres antorchas que chisporroteaban y esparcían en derredor gotas de resina. Lentamente marcharon por los corredores, descendiendo más y más en las arenas de Egipto. El aire que se respiraba era sofocante, malsano. Se metía por las narices, causando náuseas por la manera en que se adhería a la mucosa.

»Apenas si había un destello de luz, salvo la que venía de los hombres de las antorchas, que marchaban a la cabeza de la pequeña comitiva. Cuando se adentraron más en la cámara subterránea, el olor se hizo más fuerte. Olor a incienso y mirra, así como a extrañas hierbas exóticas de Oriente. También había olor a muerte y descomposición y a vegetación putrefacta.

»En la pared más distante había una colección de urnas de Canopus, que contenían los corazones y las entrañas de las personas que eran embalsamadas. Estaban cuidadosamente rotuladas, detallando exactamente el contenido y la fecha en que se cerraron. Ante ellas el cortejo pasó sin un estremecimiento apenas, siguiendo a los baños de salitre, en los cuales los cadáveres eran sumergidos durante diecinueve días. Aun entonces había cadáveres flotando en esos baños y con demasiada frecuencia algún ayudante venía a empujar al fondo los cuerpos con un largo palo y a darles vuelta. Dedicando sólo una leve mirada a estos cuerpos flotantes, la comitiva entró en la cámara más interna. Allí, descansando sobre planchas de maderas olorosas, estaba el cadáver del faraón muerto, liado estrechamente con vendajes de lino, bien espolvoreado de hierbas aromáticas y ungido con ungüentos.

»Penetraron los hombres y cuatro porteadores tomaron el cadáver, le dieron la vuelta y lo pusieron en una caja de madera ligera que había estado apoyada contra la pared. Luego, alzándola a la altura de sus hombros, salieron del aposento subterráneo,

siguiendo a los portadores de antorchas, cruzaron por los baños de salitre y salieron de los aposentos de los embalsamadores egipcios. Cerca de la superficie, el cadáver fue llevado a otra habitación en la cual se filtraba una tenue luz diurna. Allí se le sacó de la tosca caja de madera y se le colocó en otra que tenía la forma exacta del cuerpo. Le colocaron las manos cruzadas sobre el pecho y se las sujetaron fuertemente con vendajes. En ellas se le puso un papiro donde se relataba la historia del muerto.

»Días después vinieron allí los sacerdotes de Osiris, de Isis y de Horus. Allí entonaron sus oraciones preliminares para conducir el alma del muerto por el Mundo Subterráneo. Allí también los hechiceros y magos del viejo Egipto prepararon sus Formas Mentales. Formas Mentales que debían guardar el cadáver del difunto e impedir que los profanadores pudieran penetrar en la tumba y perturbaran la paz del muerto.

»Por todo Egipto se proclamaron las penalidades en que incurrirían quienes violaran la tumba. Se sentenciaba en primer lugar que al violador se le arrancaría la lengua y luego se le seccionarían las manos por las muñecas. Pocos días después se le sacarían los intestinos y se le enterraría hasta el cuello en la arena ardiente, donde viviría las pocas horas que le quedaran de vida.

»La tumba de Tutankhamen se ha hecho famosa por la maldición que cayó sobre quienes la violaron. Todos cuantos penetraron en esa tumba murieron o padecieron enfermedades misteriosas e incurables.

»Los sacerdotes de Egipto poseían una ciencia que se ha perdido para el mundo actual: la ciencia de crear Formas Mentales para que realizaran tareas que estaban más allá de la capacidad del cuerpo humano. Pero esa ciencia no tiene por qué perderse, ya que cualquiera con un poco de práctica y de perseverancia puede crear formas mentales que obren para el bien o para el mal.

»¿Quién fue el poeta que escribió: “Soy el capitán de mi alma”? Este hombre expresó una gran verdad, acaso mayor de lo que él creía, pues el Hombre es ciertamente el capitán de su alma. Los occidentales han estudiado las cosas materiales, mecánicas, todo aquello que se refiere a la vida mundanal. Han tratado de explorar el Espacio, pero no han explorado el misterio más profundo de todos: la subconsciencia del Hombre. Porque el Hombre es, en un noventa por ciento, inconsciente, lo que quiere decir que el Hombre sólo es consciente en un diez por ciento. Sólo una décima parte de sus potencialidades están sujetas a sus mandatos volitivos. Si el hombre puede ser consciente en un quince por ciento, ese hombre es un genio; pero los genios de la Tierra son genios en una sola dirección. Con frecuencia resultan muy deficientes en otras.

»Se pueden crear Formas Mentales que hagan el bien, pero ha de estar uno cierto que son para el bien, porque una Forma Mental no distingue entre el bien y el mal. Hará una u otra cosa; mas las Formas Mentales malas, al fin, descargarán su

venganza sobre su creador.

»La historia de Aladino es realmente la historia de una Forma Mental que él conjuró. Está basada en una de las viejas leyendas chinas, leyendas que son literalmente ciertas.

»La imaginación es la fuerza más grande de la Tierra. Pero desgraciadamente la imaginación tiene mala fama. Cuando se emplea la palabra “imaginación” se piensa maquinalmente en alguien fracasado que se entrega a inclinaciones neuróticas y sin embargo nada puede estar más lejos de la verdad.

»Todos los grandes artistas, y todos los grandes pintores, así como los grandes escritores también, tienen que poseer una imaginación brillante y controlada; de otro modo no verían las hermosas cosas que tratan de crear.

»Si en nuestra vida cotidiana podemos poner bridas a la imaginación, entonces lograremos lo que ahora se mira como milagros. Podemos, por ejemplo, tener a un ser querido que padece de cierta enfermedad, de una enfermedad que la ciencia médica no cura todavía. Esa persona puede sanar si se crea una Forma Mental que se ponga en contacto con el Yo Superior del enfermo y que ayude a ese Yo Superior a materializarse para crear nuevas partes. Así, una persona que está bajo la influencia de un estado diabético puede, debidamente ayudada, recrear las partes dañadas del páncreas que originan esa enfermedad.

»¿Cómo podemos crear una Forma Mental? Bueno, es cosa fácil. Ahora nos ocuparemos de eso. Ante todo debe uno determinar qué es lo que quiere realizar y estar seguro de que es para el bien. Luego hay que hacer entrar en función a la imaginación; debemos ver los resultados que queremos conseguir. Suponiendo que hay una persona enferma, con un órgano atacado por la enfermedad. Si vamos a hacer una Forma Mental que le sea de provecho, debemos tener la visión de la persona en pie ante nosotros. Hemos de tratar también de tener la visión del órgano afectado. Viendo ante nosotros la imagen del órgano afectado podremos tener también la visión de él de cómo se va curando gradualmente y podemos comunicar una confirmación positiva. Así, pues, creamos estas Formas Mentales viendo mentalmente a la persona e imaginando que la Forma Mental está a su cabecera y que con poderes sobrenaturales llega hasta los adentros de la persona enferma, haciendo con su contacto salutífero que la dolencia desaparezca.

»En todas las ocasiones hemos de hablar a las Formas Mentales que hemos creado con voz firme y positiva. No debe haber en ningún momento ninguna sospecha de negatividad o de incertidumbre. Hemos de hablarles en el lenguaje más sencillo y de la forma más directa posible. Debemos hablar a esa forma como hablaríamos a un niño mentalmente retrasado, porque esas Formas Mentales no poseen la razón y sólo pueden aceptar una orden directa o una afirmación simple.

»Puede haber una úlcera en algún órgano y debemos decir a esa Forma Mental:

“Ahora sanarás de tal órgano a fulano de tal. Que los tejidos se suelden”. Debéis repetir esto varias veces al día y si veis con la imaginación vuestra Forma Mental yendo a hacer realmente esa tarea, entonces la realizaría sin duda. Lo hizo así con los egipcios y puede hacerlo con las gentes de hoy en día.

»Hay muchos ejemplos autorizados de tumbas por las que rondan figuras espectrales. Esto es debido a que las personas muertas u otras han pensado con tanta fuerza que han creado realmente una figura de ectoplasma. Los egipcios de los tiempos de los Faraones sepultaban los cuerpos embalsamados de éstos, pero adoptaban medidas extremas para que las Formas Mentales estuvieran vivas después de miles de años. Mataban a los esclavos, lenta, penosamente, diciéndoles que obtendrían alivio a sus sufrimientos en el otro mundo si al morir aportaban la sustancia necesaria con que crear una Forma Mental sustancial. En los archivos arqueológicos hay constancia de encantamientos y maldiciones en tumbas, y todo eso es sólo una consecuencia enteramente natural, y que obedece a leyes enteramente normales.

»Las Formas Mentales pueden ser creadas por cualquiera que tenga sólo un poco de práctica, pero primeramente se debe uno siempre concentrar para el bien en sus Formas Mentales, porque si se trata de crear una forma maligna, entonces, sin duda, esa Forma Mental se volverá contra uno y le originará los daños más graves, acaso en lo físico o en lo mental o en el estado astral».

Los días que siguieron fueron de frenesí: obtención de los visados de tránsito, preparativos finales que habían de hacerse, cosas que habían de empaquetarse y que devolver a los amigos de Shanghai. Mi cristal fue cuidadosamente embalado y vuelto allí para mi uso en el futuro, así como mis papeles chinos, los papeles que, dicho sea de paso, han visto ahora gran número de personas responsables.

Mis posesiones personales, que reduje a lo más mínimo, consistían en un traje de paño y las mudas necesarias. Ahora, no confiando en los funcionarios fronterizos, hice hacer copias fotográficas de todo: del pasaporte, de los billetes, del certificado médico.

—¿Vais a venir a despedirme? —pregunté a mis amigos negros.

—No —respondieron—. No se nos permitiría acercarnos, por el obstáculo del color.

Cuando llegó el último día fui en autobús a los muelles. Llevando mi pequeña maleta presenté el billete y tuve que enfrentarme con la demanda de dónde estaba el resto de mi equipaje.

—Esto es todo —repliqué—. No llevo nada más.

El funcionario se mostró evidentemente extrañado... y suspicaz.

—Espere un momento —murmuró, y fue presuroso a la oficina de dentro.

Varios minutos después salió acompañado de un funcionario de más categoría.

—¿Es éste todo su equipaje, señor?

—Sí —repliqué.

Frunció el ceño, miró mis billetes, comprobó los datos en los registros y luego se fue con mis billetes y el libro. Diez minutos después volvió con aire muy conturbado. Entregándome mis billetes y algunos otros papeles dijo:

—¡Es muy anormal ir hasta la India y no llevar equipaje!

Moviendo la cabeza, se alejó.

El funcionario anterior, al parecer, había decidido lavarse las manos respecto a todo aquello, porque me dio la espalda y no me respondió cuando le pregunté el lugar del barco que me correspondía. Por fin miré los nuevos papeles que tenía en la mano y vi que uno de ellos era una tarjeta de alojamiento a bordo, donde se daban todos los pormenores precisos.

Estaba a larga distancia del costado del barco y cuando llegué a él vi policías que andaban en apariencia distraídamente por allí, pero que observaban cuidadosamente a los pasajeros. Me adelanté, mostré mi billete y subí por la plancha. Un par de horas después vinieron dos hombres a mi camarote y me preguntaron por qué no llevaba equipaje.

—Pero, querido señor, creía que era éste el país de la libertad —le dije—. ¿Por qué he de ir cargado de equipaje? Lo que yo lleve es asunto mío, sin duda.

Estuvieron refunfuñando y murmurando, mientras manejaban con los papeles. Uno dijo:

—Bueno, tenemos que asegurarnos de que todo está en orden. El empleado creía que trataba de escapar de la justicia al no llevar equipaje alguno. Intentábamos sólo ponerlo en claro.

Señalé hacia mi maleta.

—Esto es todo cuanto necesito; con esto llegaré a la India y allí podré tomar otro equipaje.

Me miró con expresión de alivio.

—Ah, así, pues, ¿tiene otro equipaje en la India? Eso está muy bien.

Sonreí para mis adentros mientras pensaba: «Las únicas veces que he tenido dificultades para entrar o salir de un país fue cuando lo hice legalmente, cuando tenía todos los papeles que la burocracia exige».

La vida a bordo de un barco es monótona. Los otros pasajeros tenían mucha conciencia de clase y la historia «del que había traído sólo una maleta», al parecer, me puso al margen de la sociedad humana. Por no someterme a las normas del esnobismo me encontré tan solo como si estuviera en la celda de una prisión, pero con la gran diferencia de que podía ir de aquí para allá. Era divertido ver a los otros pasajeros que llamaban al camarero para que pusiera sus sillas un poco más allá de donde yo estaba.

Navegamos desde el puerto de Nueva York hasta el estrecho de Gibraltar, cruzamos el Mediterráneo, tocamos en Alejandría y luego fuimos a Port Said, navegando por el canal de Suez hasta entrar en el mar Rojo. El calor me hacía sufrir mucho —el mar Rojo casi humeaba—; pero al fin llegamos al término del viaje y, atravesando el mar de Arabia, atracamos finalmente en Bombay. Tengo unos pocos amigos en esta ciudad, sacerdotes budistas y otros. Pasé una semana en su compañía, antes de proseguir mi viaje a través de la India hasta Kalimpong. Esta población estaba llena de espías comunistas y de reporteros de prensa. A los recién llegados les hacían la vida imposible debido a las preguntas incesantes y sin sentido; preguntas a las que nunca contesté, limitándome a seguir haciendo lo que hacía. Esta propensión de los occidentales a inmiscuirse en los asuntos de los otros era una verdadera contrariedad para mí y realmente no la comprendo.

Me alegré de salir de Kalimpong y adentrarme en mi país, el Tíbet. Me esperaba y salió a mi encuentro un grupo de altos lamas, disfrazados de monjes mendicantes y de mercaderes. Mi salud había empeorado bruscamente y necesitaba frecuentes descansos y reposo. Al fin, unas diez semanas después, llegamos a una recoleta lamasería a gran altura en el Himalaya, desde la que se dominaba el valle de Lhasa; una lamasería tan pequeña y tan inaccesible que los comunistas chinos no se preocuparon de ella.

Durante unos días descansé, tratando de ganar un poco de mi fuerza, de reposar y de meditar. Estaba ahora en mi «casa» y era feliz por primera vez desde hacía años. Los engaños y traiciones de los occidentales me parecían sólo una pesadilla. Diariamente, en pequeños grupos, venían a hablarme de los acontecimientos del Tíbet y a escucharme cuando les hablaba del extraño y áspero mundo de más allá de nuestras fronteras.

Asistí a todos los servicios, encontrando alivio y solaz en los ritos familiares. Sin embargo, yo era un hombre aparte, uno que estaba a punto de morir para vivir de nuevo. Un hombre que iba a emprender una de las más extrañas experiencias que le caben en suerte a una criatura. Sin embargo, ¿era tan extraño? Muchos de nuestros Adeptos superiores lo hacen de vida en vida. El Dalai Lama mismo lo hizo, una y otra vez, ocupando el cuerpo de un recién nacido. Pero la diferencia consistía en que yo iba a ocupar el cuerpo de un adulto, a amoldar su cuerpo al mío, cambiando molécula por molécula del cuerpo completo, no sólo el ego.

Miré desde mis ventanas sin cristales a la ciudad de Lhasa, tan distante allá abajo. Era duro admitir que los odiados comunistas se habían apoderado de ella. Hasta ahora estaban tratando de atraerse a los jóvenes tibetanos mediante asombrosas promesas. Le llamábamos a esto «la miel sobre el cuchillo»; cuanto antes se lame la miel, tanto más pronto la afilada hoja queda al descubierto. Las tropas chinas montaban la guardia en el Pargo Kaling, tropas chinas montaban también la guardia a la entrada de

nuestros templos; como piquetes de huelga en el mundo occidental se mofaban de nuestra vieja religión. Los monjes habían sido insultados y hasta maltratados y se estimulaba a los campesinos y pastores ignorantes a que hicieran lo mismo.

Aquí estábamos a salvo de los comunistas, en este casi inescalable precipicio. En torno nuestro toda aquella zona estaba llena de cuevas y sólo existía un sendero entre precipicios que llegaba serpenteando hasta el mismo borde del monte a pico, donde el que resbalara caería de una altura de más de seiscientos metros. Aquí, cuando se aventuraba uno a salir al aire libre, se usaban unas ropas grises que se confundían con la superficie de la roca y que nos ocultaban de las posibles miradas de los chinos que usaran prismáticos.

Allá muy lejos podía ver a especialistas chinos con teodolitos y postes de medición. Trepaban por allí como hormigas, colocando estaquillas en el terreno y haciendo anotaciones en sus libros. Pasó un monje ante un soldado y éste le pinchó con la bayoneta en una pierna. A través de prismáticos de veinte aumentos —mi único lujo— que había traído podía ver cómo la sangre manaba, así como la sonrisa sádica en el rostro del chino. Esos gemelos eran buenos, pues descubrían el altivo Potala y mi Chakpori. Pero algo me andaba por el trasfondo de la mente, algo que allí faltaba. Enfoqué los prismáticos y miré de nuevo. Sobre las aguas del lago del Templo de la Serpiente nada se movía. En las calles de Lhasa no había perros rebuscando desperdicios en los montones de basura. Ni gallinas silvestres ni perros.

Me volví hacia el monje que estaba a mi lado.

—Los comunistas los van matando a todos para comérselos. Los perros no trabajaban y por consiguiente no debían comer, decían los comunistas, pero en cambio podían prestar un servicio al proporcionar alimento. Ahora es delito tener perros, gatos u otro animal doméstico de cualquier género por capricho.

Miré horrorizado al monje. ¿Era eso un delito? Instintivamente volví a mirar hacia Chakpori.

—¿Qué ocurrió con nuestros gatos de allí? —pregunté.

—Los mataron y se los comieron —fue la respuesta.

Suspiré y pensé: «Ah, si pudiera decirse a la gente la verdad acerca del comunismo, de cómo tratan en realidad a la gente... Si los occidentales no fueran tan remilgados...».

Pensé en la comunidad de monjas de la que había sabido tan recientemente noticias por un alto lama que encontró a la única superviviente de ella y que escuchó el relato de boca de ésta antes de que muriera en sus brazos. Le dijo que la comunidad a la que pertenecía fue invadida por una partida colérica de soldados chinos. Habían profanado los objetos sagrados y robado todo lo que era de valor. A la anciana Superiora la habían desnudado y frotado con manteca. Luego le prendieron fuego, y rieron y vociferaron de gozo al oír sus gritos. Al fin su pobre cadáver

ennegrecido yació sobre el suelo y un soldado le introdujo la bayoneta a todo lo largo del cuerpo, para estar seguro de que había muerto.

Las monjas ancianas fueron desnudadas también y las atravesaron con hierros candentes, de modo que murieron en el tormento. Las monjas jóvenes fueron violadas unas delante de las otras, cada una de ellas cosa de veinte o treinta veces en los tres días que permanecieron allí los soldados. Luego, éstos se cansaron de la «diversión» o quedaron exhaustos, porque se volvieron contra las mujeres con un último arrebató de brutalidad. Unas fueron cortadas en pedazos y otras abiertas en canal. Mientras que algunas, aún desnudas, fueron echadas fuera, a sufrir el frío más cruel.

Un pequeño grupo de monjes que iba de viaje a Lhasa se las había encontrado y había tratado de ayudarlas, dando a las mujeres sus propias ropas y tratando de conservar los leves destellos de su vida parpadeante. Pero soldados comunistas chinos, también camino de Lhasa, se encontraron con ellos y trataron a los monjes con tan brutal salvajismo que no puede ponerse en letras de imprenta. Los monjes mutilados, sin esperanza de salvación, fueron puestos en libertad desnudos, sangrando, hasta que murieron por la hemorragia. Sólo había sobrevivido una mujer; cayó en una zanja y quedó oculta por las banderas de oración que los chinos habían arrancado de sus postes. Al fin, el lama y su acólito auxiliar habían llegado al lugar de la espantosa escena y ambos habían escuchado todo el relato de labios de la monja moribunda.

«Ah, digamos al mundo occidental los horrores del comunismo», pensé. Pero, como yo aprendí tardíamente a mi propia costa, en Occidente no se puede ni escribir ni decir la verdad. Todos los horrores han de ser suavizados y todo ha de tener una pátina de «decencia». ¿Son los comunistas «decentes» cuando violan, mutilan y matan? Si las gentes de Occidente pudieran escuchar los *verdaderos* relatos de esos que han sufrido, se ahorrarían ellos ciertamente esos horrores, porque el comunismo es insidioso como el cáncer y mientras la gente se halle dispuesta a creer que esos cultos espantosos son meramente diferencias *políticas*, existirá un peligro para los occidentales. Como alguien que ha sufrido quisiera decir: muéstrese a la gente por la imprenta y por la imagen (pese a todo lo horrible que sea) lo que está ocurriendo tras el Telón de Acero.

Mientras estaba cavilando sobre estas cosas, y escrutando a ratos el paisaje que tenía delante, entró en el aposento un anciano encorvado que caminaba con un bastón. Su rostro estaba arrugado por el sufrimiento y los huesos se destacaban ostensiblemente, cubiertos sólo por la piel, apergaminada y mustia. Me di cuenta de que era ciego y me levanté a tomarle del brazo. Las cuencas de sus ojos relucían como orificios rojos y coléricos y sus movimientos eran inseguros, como lo son los de aquellos que han cegado recientemente. Le senté a mi lado y cortésmente retuve su mano, pensando en que aquí, en este país invadido, no teníamos ahora nada con qué

aliviar los dolores de sus cuencas vacías e inflamadas.

Sonrió pacientemente y dijo:

—Hermano, estarás extrañado al ver mis ojos. Iba por el Camino Sagrado y estaba haciendo mis postraciones ante el Santuario. Cuando me puse en pie y miré hacia el palacio de Potala, tuve la desgracia de que en la dirección de mi mirada se hallase un oficial chino. Me acusó de estarle mirando con altivez, con aire ofensivo, y fui atado con una cuerda a la trasera de su coche y arrastrado por el suelo hasta la plaza. Allí me rodearon los espectadores y delante de ellos me sacaron los ojos y me los arrojaron al rostro. Mi cuerpo, como podrás ver sin duda, tiene muchas heridas mal curadas. Otros me trajeron aquí y ahora estoy contento de poder saludarte.

Quedé boquiabierto de horror, cuando se abrió las ropas, pues su cuerpo era una masa en carne viva, por haber sido arrastrada por la carretera. Conocía bien a aquel hombre. Bajo su dirección siendo él acólito, había estudiado las cosas del espíritu. Lo había tratado también siendo él lama, pues fue uno de mis patrocinadores, uno de los lamas que estuvo presente cuando viajé por las profundidades de Potala, para someterme a la Ceremonia de la Muerte Pequeña. Ahora estaba sentado a mi lado y comprendí que su muerte no estaba lejana.

—Has viajado lejos y has visto y sufrido mucho —dijo—. Ahora mi última tarea en esta encarnación es ayudarte a tener un vislumbre, por medio de los Archivos Akáshicos, de la vida de cierto inglés que está muy impaciente por dejar el cuerpo que tú has de tomar. Vas a tener vislumbres sólo, porque eso exige muchas energías y ambos estamos escasos de fuerzas —se detuvo, luego, con una leve sonrisa, continuó—: El esfuerzo va a acabar con mi vida presente, pero me alegro de tener ocasión de adquirir méritos mediante esta última tarea. Gracias, hermano, por haberla hecho posible. Cuando vuelvas del viaje astral, me hallarás muerto a tu lado.

¡El Archivo Akáshico! Qué fuente de conocimientos más maravillosa era. Qué tragedia es que no se investiguen sus posibilidades en lugar de preocuparse tanto de las bombas atómicas. Todo cuanto hacemos, todo lo que acontece, queda indeleblemente impreso en el Akasha, ese medio sutil que impregna todo lo material. Cada movimiento que se produce sobre la Tierra desde que ésta existe, es asequible para aquellos con la preparación necesaria. Para quienes tienen abiertos los «ojos», la historia del mundo yace ante su vista. Una vieja predicción dice que al fin de este siglo, los científicos serán capaces de utilizar el Archivo Akáshico para contemplar la historia. Sería interesante saber lo que Cleopatra dijo verdaderamente a Antonio y cuáles fueron las famosas observaciones de Mr. Gladstone. Para mí sería delicioso ver el rostro de mis críticos cuando se den cuenta de lo necios que son en realidad, cuando tengan que admitir, al fin, que era verdad lo que yo escribía. Pero, es triste decirlo, ninguno de nosotros estará aquí entonces.

Mas, ¿este Archivo Akáshico puede ser explicado con más claridad?

Todo cuanto acontece «queda impreso» en él por ese medio que penetra hasta el aire. Una vez que se ha producido un ruido o se ha iniciado una acción, queda allí para siempre. Con instrumentos adecuados cada cual puede verlo. Mirarlo en términos de luz o de esas vibraciones que llamamos luz y visión. La luz viaja a cierta velocidad. Como todo científico lo sabe, vemos por la noche estrellas que hace tiempo dejaron de existir. Algunas de esas estrellas se hallan tan distantes, que su luz, la que ahora nos está llegando, pudo haber comenzado a viajar antes de que la Tierra existiera. No tenemos medio de saber si la estrella murió hace un millón de años o cosa así, porque su luz nos seguirá llegando acaso durante otro millón de años más. Será más fácil recordar los sonidos. Vemos el destello del relámpago y oímos el ruido del trueno poco después. Es la lentitud del sonido lo que origina el retraso al oírlo, después de haber visto el relámpago. Es la lentitud de la luz lo que hace posible un instrumento para «ver» el pasado.

Si pudiéramos trasladarnos en el acto a un planeta tan distante que se precisara un año de luz para llegar a él, desde el planeta de donde acabamos de partir, entonces podríamos ver la luz que partió de él hace un año.

De contar con algunos telescopios superpotentes, supersensibles, aún imaginarios, con los cuales se pudiese enfocar cualquier parte de la Tierra, podríamos ver desde allí los acontecimientos terrestres ocurridos hace un año. Admitida la posibilidad de trasladarnos con nuestro supertelescopio a un planeta tan distante que la luz de la Tierra tardara un millón de años en llegar; entonces seríamos capaces de ver la Tierra tal y como fue hace un millón de años. Alejándonos más y más, en un instante, por supuesto, tendríamos que llegar finalmente a un punto desde donde pudiésemos ver el nacimiento de la Tierra y hasta el nacimiento del Sol.

El Archivo Akáshico nos permite eso precisamente. Mediante un adiestramiento especial, podemos trasladarnos al mundo astral, donde el Tiempo y el Espacio no existen, donde dominan otras dimensiones. Entonces se ve todo. ¿Otro Tiempo y otro Espacio? Como un sencillo ejemplo, supongamos que tenemos un hilo delgado de un kilómetro de longitud, un hilo de coser, si queréis. Hemos de pasar de un lado del hilo al otro. Tal y como son las cosas en la Tierra, no podemos movernos de parte a parte del hilo ni alrededor de él. Tendremos que movernos todo a lo largo de su superficie hasta el extremo, a la distancia de un kilómetro y regresar por el otro lado, andando otro kilómetro. El viaje es largo. Pero en lo astral nos podemos mover de parte a parte. Es un ejemplo muy simple, pero moverse a través del Archivo Akáshico es sencillo, cuando se sabe cómo.

El Archivo Akáshico no puede utilizarse para fines erróneos, no puede emplearse para obtener información que pueda dañar a otro. Sólo con un permiso especial puede uno ver y después discutir los asuntos privados de una persona. Aun cuando, naturalmente, uno puede ver y discutir esas cosas que son propiamente el tema de la

historia. Ahora yo iba a ver vislumbres de la vida privada de otro y luego tenía que decidir finalmente si debía ocupar ese otro cuerpo en sustitución del mío. Éste estaba rápidamente fallando, para poder cumplir la tarea que me estaba encomendada, y tenía que tener un cuerpo para «salir del paso», hasta que cambiara sus moléculas haciéndolas mías.

Quedé en espera de que el lama ciego hablara.

Capítulo octavo

Lentamente se hundió el sol tras la cordillera distante, que perfilaba sus elevadas cimas con los últimos fulgores. El arroyuelo levemente espumoso que descendía de los altivos picachos captó la mortecina claridad y reflejó unas miríadas de matices que cambiaban y fluctuaban con los caprichos la suave brisa nocturna. Profundas sombras purpúreas que salieron de las oquedades como criaturas de la noche, entraron en juego. Poco a poco la negrura aterciopelada fue ascendiendo por la base del palacio de Potala y trepando aún más alto, hasta que sólo los tejados dorados reflejaron el último resplandor, antes de que, ellos también, quedaran sumidos en la oscuridad invasora. Uno por uno aparecían leves destellos de luz, como joyas vivientes colocadas sobre la oscuridad para que destacaran más.

Los montañosos muros del valle se destacaban duros y austeros, mientras la luz que quedaba tras de ellos disminuía de intensidad. Aquí, en nuestra casa de roca, captamos un último destello del sol poniente, a medida que iluminaba el paso roqueño. Luego, también nosotros quedamos a oscuras. No disponíamos de ninguna luz; se nos había negado toda luz por temor de que delatara nuestro santuario.

No teníamos sino la negrura de la noche y la negrura de nuestros pensamientos cuando mirábamos nuestro país, traidoramente invadido.

—Hermano —dijo el lama ciego, cuya presencia yo había casi olvidado, en tanto que me entregaba a mis desventurados pensamientos—. Hermano, ¿partimos?

Nos sentamos juntos en la posición del loto y meditamos sobre lo que íbamos a hacer. El viento grato de la noche gemía suavemente como en éxtasis al pasar entre los riscos y cimas rocosas y murmuraba en nuestra ventana. Con la sacudida, no ingrata, que acompaña con frecuencia esta relajación, el lama ciego —que ya no lo era— y yo, nos remontamos desde nuestros cuerpos terrenales en la libertad de otro plano.

—Qué bueno es volver a ver —dijo el lama—, porque sólo valoramos nuestra vista cuando la hemos perdido.

Flotamos juntos, siguiendo el camino conocido hasta llegar al lugar denominado el Salón de los Recuerdos. Penetramos en silencio y vimos que había otros dedicados a la investigación del Akáshico. Pero lo que ellos veían era invisible para nosotros, como nuestras escenas eran invisibles para ellos.

—¿Por dónde debemos empezar? —dijo el viejo lama.

—No debemos ser indiscretos —repliqué—, pero necesitamos ver qué clase de hombre es ése de que se trata.

Durante algún tiempo hubo un silencio entre nosotros, mientras se formaban las imágenes netas y claras que debíamos ver.

—¡Ah! —exclamé sobresaltado por la alarma—. Está casado. ¿Qué puedo hacer

yo en este caso? ¡Soy un monje célibe! Voy a dejarlo.

Me replegaba alarmado, cuando fui detenido por la visión del anciano que se estremecía de risa. Durante algún tiempo esa jovialidad fue tan grande que le resultaba imposible hablar.

—Hermano Lobsang —logró decir al fin—, has alegrado grandemente mis momentos postreros. Creía por un instante que todas las jerarquías de demonios te habían mordido, al dar ese salto tan alto que diste. Vamos a ver, hermano; no hay problema alguno. Pero primero permite que te contradiga amistosamente. Deja que te cite la frase de su propia Biblia: «Honroso es en todos el matrimonio». (Hebreos, capítulo 13, versículo 4).

Una vez más se sintió acometido de un arrebató de risa y, cuanto más sombríamente le miraba, más reía, hasta que al fin, agotado, cesó de reír.

—Hermano —continuó cuando pudo hacerlo—, aquellos que nos guían y que nos ayudan lo tienen presente. Tú y esa señora podéis vivir juntos en compañía. ¿No viven a veces nuestros monjes y nuestras monjas bajo el mismo techo? No veamos dificultades donde no las hay. Prosigamos con el Archivo.

Con un suspiro que me salía del corazón, asentí mudamente. De momento me era completamente imposible hablar. Cuanto más pensaba en aquello, menos me gustaba. Recordé a mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, sentado cómodamente en algún lugar del País de la Luz Dorada. Mi expresión debió tornarse más y más sombría, porque el viejo se echó a reír de nuevo.

Al fin ambos nos tranquilizamos, y juntos nos pusimos a observar las imágenes vivientes del Archivo Akáshico. Vi al hombre cuyo cuerpo se esperaba que tomase. Con creciente interés observé que estaba haciendo una labor quirúrgica. Con satisfacción mía quedó de manifiesto que era un técnico competente y asentí con gesto involuntario de aprobación, al verle tratar un caso tras otro.

La escena cambió y fuimos capaces de ver la ciudad de Londres, en Inglaterra, como si estuviéramos mezclados con las multitudes de allí. Los enormes autobuses rojos rugían por las calles, sorteando el tráfico y llevando grandes cargamentos humanos. Estalló un alarido infernalmente estridente y vimos a la multitud lanzarse buscando protección en extraños edificios de piedra erigidos en las calles. Habían un incesante crepitar de los disparos de los antiaéreos y los cazas zumbaron por el cielo. Instintivamente nos agachamos, cuando las bombas cayeron silbando de los aviones. Durante un momento hubo un silencio y luego ¡buump! Los edificios saltaron por el aire y descendieron convertidos en polvo y escombros.

Abajo en los profundos pasadizos del ferrocarril subterráneo, la gente vivía una existencia extraña y troglodita, metiéndose en los refugios por la noche y saliendo como los topos por la mañana. Familias enteras parecían vivir allí, durmiendo en literas improvisadas y tratando de obtener un poco de aislamiento con mantas que

colgaban de cualquier saliente de las paredes cuidadosamente embaldosadas.

Me pareció estar en pie sobre una plataforma de hierro, por encima de los tejados de Londres, con una clara visión del edificio que la gente denomina «El Palacio». Un avión solitario salió de entre las nubes y descendieron tres bombas sobre el hogar del Rey de Inglaterra. Miré en torno. Cuando se mira a través del Archivo Akáshico se «ve» como si uno fuera el protagonista, de modo que el viejo lama y yo veíamos ambos como si fuéramos la figura principal. Me pareció que me hallaba en pie sobre una escala de bomberos que se alzaba por encima de los más altos tejados de Londres. Yo había visto estos aparatos antes, pero tuve que explicárselos a mi compañero. Luego llegué a comprender que aquél —el que estábamos viendo— se hallaba allí haciendo observación aérea, con el fin de avisar a aquellos que estaban abajo si amenazaba algún peligro. Las sirenas volvieron a sonar anunciando el cese de la alarma y vimos al hombre que descendía y se quitaba el casco de acero de la Defensa Antiaérea.

El viejo lama se volvió hacia mí sonriendo:

—Esto es muy interesante. No había observado los acontecimientos de occidente, pues mi interés se había visto confinado a nuestro propio país. Ahora comprendo lo que quieres decir cuando dices que «una imagen vale por un millar de palabras». Miremos de nuevo.

Cuando nos pusimos a mirar el Archivo, vimos las calles de Londres oscurecidas, con los coches a motor provistos de pantallas especiales para ocultar los faros. Los transeúntes tropezaban en los postes del alumbrado, y unos con otros. En el interior de los trenes subterráneos, antes de que surgieran a la superficie, las luces corrientes eran apagadas y se encendían unas tenues luces azuladas. Los haces de los reflectores tanteaban en el cielo nocturno, iluminando a veces los flancos grises de los globos de la barrera. El viejo lama miró éstos enteramente fascinado. El viaje astral lo comprendía bien; pero aquellos monstruos grises atados en lo alto, que se movían inquietos con el viento nocturno, le asombraron realmente. Confieso que encontré la expresión de mi acompañante de tanto interés como el Archivo Akáshico.

Vimos cómo aquel hombre salía del tren y marchaba por la calle en sombras hasta llegar a un bloque de viviendas. Le vimos entrar, pero no penetramos con él; por el contrario observamos la animada escena de afuera. Las casas habían sido dañadas por las bombas y aún estaban los hombres revolviendo los escombros con el fin de recoger a los vivos y a los muertos. El gemido de las sirenas interrumpió las operaciones de socorro. Muy alto, como mariposillas revoloteando en torno de una lámpara, los bombarderos enemigos fueron sorprendidos por los rayos entrecruzados de los reflectores. Una luz relumbrante que partió de uno de los bombarderos atrajo nuestras curiosas miradas, y luego vimos que esas «luces» eran las bombas cuando descendían. Una de ellas cayó con un chasquido al lado de un gran bloque de

viviendas. Hubo un vivo destello y una lluvia de trozos de muro. Las gentes salían en tropel del edificio a la dudosa seguridad de las calles.

—¿Has visto cosas peores que éstas en Shanghai? —preguntó el lama.

—Mucho peores —repliqué—. Allí no teníamos defensa y eran escasas las facilidades. Como sabes estuve enterrado vivo en un refugio destruido, y logré salir sólo con grandes dificultades.

—¿Avanzamos un poco en el tiempo? —preguntó mi compañero—. No es preciso mirar incesantemente, porque los dos estamos débiles de salud.

Convine en esto con premura. Quería simplemente ver cómo era la persona de cuyo cuerpo yo iba a apoderarme. Para mí no tenía interés alguno husmear los asuntos de otro. Avanzamos a lo largo del Archivo, deteniéndonos experimentalmente y volviendo a avanzar de nuevo. La luz matinal estaba mancillada por la humareda de muchos fuegos. Las horas nocturnas habían sido un infierno. Parecía que medio Londres estaba ardiendo. El hombre marchaba por la calle llena de escombros, una calle que había sido seriamente bombardeada. En una empalizada provisional un policía de la Reserva de Guerra le detuvo.

—No puede ir más allá, señor. El edificio amenaza ruina.

Vimos que el Director Administrativo llegaba para hablar con el hombre cuya vida estábamos observando. Con unas palabras al policía pasaron por debajo de la cuerda y fueron juntos hacia el edificio maltrecho. El agua de las tuberías rotas corría por todas partes. La conducción de aguas y los alambres de la luz estaban mezclados de modo inextricable, como una madeja de lana con la que ha estado jugando un gatito. Una caja fuerte pendía, saliendo peligrosamente, balanceándose aún, al borde de un gran orificio. Trapos mojados se agitaban tristemente con el viento y, de un edificio adyacente vedijas de papel chamuscado salían flotando como copos de nieve negra. Yo que había visto más de una guerra y que había sufrido mucho, me sentía aún asqueado por la insensata destrucción. El Archivo prosiguió.

¡La falta de trabajo en Londres durante la guerra! El hombre aquel trató de ingresar en la policía de la Reserva. Lo intentó en vano. Sus certificados médicos le clasificaban en el cuarto grado, inútil para el servicio. Ahora que su empleo había dejado de existir tras la caída de la bomba, fue andando por la calle en busca de otro trabajo. Una empresa tras otra se negaron a aceptarlo. No parecía haber esperanza alguna, nada que iluminara la oscuridad de los tiempos difíciles.

Al fin, por una visita casual a una Escuela por Correspondencia en la cual había estudiado y donde impresionó a todos por su viveza mental e ingenio, se le ofreció un empleo en las oficinas de tiempos de guerra que tenían en las afueras de Londres.

—Es un lugar hermoso —dijo el que le hizo la oferta—. Vaya en el autobús de la línea verde. Hable con el encargado y, si no, otros le atenderán. Haga el viaje con su señora. Yo estoy tratando de que me trasladen allí.

El pueblo era un basurero, no el lugar hermoso que le habían hecho suponer. Allí se hacían aviones que, una vez ensayados, partían para otros lugares del país.

La vida en la Escuela por Correspondencia era ciertamente aburrida. Hasta donde podía alcanzar a comprender, observando el Archivo Akáshico, se trataba de leer los formularios y las cartas y luego sugerir a los que escribían el curso por correspondencia que les convenía. Mi opinión personal es que la enseñanza por correspondencia resulta un gasto inútil de dinero, si no se tienen también facilidades para hacer prácticas.

Un ruido extraño, como el de un motor de moto que fallara, llegó a nuestros oídos. Cuando estábamos mirando, apareció un extraño avión; un avión sin piloto, ni tripulantes. Lanzó una tos espasmódica, el motor cesó y el avión, partiéndose, hizo explosión precisamente a ras de tierra.

—Era el avión robot de los alemanes —dije al viejo lama—. El V.1 y el V.2, al parecer fueron algo poco agradables.

Otro avión robot cayó cerca de la casa en que el hombre y su mujer vivían. Los cristales de un lado fueron rotos hacia dentro y los del otro hacia fuera. Las paredes se agrietaron.

—No parece que tenga muchos amigos —dijo el viejo lama—. Creo que existen en él posibilidades mentales que un observador superficial pasaría por alto. Al parecer viven más como hermano y hermana que como esposo y esposa. ¡Esto debe consolarte, hermano! —añadió el viejo con una risita.

El Archivo Akáshico prosiguió mostrando la vida del hombre con la velocidad del pensamiento. Podíamos trasladarnos de una parte a otra de ella, ignorando algunas partes o viendo ciertos acontecimientos una y otra vez. El hombre se encontró con que una serie de coincidencias le hicieron volver sus pensamientos más y más hacia oriente. «Sueños», que en realidad eran pequeños viajes astrales bajo el control del viejo lama, le mostraron la vida del Tíbet.

—Una de nuestras minúsculas dificultades fue —me dijo el viejo— que él quería utilizar la palabra «maestro» siempre que hablaba con alguno de nosotros.

—Ah —repliqué—, es uno de los errores frecuentes de los occidentales. Les encanta usar cualquier nombre que implique dominio sobre otros. ¿Qué le dijisteis?

El viejo lama sonrió y dijo:

—Tuve una pequeña charla con él y traté de conseguir también de él que preguntase menos. Te diré lo que le dije, porque será provechoso para deducir la condición íntima de él. Dije: «Ése es el calificativo que detestamos más yo y todos los orientales». «Maestro» implica que uno trata de tener dominio sobre otros, superioridad sobre aquellos que no tienen el derecho de usar ese título. Se diría un maestro de escuela tratando de inculcar saber en sus discípulos. Para nosotros, «Maestro» significa Maestro del Conocimiento, una fuente de sabiduría o alguien que

ha «amaestrado» las tentaciones de la carne. Nosotros, le dije, preferimos la palabra Gurú o Adepto. Pues ningún Maestro, tal y como nosotros entendemos la palabra, tratará nunca de influir sobre un estudiante o de imponerle sus propias opiniones. En occidente hay ciertos grupos y ciertos cultos que creen poseer ellos solos la llave de los Campos Celestiales. Algunas religiones utilizan las torturas con el fin de ganar conversos. Le recordé una inscripción en piedra en lo alto de una de nuestras lamaserías: «Un millar de monjes, un millar de religiones».

—Al parecer seguía mi charla muy bien —prosiguió el viejo lama—, de modo que continué, con el propósito de golpear el hierro cuando estaba caliente. Dije: En la India, en la China y en el antiguo Japón el presunto estudiante gustaba de sentarse a los pies del Gurú en busca de conocimientos, no para hacer preguntas, pues los estudiantes sensatos no las hacen nunca, por miedo de que los despidan. El hacer una pregunta es para el Gurú prueba positiva de que el estudiante no esté aún en condiciones de recibir la respuesta. Algunos estudiantes han esperado hasta siete años para saber la respuesta de una pregunta no formulada. Durante ese tiempo el estudiante atiende a las necesidades corporales del Gurú, cuida de sus ropas, de su alimento, y de las otras pocas necesidades que aquél tenga. En todo momento tiene los oídos abiertos para recibir saber; acaso escuchando el que se proporciona a otra persona, el estudiante puede deducir, puede inferir, y cuando el Gurú en su sabiduría ve que el estudiante está haciendo progresos, en el momento que le es propicio a él y en la forma que a él le conviene, hace preguntas al estudiante, y, si se encuentra con que la sabiduría acumulada es deficiente o incompleta, entonces el Gurú, de nuevo cuando lo crea conveniente, reparará las omisiones y diferencias.

—En occidente —prosiguió— las gentes dicen: «Bueno, vamos a ver. Madame Blavatsky dijo esto, el obispo Ledbetter dijo aquello, Billy Graham lo otro. ¿Qué dice usted? Creo que está equivocado». Los occidentales hacen preguntas sólo por hablar de algo. Preguntan sin saber lo que quieren decir y sin saber lo que quieren saber; pero cuando por casualidad un Gurú, condescendiente, responde a sus preguntas, el estudiante en el acto discute y dice: «Ah, bueno, ya oí a éste o al otro decir eso o lo otro». Si el estudiante pregunta a un Gurú una cosa, eso implica que el estudiante no conoce la respuesta, pero que supone que el Gurú sí la conoce, y si el estudiante solicita en el acto la respuesta del Gurú, eso muestra que es ignorante y que tiene ideas preconcebidas y extremadamente erróneas del decoro y de la decencia común y corriente. Le aseguro, dije, que el único medio de obtener respuestas a nuestras preguntas es dejar éstas sin respuesta y recoger conocimientos, deduciendo e infiriendo. Luego, en la plenitud de los tiempos, demostrando que se es puro de corazón, se será apto para el viaje astral y para formas de meditación más esotéricas, estando así también en condiciones de consultar el Archivo Akáshico, que no puede mentir, que no puede responder nada que no corresponda y que no puede dar una

opinión o información coloreada por la tendencia personal. El que quiere absorber demasiado, sufre de indigestión mental y retrasa tristemente su evolución y desenvolvimiento personal. ¿Cuál es el único medio de progresar? Esperar hasta ver. No hay otro camino, ni hay otro medio de forzar el desarrollo, salvo la expresa invitación del Gurú que le conoce a uno bien, y ese Gurú, conociéndole a uno bien, acelerará nuestro desarrollo si cree que lo merecemos.

A mí me parece que muchos occidentales podrían beneficiarse si se les enseñara eso. Pero nosotros no estábamos allí para enseñar, sino para observar cómo se iban desarrollando las escenas importantes de la vida de un hombre, de un hombre que iba a dejar pronto libre su cascarón terrenal.

—Esto es interesante —dijo el viejo lama, atrayendo mi atención a las escenas del Archivo—. Se precisaron muchos preparativos, pero cuando comprendió la conveniencia de eso, no puso objeción.

Miré la escena un tanto intrigado y luego comprendí. Sí, era el despacho de un abogado. Aquel papel era una Solicitud de Cambio de Nombre. Eso estaba bien, en efecto, recordé; había cambiado su nombre, porque el que llevaba antes tenía vibraciones erróneas, como se indica en nuestra Ciencia de los Números. Leí el documento con interés y vi que no era completamente correcto, aun cuando lo era bastante.

En cuanto a sufrimiento había suficiente. Una visita al dentista ocasionó mucho daño. Un daño que exigió su traslado a una casa de salud para ser operado. Aparte del interés técnico, contemplé la marcha de la operación con preocupación considerable.

Él —el hombre cuya vida estaba viendo—, opinó que la persona que le daba trabajo no estimaba el suyo. Nosotros, que estábamos mirando, opinamos lo mismo, y el viejo lama y yo nos alegramos de que el hombre aquel diera por terminado su compromiso con la escuela de enseñanza postal. Los muebles fueron cargados en un furgón de mudanzas, algunos los vendió, y él y su mujer dejaron aquella región para pasar a otra enteramente nueva. Esta vez vivieron en la casa de una extraña vieja que «decía la buenaventura» y que tenía una opinión pasmosa de su propia importancia. El hombre aquel trató una y otra vez de encontrar trabajo. Algo que le permitiera ganar algún dinero honradamente.

El viejo lama dijo:

—Ahora nos vamos acercando al momento crucial. Como observarás, el hombre murmura contra el destino constantemente. Ha perdido la paciencia y temo que abandone violentamente la vida, si no nos apresuramos.

—¿Qué queréis que haga yo? —pregunté.

—Tú eres el superior —dijo el anciano—, pero me gustaría encontrarme con él en lo astral y ver lo que piensa.

—Ciertamente —repliqué—, iremos juntos. —Por un momento quedé perdido en

mis pensamientos y luego dije—: En Lhasa son las dos de la madrugada. En Inglaterra serán las ocho de la noche, porque el tiempo se retrasa con respecto a nosotros. Descansemos durante tres horas y luego lo traeremos a lo astral.

—Sí —dijo el viejo lama—. Duerme solo en una habitación, así que podremos hacerlo. De momento, descansemos, porque estamos fatigados.

Volvimos a nuestros cuerpos, sentados el uno al lado del otro, a la leve luz de las estrellas. Las luces de Lhasa ahora se habían apagado y los únicos destellos venían de las habitaciones de los monjes y de las brillantes luminarias de los puestos de guardia chinos. El susurro del pequeño arroyo que corría al pie de nuestros muros sonaba excepcionalmente fuerte en el silencio de la noche. Desde muy alto sobre nosotros venía el ruido de la leve llovizna de piedras lanzadas por los vientos más altos. Resonaban y saltaban junto a nosotros, haciendo vibrar a las piedras más grandes sueltas. Luego se precipitaban por el costado de la montaña, para terminar amontonándose ruidosamente junto al cuartel de los chinos. Brillaban luces y hubo disparos de fusil al aire, mientras los soldados corrían alocados, temiendo un ataque de los monjes de Lhasa. La agitación cesó pronto y de nuevo la noche quedó tranquila y quieta.

El viejo lama rió bajito y dijo:

—Qué extraño resulta para mí que las gentes de fuera de nuestra tierra no comprendan el viaje astral. Que piensen que todo ello es imaginación. ¿No se les podrá hacer comprender que hasta cambiar nuestro cuerpo por el cuerpo de otro es simplemente como pasar de un automóvil a otro? Resulta inconcebible que gentes con el progreso técnico que tienen sean tan ciegos para las cosas del espíritu.

Yo, con más experiencia de Occidente, repliqué:

—Pero las gentes de allí, salvo una minoría muy pequeña, no tienen capacidad para las cosas espirituales. Todo cuanto desean es guerra, sexo, sadismo y el derecho a inmiscuirse en los asuntos de otros.

La larga noche iba pasando; descansamos y nos recomfortamos con té y *tsampa*. Al fin, los primeros leves rayos de la aurora asomaron a través de la cordillera que estaba detrás. Ya el valle a nuestros pies está sumido en la oscuridad. De vez en cuando algún yak empezaba a mugir, como si presintiera que el nuevo día pronto llegaría. Eran las cinco de la mañana, según la hora tibetana. Cosa de las once, según la hora inglesa, opiné. Delicadamente toqué con el codo al viejo lama, que dormitaba con sueño leve.

—Es hora de que entremos en lo astral —dije.

—Ésta será la última vez para mí —replicó—, pues ya no volveré más a mi cuerpo.

Lentamente, sin apresurarnos en absoluto, entramos de nuevo en estado astral. Cómodamente llegamos a aquella casa de Inglaterra. El hombre aquel, yacía

dormido, agitándose un poco, con una expresión en su rostro de extremo descontento. Su forma astral acompañaba su cuerpo físico sin indicio alguno todavía de separación.

—¿Vienes? —le pregunté en lo astral.

—¿Vienes? —repitió el viejo lama.

Lentamente, casi a disgusto, la forma astral del hombre se alzó sobre su cuerpo físico. Se alzó y flotó sobre él, volviéndose, con la cabeza hacia lo astral y los pies hacia lo físico, como debe ser. El cuerpo astral osciló y se agitó. El estruendo súbito de un tren que pasaba velozmente por allí cerca le hizo volver a lo físico. Luego, como si hubiera llegado a adoptar una decisión repentina, su forma astral se ladeó y quedó ante nosotros. Restregándose los ojos, como alguien que despierta de un sueño, nos miró.

—¿Así que deseas dejar tu cuerpo? —pregunté.

—Sí, detesto esto —exclamó con vehemencia.

Quedamos mirándonos el uno al otro. Me pareció que era un hombre muy mal comprendido. Un hombre que, en Inglaterra, no se haría destacar, pero que en el Tíbet hubiera tenido posibilidades. Rió con amargura:

—¿De modo que deseas mi cuerpo? Bueno, acaso te arrepientas. En Inglaterra importa poco lo que se sepa, sino a quién se conoce. No puedo obtener trabajo y ni siquiera el subsidio de paro. Prueba a ver si tú puedes hacerlo mejor.

—Calla, amigo —dijo el viejo lama—, porque no sabes con quien estás hablando. Acaso tu violencia te haya impedido obtener ocupación.

—Tienes que dejarte crecer la barba —le dije yo—, porque si ocupo tu cuerpo, será pronto sustituido por el mío, y yo he de tener barba para ocultar el deterioro de mi mandíbula. ¿Puedes dejarte crecer la barba?

—Sí señor —replicó—. Me la dejaré crecer.

—Muy bien —dije—. Volveré aquí dentro de un mes y ocuparé tu cuerpo, dándote libertad, de modo que mi cuerpo propio pueda finalmente reemplazar al que yo haya ocupado. Dime —pregunté—, ¿cómo te acercaste por primera vez a las gentes de mi país?

—Desde hace largo tiempo, señor, detesto la vida de Inglaterra —dijo—, su injusticia, su favoritismo. Toda mi vida he estado interesado por el Tíbet y por los países del lejano Oriente. Toda mi vida he tenido «sueños» en los cuales veía o me pareció ver el Tíbet, China y otros países que no reconocía. Hace algún tiempo experimenté fuertes impulsos de cambiar mi nombre, siguiendo el trámite legal, y lo hice.

—Sí —observé—, estoy al corriente de todo eso. Pero ¿cómo te acercaste recientemente y qué viste?

Él pensó un poco y luego dijo:

—Para contar eso tendría que hacerlo a mi manera y algunas de las referencias que tenía parecen ser incorrectas a la luz de mis conocimientos posteriores.

—Muy bien —repliqué—, cuéntamelo a tu manera y nosotros podemos hacer posteriormente la enmienda de cualquier mala interpretación. Debo conocerte mejor, si voy a ocupar tu cuerpo y ésta es una forma de conocerte.

—Acaso deba empezar por mi primer «contacto» real. Luego podré concentrar mis pensamientos mejor.

De la estación del ferrocarril que estaba en la carretera llegó el sonido chillón y desagradable de los frenos de un tren que traía de la City a los rezagados. Poco después llegó el ruido del tren al partir de nuevo y, a continuación, el hombre empezó su relato, en tanto que el viejo lama y yo escuchábamos atentamente.

—Rose Croft, en Thames Ditton —comenzó—, era un lindo pueblecito. Había una casa situada lejos de la carretera, con un jardín delantero, un pequeño jardín, y detrás otro mucho mayor. La casa tenía una galería trasera que permitía una buena vista de la campiña. Solía pasar mucho tiempo en el jardín, sobre todo en el jardín de delante, pues había estado abandonado algún tiempo y yo trataba de arreglarlo. Habían dejado que creciese tanto la hierba que tenía casi un metro de alta, y quitarla era el mayor de los problemas. Yo había cortado la mitad con un viejo cuchillo Gurkha indio. Era un trabajo duro, pues tenía que ponerme de rodillas, atacar con fuerza la hierba y afilar el cuchillo en una piedra a los pocos golpes. También tenía interés por fotografiar a un búho que vivía en un abeto cercano, un abeto bien cubierto por la hiedra. Mi atención fue atraída por algo que se movía sobre una rama, no muy por encima de mi cabeza. Alcé la vista y, con satisfacción, vi allí un pequeño búho que aleteaba, asido a la rama y cegado por la luz del sol. Prontamente dejé el cuchillo que utilizaba y fui hacia la casa a buscar la cámara fotográfica. Con ella en la mano y preparada para disparar, fui hacia el árbol y, lo más sigilosamente que pude, trepé a la primera rama. Cautelosamente avancé por ella. El ave, incapaz de verme con la luz brillante, me sintió sin embargo y se alejó más hacia el extremo de la rama. Yo, enteramente despreocupado del peligro, avancé y avancé, pero a cada movimiento mío el ave iba más y más al extremo de la rama, que ahora se curvaba peligrosamente con mi peso.

De pronto hice un movimiento brusco, hubo un agudo chasquido y el olor aromático de la madera pulverizada. La rama estaba podrida y cedió bajo mi carga. Me pareció que tardaba una eternidad en caer. Fui lanzado de cabeza hacia la tierra a mis pies. Recuerdo que nunca me había parecido la hierba tan verde, se me figuró mayor que del tamaño natural y podía ver cada hoja en particular con sus minúsculos insectos. Recuerdo también que una pajarita salió volando al caer yo, y que luego hubo un dolor que me cegó y un relámpago como de luz de colores. Luego todo se puso negro. No sé cuánto tiempo estuve allí encogido, como una masa inerte, bajo las

ramas del viejo abeto, pero muy pronto me di cuenta de que estaba desligado de mi cuerpo físico, que estaba viendo las cosas con una mayor percepción de cuanto antes las había visto. Los colores eran como nuevos y de una viveza sorprendente.

Con cautela me puse en pie y miré en torno. Con sorpresa y horror vi que mi cuerpo yacía postrado en el suelo. No había sangre visible, pero sin duda era evidente un terrible golpe en la sien derecha. Quedé más que un poco desconcertado, porque mi cuerpo respiraba con estertores y daba señales de sufrimiento considerable. «Es la muerte —pensé—; he muerto, ya no volveré allí nunca más». Vi un leve cordón como de humo que ascendía de mi cuerpo, de la cabeza de mi cuerpo. En el cordón no había movimiento alguno ni pulsación y sentí un dolor nauseabundo. Me estaba preguntando qué debía hacer. Me parecía estar enraizado a aquel lugar por el miedo, o acaso por alguna otra razón. Luego, un repentino movimiento, el único movimiento de aquel extraño mundo mío, atrajo mi mirada y casi grité o hubiera gritado de haber tenido voz. Se acercaba hacia mí, marchando por la hierba la figura de un lama tibetano vestido con la túnica azafranada de la Orden Superior. Sus pies se hallaban varios palmos por encima del suelo y, sin embargo, venía hacia mí regularmente. Le miré con la mayor estupefacción.

Avanzaba en mi dirección tendiéndome las manos y sonriéndome. Dijo: «No tengas miedo. No hay nada que deba inquietarte». Tuve la impresión de que sus palabras eran de una lengua diferente de la mía, de la tibetana acaso; pero las comprendí, aun cuando no había oído ningún sonido. No había ruido alguno. Ni siquiera podía oír el canto de los pájaros o el silbido del viento en los árboles. «Sí», dijo él penetrando en mis pensamientos. «No utilizamos el lenguaje, sino la telepatía. Te estoy hablando telepáticamente». Nos miramos el uno al otro y luego al cuerpo que yacía en el suelo entre nosotros. El tibetano me miró de nuevo y, sonriendo, dijo: «¿Estás sorprendido de mi presencia? Estoy aquí porque he sido atraído hacia ti. He dejado mi cuerpo en este mismo momento y he sido arrastrado hacia ti porque las vibraciones propias de tu vida armonizan fundamentalmente con alguien en favor del cual obro. Así que he venido, porque necesito tu cuerpo para alguien que ha de proseguir su vida en el mundo occidental y que tiene que realizar una tarea sin sufrir interrupciones».

Le miré sorprendido. ¡Debía estar loco al decir que quería mi cuerpo! Yo también lo quería. Aquél era mi cuerpo y no deseaba que nadie arramplara con algo de mi propiedad como eso. Había sido expulsado fuera de mi vehículo físico contra mi voluntad e iba a volver. Pero el tibetano evidentemente percibió de nuevo mis pensamientos. Dijo: «¿Qué es lo que te espera? Falta de trabajo, enfermedad, infelicidad, una vida mediocre en un ambiente mediocre, y luego en un futuro no demasiado distante, la muerte y el empezar todo de nuevo. ¿Has logrado algo en la vida? ¿Has hecho algo de que puedas estar orgulloso? Piénsalo bien».

Lo pensé, pensé en el pasado, en el fracaso y la incomprensión, en la infelicidad.

Él me interrumpió:

—¿Te agradecería saber que tu Kharma había sido borrado, que habías contribuido materialmente a la realización de una tarea de lo más beneficiosa para la humanidad?

—Bueno —dije—, no sé nada sobre eso, pero la humanidad no ha sido demasiado bondadosa para mí. ¿Por qué he de preocuparme por ella?

—No —replicó él—, en esta tierra estás ciego para la verdadera realidad. No sabes lo que dices; pero con el transcurso del tiempo y en una esfera diferente, te darás cuenta de las oportunidades que has perdido. Necesito tu cuerpo para alguien.

—Bueno —dije—, ¿qué puedo hacer yo? No me es posible andar errando como un fantasma todo el tiempo y los dos no podemos tener el mismo cuerpo.

Ya ven que tomaba todo al pie de la letra. Pero había algo apremiante, algo enteramente sincero en aquel hombre. No puse en duda por un momento que pudiera tomar mi cuerpo y me dejara partir a alguna otra parte, pero deseaba informarme mejor. Quería saber lo que estaba haciendo. Me sonrió y dijo tranquilizadamente:

—Tú, amigo mío, tendrás tu recompensa; escaparás del Kharma, irás a una esfera de actividad diferente y tus pecados serán borrados, por lo que has hecho. Pero tu cuerpo no puede ser tomado a menos que tú lo consientas.

A mí no me gustaba la idea en absoluto. Yo había tenido aquel cuerpo durante unos cuarenta años y estaba enteramente ligado a él. No me agradaba la idea de que cualquier otro lo cogiese y se largase con él. Además, ¿qué iba a decir mi esposa? ¿Viviría con un hombre extraño sin saber nada de aquello? El lama me miró de nuevo y dijo:

—¿No piensas en la humanidad? ¿No estarías dispuesto a hacer algo por redimir tus propios errores, por dar cierta finalidad a tu propia vida mediocre? Tú serás el que salga ganando. Aquel en cuyo nombre otro tomará sobre sí esta dura vida tuya.

Miré en torno. Vi el cuerpo que estaba entre ambos y pensé: «Bueno, ¿qué más da? Ha sido una dura vida la mía. Estoy bien cansado de ella».

Así que respondí:

—Muy bien, haz que vea a qué lugar iré y, si me agrada, diré que sí.

En el acto tuve una visión esplendorosa, tan esplendorosa que no hay palabras para describirla. Quedé bien satisfecho y dije que estaba dispuesto a ser libertado y a partir lo antes posible.

El viejo lama rió entre dientes y dijo:

—Tuvimos que decirle que no podía ser tan deprisa; que habías de venir tú a verlo por ti mismo, antes de que adoptaras una decisión final. Después de todo sería una feliz liberación para él y una dura tarea para ti.

Yo les miré a los dos.

—Muy bien —observé finalmente—; volveré dentro de un mes. Si entonces

tienes barba, y si entonces estás seguro, sin género de duda de que te hallas dispuesto a pasar por esto, te liberaré y te pondré en marcha para tu propio viaje.

Él suspiró, satisfecho, y la expresión de beatitud de su rostro se borró al volver lentamente al interior de su cuerpo físico. El viejo lama y yo nos elevamos y volvimos al Tíbet.

El sol brillaba desde un cielo azul sin nubes. A mi lado, cuando retorné a mi cuerpo físico, la vacía envoltura del lama viejo se derrumbó sin vida en el suelo. Él, pensé, había ido a la paz, tras una vida larga y honesta. Yo... ¿por el Diente Sagrado de Buda!, ¿cómo me había dejado arrastrar a aquello?

De las altas montañas partieron mensajeros al Nuevo Hogar, llevando mi afirmación escrita de que cumpliría la tarea que se me demandaba. Llegaron mensajeros, trayéndome, con un gesto gracioso de amistad, algunos de los pasteles indios que habían sido tantas veces mi debilidad cuando estaba en Chapkori. Para todos los fines era un prisionero en mi hogar de la montaña. Mi propuesta de que se me permitiese hacer secretamente y disfrazado una última visita a mi amado Chapkori me fue denegada.

—Puedes ser víctima de los invasores, hermano —me dijeron—, porque están extremadamente prontos a darle al gatillo a la menor sospecha.

—Estás enfermo, reverendo Abad —dijo otro—. Si descendieras la ladera de la montaña, tu salud no permitiría tu regreso. De ser cercenado tu Cordón de Plata, entonces la tarea no se realizaría.

¡La tarea! Era tan asombroso para mí que fuera aquello una «tarea». Ver el aura humana me parecía tan sencillo como para un hombre con vista perfecta ver a una persona que se halle en pie a unos pasos de él. Reflexioné sobre las diferencias entre el Oriente y el Occidente, pensando en lo fácil que sería convencer a los occidentales de utilizar un alimento nuevo que ahorrara trabajo, y lo fácil que sería convencer a un oriental de algo nuevo en el dominio de la mente.

El tiempo transcurría. Reposé ampliamente, más ampliamente que nunca en mi vida anterior. Luego, poco antes de que el mes hubiera expirado, poco antes de mi retorno a Inglaterra, recibí una urgente llamada para hacer una nueva visita al País de la Luz Dorada.

Sentado ante todas aquellas Altas Personalidades, se me ocurrió el pensamiento, un tanto irreverente, de que aquello era como las instrucciones antes de partir en los días de la guerra.

Este pensamiento mío fue captado por los otros y uno de ellos, sonriente, dijo:

—Sí, es así. Pero ¿y el empleo? La Fuerza del Mal que trata de impedir que nuestra tarea se cumpla.

—Encontrarás mucha oposición y muchas calumnias —dijo otro—. «Tus capacidades metafísicas no se alterarán ni se perderán de ningún modo durante el

cambio», añadió un tercero.

«Ésta es tu última encarnación —dijo mi amado Guía, el lama Mingyar Dondup—. Cuando hayas terminado esa vida que vas a emprender, entonces volverás a tu Mansión, a nosotros».

Cómo le gustaba a mi Guía, pensé, poner término a aquello con una nota feliz. Siguiéron diciéndome lo que iba a ocurrir. Tres lamas viajeros astrales me acompañarían hasta Inglaterra y harían la verdadera operación de seccionarle a uno su Cordón de Plata y de atárselo al otro, ¡a mí! La dificultad estaba en que mi propio cuerpo, que se hallaba aún en el Tíbet, tenía que permanecer en conexión, pues se precisaba que mis propias moléculas de «carne» fueran finalmente transmitidas. Así, regresé al mundo y, en compañía de los tres acompañantes, viajé hasta Inglaterra en estado astral.

El hombre aquel estaba esperando.

—Estoy decidido a pasar por eso —dijo.

Uno de los lamas que venían conmigo se volvió hacia él y dijo:

—Debes dejarte caer con fuerza de ese árbol, como lo hiciste la primera vez que me acerqué a ti. Tienes que sufrir una fuerte sacudida, porque tu Cordón está muy fuertemente sujeto.

El hombre se alzó un poco del suelo y luego se dejó caer, chocando en tierra con un satisfactorio «baquetazo». Por un momento pareció como si el Tiempo mismo se hubiera quedado quieto. Un coche que había pasado a toda velocidad se detuvo en aquel instante; un pájaro en pleno vuelo se detuvo también inmóvil y permaneció en el aire. Un caballo que tiraba de un furgón quedó detenido asimismo con las dos patas delanteras en el aire y no se cayó. Luego, el movimiento volvió dentro de nuestra percepción. El coche se puso en movimiento de golpe, haciendo unos sesenta la hora. El caballo empezó a trotar y el pájaro que se cernía en lo alto salió disparado en pleno vuelo. Las hojas murmuraron y se agitaron y las hierbas se movieron, formando leves ondulaciones a medida que el viento las barría.

Enfrente, en el Hospital de Campo local, una ambulancia que iba rodando se detuvo; descendieron dos sanitarios, fueron corriendo a la trasera y sacaron una camilla en la cual estaba una anciana. Sin prisa, los hombres maniobraron con la camilla para ponerla en posición adecuada y la llevaron dentro del hospital.

—Ah —dijo el hombre—. Ella va al hospital y yo voy a la libertad. —Miró el camino de arriba abajo y dijo—: Mi esposa sabe todo esto; se lo expliqué y está conforme. —Dirigió la vista hacia la casa y señaló—: Ésa es su habitación y la suya ésta. Ahora estoy más que dispuesto.

Uno de los lamas asió la forma astral del hombre y deslizó una mano a lo largo del Cordón de Plata. Parecía estar atándolo como se ata el cordón umbilical de un niño después de su nacimiento.

—¡Listo! —dijo uno de los sacerdotes.

El hombre, libre del cordón que lo sujetaba, flotó en compañía del sacerdote que le atendía. Yo sentí un dolor cauterizador, una angustia extrema que no deseé nunca sentir, y luego el lama superior dijo:

—Lobsang, ¿puedes introducirte en el cuerpo? Te ayudaremos.

Todo se oscureció. Hubo una sensación extremadamente viscosa de una rojez oscura. Una sensación sofocante. Sentí que estaba constreñido, limitado dentro de algo demasiado pequeño para mí. Tanteé el interior del cuerpo, sintiéndome como un piloto ciego en un avión muy complicado, preguntándome cómo accionaría aquel cuerpo. «¿Qué ocurriría si ahora fracasara?», pensé para mí, afligido.

Desesperadamente, tanteé y pulsé. Al fin vi destellos de rojo, luego algo de verde. Tranquilizado, intensifiqué mis esfuerzos y entonces fue como si se levantara una persiana. ¡Pude ver! Mi vista era precisamente la misma de antes. Podía ver las auras de las gentes que estaban en la carretera. Pero no podía moverme.

Los dos lamas se hallaban a mi lado. De ahora en adelante, según estaba descubriendo, podría ver ya siempre tanto las figuras astrales como las físicas. Podía también mantenerme en contacto con mis compañeros del Tíbet. «Era un premio de consolación —me dije para mí— por verme compelido a permanecer en Occidente».

Los dos lamas parecían preocupados por mi rigidez y mi incapacidad de moverme. Desesperadamente me esforcé más y más, culpándome a mí mismo con acritud por no haber tratado de descubrir y de vencer cualquier diferencia entre el cuerpo del oriental y el del occidental.

—¡Lobsang, tus dedos están agarrotados! —exclamó uno de los lamas.

Con apresuramiento exploré y ensayé. Un movimiento en falso me produjo una ceguera momentánea. Con la ayuda de los lamas me salí del cuerpo de nuevo, lo estudié y cuidadosamente volví a ocuparlo. Esta vez tuve más éxito. Podía ver, podía mover una pierna. Con inmenso esfuerzo me alcé hasta ponerme de rodillas, oscilando y tambaleándome, y caí postrado otra vez. Como si estuviera levantando el peso de todo el mundo, me puse tembloroso en pie. Desde la casa vino corriendo una mujer que decía:

—Ah, ¿qué te ha pasado? Debes entrar y acostarte.

Me miró y una expresión de susto le invadió el rostro. Por un momento creí que se iba a poner a gritar con un ataque de nervios. Pero se dominó y, pasándome un brazo por la espalda, me ayudó a cruzar la hierba. Por un senderito de grava y subiendo un escalón de piedra, cruzamos por la puerta y entramos a un pequeño vestíbulo. Desde allí la cosa era difícil, porque había que subir muchas escaleras y yo estaba todavía muy incierto y torpe en mis movimientos.

La casa constaba de dos plantas y la que yo iba a ocupar era la de arriba. Parecía un tanto extraño penetrar en una casa inglesa de ese modo; subiendo las un tanto

empinadas escaleras, asiéndome al barandal para evitar caer de espalda. Las piernas las sentía como de goma, me parecía carecer de todo dominio sobre ellas, como así era en efecto, porque lograr pleno dominio de aquel cuerpo nuevo y extraño me exigió muchos días. Los dos lamas fluctuaban en derredor, mostrándose considerablemente preocupados; pero, naturalmente, no podía hacer nada. Pronto me dejaron, prometiendo volver poco antes de la madrugada.

Despacio, penetré en la habitación, que era la mía, tropezando, como un sonámbulo, con movimientos bruscos de hombre mecánico. Muy satisfecho me eché en la cama. Al menos ahora no puedo caerme, fue mi consuelo. Mis ventanas daban a la parte de delante y a la parte de detrás de la casa. Volviendo la cabeza a la derecha podía mirar el jardincillo de delante, que daba a la carretera, y, al otro lado de ella, el pequeño Hospital de Campo local, una visión que no me parecía alentadora en mi estado presente.

En el otro lado de la habitación estaba la ventana a través de la cual, volviendo mi cabeza a la izquierda, podía ver toda la extensión del jardín más grande. Estaba desatendido y la hierba tosca crecía espesa como en un prado. Unos arbustos separaban el jardín de una casa del jardín de la otra. Al extremo del espacio cubierto de hierba había una hilera de árboles dispersos y una alambrada. Más allá podía ver la silueta de los edificios de la granja y un rebaño de vacas que pacían allí cerca.

Del otro lado de las ventanas me llegaban voces, pero eran tan «inglesas» que me resultaba casi imposible comprender lo que se decía. El inglés que había oído anteriormente, había sido el norteamericano y el canadiense, pero aquí escuchaba las sílabas, extrañamente acentuadas, de una manera excesivamente local que me desconcertaba. Mi propio lenguaje era difícil, según pude ver. Cuando traté de hablar, produje sólo cavernosos graznidos. Las cuerdas vocales las sentía gruesas y extrañas. Aprendí a hablar poco a poco, pensando primero lo que iba a decir. Tenía inclinación a pronunciar «chei» en lugar de «yei», convirtiendo John en «Chon», y cometiendo otros errores análogos. A veces apenas podía yo mismo comprender lo que decía.

Aquella noche los lamas viejos astrales volvieron de nuevo y me animaron en mi desaliento, diciendo que ahora sería para mí el viaje astral más fácil. También me hablaron de mi cuerpo tibetano solitario, guardado con toda seguridad en un sarcófago de piedra, bajo el incesante cuidado de tres monjes. Las investigaciones en la literatura antigua demostraban, me dijeron, que iba a ser fácil que llegase a poseer mi propio cuerpo, pero que el traspaso completo exigiría un poco de tiempo.

Durante tres días permanecí en mi habitación, descansando, ejercitándome en los movimientos, acostumbrándome al cambio de vida. En la noche del tercer día me dirigí todo estremecido al jardín amparado por la oscuridad. Ahora descubrí que empezaba a adueñarme de mi cuerpo, aun cuando había incontables ocasiones en que un brazo o una pierna podían fallar y no responder a mis mandatos.

A la otra mañana, la mujer que ahora conocía como mi esposa, dijo:

—Debes ir a la Bolsa de Trabajo, a ver si hay alguna ocupación para ti aún.

¿La Bolsa de Trabajo? Durante algún tiempo esas palabras no me dijeron nada, hasta que utilizó el término «Ministerio de Trabajo». Entonces comprendí. No había estado nunca en un lugar así y no tenía ni idea de cómo había de comportarme o qué tenía que hacer allí. Averigüé, por la conversación, que estaba en cierto lugar cercano a Hampton Court, pero que se llamaba Molesey.

Por alguna razón que entonces no comprendí, no tenía derecho a exigir ningún subsidio de paro. Después supe que si una persona deja su empleo voluntariamente, por muy ingrata y absurda que sea su ocupación, ya no tiene derecho a reclamar nada, aun cuando hubiera cotizado durante veinte años.

—¡La Bolsa de Trabajo! —me dije—. Ayúdame a buscar la bicicleta e iré.

Juntos bajamos las escaleras, volvimos hacia la izquierda, donde estaba el garaje, ahora atestado de viejos muebles, y allí estaba la bicicleta, un instrumento de tortura, que yo había usado sólo una vez anteriormente, en Chungking, donde salí volando por el aire, yendo cuesta abajo, antes de que pudiera encontrar los frenos. Cautelosamente monté en el aparato y salí haciendo eses por el jardín a la carretera que va hacia el puente del ferrocarril, y tomé a la izquierda en la bifurcación. Uno me saludó jovialmente con la mano y yo respondí a su saludo, aunque por poco me caigo.

—No parece que vaya muy bien —me gritó—. ¡Tenga cuidado!

Seguí pedaleando, con extraños dolores en las piernas. Continué, di vuelta a la derecha, como me habían indicado previamente, y entré en la gran carretera de Hampton Court. Cuando iba rodando por allí, mis piernas dejaron de pronto de obedecer mis mandatos y apenas si pude ir sin pedales al otro lado de la carretera, para caer, con la bicicleta encima, en un trozo de hierba que había al borde del camino. Durante un momento permanecí allí fuertemente estremecido. Entonces una mujer que había estado haciendo no sé qué con el felpudo, fuera de la puerta de su casa, vino alborotada por el caminillo de su jardín vociferando:

—Debía darle vergüenza de estar borracho tan temprano. Le he visto y me están dando ganas de llamar a la policía. Me miró con ceño fruncido y, volviéndome la espalda, se dirigió a su casa, presurosa, cogió el felpudo y cerró de golpe la puerta tras ella.

«¡Qué poco conocimiento tiene! —pensé—. ¡Qué poco conocimiento!».

Durante acaso unos veinte minutos permanecí allí reponiéndome. La gente se asomaba a sus puertas a mirar. Se asomaban a las ventanas, atisbando entre los visillos. Dos mujeres llegaron al límite de sus jardines y hablaron de mí a gritos y con voces roncadas. En nadie detecté el más leve pensamiento de que pudiera estar enfermo o necesitado de atención.

Al fin, con inmenso esfuerzo, me puse con dificultad en pie, subí en la bicicleta y

rodé en dirección de Hampton Court.

Capítulo noveno

La Bolsa de Trabajo era una casa sombría en una calle lateral. Fui hasta allí, desmonté y eché a andar en dirección a la puerta.

—¿Quiere que le roben la bici? —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví hacia el que había hablado.

—¿De veras los sin trabajo se roban unos a otros? —pregunté.

—Debe de ser nuevo aquí. Ponga una cadena y un candado en la bicicleta o se verá obligado a volver andando a casa.

Dicho esto, el que había hablado se encogió de hombros y entró en el edificio. Volví, y estuve buscando en la bolsa del sillín de la máquina. Sí, había una cadena y un candado. Estaba a punto de poner la cadena en la rueda, como había visto hacerlo a otros, cuando un terrible pensamiento me acometió: ¿dónde estaba la llave? Anduve buscando en aquellos bolsillos que no me eran conocidos y saqué un manojito de llaves. Probé una tras otra y al final encontré la que correspondía.

Fui por el caminillo y entré. Cartelones con flechas de tinta negra indicaban el camino. Volví hacia la derecha y entré en una habitación donde había amontonadas una porción de sillas de madera, incómodas.

—Hola, profesor —dijo una voz—. Venga a sentarse a mi lado y a esperar el turno.

Fui hacia el que había hablado, abriéndome camino hasta una silla al lado de la suya.

—Parece distinto usted esta mañana —continuó diciendo—. ¿Qué ha hecho?

Le dejé hablar y fui recogiendo pequeños retazos de información. El empleado iba dando nombres y los que esperaban iban a la mesa y se sentaban ante él. Oí un nombre que me pareció vagamente conocido. «¿Será el de alguien a quien conozco?», me pregunté. No se movió nadie y volvieron a repetir el nombre.

—¡Vaya, es usted! —dijo mi nuevo amigo.

Me levanté, fui hacia la mesa y me senté, como había visto hacer a los otros.

—¿Qué le ocurre esta mañana? —preguntó el empleado—. Le he visto entrar, luego dejé de verle y creí que se había ido a casa. —Me miró con fijeza—. No sé por qué parece distinto esta mañana. Cosa del peinado no puede ser, por que no tiene pelo.

Luego, poniéndose muy serio, declaró:

—No hay nada para usted, lo siento. Que tenga mejor suerte la próxima vez. El siguiente, haga el favor.

Salí desalentado y volví en bicicleta a Hampton Court. Allí compré un periódico y seguí por la orilla del Támesis. Era un lugar hermoso, un lugar a donde iban los londinenses en sus días libres. Me senté sobre la hierba en declive y, recostado en un

árbol, leí las columnas del periódico correspondientes a las «ofertas de trabajo».

—No conseguirás nunca un empleo mediante la Bolsa de Trabajo —dijo una voz, y salió del camino un hombre que fue a dejarse caer en la hierba a mi lado. Arrancando una hojita la masticó pensativo, y pasándola de un lado a otro de la boca—. No te pagan ningún subsidio, ¿verdad? Pues entonces no te colocarán tampoco. Se ahorran dinero, ¿comprendes?

Pensé en lo que decía y me pareció razonado, aun cuando el hombre aquel hablaba con un lenguaje tal que hacía dar vueltas a mi cabeza.

—Bueno, ¿qué haría usted?

—¿Yo? ¡Qué ingenuo! Yo no quiero ningún trabajo. Voy sólo a que me den el subsidio y con eso me arreglo y hasta ahorro un poco. Bueno, chico, si verdaderamente deseas trabajo, ve a uno de esos Burreys. Mira aquí; deja que eche un vistazo.

Tendió la mano y tomó el periódico. Quedé desconcertado e interrogándome qué sería un Burrey. ¡Cuánto había que aprender!, pensé. Qué ignorante era de todo lo referente al mundo occidental. Humedeciéndose los dedos y mascullando las letras para sí, el hombre aquel pasaba las hojas.

—¡Aquí está! —exclamó triunfalmente—. «Burreys de Colocación», aquí. Eche un vistazo usted mismo.

Rápidamente recorrí la columna claramente señalada con la huella de un pulgar sucio. «Bureaux de Colocación, Agencias de Trabajo, Empleos».

—Pero esto es para mujeres —dije, contrariado.

—¡Quítese usted de ahí! —replicó—. No sabe leer. Aquí dice hombres y mujeres. Vaya a verles y no deje que le engañen. Ah, si les deja, le manejarán a su antojo. Dígales qué trabajo quiere y todo lo demás.

Aquella tarde me apresuré a ir al centro de Londres y, trepando por unas sucias escaleras, subí a unas oficinas destartadas en una calle apartada de Soho. Una mujer maquillada, con cabello rubio artificial y uñas pintadas de rojo escarlata, estaba sentada ante una mesa metálica en una habitación tan pequeña que podría ser una alacena.

—Quiero un empleo —dije.

Se echó hacia atrás y me observó con frialdad. Al bostezar abiertamente me mostró una porción de dientes averiados y una lengua sarrosa.

—¿*Ooaryer*?^[2] —dijo.

Me la quedé mirando con la boca abierta.

—¿*Ooaryer*? —repitió.

—Lo siento —dije—, pero no comprendo su pregunta.

—¡*Oogaw!* —suspiró, hastiada—. No habla inglés. Aquí tiene un impreso para llenarlo.

Me lanzó un cuestionario, cogió la pluma, el reloj, el libro y el bolso de mano y desapareció en alguna habitación de atrás. Sentándome, me afané en el cuestionario. Después de mucho reapareció y señaló con el pulgar hacia la dirección por donde había venido.

—Entre allí —ordenó.

Me levanté de la silla y pasé a un cuarto un poco mayor. Allí había un hombre sentado tras de una mesa maltrecha y atestada de papeles en desorden. Estaba masticando el extremo de un puro barato y apestoso, con un sombrero lleno de manchas puesto en la nuca. Hizo un gesto para que me sentara ante él.

—¿Tiene el dinero de la inscripción? —preguntó.

Busqué en el bolsillo y saqué la suma señalada en el impreso.

Él la tomó, contó dos veces el dinero y se lo metió en un bolsillo.

—¿Dónde estaba esperando? —preguntó.

—En la oficina de fuera —respondí ingenuamente.

Con gran consternación mía se echó a reír con grandes carcajadas.

—¡Ju, ju, ju! —rugió—. ¡Le pregunto dónde ha estado sirviendo y me dice que en la oficina de fuera! —Enjugándose sus ojos llorosos, se dominó con visible esfuerzo y dijo—: Oiga, es cómico, pero no puedo perder el tiempo. ¿Ha sido camarero o algo así?

—No —repliqué—. Deseo trabajo en alguna de estas ramas. —Le di una lista completa de las cosas que podía hacer.— Ahora diga si puede serme útil o no.

Frunció el ceño y miró la lista.

—Bueno, no sé —dijo, indeciso—. Habla como un duque. Bueno, veremos lo que puedo hacer. Venga dentro de una semana.

Con esto volvió a encender su puro apagado, colocó los pies sobre la mesa y, tomando un periódico de carreras de caballos, se puso a leerlo.

Salí desilusionado, pasé junto a la mujer pintada, que me despidió con una mirada altanera y un bufido, y descendí por las escaleras crujientes a la calle sombría.

No muy lejos de allí había otra agencia y me encaminé hacia allí. Se me encogió el corazón a la vista de la entrada. Una puerta lateral, escaleras de madera desnuda, y las paredes sucias con la pintura descascarillada. Arriba, en el segundo piso, abrí una puerta donde decía: «Pase». Dentro, en una habitación amplia que abarcaba todo el ancho de la casa, había mesas destartaladas y en cada una de ellas un hombre o una mujer con un montón de fichas enfrente.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó una voz a mi lado.

Al volverme vi una mujer que podría tener setenta años, aun cuando parecía mayor. Antes de que yo respondiese, me tendió un cuestionario, con la demanda de que lo llenara y se lo diese a la muchacha de la mesa despacho. Lo llené pronto con todos los numerosos y muy personales detalles y luego se lo llevé a la muchacha,

como se me había dicho. Sin echarle un vistazo, ella dijo:

—Tiene que pagarme ahora los gastos de inscripción.

Así lo hice, pensando que tenían un medio cómodo de hacer dinero. Ella lo contó cuidadosamente, lo pasó a otra mujer que también lo contó y luego me dieron un recibo. La muchacha se puso en pie y gritó:

—¿Hay alguno libre?

Un hombre que estaba en una mesa despacho a lo lejos, agitó perezosamente una mano. La muchacha se volvió hacia mí y dijo:

—El señor aquel se ocupará de usted.

Fui hacia él, andando entre las mesas. Durante algún tiempo no se dio por enterado de mi presencia, sino que siguió escribiendo. Luego me tendió la mano. Yo la tomé y se la estreché, pero él la retiró enojado, diciendo furioso:

—No, no. Quiero ver su recibo. Su recibo, ¿entiende?

Estudiándolo cuidadosamente, le dio vuelta para examinar el reverso en blanco.

Volviendo a leer el anverso, pareció opinar que era auténtico a pesar de todo, porque preguntó:

—¿Quiere tomar una silla?

Con gran sorpresa mía tomó otro impreso y me preguntó todo aquello a lo que acababa de responder por escrito. Luego, dejando caer el impreso llenado por mí en el cesto de los papeles, echó el suyo a un cajón y dijo:

—Venga a verme dentro de una semana y veré lo que puedo hacer.

Reanudó su escritura que, según pude ver, era una carta personal a una mujer.

—¡Oiga! —dije en voz alta—. Necesito que se ocupe de mí ahora.

—Mi querido amigo —farfulló—. Nosotros, sencillamente, no podemos hacer las cosas tan deprisa; hemos de tener método, ¿comprende?, método.

—Bueno —dije—. Quiero una ocupación ahora o que me devuelvan el dinero.

—Querido amigo, querido amigo —suspiró—, ¡es verdaderamente fantástico!

Echando un vistazo a mi expresión resuelta, suspiró de nuevo y empezó a abrir un cajón tras otro, como ganando tiempo para pensar qué iba a hacer a continuación. Tiró de uno con demasiado fuerza, hubo un golpetazo y se esparcieron por el suelo objetos personales de todo género. Una caja con un millar de clips se volcó. Anduvimos recogiendo del suelo cosas y echándolas sobre la mesa.

Por fin todo quedó recogido y puesto en su sitio.

—Este condenado cajón —dijo, resignado—. Siempre se sale. Los otros están ya acostumbrados a esto.

Durante algún tiempo quedó allí repasando el fichero, luego miró montones de papeles y movió la cabeza negativamente. Cuando los guardó y cogía otro montón, dijo:

—¡Ah! —y luego quedó callado. Minutos después añadió—: Sí, tengo un trabajo

para usted.

Revolvió los papeles, se cambió de gafas y tendió la mano a ciegas hacia un montón de tarjetas. Tomando la que estaba encima, la colocó ante él y lentamente empezó a escribir:

—Vamos a ver, ¿dónde es? ¡Ah, sí! En Clapham. ¿Conoce Clapham?

Sin esperar la respuesta prosiguió:

—Es un estudio de revelado fotográfico. Tendrá que trabajar por las noches. Los fotógrafos callejeros del West End llevan allí su trabajo por la noche y recogen las pruebas por la mañana. Hum, sí, vamos a ver. —Siguió revolviendo papeles—. En ocasiones tendrá que trabajar usted también en el West End con la cámara, como suplente. Ahora lleve esta tarjeta a esta dirección y vea a este señor —terminó, señalando con el lápiz el nombre que había escrito en la tarjeta.

Clapham no era uno de los distritos más sanos de Londres; la dirección a la que fui se hallaba en una calle apartada y pobre de un barrio cercano a un apartadero del ferrocarril y era ciertamente un lugar poco grato. Llamé a la puerta de una casa cuya pintura estaba desconchada y que tenía en una ventana un cristal «reparado» con papel de goma. La puerta se abrió ligeramente y por ella atisbó una mujer desaliñada y con los cabellos revueltos que le caían sobre el rostro.

—¡Eh! ¿Qué quiere?

Se lo dije y, sin responder, se volvió para gritar:

—¡Harry! ¡Uno que viene a verte!

Después se fue, cerrando la puerta y dejándome fuera. Algún tiempo después la puerta se volvió a abrir y apareció en ella un hombre de aspecto rudo, sin afeitarse, sin cuello y con un cigarrillo colgando del labio inferior. A través de los grandes agujeros de las zapatillas asomaban los dedos de sus pies.

—¿Qué desea, jefe? —preguntó.

Le tendí la tarjeta del Bureau de Colocación. Él la tomó por un ángulo y, después de mirarla, me miró a mí. Luego volvió a mirar la tarjeta y dijo:

—Extranjero, ¿eh? Hay muchos en Clapham. No tan deseables como nosotros los ingleses.

—¿Quiere hablarme del trabajo? —pregunté.

—Todavía no —replicó—. Primero tengo que examinarle. Pase. Estoy en el *bismint*.

Con esto me dio la espalda y desapareció. Al entrar estaba bastante desconcertado. ¿Cómo podía estar en el *bismint* cuando se hallaba ante mí?

¿Y qué era, a fin de cuentas, el *bismint*?

El vestíbulo de la casa era oscuro. Permanecí allí sin saber a donde ir y me sobresalté cuando una voz gritó a mi lado, al parecer junto a mis pies:

—¡Eh, jefe! ¿No baja?

Hubo un arrastrar de pies y la cabeza del hombre asomó por la puerta, débilmente iluminada del *basament* (sótano), puerta que yo no había visto. Le seguí por unas escaleras de madera destartadas, temiendo caer por ellas a cada paso.

—El laboratorio —dijo el hombre con orgullo.

Una bombilla de tono ámbar oscuro lucía a través del humo de tabaco. La atmósfera era sofocante. A lo largo de una pared había una mesa de trabajo con un desagüe que corría por toda su longitud. Sobre ella, cubetas de revelado esparcidas a lo largo. En una mesa aparte, a un costado, una ampliadora muy usada, mientras que una tercera mesa, forrada con lámina de plomo, contenía una serie de grandes frascos.

—Me llamo Harry Henry —dijo el hombre—. Prepare sus soluciones para que pueda ver cómo se las arregla. —Y, como pensándolo después, añadió—: Nosotros empleamos siempre el contraste Johnson; salen muy bien.

Harry se puso a mi lado y encendió una cerilla en el fondo de sus pantalones para prender un cigarrillo. Preparé prontamente las disoluciones, el revelador y el fijador.

—Muy bien —dijo—. Ahora tire de ese carrete y haga unas cuantas pruebas. — Cuando iba a probar con un trozo de papel añadió—: No gaste papel; deles cinco segundos.

Harry quedó satisfecho de mi trabajo.

—Pagamos mensualmente, jefe —declaró—. No haga desnudos. No quiero disgustos con la poli. Deme a mí todos los desnudos. Los muchachos tienen a veces la ocurrencia de introducir desnudos especiales para clientes especiales. Ésos me los pasan todos a mí. ¿Comprendido? Ahora empezará a trabajar a las diez de la noche y lo dejará a las siete de la mañana. ¿Conforme? Entonces trato hecho.

Aquella noche, poco antes de las diez, recorrí la sucia calle, tratando de leer los números a la luz difusa. Llegué a la casa y subí por las desaseadas escaleras hasta la puerta agrietada y desconchada. Llamé, di un paso atrás y esperé. Pero no mucho. La puerta se abrió de golpe con un crujido de sus herrumbrosas bisagras. Allí estaba la misma mujer, aquella que me había abierto cuando llamé la primera vez. Era la misma, pero diferente. Tenía la cara empolvada y pintada, el cabello cuidadosamente ondulado y un traje casi transparente que con la luz del vestíbulo tras ella mostraba sus formas rollizas con todo detalle. Me dedicó una amplia y desdentada sonrisa, y dijo:

—Pasa, querido. Soy Marie. ¿Quién te ha dado mi dirección?

Sin esperar mi respuesta, se inclinó hacia mí, con el escotado vestido combándose peligrosamente, y añadió:

—Son treinta chelines la media hora o tres libras diez chelines la noche. Conozco muchos trucos, querido.

Cuando se apartó para que entrara yo, me dio la luz del vestíbulo en el rostro. Al ver mi barba me lanzó una mirada furibunda.

—¡Ah, es usted! —dijo fríamente, y la sonrisa desapareció de su rostro, como la tiza cuando se borra un encerado con un trapo húmedo—. Perdiendo el tiempo —refunfuñó—. ¡Quién iba a suponerlo! ¡Usted! —vociferó—. Tiene que hacerse de una llave. A estas horas de la noche estoy ocupada.

Me volví, cerré la puerta de la calle tras de mí y me dirigí al sótano lóbrego. Había montones de carretes para ser revelados; parecía que todos los fotógrafos de Londres habían volcado sus chasis allí. Trabajé en las tinieblas estigianas, descargando los carretes, sujetándolos con clips por un extremo y metiéndolos en los tanques. «Tan, tan, tan», sonó el reloj. Enteramente, de improviso, sonó también el timbre anunciándome que las películas estaban listas para pasar al lavado por unos minutos. Fuera otra vez y a sumergirlas en el fijativo por un cuarto de hora. Otro chapuzón, esta vez en hiposulfito, y las películas estaban dispuestas para el secado.

Mientras se estaba secando encendí la luz ámbar y amplié unas cuantas pruebas.

Dos horas después tenía todas las películas ampliadas, fijadas, lavadas y secadas rápidamente en alcohol metílico. Habían pasado cuatro horas y estaba adelantando mucho en el trabajo, pero también estaba sintiendo hambre. Eché un vistazo en torno, pero no vi medio alguno de preparar té. Ni siquiera había nada con qué hervir el agua; así que me senté, desenvolví mis bocadillos y lavé cuidadosamente una copa graduada del laboratorio para poder beber un poco de agua. Pensé en la mujer de arriba, preguntándome si estaría bebiendo un buen té caliente y deseando que me trajera una taza.

La puerta que había en lo alto de las escaleras del sótano se abrió de golpe, con estrépito, dejando pasar un torrente de luz. Apresuradamente me lancé a cubrir un paquete de papel sensible abierto, antes de la que la luz lo velara, cuando una voz vociferó:

—¡Eh! ¡Usted, el que está allí! ¿Quiere una taza? Esta noche no se dan bien los negocios y acabo de hacer una tetera antes de irme a la cama. No podía quitármele a usted del pensamiento. Debe haber sido la telepatía.

Rió su propia broma y bajó con estrépito las escaleras. Posando la bandeja, se sentó en un asiento de madera y exhaló un ruidoso:

—¡Uf! ¿No está demasiado caliente esto? —Se deslió el cinturón de la bata y la abrió. Horrorizado, vi que ¡no llevaba nada debajo! Ella percibió mi mirada y rió a carcajadas—. No estoy tentándole; tiene otros trabajos entre manos esta noche.

Se puso en pie y la bata cayó al suelo, mientras tendía la mano al montón de las pruebas que se estaban secando.

—¡Hola! —exclamó, rebuscando entre ellas—. ¡Qué caras! No sé dónde toman esos tíos las fotos.

Volvió a sentarse, abandonando, al parecer, su bata sin desagrado. Hacía calor y se estaba tornando aquello más caliente aún.

—¿Cree en la telepatía? —preguntó.

—Desde luego —repliqué.

—Pues yo he visto un espectáculo en el Palladium donde hicieron telepatía. Yo apostaría que era de verdad, pero el fulano que me llevó dijo que era todo mentira.

Hay una leyenda oriental acerca de un viajero que marchaba por el espacioso desierto de Gobi. Su camello había muerto y el hombre iba arrastrándose casi muerto de sed. Frente a él, de pronto, vio lo que parecía ser un pellejo de cabra lleno de agua, uno de esos pellejos que llevan los viajeros. Se abalanzó con furia hacia él y se inclinó para beber, encontrándose con que era solamente una piel repleta de diamantes de lo mejor, que otro viajero sediento había dejado abandonada para aligerar su carga. Así se comportan las gentes en Occidente. Buscan riquezas materiales, buscan progresos técnicos, cohetes cada vez mayores y que produzcan mayores explosiones, aviones sin piloto e intentan la investigación del espacio. Pero los valores auténticos: el viaje astral, la clarividencia y la telepatía los miran con recelo, creyendo que son trucos escénicos engañosos o cómicos.

Cuando fueron los ingleses a la India, era bien sabido que los hindúes podían enviar mensajes a larga distancia, referentes a revueltas, obstáculos para el desembarco o cualquiera otra noticia de interés. Esos mensajes recorrían el país en unas cuantas horas. Lo mismo se observó en África y fue conocido como el «telégrafo de la selva». Con adiestramiento adecuado no se necesitarían los telégrafos alámbricos. Ni los teléfonos, que nos atacan los nervios. Podríamos mandar mensajes valiéndonos de nuestras capacidades innatas. En países orientales «simpatizan» con la idea y no existen allí pensamientos en contra que eviten poner en funciones las dotes naturales.

—Marie —le dije—. Voy a mostrarle un pequeño truco que demuestra la telepatía, o que la Mente está sobre la Materia. Yo soy la Mente y usted es la Materia.

Me miró con recelo, casi indignada por un momento, pero luego replicó:

—De acuerdo; alguna broma, por supuesto.

Concentré mi pensamiento en la nuca de ella, imaginando que una mosca le picaba. Vi al insecto picándole. De pronto, Marie se dio un capirotazo en aquel sitio, utilizando una palabra muy fea para designar al insecto ofensor. Imaginé que le picaba aún con más fuerza y mirándome se echó a reír.

—¡Atiza! —exclamó—. Si yo pudiera hacer eso, me divertiría mucho con los fulanos que vienen a visitarme.

Noche tras noche fui a la casucha de la calleja retirada y gris. Cuando Marie no estaba ocupada, solía bajar con una tetera a charlar y a escuchar. Poco a poco me fui dando cuenta de que bajo su duro exterior, y a pesar de la vida que llevaba, era una mujer bondadosa con quienes estaban necesitados. Me habló del que me daba trabajo y me previno que debía estar en la casa temprano el último día del mes.

Noche tras noche, revelé y tiré pruebas, dejando todo dispuesto para ser recogido a primera hora de la mañana. Durante todo un mes no vi a nadie sino a Marie; luego, el día treinta y uno me quedé más tarde. A eso de las nueve bajó con estrépito por las escaleras sin alfombrar un individuo de aire astuto. Se detuvo al llegar abajo y me miró con manifiesta hostilidad.

—Se cree que le van a pagar, ¿eh? —dijo con desdén—. Usted trabaja de noche; ahora, fuera de aquí.

—Me iré cuando esté dispuesto a hacerlo, no antes —repliqué.

—¿Qué? —exclamó—. ¡Le voy a enseñar a cerrar la boca!

Atrapó una botella, le quitó el cuello de un golpe contra la pared y vino hacia mí con los filos mellados dirigidos contra mi rostro. Estaba fatigado y un poquito enfadado. Algunos de los más grandes maestros del arte me habían enseñado a luchar en Oriente. Desarmé al despreciable y pequeño sujeto, una tarea fácil, y echándomelo encima de las rodillas le propiné la azotaina mayor que nunca había recibido. Marie oyó los gritos, se lanzó fuera de la cama y se sentó en las escaleras a disfrutar con la escena. El fulano estaba llorando verdaderamente; de modo que le metí la cabeza en el tanque de lavar las pruebas, con el fin de que se limpiara las lágrimas y dejara de lanzar palabras obscenas. Cuando lo dejé en pie, le ordené:

—Quédese en un rincón. Si se mueve antes de que se lo permita, empezaremos de nuevo.

No se movió.

—¡Atiza! Esto es algo que merece la pena de verse —dijo Marie—. Este enano es el jefe de una de las bandas de Soho. Usted lo tiene asustado a pesar de ser él quien siempre asusta a todos.

Me senté y esperé. Cosa de una hora después, el que me había dado trabajo bajó por la escalera y se puso pálido al verme con el «gángster».

—Quiero mi dinero —le dije.

—Es un mes malo —replicó él— y no tengo dinero. He de pagarle a él por su protección —añadió, apuntando al «gángster». Le miré.

—¿Se cree que voy a trabajar en este cochino agujero por nada?

—Deme unos días y veré si pudo rebañar algo. Este —señaló al «gángster»— se lleva todo mi dinero, porque si no le pago pone a mis fotógrafos en un brete.

Ni pago, ni muchas esperanzas de conseguirlo tampoco. Convine en continuar otras dos semanas, para dar al «patrono» tiempo de encontrar dinero de algún modo. Dejé la casa entristecido, pensando en la suerte que tenía al poder ir en bicicleta a Clapham, pues me ahorraba los gastos de transporte. Cuando iba a quitar la cadena a mi máquina, el «gángster» se deslizó furtivamente hacia mí.

—Oiga —me susurró con voz ronca—: ¿quiere conseguir un buen trabajo? Sígame. Veinte libras por semana, todo al contado.

—Lárguese de aquí, lloricón traicionero —repuse severamente—. ¡Veinticinco libras por semana!

Como me volví exasperado hacia él, se escabulló con ligereza, murmurando:

—¡Ponga treinta, la oferta máxima! ¡Todas las mujeres que quiera y la bebida que se le antoje! ¡Diviértase!

Al ver mi expresión, saltó por encima de la barandilla del sótano y desapareció rápidamente hacia las habitaciones privadas de alguien. Yo volví las espaldas y, subiendo a la bicicleta, partí.

Durante casi tres semanas conservé el puesto, haciendo el revelado y trabajando luego un rato como fotógrafo callejero. Pero ni yo ni los otros conseguimos que nos pagaran. Al fin, desesperados, nos marchamos todos.

Para entonces nos habíamos mudado a una de esas ambiguas plazas del distrito de Bayswater, y visité las Bolsas de Trabajo unas tras otras. Al fin, probablemente por deshacerse de mí, un funcionario dijo:

—¿Por qué no va al departamento de Empleos Superiores, en Tavistock Square? Le daré una tarjeta.

Fui allí muy esperanzado. Se me hicieron promesas maravillosas. Una de ellas fue ésta:

—¡Caramba! Pues sí, puede usted convenirnos. Precisamente necesitamos una persona para una nueva estación de investigaciones atómicas en Caithness, Escocia. ¿Podría ir allí para una entrevista?

Afanosamente rebuscó entre los papeles. Yo repliqué:

—¿Pagan los gastos de viaje?

—¡Ah, querido señor, no! —fue la enfática respuesta—. Tendrá que ir por su cuenta.

En otra ocasión viajé —por mi cuenta— a Carding, en Gales. Se precisaba allí una persona con conocimiento de construcciones. Hice el viaje por mi cuenta a través de Inglaterra y Gales. Anduve por las calles de Carding y llegué al otro extremo de la ciudad.

—¡Vaya, vaya! Pues todavía está muy lejos, mire —dijo una afable mujer a la que pregunté la dirección.

Seguí anda que anda y finalmente llegué a la puerta de una casa oculta entre los árboles. La calzada interior estaba bien cuidada y era muy larga y empinada. Al fin llegué. El hombre amable con el que me vi examinó mis papeles (los que me habían sido enviados a Inglaterra desde Shanghai). Los examinó y asintió con un gesto.

—Con certificados así no debe tener dificultades para obtener empleo —dijo—. Por desgracia carece de experiencia en cuanto a los contratos de construcciones en Inglaterra. En consecuencia no puedo ofrecerle ningún puesto. Pero dígame —preguntó—, tiene título de médico, ¿por qué estudió también construcciones? Veo

que es aparejador de obras.

—Como médico tenía que viajar por regiones remotas y quería poder dirigir la construcción de mi propio hospital.

—Humm, desearía poder ayudarle, pero no me es posible.

Fui errando por las calles de Carding, y volví a la lúgubre estación del ferrocarril. Hube de esperar dos horas hasta que hubiera un tren. Al fin llegué a casa y comuniqué una vez más: «Nada de trabajo». Volví a la agencia de colocaciones al día siguiente. El que estaba sentado en el pupitre —¿se habría levantado alguna vez de allí?— dijo:

—Mire, querido muchacho, sencillamente aquí no podemos hablar. Invíteme a almorzar y podré decirle algo, ¿eh?

Durante más de dos horas esperé en la calle, mirando a las ventanas y deseando que no me dolieran tanto los pies. Un policía londinense me miró adustamente desde el otro lado de la calle, al parecer indeciso entre qué pudiera ser yo: un individuo inofensivo o un atracador de bancos en perspectiva. ¡Acaso a él también le dolerían los pies! Al fin el hombre pudo despegarse de su mesa y bajó con estrépito por la destartalada escalera.

—Un número setenta y nueve, querido muchacho. Tenemos que tomar un número setenta y nueve. Conozco un lugar excelente y muy económico para el servicio que ofrece.

Fuimos calle arriba, subimos a un autobús 79, y pronto llegamos a nuestro destino; uno de esos restaurantes de las calles laterales, sólo un poco apartado de las vías principales, donde cuanto menor es el local, mayores son los precios. El Hombre Despegado de su Mesa y yo almorzamos; el mío fue un almuerzo frugal, el suyo extraordinariamente abundante. Luego, con un suspiro de satisfacción, dijo:

—Como sabe, querido muchacho, todos ustedes esperan encontrar un buen empleo; pero no piensan nunca que si los empleos que hay disponibles fueran buenos, nosotros, los empleados de la agencia, los ocuparíamos antes que ustedes. Nuestros propios puestos no nos permiten vivir con desahogo, como sabe.

—Bueno —dije—, pero debe de haber algún medio de obtener un empleo en esta condenada ciudad o fuera de ella.

—La dificultad en cuanto a usted está en que tiene un aspecto diferente y llama la atención. También parece enfermo. Acaso sería conveniente que se afeitara la barba.

Me miró pensativo, evidentemente preguntándose cómo podría largarse con cierta gallardía. De pronto miró el reloj y se puso en pie de un salto.

—Mire, querido muchacho, tengo sencillamente que salir volando. El querido capataz de esclavos estará vigilando —me dio una palmadita en un brazo y dijo—: ¡Bah, bah! No pierda el tiempo viniendo a vernos; sólo tenemos trabajo para camareros y cosas así.

Con esto me volvió la espalda, girando sobre los talones y se fue, dejando que pagara su cuenta, bastante elevada.

Salí sin prisa y fui calle adelante. A falta de otra cosa mejor que hacer estuve mirando unos pequeños anuncios que había en un escaparate. «Viuda joven con niño desea trabajo...». «Tallista capaz de trabajos difíciles, necesita encargos». «Dama masajista, realiza tratamientos a domicilio» («desde luego que así será», dije para mí). Cuando me alejé de allí estuve considerando la cuestión: si las agencias ortodoxas, los «bureaux» y las bolsas no podían serme útiles, ¿por qué no probar a poner un anuncio en un escaparate? «¿Por qué no?», repitieron mis pobres pies cansados, mientras con ruido cavernoso hollaban la acera dura y antipática.

Aquella noche, en casa, rebusqué en mi cabeza, tratando de encontrar el medio de vivir y de hacer dinero suficiente, a fin de llevar adelante las investigaciones sobre el aura. Por último escribí a máquina seis tarjetas postales que decían:

«Doctor en Medicina (título no revalidado en Inglaterra) se ofrece para ayudar en casos psicológicos. Informes aquí».

Hice también otras seis que rezaban:

«Hombre de carrera que ha viajado muchísimo, con títulos científicos, ofrece sus servicios para cualquier cosa desacostumbrada. Excelentes referencias. Escribir: Apartado...».

Al día siguiente, con los anuncios colocados en lugar prominente, tras la vidriera de ciertos escaparates estratégicos de Londres, quedé en espera de los resultados. Y los hubo.

Logré obtener suficiente trabajo psicológico como para ayudarme a vivir, y el fuego mortecino de nuestra economía doméstica creció poco a poco. Como trabajo complementario redacté anuncios, sin figurar en la plantilla, para una de las casas más importantes de productos farmacéuticos, que me proporcionó trabajo por horas. El director, muy generoso y humano, con quien hablé, un médico, me hubiera tomado como fijo, a no ser por el sistema de seguros del personal que estaba en funciones. Era demasiado viejo y estaba demasiado enfermo. Esforzarse en tomar posesión de un cuerpo es algo terrible. El esfuerzo para lograr que las moléculas del cuerpo «nuevo» fueran sustituidas por las del mío, fue casi más de lo que podía soportar. Sin embargo en interés de la ciencia, insistí. Ahora eran más frecuentes mis viajes astrales al Tíbet, durante las noches o durante los fines de semana: cuando comprendía que no iba a ser perturbado. Porque perturbar el cuerpo de alguien que está viajando en lo astral puede ser con frecuencia fatal. Mi solaz era la compañía de aquellos altos lamas que podían verme astralmente y mi recompensa estaba en sus encomios a mis actos. En una de esas visitas tuve que lamentar la muerte de un animalito muy amado, un gato con inteligencia suficiente para avergonzar a muchos humanos. Un viejo lama que estaba conmigo en lo astral sonrió comprensivo, y dijo:

«Hermano mío, ¿recuerdas la parábola del grano de mostaza?». ¡Qué bien la recordaba! Era una de las enseñanzas de nuestra fe.

La pobre mujer, que era joven, había perdido a su primer hijo. Casi enloquecida por el dolor, erraba por las calles de la ciudad, implorando algo, o alguien que devolviera la vida a su hijo. Algunas personas se apartaban compadecidos, otros desdeñosos se burlaban de ella, llamándola loca, por creer que su criatura podía retornar a la vida. No podía consolarse y nadie encontraba palabras para aliviar su pena. Al fin, un viejo sacerdote, observando su extrema desesperación, la llamó y le dijo:

«Sólo hay un hombre en el mundo entero que puede ayudarte. Es el Perfecto, el Buda que reside en lo alto de esa montaña. Ve a verle».

La joven y acongojada madre, con el cuerpo dolorido por el peso de su pena, subió despacio el áspero camino de la montaña hasta que, al fin, al dar vuelta a un recodo, vio a Buda sentado en una roca. Postrándose, exclamó:

«¡Oh, Buda! ¡Vuelve a mi hijo a la vida!».

Buda se levantó y tocó suavemente a la pobre mujer, diciendo: «Baja a la ciudad, ve de casa en casa y tráeme un grano de mostaza del hogar en el cual no haya muerto nunca nadie».

La pobre mujer lanzó exclamaciones de júbilo cuando se puso en pie y se apresuró a descender por el costado de la montaña.

Fue apresurada a la primera casa y dijo:

«Buda me pide que le lleve un grano de mostaza de un hogar donde no se conozca la muerte».

«En esta casa han muerto muchos», le dijeron. En la próxima se le dijo:

«Sería imposible decirte cuántos han muerto aquí, porque es una casa vieja».

Fue de casa en casa, por toda la calle y por la siguiente y por la que seguía después. Sin descansar apenas para reposar o comer, prosiguió por toda la ciudad, de casa en casa, y no pudo encontrar una sola que no hubiera sido visitada alguna vez por la muerte.

Poco a poco volvió a seguir sus pasos, subiendo la ladera de la montaña. Buda, como antes, estaba sentado meditando.

«¿Me has traído el grano de mostaza?», preguntó.

«No, ni lo buscaré más —digo ella—. Mi dolor me cegaba de tal modo que creía ser la única que sufría y padecía».

«Entonces, ¿por qué has vuelto a mí?», preguntó Buda.

«Para pedirte que me enseñes la verdad», respondió ella.

Y Buda le dijo:

«En todos los mundos humanos y en todos los mundos divinos sólo hay una ley: que las cosas son perecederas».

Sí, yo conocía todas las Enseñanzas, pero la pérdida de un ser querido seguía siendo una pérdida. El viejo lama sonrió otra vez y dijo:

«Una linda personita vendrá a alegrar tu vida extraordinariamente difícil y dura. Espera».

Algún tiempo después, varios meses después, tuvimos a «Lady Ku'ei» en nuestra casa. Era una gata siamesa de notable belleza e inteligencia. Criada por nosotros como se puede criar a un ser humano, respondió como lo haría un humano de buena condición. No cabe duda de que alivió nuestras penas y aligeró el peso de las traiciones humanas.

Mi trabajo independiente, sin ningún derecho legal, era difícil, sin duda. Mis pacientes corroboraban la opinión de que cuando el diablo se halla enfermo querría ser monje; pero cuando el diablo se cura, es el diablo. Los relatos que contaban los pacientes para explicar que no podían pagar llenarían muchos libros y obligarían a los críticos a trabajar con exceso. Continué mi búsqueda de un trabajo permanente.

—Ah —dijo un amigo—, podía escribir por su cuenta, como «negro» literario. ¿Cómo no ha pensado en eso? Un amigo mío ha escrito numerosos libros; le daré una tarjeta de presentación para él.

Fui a uno de los grandes museos de Londres a ver al amigo. Se me hizo pasar a un despacho que por un momento pensé era el almacén del museo. Tenía miedo de moverme por temor a tirar algo, así que me senté y empecé a cansarme de estar sentado. Al fin, «el amigo» entró.

—¿Libros? —dijo—. ¿Quiere escribir por su cuenta? Le pondré en contacto con mi agente. Él está en condiciones de organizar algo.

Garabateó afanosamente y luego me tendió un papel con una dirección. Casi antes de que supiera lo que había ocurrido, ya estaba él fuera del despacho. «Bueno —pensé—. ¿Será ésta otra empresa quimérica?».

Miré el trozo de papel que tenía en la mano. ¿Regent Street? Pero ¿en qué lugar de la calle estaría? Bajé del metro en Oxford Circus y, con mi suerte de costumbre, descubrí que estaba en el extremo contrario. Regent Street se hallaba atestada; las gentes parecían rondar a la entrada de los grandes almacenes. Un pelotón de muchachos uniformados o una banda del Ejército de Salvación, no sabría decir cuál de las dos cosas, marchaba ruidosamente por Conduit Street abajo. Seguí andando, pasé ante la asociación de orfebres y plateros, pensando en lo mucho que podrían ayudarme para mis investigaciones unas pocas de sus joyas. Donde la calle se curvaba para entrar en Piccadilly Circus, crucé a la otra acera y busqué aquel condenado número. Había agencias de viaje y zapaterías, pero no agentes literarios. Luego vi el número emparedado entre dos tinieblas. Penetré por un pequeño vestíbulo en cuyo extremo distante había un ascensor abierto. Vi un pulsador y lo oprimí. Pero no ocurrió nada. Esperé cosa de cinco minutos y oprimí de nuevo el botón. Hubo

ruido de pisadas.

—Me ha hecho salir del sótano de la calefacción —dijo una voz—. Precisamente cuando estaba tomando una taza de té. ¿Qué piso desea?

—Quiero ver a Mr. B... —dije—. No sé el piso.

—Ah, el tercero —dijo el hombre—. Está en casa. Le he subido. Aquí es —dijo, abriendo la verja de hierro—. Dando vuelta a la derecha, en aquella puerta. —Con esto desapareció para volver a su té frío.

Abrí la puerta que se me había indicado y fui hacia un pequeño mostrador.

—¿El señor B...? —dije—. Tengo una cita con él.

Una muchacha de pelo negro salió en busca del señor B... y yo miré en torno. Al otro lado del mostrador había otras muchachas tomando té. Un anciano estaba dando instrucciones sobre la entrega de unos paquetes. Tras de mí hallé una mesa con unas cuantas revistas —como en la sala de espera del dentista, pensé— y, en la pared, anuncios de algunas editoriales.

Toda la oficina parecía estar atestada de paquetes de libros y, contra una pared distante, se alineaban escritos recién desempaquetados.

—El señor B. estará con usted dentro de un momento —dijo una voz.

Cuando me volvía para sonreír agradecido a la muchacha del pelo negro, se abrió una puerta lateral y entró el señor B. Le miré con interés, porque era el primer agente literario que había visto en mi vida, o del que tenía noticia. Llevaba barba y pude imaginarlo como un viejo mandarín chino. Pues, aun siendo inglés, poseía la dignidad y cortesía, sin par en Occidente, de un viejo chino culto.

El señor B. vino, me saludó, estrechándome la mano y me hizo pasar por la puerta lateral a un aposento muy pequeño que me recordó una celda de prisión sin rejas.

—Y bien, ¿en qué puedo servirle?

—Quiero trabajo —dije.

Me hizo preguntas sobre mi persona, pero pude ver por su aura que no tenía ningún trabajo que ofrecerme; que se mostraba cortés por consideración al hombre que me había presentado. Le mostré mis documentos de China y su aura parpadeó por el interés. Los tomó, los examinó atentamente y dijo:

—Debería escribir un libro. Creo que podría encargarle un libro.

Fue una impresión que casi me hizo caer de espaldas. ¿Yo? ¿Un libro sobre mí? Miré su aura con atención, con el fin de ver si lo decía de verdad, o si era sólo una manera cortés de despacharme. Pero su aura dijo que hablaba en serio, aunque tenía dudas en cuanto a mis facultades literarias. Cuando me despedí de él, sus últimas palabras fueron:

—Verdaderamente, debería escribir un libro.

—¿Cómo tiene esa cara tan triste? —preguntó el ascensorista—. Fuera brilla el sol. ¿No ha querido su libro?

—Eso es precisamente la dificultad —repliqué cuando salía del ascensor—: que lo quiere.

Fui por Regent Street pensando que todos estaban locos. ¿Escribir yo un libro? ¡Qué disparate! Todo cuanto deseaba era un empleo que me proporcionara dinero suficiente para subsistir y un poco más, a fin de poderme dedicar a las investigaciones aureicas, pero todo cuanto se me ofrecía era escribir un libro tonto acerca de mí mismo.

Poco tiempo antes había escrito a un anuncio que pedía escritores técnicos para libros instructivos referentes a la aviación. Por el correo de la noche recibí una carta en la que se me invitaba a acudir a una entrevista al día siguiente. «Ah —pensé—, al fin voy a conseguir ese trabajo en Crawley».

Al día siguiente, a primera hora de la mañana cuando me estaba desayunando antes de salir para Crawley, echaron una carta en el buzón. Era del señor B. Decía: «Debe escribir un libro. Piénselo seriamente y venga a verme de nuevo».

«¡Bah! —me dije—, detestaría tener que escribir un libro». Fui a la estación de Clapham para tomar el tren de Crawley. Aquel tren era para mí el más lento que conocí jamás. Parecía demorarse en todas las estaciones y hacía trabajosamente su camino entre una y otra, como si la locomotora o el maquinista estuvieran dando las últimas boqueadas. Por fin llegué a Crawley. El día se había vuelto ahora de un calor abrasador y yo había perdido el autobús. El siguiente me permitiría llegar a tiempo. Anduve por las calles, siendo mal orientado por una persona tras otra, porque la casa que iba a visitar estaba en un sitio poco conocido. Al fin, casi demasiado cansado para preocuparme por eso, llegué a un prado amplio y descuidado. Cruzándolo, me hallé por último ante una casa ruinoso donde parecía haber estado alojado todo un regimiento.

—Ha escrito una carta excepcional —dijo el hombre con quien me entrevisté—. Quería ver qué clase de hombre era aquél, capaz de escribir una carta así.

Quedé boquiabierto al pensar que me había hecho venir hasta allí sólo por una ociosa curiosidad.

—Pero usted solicitaba un escritor técnico —dije— y estoy dispuesto a someterme a cualquier prueba.

—Ah, sí —dijo el hombre—, pero hemos tenido muchas dificultades desde que se publicó ese anuncio. Estamos organizándonos y no tomaremos a nadie hasta dentro de seis meses cuando menos. Pero pensamos que le gustaría venir a ver nuestra casa.

—Estimo que deberían pagarme los gastos de viaje —repliqué—, puesto que me han traído aquí engañado.

—Ah, no podemos hacer eso —dijo—. Usted se ofrecía a acudir a una entrevista y nosotros nos hemos limitado a aceptar su oferta.

Estaba tan deprimido que el largo camino de retorno a la estación me pareció más

largo todavía. La espera inevitable hasta que llegara el tren y el lento viaje de regreso a Clapham. Las ruedas del tren parecían ir diciendo tras de mí: «Debes escribir el libro, debes escribir el libro, debes escribir el libro». En París hay otro lama tibetano que vino a Occidente para una finalidad determinada. Por el contrario que yo, las circunstancias han dispuesto que eludiera toda publicidad. Realiza su tarea y muy pocas gentes saben que fue antaño lama de una lamasería del Tíbet al pie del palacio de Potala. Le había escrito pidiéndole su opinión, y diré, anticipando un poco las cosas, que fue del parecer de que sería insensato escribir.

La estación de Clapham se me antojó más sucia y deslucida que nunca, dado mi estado de ánimo. Marché por la rampa abajo a la calle y fui a casa. Mi esposa me miró al rostro y no preguntó nada. Después que comimos, aunque yo no tenía ganas, dijo:

—Ha telefoneado el señor B. esta mañana. Dice que debes hacer una sinopsis y llevársela para que la vea.

¡Una sinopsis! Sólo pensar en eso me ponía malo. Luego leí las cartas que habían llegado. Dos de ellas decían que «el puesto estaba ya ocupado y que agradecían mi demanda». También había llegado la carta del lama, amigo mío, que estaba en Francia.

Me senté ante la máquina de escribir, estropeada y vieja, una «herencia» de mi antecesor, y me puse a teclear. Escribir para mí es arduo e ingrato. No tengo «inspiración» ni ningún dote para ello. Me limito a trabajar más que la mayoría sobre un tema y, cuanto más me desagrada éste, tanto más de prisa escribo, a fin de que quede terminado antes.

El día iba tocando a su tedioso fin y las sombras del anochecer llenaron las calles y fueron disipadas cuando el alumbrado público vino a lanzar un violento resplandor sobre las casas y las gentes. Mi esposa encendió la luz y corrió la cortina. Seguí escribiendo.

—Bueno —exclamé—, si esto no le gusta, dejaré todo. Y espero que no le guste.

A la tarde siguiente fui a visitar de nuevo al señor B. Miró una vez más mis papeles, luego tomó la sinopsis y se retrepó en el asiento para leerla. Frecuentemente asentía aprobatoriamente con la cabeza y, cuando hubo terminado, dijo con mucha reserva:

—Creo que podremos colocarlo. Déjeme esto y entretanto escriba el primer capítulo.

No sabía si debiera sentirme contento o afligido cuando bajaba por Regent Street hacia Piccadilly Circus. Mi situación económica había llegado a un punto peligrosamente bajo; sin embargo, me desagradaba el pensamiento de escribir acerca de mí.

Dos días después recibí una carta del señor B. en la que me invitaba a visitarle,

anunciándome que tenía buenas noticias que darme. Mi corazón se angustió al pensarlo: ¡de modo que al fin tendría que escribir el libro! El señor B. radiaba benevolencia ante mí.

—Tengo un contrato para usted —dijo—. Pero quiero llevarle primero a que vea al editor.

Fuimos juntos a otra parte de Londres y entramos en una calle que había sido un barrio distinguido, con casas de muchos pisos. Ahora aquellas casas se usaban como oficinas y las personas que vivieron en ellas habitaban en distritos lejanos.

Fuimos por la calle adelante y nos detuvimos ante una casa de aspecto poco distinguido.

—Es aquí —dijo el señor B.

Penetramos en un oscuro vestíbulo y subimos por unas escaleras en curva hasta el primer piso. Al fin se nos introdujo ante el señor editor, que al principio parecía un poco sarcástico, pero que poco a poco se mostró más amable. La entrevista fue de breve duración y tras ella volvimos otra vez a la calle.

—Regresaremos a mi oficina, querido. ¿Dónde están mis gafas? —dijo el señor B., buscando afanosamente en sus bolsillos las gafas que echaba de menos. Suspiró con alivio cuando las encontró, y volvió a decir—: Volvamos a mi oficina, tengo el contrato dispuesto para la firma.

Por fin había algo concreto: un contrato para escribir un libro. Decidí que debía cumplirlo por mi parte y confié en que el editor lo cumpliera por la suya. Ciertamente, *El Tercer Ojo* hizo que el contrato resultara apetecible para él.

El libro progresó. Cada vez que terminaba un capítulo se lo llevaba al señor B. En numerosas ocasiones visité a este señor y a su señora en la encantadora casa donde vivían, y me sentía grato pagar aquí en particular un tributo de agradecimiento a la señora B. Me recibió como pocos ingleses lo hicieron. Me animó y fue la primera mujer inglesa que lo hizo. En todo momento fui acogido favorablemente por ella. Así, pues, ¡muchas gracias, señora B.!

El clima de Londres había hecho que mi salud empeorara en poco tiempo. Me esforcé por resistir mientras terminaba el libro, valiéndome de todo mi entrenamiento para alejar la enfermedad algún tiempo. Cuando terminé el libro tuve el primer ataque de trombosis coronaria y por poco muero. En un hospital londinense muy afamado, el personal médico se mostró intrigado acerca de muchas cosas respecto a mí; pero yo no les esclarecí nada; acaso este libro se lo esclarezca.

—Debe dejar Londres —dijo un especialista—. Aquí pelagra su vida. Vaya a un clima diferente.

«¿Dejar Londres? —pensé—. Pero ¿adónde ir?». Discutimos en casa la cuestión, tratando de los medios, maneras y lugares apropiados para vivir.

Varios días después hube de volver al hospital para una comprobación final.

—¿A dónde va a ir? —preguntó el especialista—. Su estado aquí no mejorará.

—Pues no lo sé —repuse—. Hay que tener en cuenta muchas cosas.

—No hay sino una que tener en cuenta —dijo, impaciente—: si se queda aquí morirá. Si se traslada a otra parte podrá vivir un poco más. ¿No comprende que su estado es grave?

Una vez más tenía que afrontar un difícil problema.

Capítulo décimo

«¡Lobsang! ¡Lobsang!».

Me revolví inquieto en mi sueño. El dolor del pecho era agudo, el dolor aquel de la trombosis. Jadeando, volví a la conciencia. Y volví a oír de nuevo:

«¡Lobsang!».

«¡Ah! —pensé—. ¡Me siento muy mal!».

«¡Lobsang! —siguió diciendo la voz—. Escúchame, yace de espaldas y escúchame».

Yací de espaldas con fatiga. Mi corazón latía con violencia y el pecho palpitaba al unísono. Gradualmente, en las tinieblas de mi aposento solitario, se puso de manifiesto una figura. Primero, como un resplandor azul que fue volviéndose amarillo; luego, como la forma materializada de un hombre de mi edad.

—No puedo viajar astralmente esta noche —dije—; mi corazón dejaría de latir y mis tareas quedarían inconclusas.

«¡Hermano! Sabemos en qué estado te encuentras y por eso he venido a verte. Escucha, no necesitas hablar».

Me recosté contra el testero de la cama, respirando de modo entrecortado. Era penoso respirar normalmente, pero, sin embargo, tenía que hacerlo para poder vivir.

«Hemos discutido tu problema entre nosotros —dijo el lama materializado—. Hay una isla frente a la costa inglesa; isla que fue antaño parte de un continente perdido, de la Atlántida. Vete allí y hazlo lo más pronto posible. Descansa algún tiempo en ese país amigo, antes de emprender el viaje al continente americano. Ve ahora a la orilla occidental, cuyo litoral es batido por un turbulento océano. Ve a la ciudad verde y luego más allá».

¿Irlanda? ¡Sí! Un paraje ideal. Siempre me he entendido bien con los irlandeses. ¿La ciudad verde? Entonces la respuesta me vino a la mente: Dublín, que desde una gran altura parecía verde, por el Phoenix Park y por el río Liffey, que fluye de las montañas hacia el mar.

El lama sonrió aprobatoriamente.

«Recobrarás una parte de tu salud, pues vas a tener otro ataque. Tenemos que hacer que vivas para que la Tarea adelante, para que la Ciencia del Aura pueda estar más cerca de la fructificación. Ahora partiré, pero cuando estés un poco repuesto es de desear que visites el País de la luz Dorada».

La visión se desvaneció ante mi vista y mi aposento quedó más oscuro a causa de ello, más solitario. Mis sufrimientos habían sido grandes, mis penas estaban más allá de cuanto podría soportar o comprender la mayoría.

Me recosté, mirando, sin ver, a través de la ventana. ¿Qué me habían dicho en una reciente visita astral a Lhasa? Ah, sí: «¿Encuentras dificultades para obtener un

empleo? Por supuesto, hermano, *tú no formas parte del mundo occidental*, vives en un tiempo de prestado. El hombre cuyo tiempo vital estás ocupando hubiera muerto de cualquier modo. Tu necesidad temporal de su cuerpo, en una duración mayor que el tiempo de su vida, significa que ese cuerpo podrá dejar la vida con honra y provecho. Esto no es el Karma, hermano, sino una tarea que estás realizando en ésta tu última vida en la Tierra».

Una vida bien dura, por cierto, dije para mí.

Por la mañana estuve en condiciones de originar cierta consternación y sorpresa al anunciar:

—Nos vamos a vivir a Irlanda. A Dublín primero y luego fuera de la ciudad.

No pude ayudar mucho a preparar las cosas, porque estaba muy enfermo y casi tenía miedo de moverme, por temor de provocar un ataque cardíaco. Las maletas quedaron hechas, se obtuvieron los billetes y, al fin, partimos. Fue grato estar en el aire de nuevo y noté que la respiración me era más fácil.

La compañía aérea, llevando a bordo un «caso cardíaco», no quiso correr riesgos y en la redcilla, sobre mi cabeza, había un cilindro de oxígeno.

El avión voló más bajo y giró en círculo sobre una tierra de un verde vivaz orlada con la blancura de leche del oleaje. Descendió aún más y se oyó el ruido del tren de aterrizaje al ser bajado, seguido por el chirriar de los neumáticos al tocar en la pista de aterrizaje.

Volví con el pensamiento a las circunstancias de mi primera llegada a Inglaterra y al trato que me dio el oficial de Aduanas. «¿Irás a ser aquí lo mismo?», pensé. El avión rodó por la pista hasta los edificios del aeropuerto, y me sentí más que un poco mortificado al encontrarme con una silla de ruedas que me estaba esperando. En la Aduana, los funcionarios nos miraron con fijeza y preguntaron:

—¿Cuánto tiempo van a quedarse?

—Hemos venido para vivir aquí —repliqué.

No hubo dificultades y ni siquiera examinaron nuestras pertenencias. «Lady Ku'ei» asombró a todos cuando, tranquila y dueña de sí misma, montó la guardia sobre nuestro equipaje. Estos gatos siameses, si se les educa y trata como *seres*, no como animales solamente, llegan a poseer una inteligencia superlativa. Ciertamente, yo prefiero la amistad de «Lady Ku'ei» y su lealtad al trato con los humanos; por las noches se sienta a mi lado y despierta a mi esposa si me siento mal.

Nuestro equipaje fue trasladado a un taxi y salimos en él de la ciudad de Dublín. El ambiente de amistad era muy marcado; nada parecía ser demasiado difícil. Yací en mi cama, en una habitación que daba a los parques del Trinity College. Por la carretera que pasaba junto a mi ventana el tráfico transcurría a paso moderado.

Precisé algún tiempo para reponerme del viaje; pero cuando pude andar por allí, los amables funcionarios del Trinity College me proporcionaron un pase que me

autorizaba a utilizar su parque y su magnífica biblioteca. Dublín era la ciudad de las sorpresas: allí se podía comprar casi todo. Había una variedad de artículos a la venta mayor que en Windsor, Canadá o que en Detroit, en los Estados Unidos. Algunos meses después, cuando estaba escribiendo *El doctor de Lhasa*, decidimos trasladarnos a un pueblo de pescadores que se hallaba a unos treinta y dos kilómetros. Tuvimos la suerte de encontrar una casa que daba a Balscadden Bay, una casa con unas vistas verdaderamente asombrosas.

Tenía que hacer mucho reposo y me era imposible mirar a través de los cristales de la ventana con prismáticos, debido a los efectos deformadores del vidrio. Un constructor local, Brud Campbell, del cual me hice muy amigo, sugirió el vidrio cilindrado. Instalado éste, pude reposar en la cama viendo las barcas de pesca en la bahía. Ésta, en toda su extensión, se hallaba ante mi vista, con el Yacht Club, las oficinas de las autoridades del puerto y el faro como puntos salientes del paisaje. En un día claro podía ver las montañas de Mourne, allá, en la Irlanda ocupada por los ingleses, en tanto que desde Howth Head alcanzaba a divisar confusamente las de Gales, al otro lado del mar de Irlanda.

Compramos un coche de segunda mano y viajábamos con frecuencia por las montañas de Dublín, disfrutando del aire puro y del bello panorama. En una de estas excursiones me hablaron de una gata siamesa que estaba a punto de morir debido a un enorme tumor interno. Insistiendo mucho conseguimos traérsela a casa. El mejor veterinario cirujano de toda Irlanda la examinó; pero su opinión fue que le quedaban sólo unas horas de vida. Le convencí de que la operara para extraer el tumor, originado por los malos cuidados y por haber tenido demasiados gatitos. Se curó, y demostró poseer el temperamento más amable que he visto en personas o en animales. Ahora, cuando estoy escribiendo, anda en torno mío como la amable vieja dama que es. Completamente ciega, sus hermosos ojos azules radiaban de inteligencia y de bondad. «Lady Ku'ei» paseaba con ella o la dirigía telepáticamente, para que no tropezara con algo y se hiciera daño. Le llamamos la Abuelita de los Bigotes Grises, porque se asemejaba mucho a una anciana abuela cuando andaba por allí, disfrutando del crepúsculo de su vida, después de haber criado muchos hijos.

Howth me trajo la felicidad. Una felicidad que no había conocido hasta entonces. El señor Loftus, el policía, o «guard», como le llaman en Irlanda, se detenía con frecuencia en nuestra casa para charlar. Era siempre un visitante bien recibido. Siendo un hombre tan alto y bien plantado como un guardia de Buckingham Palace, tenía fama de justiciero y valiente. Solía venir, cuando estaba libre, a hablar de países distantes. Era grato oírle decir: «Por Dios, doctor, tiene talento como para derrocharlo». He sido maltratado por la policía de muchos países y el «guard» Loftus de Howth me hizo ver que también había policías buenos.

Mi corazón mostraba síntomas de congoja otra vez y mi esposa quiso que se

instalara un teléfono. Desgraciadamente, todas las líneas de «The Hill» estaban en servicio y no pudimos tenerlo. Una tarde llamaron a la puerta y una vecina nuestra, la señora O'Grady dijo:

—He oído decir que quieren un teléfono y que no pueden conseguirlo. Utilicen el nuestro a la hora que gusten; aquí tienen una llave de la casa.

Los irlandeses nos trataron bien. El señor y la señora O'Grady estaban siempre procurando sernos útiles y hacer que nuestra estancia en Irlanda fuera aún más agradable. Ha sido un placer y un privilegio para nosotros el traer a la señora O'Grady a nuestra casa de Canadá a pasar una temporada, demasiado breve, sin embargo.

De improviso, y de manera terriblemente desagradable, me puse muy mal. Los años pasados en los campos de concentración, los esfuerzos enormes que había hecho y mis inusitadas experiencias se combinaron para hacer que el estado de mi corazón fuera verdaderamente grave. Mi esposa fue precipitadamente a casa de los O'Grady y telefoneó al médico para que viniese prontamente. En un espacio de tiempo sorprendentemente corto el doctor Chapman entró en el dormitorio y con la eficiencia que dan sólo los largos años de práctica, ya estaba preparando la inyección. Era uno de los médicos a la antigua escuela, el médico de familia que sabe más que media docena de esos médicos producidos en serie, tan estimados hoy en día. Mi amistad con el doctor fue un caso de «simpatía a primera vista». Lentamente, bajo sus cuidados, mejoré lo bastante para levantarme de la cama. Entonces vino una serie de visitas a especialistas de Dublín. Alguien me había dicho en Inglaterra que no me pusiera nunca en manos de un médico irlandés. Pero lo hice y obtuve un tratamiento médico mejor que en cualquier otro país del mundo. Había allí un tacto personal y humano que valía más que todas las frialdades mecánicas de los jóvenes doctores.

Brud Campbell había levantado una sólida pared de piedra en torno de nuestro terreno, en sustitución de otra en ruinas, porque éramos lamentablemente perturbados por los excursionistas ingleses. Solían venir desde Liverpool y entraban y se metían en los jardines de los vecinos de Howth para acampar. Nosotros tuvimos un caso de estos excursionistas que nos divirtió bastante. Una mañana llamaron con fuerza a la puerta. Mi esposa salió a abrir y se encontró con una alemana. Ésta quiso entrar, pero no lo logró. Entonces anunció que iba a acampar ante nuestra puerta hasta que se le permitiera «sentarse a los pies de Lobsang Rampa». Como yo estaba en cama, y desde luego no quería que nadie se sentara a mis pies, se le pidió que se fuera. Por la tarde se encontraba todavía allí. El señor Loftus vino con aire muy fiero y decidido y convenció a la mujer de que bajara a la carretera, tomara el autobús para Dublín y no volviese por allí.

Eran días atareados en los que traté de no sobrecargar mis fuerzas. *El médico de Lhasa* había quedado terminado, pero llegaban cartas de todas las partes del mundo.

Pat, el cartero, venía jadeando a nuestra puerta, después de subir la cuesta.

—¡Ah, buenos días tengan ustedes! —solía decir a quienquiera que abriese la puerta—. ¿Cómo está él hoy? Ah, les aseguro que tantas cartas me van a deslomar.

Una noche, mientras yacía en la cama viendo parpadear las luces de Portmarnock y las de los barcos que estaban muy mar adentro, me di de pronto cuenta que había un anciano sentado que me miraba. Sonrió cuando me volví hacia él.

«He venido a ver —dijo— si vas mejorando, porque sería de desear que volvieras otra vez al País de la Luz Dorada. ¿Cómo te encuentras?».

—Creo que podría hacerlo con un poco de esfuerzo —repliqué—. ¿Vas a venir conmigo?

«No —repuso—. Pero tu cuerpo es ahora más valioso que nunca y vengo a quedarme aquí a guardarte».

Durante los últimos meses había sufrido mucho. Una de las causas de mis sufrimientos fue algo que a cualquier occidental le repugnaría creerlo: se había consumado el cambio total de mi cuerpo. El cuerpo sustituto fue teletransportado a alguna parte y se le dejó que se convirtiese en polvo. Para aquellos que estén sinceramente interesados en esto diré que es éste un antiguo arte oriental acerca del que pueden encontrarse referencias en ciertos libros.

Permanecí durante unos momentos acumulando fuerzas. Al otro lado de la ventana, una lancha de pesca pasaba petardeando. Las estrellas brillaban y la isla de Ireland's Eye estaba bañada por la luna. El anciano sonrió y dijo:

«Tienes aquí una vista agradable».

Asentí con un gesto, silenciosamente; enderecé mi espinazo, doblé las piernas por debajo y partí como una bocanada de humo. Durante algún tiempo me mecí sobre el promontorio, contemplando bajo mis pies el paisaje iluminado por la luna. La isla Ireland's Eye, enfrente de la costa y mucho más allá la de Lambay. Abajo brillaban las luces de Dublín, ciudad moderna y bien iluminada. A medida que ascendía más fui viendo poco a poco la majestuosa curva de la bahía de Killenye, que recuerda tanto la de Nápoles, y más allá, Greystones y Wicklow. Me deslicé más, fuera de este mundo, de este espacio y de este tiempo. A un plano de existencia que no puede ser descrito en lenguaje de este mundo tridimensional.

Era como ir de la oscuridad a la luz del sol. Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me esperaba.

«Te has portado muy bien, Lobsang y has sufrido mucho —dijo—. En un corto espacio de tiempo estarás de regreso aquí para no partir más. El esfuerzo ha merecido la pena».

Avanzamos por el espléndido paisaje, y llegamos al Palacio de los Recuerdos, donde había mucho todavía que aprender.

Durante algún tiempo estuvimos charlando mi Guía, un grupo de seres

majestuosos y yo.

«Pronto —dijo uno de ellos— irás al país de las pieles rojas y allí habrá otra tarea que debes realizar. Recobra tus fuerzas aquí, por unas horas, porque las últimas duras pruebas por las que pasaste han sobrecargado tus fuerzas lamentablemente».

«Sí —observó otro—, pero no te inquietes por quienes puedan criticarte, pues no saben lo que dicen y están cegados con esa ignorancia que cada cual se impone a sí mismo en Occidente. Cuando la muerte cierre sus ojos y nazcan a la vida Superior, entonces sin duda lamentarán las penas y contrariedades que tan innecesariamente han causado».

Cuando volví a Irlanda, la tierra estaba aún en sombras y sólo unos pocos rayos de luz asomaban en el firmamento matinal. A lo largo de las dilatadas arenas de Clontarf, rompía el oleaje con suspiro gemebundo. Se destacó el promontorio de Howth, una silueta oscura a la luz indecisa que precede al alba. Cuando descendía fluctuante, miré el tejado de nuestra casa. «¡Pobre de mí! —exclamé para mis adentros—. Las gaviotas han ladeado la antena. Tendré que llamar a Brud Campbell para que la enderece». El anciano estaba sentado aún a la cabecera de mi cama. A los pies de ésta se hallaba la señora Fifí Bigotes Grises, como de guardia. Cuando volví a ocupar mi cuerpo y a reanimarle, vino hacia mí, restregándose y ronroneando. Lanzó un leve maullido y Lady Ku'ei entró, saltó a la cama y ocupó su puesto en mi regazo. El anciano los contempló con marcado afecto y observó:

«Verdaderos seres de orden superior. Debo partir, hermano».

El correo de la mañana trajo una despiadada notificación de impuestos de la Oficina de Contribuciones Irlandesa. Las únicas personas que me desagradan en Irlanda son las que se relacionan con la Contribución; no parecen nada serviciales y sí innecesariamente entrometidos. Los impuestos para los escritores son en Irlanda condenatorios por completo, lo que es una pena, pues Irlanda podría desenvolverse muy bien con aquellos que gastarían allí su dinero. Pero, a pesar de los impuestos, yo viviría en Irlanda mejor que en cualquier otro país del mundo, si se exceptúa el Tíbet.

—Iremos al Canadá —dije.

Sombrías miradas acogieron esta afirmación.

—¿Cómo llevaremos los gatos? —me preguntaron.

—Por avión, desde luego. Pueden hacer el viaje con nosotros —respondí.

Las formalidades fueron considerables y grandes las demoras. Los funcionarios irlandeses se mostraron serviciales en extremo, pero los canadienses no lo fueron en absoluto. El Consulado americano fue más servicial que el canadiense. Se nos tomaron las huellas dactilares, y se nos interrogó. Luego pasamos al examen médico. Me suspendieron.

—Demasiadas cicatrices —dijo el médico—. Tiene que pasar por los rayos X.

El médico irlandés que me miró por rayos me lanzó una mirada compasiva.

—Debe usted haber tenido una vida terrible —dijo—. Esas cicatrices... Tendré que comunicar mis resultados al Consejo de Sanidad canadiense. En atención a su edad, puedo anticiparle que le permitirán el ingreso en Canadá, pero sujeto a ciertas condiciones.

Lady Ku'ei y la señora Fifí Bigotes Grises fueron examinadas por un veterinario cirujano y a ambas se les declaró aptas. Mientras esperaba que se fallara mi caso, hice gestiones para llevar los gatos con nosotros en el avión. Solamente la línea aérea suiza aceptó; así que provisionalmente contratamos el viaje con ellos.

Días después fui llamado a la Embajada canadiense. Un individuo me miró con aire avinagrado.

—Está enfermo —dijo—. Tengo que cerciorarme de que no va a ser una carga para la nación.

Anduvo de aquí para allá y luego, con enorme esfuerzo, dijo:

—Montreal ha autorizado su entrada, a condición de que comunique su llegada inmediatamente al Consejo de Sanidad y acepte cualquier tratamiento que ellos crean que necesita. Si no está conforme, no podrá ir —dijo, esperanzado.

Me parecía muy extraño que hubiera en otros países tantos funcionarios de Embajada innecesariamente enojosos; después de todo no son sino servidores a sueldo, que no puede uno siempre denominar «servidores civiles».

Mantuvimos en reserva nuestros propósitos; sólo nuestros amigos más íntimos sabían que nos íbamos y adónde nos íbamos. Como aprendimos a nuestra costa, se trataba de un caso que si trascendiera haría que viniese algún periodista a llamar a nuestra puerta para preguntar el porqué. Por última vez dimos un paseo en coche por Dublín y por los bellos parajes de Howth. Era ciertamente una contrariedad el pensar siquiera en irnos, pero ninguno estábamos allí por gusto. Una empresa muy competente de Dublín se comprometió a llevarnos en un autobús hasta Shannon, a nosotros, a los gatos y al equipaje.

Unos pocos días antes de Navidad estuvimos prontos para partir. Nuestro viejo amigo el señor Loftus vino a despedirnos y a vernos marchar. Si no hubo lágrimas en sus ojos, estaré yo muy equivocado. También vinieron a vernos el señor y la señora O'Grady. Aquél dejó de ir a trabajar con ese propósito. «Ve O'G» estaba manifiestamente turbada. Paddy trataba de ocultar su emoción con unas muestras de jovialidad que no engañaban a nadie. Cerré la puerta, di la llave al señor O'Grady, para enviarla por correo al abogado, tomamos el autobús y dejamos atrás la época más feliz de mi vida desde que dejé el Tíbet, y las gentes más amables que había encontrado en muchísimos años.

El autobús marchó aceleradamente por la lisa carretera que iba a Dublín y nos abrimos paso entre el tráfico urbano de la capital. Seguimos por el campo despejado al pie de las montañas. Continuamos rodando varias horas. El chófer, afable y

competente en su trabajo, nos fue señalando los puntos más destacados del paisaje y se mostró solícito por nuestro bienestar y comodidades. Nos detuvimos media hora para tomar el té. Lady Ku'ei gustaba de sentarse en alto para mirar el tráfico y maullaba dándole ánimos a quienquiera que la llevase. La señora Fifí Bigotes Grises prefería permanecer quieta y pensar. Cuando el autobús se detuvo para tomar el té, hubo gran consternación entre ellas. ¿Por qué nos habíamos detenido? ¿Marchaba todo bien?

Continuamos, porque la carretera era larga y Shannon se hallaba muy lejos. La oscuridad cayó sobre nosotros e hizo que marcháramos un poco más despacio. Ya de noche llegamos al aeropuerto de Shannon, dejamos allí nuestros equipajes mayores y se nos condujo a un alojamiento que había sido contratado para aquella noche y para el día siguiente. A causa de mi estado de salud y de las dos gatas, nos quedamos en Shannon una noche y un día y partimos a la noche siguiente. Cada uno ocupamos una habitación, aunque por fortuna tenían puertas de comunicación, porque los gatos no sabían donde quedarse. Durante algún tiempo anduvieron errando por allí, bufando como un aspirador, «leyendo» todo cuanto se refería a las gentes que habían ocupado la habitación con anterioridad; luego se quedaron quietos y pronto se durmieron.

Descansé al día siguiente y anduve viendo el aeropuerto. Las tiendas «libres de derechos» me interesaron, pero no podía comprender su utilidad; si compraba uno un artículo, tendría que declararlo en alguna parte y allí pagaría derechos. ¿Qué salía uno ganando?

Los funcionarios de la línea aérea suiza eran serviciales y competentes. Quedaron pronto ultimadas las formalidades y permanecimos en espera de nuestro avión. Llegó la medianoche, pasó y dio la una. A la una y media se nos llevó a bordo de un enorme avión suizo; y a nosotros y a las dos gatas. Todos quedaban muy impresionados por el dominio de sí mismos y la compostura de los animales. Ni siquiera el ruido de los motores les conturbó. Pronto fuimos rodando por la pista más y más de prisa. La tierra fue quedando debajo, el río Shannon fluyó un momento bajo un ala y desapareció. Ante nosotros, el vasto Atlántico embravecido, que dejaba una blanca espuma de oleaje a lo largo de las costas de Irlanda. Cambió el tono de los motores: de las toberas canadienses salieron largas llamaradas. La proa se inclinó un poco. Las dos gatas se miraron silenciosas; ¿había algo inquietante?, preguntaban. Era la séptima vez que yo cruzaba el Atlántico y les sonreí tranquilizadamente. Pronto se hicieron un ovillo y durmieron.

La larga noche fue transcurriendo. Viajábamos con la oscuridad; para nosotros la noche debía ser unas doce horas de oscuridad. Las luces de la cabina de pasaje se amortiguaron, dejándonos con un azulado destello y con una leve perspectiva de dormir. Los zumbantes motores nos llevaron a doce mil metros de altura sobre el mar gris y agitado. Lentamente el diseño estelar cambió. Lentamente también se fue

observando un leve resplandor en el firmamento distante, al borde mismo de la curvatura de la Tierra. Hubo una explosión de movimientos en la cocina, ruido de platos, y luego, poco a poco, como una planta que crece, crecieron las luces. La amable azafata vino a todo lo largo de la cabina, siempre atenta a la comodidad de los viajeros. La solícita tripulación al servicio del pasaje trajo el desayuno. No hay ninguna nación como los suizos para mostrarse competentes en el aire, atendiendo a las necesidades de los pasajeros y proporcionándoles alimentos verdaderamente buenos. Las gatas se sentaron, muy atentas ante el pensamiento de comer otra vez.

Muy distante, a la derecha, la raya de un resplandor grisáceo se ensanchó rápidamente. ¡Nueva York! Inevitablemente pensé en la primera vez que vine a América, trabajando como maquinista en un barco para pagarme el pasaje. Entonces los rascacielos de Manhattan se habían alzado hasta el cielo impresionantes por sus proporciones. Pero ¿dónde estaban ahora? ¿No eran realmente otra cosa que aquellas motitas? El gran avión giró en círculo con el ala ladeada. Los motores cambiaron de tono. Gradualmente fuimos bajando más y más. Gradualmente también los edificios del suelo cobraron forma, y lo que parecía un paraje desierto, se convirtió en el aeropuerto internacional de Idlewild. El diestro piloto suizo posó el avión con sólo un leve chirrido de neumáticos. Suavemente rodamos por la pista hasta los edificios del aeropuerto. «Manténganse en sus sitios, por favor», dijo la azafata. Un leve golpe y la escala móvil quedó apoyada contra el fuselaje; un ruido metálico y la puerta de la cabina quedó abierta.

—¡Adiós! —dijeron los sirvientes de los pasajeros formados en fila hasta la salida—. ¡Viajen con nosotros otra vez!...

Poco a poco fuimos en hilera por la escala y entramos en los edificios administrativos.

Idlewild es como una estación de ferrocarril donde todos hubieran enloquecido. Las gentes se abalanzan hacia todas partes, empujando a quien se pone en su camino. Se adelantó un ordenanza.

—Por aquí; hay que pasar por la Aduana primero.

Nos alineamos a lo largo de andenes movibles. Aparecieron de pronto grandes montones de equipajes que avanzaban por los andenes, desde la entrada hasta los aduaneros. Los funcionarios andaban a lo largo de la fila revolviendo maletas abiertas.

—¿De dónde vienen ustedes? —me dijo uno.

—De Dublín, Irlanda —reliqué.

—¿A dónde van?

—A Windsor, Canadá —dije.

—Bien. ¿Llevan alguna fotografía pornográfica? —preguntó de pronto.

Una vez que quedó formalizado todo, tuvimos que mostrar nuestros pasaportes y

visados. La forma en que se procedía con los viajeros hizo que me acordara de las fábricas de enlatado de carnes.

Antes de salir de Irlanda habíamos adquirido plazas en un avión americano, para ir en vuelo a Detroit. Habían accedido a llevar las gatas en el avión con nosotros. Pero ahora los funcionarios de la línea aérea de referencia no dieron como buenos los billetes y se negaron a llevar a nuestras dos gatas, que habían cruzado el Atlántico sin causar molestia ni alborotarse. Durante un rato pareció que íbamos a quedarnos atascados en Nueva York, pues la línea aérea ni remotamente se interesaba. Vi un anuncio: «Taxi aéreo a cualquier parte» del aeródromo de «La Guardia». Tomando un coche del aeropuerto, recorrimos varios kilómetros hasta un motel que estaba al lado de La Guardia.

—¿Podremos llevar nuestras gatas? —pregunté al que estaba en el mostrador de inscripción.

Él miró a las dos diminutas damas y dijo:

—Sin duda, sin duda. Sean bienvenidas.

Lady Ku'ei y la señora Fifí Bigotes Grises estuvieron muy contentas al tener una oportunidad para andar por allí e investigar lo que había en otras dos habitaciones.

La tensión del viaje se dejaba sentir ahora en mí. Tuve que guardar cama. Mi esposa cruzó la carretera y fue a La Guardia para informarse de lo que podía costar un taxi aéreo, y cuándo lo podríamos tomar. Por fin volvió con aire preocupado.

—Va a costar muchísimo dinero —dijo.

—Bueno, pero no nos podemos quedar aquí; tenemos que irnos —repliqué.

Ella tomó el teléfono y pronto quedó arreglado que a la mañana siguiente partiríamos en taxi aéreo al Canadá.

Aquella noche dormimos bien. Las gatas estaban completamente tranquilas y hasta parecía que disfrutaban. Por la mañana, después de desayunarnos, fuimos en coche hasta el aeropuerto. La Guardia es inmenso, y de allí despegan o aterrizan un avión cada minuto. Al fin encontramos el lugar de donde íbamos a partir, y nosotros, nuestros gatos y nuestro equipaje quedamos a bordo de un pequeño avión de dos motores. El piloto, un hombrecillo con la cabeza completamente afeitada, nos hizo un leve saludo y salimos rodando por la pista. Durante cosa de tres kilómetros continuamos rodando y luego nos arrastraron a un apartadero para esperar nuestro turno de despegue. El piloto de un gran avión internacional nos hizo una señal con la mano y habló apresuradamente en su micrófono. Nuestro piloto lanzó unas cuantas palabras que no puedo repetir y declaró: «Estamos... pinchados».

El aire fue henchido por el chillido de la sirena de la policía. Un coche policíaco vino corriendo furioso a lo largo de la carretera de servicio y se detuvo a nuestro lado con un colérico chirrido de neumáticos. ¿La policía? ¿Qué habíamos hecho?, me pregunté. Más sirena y llegó la brigada de bomberos y éstos fueron bajando cuando

las máquinas acortaron la marcha. Los policías cruzaron para hablar con nuestro piloto. Luego fueron al coche de los bomberos, y por último éstos y los policías se fueron. Un coche-taller vino corriendo, levantó con un gato al avión donde estábamos sentados, quitó la rueda averiada... y se largó. Durante dos horas estuvimos allí esperando que nos devolviesen la rueda. Al fin la colocaron; el piloto puso sus motores en marcha de nuevo, y partimos. Salimos volando por encima de la cordillera Alleghany y fuimos primero en dirección a Pittsburg. Cuando estábamos enteramente encima de las montañas, el marcador del combustible, que estaba enteramente delante de mí, descendió a cero, empezó a dar topetazos y se paró. El piloto parecía no haberse percatado de ello. Se lo señalé y dijo por lo bajo:

—Ah, claro, tenemos que descender siempre.

Minutos después llegamos a un espacio a nivel en las montañas, en la cual había aparcadas muchas avionetas. El piloto trazó un círculo, tomó tierra y fue rodando hasta el surtidor de gasolina. Nos detuvimos el tiempo suficiente para llenar el depósito y luego partimos de nuevo por la pista cubierta de nieve helada; grandes taludes de nieve bordeaban el camino y en los valles había inmensos ventisqueros. Un breve vuelo y estuvimos sobre Pittsburg. Estábamos hartos de viajar, yertos y cansados. Sólo Lady Ku'ei seguía alerta; sentada, miraba por la ventanilla y parecía complacida de todo.

Con Cleveland a nuestros pies, vimos el lago Erie enteramente delante. Se amontonaban grandes masas de hielo, en tanto que increíbles grietas y fisuras corrían a lo largo de la helada superficie. El piloto no se arriesgó y tomó rumbo hacia Pelee Irland, que se encuentra en el medio del lago. De allí voló a Amherstburg y al aeropuerto de Windsor. Éste parecía extrañamente silencioso. No había ningún rumor de actividad. Avanzamos hacia los edificios de la Aduana, descendimos del avión y entramos. Un aduanero solitario estaba a punto de dejar el servicio; eran más de las seis de la mañana. Lúgubrementemente contempló nuestro equipaje.

—No hay ningún funcionario de inmigración —dijo—. Tendrán que esperar hasta que venga alguno.

Nos sentamos a esperar. Los minutos se deslizaban lentamente. Media hora, y el tiempo mismo parecía haberse detenido; no habíamos comido ni bebido desde las ocho de la mañana anterior.

El reloj marcó las siete. El aduanero de relevo entró y anduvo por allí sin rumbo.

—No puedo hacer nada hasta que el funcionario de inmigración les dé el visto bueno —dijo.

El tiempo parecía transcurrir aún más lentamente. Las siete y media.

Entró un hombre alto que se dirigió a la oficina de los funcionarios de inmigración. Salió con aire contrariado y la cara un poco enrojecida, y dijo el aduanero:

—No puedo abrir la mesa del despacho.

Durante algún tiempo hablaron entre dientes, probando llaves, aporreando y empujando. Al fin, desesperados, cogieron un destornillador y forzaron la cerradura. Pero se equivocaron de mesa despacho y la encontraron vacía.

Por fin aparecieron los impresos. Fatigados, los llenamos y firmamos aquí y allí. El funcionario de inmigración selló nuestro pasaporte con el sello de «Inmigrantes aterrizados».

—Ahora vayan a ver al funcionario de Aduanas —dijo.

Abrir maletas, desatar correajes, mostrar formularios, dar detalles de nuestras pertenencias como *Settlers*. Más sellos de goma, y al fin quedamos en libertad para entrar en Canadá e ir a Windsor, en Ontario. El funcionario de Aduanas se mostró bastante más cordial cuando supo que veníamos de Irlanda. Descendía de allí, y sus padres, irlandeses, vivían todavía. Nos hizo muchas preguntas y..., maravilla de las maravillas, nos ayudó a transportar el equipaje al coche que estaba esperando.

Fuera del aeropuerto hacía un frío terrible y la nieve era espesa. Al otro lado del río Detroit, los rascacielos se alzaban altivos, eran una masa de luz, pues todas las oficinas y habitaciones estaban iluminadas, por hallarnos en vísperas de las Navidades.

Rodamos por la espaciosa avenida Ouellette, la calle principal de Windsor. El río era invisible y parecía como si fuéramos a ir derechamente a los Estados Unidos. El individuo que nos conducía no se mostraba muy seguro respecto a las señas que le dimos. Se equivocó en un cruce de calles e hizo una maniobra tan extraordinaria que nos puso los pelos de punta. Por fin llegamos a la casa que habíamos alquilado y estuvimos muy contentos de bajar del coche.

Muy pronto tuvimos una comunicación del Consejo de Sanidad requiriendo nuestra presencia y amenazándome con medidas terribles —incluso la deportación— si no comparecía. Desgraciadamente, las amenazas parecen ser la diversión favorita de los funcionarios de Ontario, y por eso ahora vamos a trasladarnos de nuevo a una provincia más amistosa.

En el Consejo de Sanidad pasé por rayos, se tomaron más datos, y al fin se me autorizó a volver a casa. Windsor tiene un clima terrible, y eso y la actitud de los funcionarios nos decidió, en cuanto este libro quedó terminado, a cambiar de residencia.

Ahora la *Historia de Rampa* ha quedado concluida. En ella se ha dicho la verdad, como la dije en mis otros dos libros. Hay muchas cosas más que puedo contar al mundo de Occidente, porque, en cuanto al viaje astral, me he limitado a tocar superficialmente lo que es posible. ¿Por qué enviar aviones espías, con riesgo de sus ocupantes, cuando se puede viajar en lo astral y ver lo que pasa dentro de las salas de reuniones? Se puede ver y se puede recordar. En ciertas circunstancias se pueden

teletransportar objetos, si todo se hace con buen fin. Pero los occidentales se mofan de las cosas que no comprenden: llaman «tramposo» al que tiene facultades que ellos no poseen y se desatan en un frenesí de vituperios contra quienes osan ser de algún modo «diferentes».

Muy contento, dejé la máquina de escribir y me puse a jugar con Lady Ku'ei y la ciega señora Fifí Bigotes Grises, las cuales habían estado esperando tan pacientemente. Aquella noche vino de nuevo un mensaje telepático:

«¡Lobsang, no has terminado todavía el libro!».

Mi corazón se contrajo, pues detesto escribir, sabedor de que existen tan pocas personas con capacidad para percibir la Verdad. Escribo acerca de las cosas que la mente humana puede realizar. Ni las etapas elementales que se narran en este libro serán creídas; pero si a alguien se le dijera que los rusos habían mandado un hombre a Marte, lo creerían. El hombre tiene miedo de las facultades de la mente humana y se preocupa sólo de cosas de poca valía, como los cohetes y los satélites espaciales. Se pueden conseguir mejores resultados mediante los procesos mentales.

«¡Lobsang! ¿Y la Verdad? ¿Te acuerdas del cuento hebreo? ¡Escríbelo, Lobsang, y escribe también lo que podría ocurrir en el Tíbet!».

A un rabino afamado por su sabiduría y por su ingenio le preguntaron una vez por qué se servía con tanta frecuencia de historias sencillas para explicar una gran verdad.

—Eso —dijo el sabio rabino— puede ser explicado mejor por medio de una parábola. Una parábola sobre la Parábola. Hubo un tiempo en que la Verdad andaba entre las gentes, sin adorno alguno, tan desnuda como la Verdad misma. Quienquiera que la veía miraba hacia otro lado, temeroso y avergonzado, porque no querían mirarla cara a cara. La Verdad vagó entre las gentes de la Tierra, siendo mal recibida, rechazada y considerada persona no grata. Un día, sola y sin amigos, se encontró con la Parábola que marchaba por allí muy satisfecha, vestida con ropajes hermosos y coloreados.

—Verdad, ¿cómo estás tan triste, tan afligida? —preguntó la Parábola con sonrisa jovial.

—Porque soy tan vieja y tan fea que la gente me evita —dijo la Verdad, con amargura.

—Tonterías —repuso riendo la Parábola—. No es que te evite la gente. Toma prestadas mis ropas, vete entre la gente y mira lo que ocurra.

Así, la Verdad se puso algunos adornos encantadores de la Parábola y dondequiera que iba ahora era bien recibida.

El sabio rabino sonrió y dijo:

—Los hombres no pueden encararse con la Verdad desnuda; la prefieren disfrazada con el ropaje de la Parábola.

«Sí, sí, Lobsang. Es una buena transcripción de nuestros pensamientos. Pero

ahora cuenta el Cuento».

Las gatas fueron a echarse en sus camas, a esperar hasta que yo terminara verdaderamente. Tomé de nuevo la máquina, metí el papel y proseguí:

A distancia del Observador veloz brillaba un azul fantasmal y esplendente, cuando pasaba como el relámpago sobre los continentes y los océanos, dejando el lado iluminado de la Tierra por el otro en tinieblas. En su estado astral sólo podía ser visto por aquellos que fueran clarividentes; pero él sí podía ver todo y, después de volver a su cuarto, recordarlo. Se dejó caer, inmune al frío y sin ser molestado por la rarefacción del aire, al abrigo de un alto picacho, y esperó.

Los primeros rayos del sol matinal brillaron brevemente en las más altas cimas de roca, que se volvieron doradas, reverberando con millares de colores en la nieve de las grietas. Vagas franjas de luz atravesaron el firmamento esclarecido, cuando lentamente asomó el sol por el horizonte distante.

Abajo, en el valle, estaban ocurriendo extrañas cosas. Luces cuidadosamente protegidas se movían como llevadas a remolque. El hilo plateado del río Feliz brillaba débilmente, devolviendo destellos chispeantes de luz. Había una gran actividad; una actividad extraña, oculta. Los habitantes legales de Lhasa se habían ocultado en sus casas o se hallaban bajo guardia en los barracones de los trabajadores forzados.

Gradualmente el sol siguió su camino. Pronto, los primeros rayos, tanteando hacia abajo, hicieron brillar la extraña forma que se alzaba muy al fondo del valle. Cuando la luz se fue haciendo más brillante, el Observador vio la inmensa estructura con más claridad. Era enorme, cilíndrica y en su extremo afilado, que apuntaba hacia el firmamento, había pintados unos ojos y una boca con grandes dientes. Durante siglos, los chinos habían pintado ojos sobre sus barcos. Ahora, los ojos que había en este Monstruo miraban con odio.

El sol siguió avanzando. Pronto, todo el valle estuvo bañado por su luz. Extrañas estructuras metálicas fueron retiradas del Monstruo, que ahora quedó sólo parcialmente oculto por sus soportes. El cohete inmenso, alzándose sobre sus aletas, tenía aire siniestro y mortífero. En su base, técnicos con cascos auriculares corrían de un lado para otro. Una sirena sonó ululante y sus ecos resonaban de roca en roca, de montaña en montaña, mezclándose con la espantosa, horrísona cacofonía del ruido que los engendraba y que se iba haciendo más y más fuerte. Soldados, guardias, obreros volvieron las espaldas al instante y corrieron tan de prisa como les fue posible al abrigo de las rocas.

A mitad de la ladera de la montaña la luz iluminó un grupito de hombres apiñados en torno a un equipo de radio. Uno de ellos tomó un micrófono y habló a los ocupantes de un gran refugio de cemento y acero que yacía, oculto, a kilómetro y medio del cohete. Una voz zumbante contó los segundos y se detuvo.

Durante breves minutos no ocurrió nada, todo estuvo en paz. Las perezosas nubecillas de vapor que rezumaba el cohete era lo único que se movía. Un chorro de vapor y un estruendo, que se fue haciendo más y más fuerte, inició un derrumbe de rocas. La tierra misma parecía vibrar y gemir. El ruido se hizo aún más fuerte, hasta parecer que los tímpanos iban a romperse ante tal intensidad. Una explosión de llamas y de vapor que surge de la base del cohete oscurece todo lo de abajo. Lentamente, como con inmenso, con tremendo esfuerzo, el cohete se alzó. Por un momento pareció quedar estacionado sobre su cola de fuego; luego acumuló velocidad y trepó en el cielo temblón, proclamando con rugidos amenazas a la Humanidad. Subió y subió, dejando tras de sí una larga estela de vapor y de humo. El clamor vibró entre las cimas de las montañas mucho después que el cohete hubiera partido.

El grupo de técnicos de la ladera de la montaña observaban febriles sus pantallas de radar, gemían en sus micrófonos y escudriñaban el cielo con sus prismáticos de gran potencia. Lejos, muy en lo alto, un errabundo destello de luz brilló a medida que el poderoso cohete giraba y establecía su rumbo.

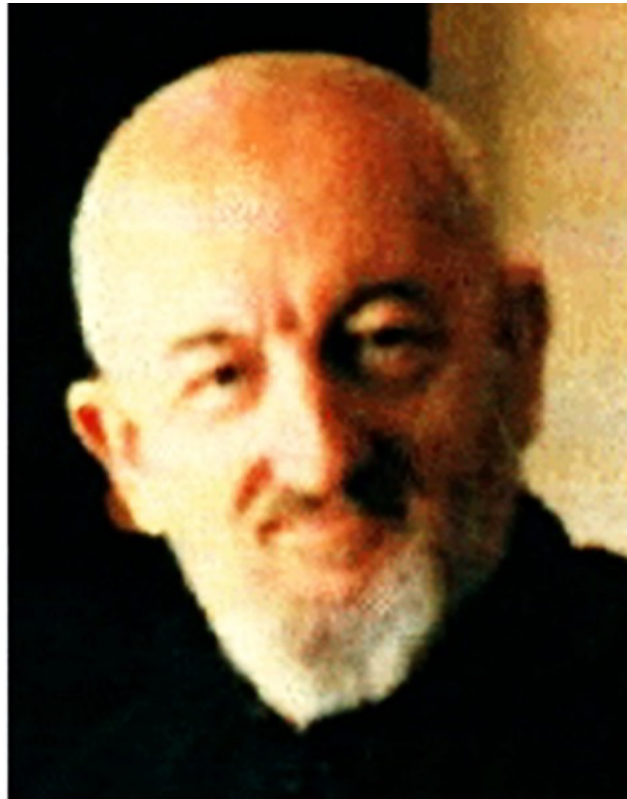
Rostros asustados aparecieron tras de las rocas. Pequeños grupos, que se habían congregado allí, con todas las diferencias entre los guardas y los trabajadores esclavos olvidados temporalmente. Los minutos siguieron pasando. Los técnicos cerraron sus equipos de radar porque el cohete se había elevado más allá de su radio de alcance. Transcurrieron más minutos.

De pronto los técnicos dieron un salto, gesticularon como locos, olvidando con la excitación poner en marcha los micrófonos. El cohete con cabeza atómica había caído en un país distante y pacifista. Aquel país era una ruina: sus ciudades quedaron destruidas y las gentes aspiraron los vapores de los gases incandescentes. Los comunistas chinos, con los altavoces a toda potencia, vociferaban y gritaban jubilosos, olvidando toda reserva, con la alegría del terrible logro. La primera etapa de la guerra había dado comienzo y la segunda estaba a punto de empezar. Gozosos, los técnicos se apresuraron a preparar un segundo cohete.

¿Que esto es una fantasía? ¡Puede ser un hecho! Cuanto más alto es el lugar del lanzamiento de un cohete, menos obstáculos ofrecerá la atmósfera, de modo que se requerirá menos combustible. Un cohete lanzado desde las mesetas del Tíbet, a cinco mil seiscientos metros de altura sobre el nivel del mar, sería más eficiente que otro lanzado desde tierras bajas. Así, los comunistas tienen una ventaja incalculable sobre el resto del mundo: poseen el lugar más elevado y más apropiado para lanzar cohetes, ya sea al espacio o a otros países.

China ha atacado el Tíbet —no lo ha conquistado— para poseer así esa gran ventaja sobre las potencias occidentales. Lo ha atacado para tener así acceso a la India, cuando esté preparada, para invadirla y acaso para avanzar desde ella hacia

Europa. Podría ocurrir que China y Rusia combinaran sus fuerzas para arremeter en forma de tenaza, triturando la vida libre de todos los países que encontraran en su camino. Esto podría ocurrir... a menos que no se haga algo. ¿Polonia? ¿Pearl Harbour? ¿Tíbet? Los «expertos» solían decir que tales enormidades no podían producirse. ¿Van a equivocarse de nuevo?



T. LOBSANG RAMPA, fue el indiscutible introductor del budismo tibetano ante el gran público de Occidente, un nombre mítico entre los pioneros de la «invasión» espiritual oriental que hoy vivimos. Supuestamente era un lama tibetano que se hizo famoso mundialmente en 1956, cuando publicó *El Tercer Ojo*, un libro de extraordinario impacto que no ha dejado de ser reeditado desde entonces. Pero siempre se dudó de su autenticidad y las dudas fueron aumentando hasta su muerte en 1981. Hoy, la mayoría de los entendidos se inclina por reconocer que en realidad se trataba de un antiguo fontanero irlandés llamado Cyril Henry Hoskins, que nunca había estado en los Himalayas y cuyo conocimiento del budismo tibetano era más bien escaso.

Sin embargo, no son pocos los que aún defienden su memoria, los que mantienen que T. Lobsang Rampa era un auténtico lama, nacido a principios del siglo xx en Tíbet, educado y entrenado en el monasterio-hospital Chakpori de Lhasa y en 1923 trasladado a estudiar Medicina a la Universidad china de Chungking, que conoció a Chiang Kai Shek y que fue torturado por los japoneses como prisionero de guerra en la segunda guerra mundial.

Entre expertos y aficionados al budismo tibetano y al esoterismo oriental se da por hecho que este lama tibetano ni fue lama ni fue tibetano. El movimiento «escéptico» hace hincapié en sus «indiscutibles» profesión de fontanero y nacionalidad inglesa o irlandesa. La conocida revista dedicada a fenómenos extraños *Fortean Times*, en su núm. 63 de junio/julio de 1992, publicó un reportaje de Bob Rockard en portada caracterizándolo sin rodeos como un engaño, un *hoax*. El

reportaje fue abundantemente reproducido en España por una revista del género. Pero curiosamente, ni los editores de *Fortean Times* ni la mismísima British Library conservan hoy ni un solo ejemplar de aquel número.

Pero no todo el mundo lo tiene tan claro. Philip Porter, que lleva diez años investigándolo, deja todas las posibilidades abiertas y recaba información por todo el mundo con el objetivo de poder resolver las incógnitas que rodean al extraordinario personaje.

Notas

[1] *Half-track*: semitractor. <<

[2] *Who are you?*: ¿Quién es usted? <<